

A woman with long brown hair is sitting on a dark, ornate chaise longue. She is wearing a strapless, floor-length dress with a large floral pattern in shades of pink, red, and green. She is also wearing a multi-strand necklace of pink and white pearls, a matching bracelet on her right wrist, and a large pink flower in her hair. She is holding a small pink flower in her right hand near her face. The background shows a window with a brass handle and dark curtains.

El tierno

BESO DEL DESTINO

La serie Belle House

V. KAHANY

EL TIERNO BESO DEL DESTINO

LA SERIE BELLE HOUSE

LIBRO 4

V. KAHANY

ÍNDICE

I. BLANCHE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

II. MARKO

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

III. BLANCHE Y MARKO

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Otras Obras de V. Kahany

El tierno beso del destino

Derechos de autor © 2021 Vlad Kahany

✿ Creado con Vellum

PARTE I

BLANCHE

14 DE OCTUBRE

Sir Richard Curtis estaba profundamente dormido. La manta apenas cubría su cuerpo desnudo. Un intrincado diseño formado por rasguños recientes decoraba su espalda, y sus muñecas tenían moretones en forma de línea de las correas de cuero, una de las cuales todavía estaba atada a su muñeca izquierda.

Blanche estudió su cuerpo desnudo a través de las rendijas de sus ojos: era demasiado esfuerzo abrirlos por completo. El hecho de que fuera de mañana y su cliente todavía estuviera en su cama significaba que se había quedado dormida borracha de nuevo.

Tss-tss.

Se dio la vuelta, haciendo una mueca de dolor de cabeza insoportable, e inspeccionó los alrededores, estimando los daños.

Hacía frío en la habitación. La chimenea apenas estaba viva, pero la manta había sido pateada a un lado. Todavía llevaba las medias, las joyas y los calzones de Sir Curtis, elegantes. Sus pechos estaban enrojecidos por su boca codiciosa, sus labios doloridos por sus mordiscos lujuriosos y secos por beber y fumar demasiado.

La habitación era un desastre: botellas, un cenicero volcado, ropa esparcida por todas partes. Olía a champán. A su lado, la sábana estaba húmeda: había vuelto a jugar a Poseidón. Había correas y hebillas de cuero esparcidas por todas partes: a Sir Curtis, un verdadero jugador, le encantaban los juegos. Un juguete en forma de falo de tamaño considerable descansaba entre ella y su cliente. Blanche se movió y escuchó a su cuerpo en busca de señales. No, ella no, Sir Curtis debió de pedírselo. O no. Cuando estaba en uno de sus estados de euforia, hacía cosas peculiares, y la mayoría de los hombres no discutían. La mayoría lo disfrutaba. La mayoría volvía por más.

Blanche cerró los ojos y bajó suavemente la cabeza sobre la almohada.

Una de esas noches...

Había vuelto a superarse a sí misma, cabalgando a lo alto del brandy y el champán. ¿Había vuelto a tomar opio? No estaba segura. Ayer había sido otro día oscuro, uno de esos en los que sentía ganas de tirarse de un puente y acabar con todo.

Pero entonces apareció Sir Curtis. Había dos categorías de clientes: los comunes y los bastardos asquerosos. Sir Curtis no estaba tan mal. Pero ayer se había hundido mucho, lo que últimamente había sido más frecuente. Y cuando la realidad la arañó, arrastrándola a la oscuridad, la única forma en que podía manejar a un cliente era con suficiente alcohol y opio que nublaba su mente pero aparentemente despertaba su entusiasmo. A los clientes les encantaba. No recordaba la mayor parte. Así que todos habían ganado.

Blanche gruñó de dolor de cabeza. Necesitaba llamar a la criada y tomar un poco de cerveza, eso ayudaría un poco.

Retrocedió en los acontecimientos de la noche anterior y recordó partes de sus travesuras con Sir Curtis.

No, hubo algo antes de eso. ¿Por qué había estado tan emocionada? Algo era diferente.

Sir Curtis, Benjamin, la cena en Almack's, el nuevo lugar, las Salas Elysium y...

Marko.

Marko Farini...

En un instante, los ojos de Blanche se abrieron de par en par, como si el recuerdo de ese hombre borrara de repente cualquier dolor en su cuerpo. Las comisuras de su boca se levantaron en una pequeña sonrisa y exhaló con asombro. Los ángeles, pintados en su techo, parecieron sonreírle en respuesta.

Marko había regresado de París. Cuatro años tratando de olvidarlo, y ahora estaba en Londres. Otra vez.

Blanche cerró los ojos y su sonrisa se hizo más grande.

Marko.

Marko.

Marko.

Deslumbrante. Guapo.

"Hola, cariño". El whisky y el tabaco en su voz baja destrozaron su confianza, que trató de reunir con tanta fuerza. Parecía un poco mayor, ahora tenía poco más de treinta años. El mismo pelo negro azabache. Los mismos ojos diabólicos.

¿Qué hacía en las Salas Elíseas? Oh, él era el dueño. Este era *su* lugar. Bienvenido. Echaba de menos la ciudad, dijo. Y la gente. *Algunas* personas.

Sus ojos permanecieron en ella demasiado tiempo. La misma media sonrisa encantadora.

Se veía hermosa, dijo. Por supuesto que así era. Residía y trabajaba en la Belle House. ¿Estaba sorprendido? Un destello de sonrisa por parte de ella. La de él... desvaneciéndose.

"Tanto tiempo". Su voz, como el humo, se metió en sus oídos y se filtró en su interior, debilitándola como una droga dulce y poderosa.

En efecto.

Hacía mucho tiempo que había entrado por primera vez por la puerta del piso de Baker Street y su corazón dio un extraño latido, sabiendo que aquel hombre se lo robaría para siempre.

Hacía mucho tiempo que la había besado por primera vez.

Desde que la había tocado.

Ya que su inocencia había sido entregada a un rico benefactor, arreglada y vendida nada menos que por su madrastra y el propio Marko.

Mucho tiempo, de hecho.

Y ahora, en el Elysium, al verlo de nuevo, su corazón dio el mismo latido cobarde que el día en que lo había visto por primera vez y sabía que estaba enamorada.

Tss, tss, tss.

Marko Farini.

Su mirada sobre ella. Sus ojos aterciopelados pusieron su mundo patas arriba.

Marko seguía siendo irresistible.

Y había vuelto.

Y Blanche volvía a meterse en problemas.

Sir Curtis fue despertado, vestido y despedido con la mayor cortesía. Antes de irse, apretó a Blanche contra él y la miró a los ojos durante lo que pareció una eternidad.

"El próximo viernes" dijo, con una picardía brillando en sus ojos, "asegúrate de estar libre toda la noche".

"Me invitaron al Elysium, si eso funciona para usted, mi señor."

Mintió. Nadie la había invitado allí, excepto ahora que sabía que Marko estaba allí, ese era el lugar al que iría. Tenía un plan.

Sir Curtis sonrió.

"Un lugar pequeño bastante ruidoso". Su dedo agarró el escote de su vestido y tiró de él hacia abajo, dejando al descubierto sus pechos. Sus dedos se deslizaron hasta sus pezones hinchados y los rozaron suavemente. "Lo que quieras, dulce".

La Belle House ya estaba animada con el ajeteo y el bullicio habituales de las primeras horas de la tarde. Por muy lujosa que fuera, seguía siendo un prostíbulo con negocios que atender a todas horas del día. Los hombres eran animales insaciables. Se esperaba que las mujeres, por muy caras que fueran, estuvieran disponibles.

Una vez que Sir Curtis salió por la puerta, llamaron a dos sirvientas para que limpiaran la habitación, mientras que otra sirvienta y una criada trajeron agua caliente para lavarla. Blanche podía bajar las escaleras y bañarse, pero su cuerpo estaba demasiado dolorido. Cada mañana así era más difícil para ella últimamente. Tenía poco más de veinte años, pero su cuerpo parecía detestar el estilo de vida, y su mente lo odiaba.

Joshka, la nueva sirvienta alemana, regresó con toallitas y jabones. La muchacha tenía probablemente unos dieciséis años, la edad que tenía Blanche cuando se vendió su inocencia. A diferencia de Blanche, la chica tenía un trabajo diferente. Pero ¿quién lo diría? Krissy, otra sirvienta, estaba muy ansiosa por servir a los clientes de más maneras de las que requerían sus tareas. Era una descarada rápida. Cada persona era diferente. Sólo que Blanche no veía nada remotamente ventajoso en su profesión. Hubiera preferido ser Joshka.

Blanche no tenía sirvienta. Todavía no. La anterior había abandonado la Belle House cuando uno de los clientes de Blanche intentó convencerla de que se uniera a él y a Blanche en la cama. Con demasiada fuerza. ¿Necesitaba Blanche otra? A ella no podía importarle menos. No era como Eva Bernal, cuyos gastos habían sido pagados por los benefactores. Blanche era la protegida de Eva cuando entró por primera vez en la Belle House. Pero nadie, ni siquiera Blanche, podría ser como Eva Bernal.

¿Por qué?

Blanche no sabía cómo persuadir a los hombres para que hicieran cosas. No, eso no.

Blanche no era lo suficientemente diplomática. No, ni siquiera eso.

A Blanche no le importaban lo suficiente los hombres como para ser amable con ellos.

Eso era.

Despreciaba a la mayoría de los hombres y no quería nada de ellos. Claro, con suficiente alcohol en la sangre podría ser su sueño más salvaje, escandalosa y atrevida, lista para cualquier desafío. Tenía talento para descubrir las pasiones secretas de los hombres en la cama. Un talento borracho. Le dio la ventaja y una reputación peculiar. Pero sobria, era una historia diferente. Era indiferente, malhumorada. Despreciaba su profesión, consideraba a todos los hombres una molestia y nunca se encariñó con uno solo.

A excepción de Marko.

Maldita sea.

El hombre era como una maldición, nunca abandonaba su mente.

Blanche se restregó el cuerpo por segunda vez con un afán casi obsesivo, tratando de borrar los recuerdos de la noche con sir Curtis. Cuando terminó, se lavó con agua tibia, se secó con una toalla, se echó un negligé sobre su cuerpo desnudo y se sentó en el tocador.

No vio mucha belleza en la chica que la miraba desde el espejo. Tenía una figura hermosa, decían muchos clientes. Lo que hacía que las mujeres fueran bellas para los hombres, lo sabía, era la confianza, y tenía mucha. Por supuesto, con suficiente alcohol de por medio. Pero al lavarse el cuerpo todas las mañanas sin suficiente jabón para eliminar la sensación de asco, se sentía indiferente a sí misma. Su cuerpo era una herramienta que usaba para ganar dinero. No era de ella. Estaba pegado a su cabeza, que estaba llena de pensamientos oscuros y realizaciones de lo que la vida tenía para ofrecer, muy poco. Sus pensamientos eran lo único que realmente le pertenecía. Su cuerpo, que llevaba tres años en la Belle House, pertenecía a la mitad de la élite londinense. Muchos hombres disfrutaban de sus deliciosas curvas.

Excepto uno.

Marko Farini.

Blanche sonrió al pensar en ello. El hombre que amaba nunca la había visto desnuda ni la había llevado a la cama. Pero el día en que le mostró cómo podía ser la intimidad entre un hombre y una mujer siguió siendo el recuerdo máspreciado. Había estado con tantos hombres, pero los labios de Marko, su susurro tranquilo, su tacto tierno, sus dedos ásperos y tan suaves en su lugar más secreto, que nadie, excepto ella, había tocado antes, la habían perseguido durante los últimos cinco años.

Marko...

Blanche se sonrió en el espejo. Se quitó la túnica de los hombros, dejándola caer hasta la cintura y revelando su desnudez. Encontró una botella de aceite de neroli en sus manos y comenzó a aplicarse suavemente el aceite en la piel, primero en la cara, luego en el cuello y en los hombros. Podía ver lo que los hombres veían, por supuesto: cabello liso oscuro y espeso, cejas arqueadas, ojos azules, enmarcados por gruesas pestañas negras. Y su activo más admirado: sus labios grandes y carnosos, casi demasiado grandes, como si estuvieran hinchados.

¡Oh, cómo admiraban los hombres sus labios!

¿Lo hacía Marko?

La mano de Blanche dejó de masajear el aceite en su piel y se tocó suavemente los labios con las yemas de los dedos. La belleza estaba hecha para ser usada y abusada. En los tres años que había pasado en la Belle House había aprendido mucho.

Suspiró. Sus manos reanudaron el ritual, frotando aceite en sus brazos, luego subiendo hasta sus hombros y bajando hasta sus pechos. Sus dedos rozaron suavemente sus pezones y sintió un ligero dolor al tocarlo.

Eso era todo lo que quedaba de la mayoría de los hombres: dolor. Lo mismo hizo Marko, pero de un tipo diferente.

Rodeó la forma de sus pechos, llenos y alegres, estudiándolos en el espejo.

¿Le gustarían a Marko?

Había tenido muchas mujeres. Muchas lo habían amado. ¿Alguien lo amaba como ella, Blanche? ¿Alguien lo complacería en la cama tan bien como ella, Blanche, podría? ¿Podría? Si bebía, tal vez.

De repente, Blanche se sintió insegura. La vida siempre era decepcionante y sin muchas perspectivas. Ahora, Marko había vuelto. Ayer sintió que la vida le había dado otra oportunidad. Estaba muy emocionada de verlo.

Ahora, sobria, sola, sentía que todo había sido un sueño. Ahora mismo debería comer algo,

vestirse y bajar al Gran Salón para ver si había visitas tempranas. Pero ella detestaba la idea y decidió no hacerlo. Había un ardor inusual en ella. Un antojo. Inquietud. Porque la ciudad era diferente hoy. Marko estaba en algún lugar por ahí, y el sombrío día frío y lluvioso de afuera de repente no parecía tan malo.

¡Oh, cómo había echado de menos a Marko todos estos años! A pesar de todo lo que había pasado. Pero la pregunta era: ¿él también la había echado de menos?

Había una forma de averiguarlo: tenía que volver a ver a Marko.

Las Salas Elysium, o simplemente Elysium, estaban cerradas hasta la noche, pero el portero dejó entrar a Blanche.

El music hall era un nuevo lugar creado por Marko Farini y un tal Adrien de Jouy de Francia. Una mezcla de cabaret, vodevil y teatro ofrecía una amplia variedad de entretenimiento: operetas y obras teatrales, bailarines y magos exóticos, cantantes y poetas, espectáculos eróticos y sedas aéreas. En su corto tiempo de existencia —un mes, para ser exactos—, Elysium había hecho bastante ruido.

"Un lugar de vicio y locura", como escribía la Gaceta, "lo tenía todo: bailarines árabes, cantantes italianos, músicos griegos, cigarros españoles, vino francés, una buena orgía de medianoche, un juego de cartas, apuestas desvergonzadas: elige tu vicio".

El establecimiento cobraba una entrada elevada y los vicios no eran baratos. Pero los políticos y los poetas, los hombres de negocios y los eruditos, las mujeres hermosas y los señores feos encontraban su camino hacia el establecimiento, y pronto la reputación se extendió como el fuego. Si buscabas una bacanal moderna con estilo, podías encontrarla en Little Argyll Street, un callejón estrecho y tranquilo hasta que las puertas de las Salas Elysium se abrían al público tres veces por semana y la calle se llenaba de carruajes y gente haciendo cola tratando de averiguar de qué se trataba el alboroto.

Ahora el establecimiento estaba vacío de clientes, pero sin embargo estaba lleno de todo tipo de acciones: hombres reparando las sillas rotas, arreglando las cortinas, los artistas ensayando en el escenario, los camareros colocando los manteles y las decoraciones en las mesas. Varias escaleras estaban apoyadas contra las paredes, llegando hasta el alto techo, y varios hombres en la parte superior ataban telas a las vigas de madera. Varias sirvientas estaban fregando los pisos. Un gato negro se paseaba despreocupadamente por la parte superior de los sofás que bordeaban una de las paredes.

Blanche hizo una pausa en cuanto entró y estudió la habitación. Varios trabajadores le lanzaron miradas curiosas. Alguien gritó: "¡Sr. Farini!", asintió en su dirección, y ella tragó saliva al oír el nombre pronunciado.

Llevaba uno de sus mejores vestidos de otoño y la capa más cara. Joshka le había arreglado el pelo dos veces, y Blanche se había mirado una docena de veces en el espejo antes de marcharse. Tenía la intención de entrar en las Salas Elysium con la mayor confianza, pero tan pronto como vio a Marko caminando hacia ella a través de la habitación, su coraje se había agotado y era la misma niña indefensa como entonces, en Baker Street, en el oscuro pasillo, derriéndose en sus brazos.

Excepto que esta vez sus manos no estaban sobre ella. Sostenían un cigarro y una bebida. Sus

ojos se clavaron en ella.

“Hola, Blanche”. Su voz baja y profunda, poniéndole la piel de gallina.

“Marko”. Ella asintió con una sonrisa.

¿Por qué tenía que parecer tan irresistible? Un poco más alto que ella, era un hombre de complexión fuerte, rasgos afilados, cabello negro azabache y penetrantes ojos negros. Las mangas de su camisa estaban arremangadas, dejando al descubierto la piel aceitunada de sus antebrazos. Su camisa, chaleco y pantalones parecían nuevos y nítidos, y sus zapatos estaban lustrados hasta el brillo de un espejo, como si estuviera a punto de ponerse frente a los invitados más importantes. Siempre preparado. Siempre con estilo. Siempre arrasándola.

“¿Quieres algo de beber?” preguntó como si la hubiera estado esperando, y antes de que ella pudiera responder, se volvió hacia el hombre que estaba detrás de la barra. “¡Hola, Thomas!” pero al ver que el hombre estaba ocupado, le hizo señas para que se marchara y se volvió hacia Blanche. “Ven. Te prepararé un trago. ¿Aguardiente? ¿O algo diferente esta vez?”

Él le dedicó una breve sonrisa y desvió la mirada mientras ella lo seguía hasta la zona del bar.

¿Sabía lo que había bebido la noche anterior?

Trató de ocultar su sonrisa.

Dios, cómo quería ella a este hombre. ¿Cómo era posible? Después de cinco años. Después de lo que había hecho... E incluso después de todo eso, ella caminaba detrás de su figura segura y pensaba que podía seguirlo a cualquier parte, incluso al infierno.

Se quitó el sombrero, la capa y los guantes y los dejó en la barra del bar, se arregló el pelo y se sentó en un taburete.

“¿Ya te dije que te ves hechizante?” dijo Marko sin mirar, sirviéndose un trago, con un cigarro entre los labios mientras hablaba.

“¿Has mirado siquiera?” Ella sonrió tímidamente.

Colocó la bebida frente a ella, dio una calada profunda al cigarro, se apoyó con ambas manos en el mostrador como si se apoyara y miró intensamente a Blanche.

Su sonrisa se desvaneció bajo su mirada juguetona. Era como un arma, una hoja fría y afilada que la apuntaba y la hacía sentir indefensa.

“Sí, Blanche”. Él mantuvo sus ojos en ella, y ella tuvo que apartar la mirada como si pudiera leer sus pensamientos.

Había un magnetismo animal en él. Era como un depredador que rodeaba a su presa, jugando con ella. Sus movimientos eran lentos y pausados, pero de alguna manera calculados y precisos, como si los hubiera practicado. Podía sentir su mirada. La hizo sentir impotente. Si en este momento él le pidiera un beso de bienvenida, ella habría abierto las piernas y se habría entregado a él. Sin decir una palabra. Sin resistirse.

Maldita sea.

Este hombre era un problema. Un magnífico problema con piernas.

Marko encendió un cigarro, caminó alrededor de la barra del bar y se acercó a ella. Se detuvo justo en la silla donde estaba sentada Blanche y se apoyó en el mostrador de espaldas a ella, fumando, con una mano en el bolsillo y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Estaba demasiado cerca de ella, pero para Blanche, un pie de distancia no era suficiente. Podía oler su colonia, su ropa, su cigarro y su whisky en su aliento. Sus rodillas debajo de su vestido tocaban sus pantalones, y era casi íntimo. Sabía que él también podía sentirlo, que estaba tan cerca a propósito. Cuando ella levantó los ojos, sus ojos, oscuros como alquitrán hirviendo, la miraron fijamente sin pestañear, y su corazón latió como un tambor de cien libras.

“¿Cómo has estado?” Su voz era profunda y suave, como si le pidiera que se desnudara.

Oh, Marko.

Podía hablarle de todos los hombres que había tenido desde que él se había marchado. Sobre los pocos momentos alegres y los días en su mayoría sombríos llenos de pensamientos oscuros. Sobre sus viajes al puente sobre el Támesis, mirando hacia las aguas oscuras, preguntándose si hoy era el día para terminar con todo.

Intentó sonreír y desvió la mirada. Se encogió de hombros. Quería decir que era grandiosa, pero Marko parecía saber siempre lo que pensaba.

“He hecho una carrera haciendo felices a los hombres” dijo ella, y le devolvió la mirada con una sonrisa. Pero no sonreía. Apenas asintió y desvió la mirada, dando una calada al cigarro.

¿Qué se suponía que debía decir? ¿Que mientras él y su madrastra estaban en París, ella estaba aprendiendo a abrir las piernas, para que los hombres lo disfrutaran más?

¿Qué se quedó con un hombre tres veces mayor que ella para satisfacer todos sus caprichos?

¿Que se hizo demasiado mayor para él y terminó en la Belle House?

¿Que tuvo suerte?

Pero no importaba cuán lujosa fuera su vida ahora, ¿no había valor en nada en ella?

“¿Y tú?” preguntó en voz baja.

Había estado en Francia todo este tiempo, dijo. Su madrastra y él se separaron tan pronto como llegaron allí.

La mención de esa mujer hizo que Blanche se estremeciera, pero sintió una ola de alivio ante la noticia.

Hubo varios esfuerzos, le dijo. Principalmente en el negocio del entretenimiento y la importación de vinos, que había expandido en Inglaterra. París era el lugar donde había conocido a Adrien de Jouy, un hombre rico con un don para impresionar y suficiente dinero para derrochar en nuevas empresas, algunas de las cuales habían demostrado ser muy exitosas.

"Así que abrimos este lugar". Marko asintió vagamente hacia la habitación que lo rodeaba. "Queríamos tomar lo mejor que la humanidad tenía para ofrecer y presentarlo en Londres". Sonrió. "Vino con sus desafíos". Sus labios se curvaron en una sonrisa y Blanche arqueó una ceja.

“¿Cuáles son?”

Su sonrisa se desvaneció.

“Está aquí, ¿sabes?”

Sus ojos no se apartaron de los de Blanche, y su corazón se detuvo al darse cuenta.

"Y ella es la amante de mi socio". Apretó la mandíbula. "Let-tice". Pronunció las sílabas lenta y amargamente, y parpadeó.

Lettice Mable Hatch: la peor pesadilla de Blanche.

Si Blanche odiaba algo más que su profesión, era a Lettice Hatch.

Su madrastra.

La antigua amante de Marko.

La hermosa mujer con la sonrisa de un ángel y el corazón de Medusa.

Un monstruo disfrazado.

Blanche no recordaba a su madre, que había fallecido antes de que Blanche aprendiera a caminar. Su padre era un hombre sombrío, demasiado amargado para mostrarle a la pequeña

Blanche lo que era el amor, y demasiado indiferente a todo lo que no fuera su negocio.

Todo cambió de la noche a la mañana cuando Lettice Hatch entró en su vida. Se hizo cargo del padre de Blanche, de su negocio y de la mente de Blanche. Lettice era hermosa. Blanche tenía once años, y se suponía que la mujer con la que se casó su padre era la madre que Blanche nunca había tenido. Su padre estaba enamorado, locamente obsesionado, seguía todos los caprichos de la mujer, confiándole ciegamente todo. Lo mismo hizo Blanche. Excepto que pasó poco tiempo y se dio cuenta de que nunca había escuchado buenas historias sobre madrastras, y la suya no sería diferente.

Más tarde se daría cuenta de que la suya era peor.

Mucho peor...

“No quiero hablar de esa mujer” dijo Blanche, inquieta por los repentinos recuerdos. “Cuéntame más sobre ti, Marko, sobre esto”. Hizo un gesto hacia la habitación que la rodeaba.

Hablaron. De todo y de nada, evitando hablar de Lettice, de ellos, de lo que había sucedido antes de irse a París. Era el tiempo más largo que llevaban juntos, y para Blanche, las dos horas eran las mejores en años.

Al principio era tímida. La cercanía del hombre que amaba era embriagadora, íntima en el club vacío que resonaba con las voces de otras personas. Cuando Marko hablaba, su voz humeante la hipnotizaba. Vislumbró sus manos fuertes, sus ropas inmaculadas, su rostro, sus labios que se movían al son de las palabras habladas. Nunca podría olvidar cómo se sentían esos labios. Con demasiada frecuencia se olvidaba de sí misma y levantaba la vista sólo para ver sus ojos fijos en ella, apenas un pie de distancia, brillando con algún tipo de picardía, como si la hubiera pillado con las manos en la masa. Ella se sonrojaba. No recordaba la última vez que se había sonrojado. No dijo nada, solo sonrió. Y cuando ella hablaba, su mirada subía y bajaba por su vestido abiertamente, estudiándola, sin miedo a dar a conocer su interés. Hacía que Blanche se pusiera nerviosa y su corazón palpitara de una manera inusual que la hizo sentir viva.

¿Podría haber una posibilidad?

¿Le gustaba?

¿Era ella digna de su atención ahora que era una mujer, hermosa y experimentada?

Bebió más brandy. Su nerviosismo disminuyó y dio paso al deseo. Rara vez se excitaba pensando en los hombres o en estar con ellos. La lujuria por su cuerpo y la indiferencia con la que cambiaban a las mujeres la amargaban. Pero volver a estar al lado de Marko fue como hace años en Baker Street. Su masculinidad agitó su naturaleza femenina y la hizo hincharse de necesidad. Había conocido a muchos hombres. A diferencia de años atrás, ella podía complacer a Marko mejor que la mayoría de las mujeres. Estos pensamientos se mezclaron con el alcohol y le hormiguearon en la parte inferior del vientre. Sintió la confianza habitual. Al estar al lado de Marko, sus sentimientos hicieron que el deseo subiera con la humedad entre sus muslos.

Ella lo quería. Ahora, más tarde, mañana, cuando le apetezca. La idea le dio vueltas en la cabeza.

"Entonces, ¿cuándo te volveré a ver?", dijo abruptamente, en voz baja pero fuera de lugar.

Sus ojos se cruzaron con los de ella por un momento, luego vagaron por su rostro, deteniéndose un poco más en sus labios. Parpadeó y encendió otro cigarro.

“La compañía en la que estabas anoche... ¿eran clientes?” preguntó, devolviéndole la mirada, pero ahora era solo su habitual curiosidad de negocios.

Blanche sintió una punzada de decepción.

"Sí".

"Ayer gastaron mucho dinero". Él entrecerró los ojos y la miró.

"Estoy segura". Sabía a dónde iba esto.

"Podrías beneficiarte de ello si quisieras".

Ella se quedó callada.

"No me gustaría meterte en problemas ni pedirte que hicieras nada que no quisieras, Blanche. Pero me vendría bien que me recomiendes".

"Tu establecimiento ya recibió su porción de publicidad. Bueno o no, la gente está hablando". Ella sonrió con aprobación.

"Siempre podrían hablar más".

Se bebió el resto del whisky de su vaso y agarró la botella para servir más.

"Te daré una tajada. Tú traes a tus clientes, yo te pago. Y si alguna otra chica de Belle House está dispuesta, definitivamente podría trabajar con ella. Siempre y cuando la señora Sharke no lo sepa". Sus labios se estiraron en una sonrisa. "Es una mujer de negocios inteligente. Y este lugar no es de su agrado. Le gusta guardar el dinero de los clientes en Belle House".

Blanche soltó una risita.

Por supuesto, conocía a la señora Sharke, la señora de Belle House. Había estado por aquí el tiempo suficiente. Se preguntó si habría alguna mujer en la Belle House con la que se había acostado, pero ahuyentó los pensamientos de inmediato. No había necesidad de darle vueltas.

"Me gusta la idea, Marko. Sí". Esbozó otra sonrisa encantadora. Si no podía tenerlo de otra manera, al menos, podría estar cerca de él aquí.

"Entonces espero verte pronto" dijo, y sus ojos volvieron a fijarse en ella, quemándola con su intensidad. Hubo un momento de silencio, pero no apartaron la mirada el uno del otro. Y en ese momento, Blanche quiso besarlo, quitarle la ropa y besarle el cuerpo, el cuello, el pecho, abriéndose camino hacia su virilidad, oírle gruñir...

De repente, hubo una conmoción en la entrada, la risa de alguien que sacó a Blanche de sus pensamientos, luego voces y risas de nuevo.

Esa risa, ella lo sabía muy bien. Un escalofrío recorrió su espalda cuando se dio cuenta de a quién pertenecía.

Marko miró fijamente a las dos personas que entraron y sus ojos se volvieron fríos. Se apartó el mostrador y dio varios pasos lentos en dirección a la pareja que se acercaba.

"¡Marko, querido!" Una voz femenina. "¿Has leído la Gazette?"

Una mujer caminaba hacia ellos con la gracia de un cisne. Un hombre alto y delgado con bigote, rasgos delicados y cabello rizado, que llevaba un sombrero de copa y un abrigo peculiar, caminaba detrás de ella.

"¡Están hablando de nosotros otra vez! ¡Qué espléndido!". La mujer se acercó a Marko, agitando un periódico en una mano y la otra, extendida hacia él para darle un beso.

Su voz estaba emocionada. Su aspecto, deslumbrante. Pero Blanche se quedó helada cuando la mujer evocó en ella los recuerdos repentinos que le revolvían el estómago.

Lettice Mabel Hatch.

La mujer se volvió hacia ella y se quedó paralizada de sorpresa.

"¡Oh, Dios mío!"

Miró a Blanche de arriba abajo, con los labios contorsionados en una fea mueca. Ladeó la cabeza hacia un lado, sus labios retomaron la posición de una sonrisa perfecta, se acercó rápidamente a Blanche y la rodeó con sus brazos.

"¡Querida! ¡Blanche, querida! ¡Oh, qué bueno verte!"

Blanche le devolvió el abrazo con torpeza.

Cinco años...

El dulce perfume de Lettice, exquisito, por supuesto, su lujoso vestido y su capa, sus guantes y su sombrero a la moda parisina, la belleza de todo aquello ocultaba toda la fealdad que Blanche había llegado a descubrir con los años, y se vio arrojada a un torbellino de recuerdos tan poderosos que se sintió mareada por un momento.

"Bueno, bueno" Lettice se apartó, de todos los lugares y te encuentro aquí nada menos que con Marko. ¡Qué casualidad!". Ella sonrió, pero sus ojos dispararon flechas a Blanche. "Oh, querida niña, tenía la intención de encontrarte tan pronto como llegara. Pero mira esto, tú misma nos encontraste".

Se echó a reír alegremente, y el sonido de la misma atravesó el corazón de Blanche como un picahielos.

Blanche estaba sentada paralizada, con una sonrisa en el rostro, pero temerosa de mirar a Marko o al hombre que acompañaba a su madrastra, temerosa de que una sola mirada y sus ojos la traicionaran, mostraran a los demás que, a pesar de los años, a pesar de ser una mujer independiente, a pesar de tratar de olvidar, Blanche todavía hervía de odio, y era hacia la mujer que estaba frente a ella.

Lettice Mable Hatch tenía un talento: siempre conseguía lo que quería y no rehuía nada para conseguirlo. Todo era un medio y un sacrificio. Sobre todo, personas.

El padre de Blanche fue la primera víctima. Falleció de neumonía, pero Blanche siempre pensó que había muerto de un corazón roto. Dos años con Lettice y él era su esclavo. Eso no fue lo peor. Lo peor fue cuando se enteró de que no era el único. Aun así, cegado por el amor, lo perdonó todo.

Blanche tenía sólo trece años cuando su padre murió y le legó una suma de dinero, pero como no era mayor de edad, había nombrado a Lettice su tutora.

Padre, Padre... ¡Si hubiera sabido que Lettice era mucho más cruel con las mujeres que con los hombres!

Después de un período de duelo demasiado corto, que era tan genuino como la personalidad de Lettice, Lettice comenzó un negocio con un tal Sr. Samson Cohn de Spitalfields. Tan dotado para la química como, según se supo más tarde, para defraudar a la gente, el Sr. Cohn ayudó a Lettice a montar un salón de belleza en Mayfair.

"Hermosa para siempre", decía un panfleto, y las damas acudían en masa a la costosa tienda en busca de cosméticos exóticos y artículos de tocador como si la muerte y la vejez estuvieran sobre ellas.

Matorrales minerales de barro y sal del Mar Muerto. Sérums milagrosos antiarrugas de Nueva Zelanda. Pociones de limpieza magnética de Siberia. "Capullos de seda" para pieles más suaves de Oriente. Polvos blanqueadores de Japón. Había más de cien preparaciones y pociones en la tienda "Mable Beauty", todas muy caras pero que prometían resultados extraordinarios.

Los productos mágicos llegaban de una casa en mal estado en la sucia calle Flower y Dean en Spitalfields. En medio de la enfermedad y la pobreza de los barrios bajos, una docena de hombres y mujeres pobres trabajaban todos los días, desde el amanecer hasta el anochecer, fabricando polvos, cremas y lociones para la élite londinense. Nada de eso, por supuesto, venía

de ultramar, excepto las manos españolas, serbias e irlandesas que restregaban, molían y mezclaba diferentes preparaciones que luego cubrían la piel de las damas ricas que compraban cualquier cosa que prometía preservar su juventud.

"Mable Beauty" había adquirido rápidamente la misma reputación que el rostro de su dueña, Lettice Mable Hatch, un epítome de belleza y juventud. Pero la belleza no era barata. La juventud, o la promesa de ella, tenía un alto precio. Y si las mujeres no tenían los medios, estaban dispuestas a hacer cualquier cosa para encontrar el camino. El negocio principal de Lettice no era necesariamente vender cosas, sino endeudar a las mujeres desesperadas para que se endeudaran. Las mujeres estaban desesperadas por verse hermosas. Lettice siempre les aseguraba que podían pagarlo más tarde, con un pequeño porcentaje de comisión encima. La belleza no podía esperar. En este momento, podría traerles dinero, atención, perspectivas.

Y más tarde...

Más tarde, alguien se presentaba en las puertas de las clientes con papeles en las manos que no solo pedían la cantidad que debían, sino también una tarifa considerable encima. Y si las damas no querían pagar, si los efectos de los preparativos, tal vez, no se probaban, había un buen chantaje de por medio.

Una de esas personas que hacía recados era Blanche. ¡Oh, joven e ingenua Blanche! Ayudaba en la tienda, entregaba las compras y los papeles que había que firmar. Y varias veces se había parado frente a las señoras que la llamaban estafadora y otros nombres, con los rostros enrojecidos por la indignación. Se disculpaba, se sonrojaba, murmuraba cosas a cambio, y cada vez que salía de las casas de las clientas enojadas, prometía que terminaría con eso.

Pero nadie podía escapar a los juegos de Lettice.

La culpa de Blanche no era que tuviera algo de dinero reservado para ella y se convirtiera en una carga. No. Para cuando Blanche cumplió dieciséis años, Lettice había recaudado tanto dinero de su imperio de belleza que la herencia de Blanche era una gota en el océano.

La culpa de Blanche era más banal que eso. Era la historia más antigua de los libros. Blanche era guapa. Y cuando superó su torpeza adolescente, la gordura en su rostro, era una joven hermosa.

Lettice podía sobrevivir a cualquier cosa, pero no a una rival de belleza dos décadas más joven.

No cuando estaba haciendo una fortuna.

No cuando Marko Farini entró en su vida. Su vida.

No cuando Blanche, que ya se estaba convirtiendo en una mujer, lo vio por primera vez y se quedó muda, con los ojos muy abiertos de asombro.

"Encantado de conocerte, Blanche". Su voz baja, con una risa juguetona, y una ligera sorpresa en sus ojos mientras estudiaban a la joven Blanche.

No cuando Lettice lo vio todo, dándose cuenta de repente de algo, y sus ojos se entrecerraron al mirar a Blanche con más rencor del que Blanche había visto hasta entonces.

Oh, Marko.

Si tan solo no hubiera aparecido en su vida...

Blanche caminaba a paso ligero por Regent Street. Horas antes, el día parecía brillante y alegre. Pero ahora la niebla se hizo más espesa. La tarde era demasiado oscura, como si la ciudad se

hundiera en un abismo. Los transeúntes, encorvados y temblorosos, se miraban unos a otros con sospecha, con la boca fruncida en sonrisas furiosas, como si estuvieran a punto de gruñirse el uno al otro.

Blanche estaba acalorada, ya fuera por el brandy que había bebido en las últimas dos horas o por docenas de pensamientos que se arremolinaban en su mente. Los dulces recuerdos evocados por Marko hace poco estaban ahora dominados por la sombría presencia de Lettice. Todavía podía sentir el tacto de la mujer, sus dedos fríos como el hielo, sus ojos afilados como agujas, cada una de sus palabras como una picadura de abeja. Lettice era como Medusa, soltando las serpientes que envolvían a Blanche como tentáculos.

“Siempre he dicho que tu aspecto es tu mayor activo, querida” dijo Lettice en Elysium, acariciando la barbilla de Blanche como si la evaluara.

El francés sonrió, estudiando a Blanche con curiosidad.

Marko evitó mirarla y dio una intensa patada.

Blanche quiso apartar la mano de la mujer de un manotazo, pero se sintió como siempre lo había hecho con Lettice: impotente e intimidada.

"La Belle House. Mmm". Lettice la estudió un momento más, y de repente retiró la mano y se dio la vuelta. "Supongo que es lo mejor que podrías hacer. Teniendo en cuenta la línea de trabajo, por supuesto".

Se quitó los guantes y el sombrero, se los pasó al francés sin mirarle, y él cogió apresuradamente la capa que ella se había quitado de los hombros.

"Marko, cariño, necesito un trago". Lettice se sentó en uno de los taburetes del bar sin adornar a nadie con una sola mirada, como si estuviera rodeada de sirvientes.

Marko llamó al camarero e hizo un gesto hacia Lettice.

Bien, pensó Blanche. *Que sea servida por otros.*

Blanche hervía de ira. La habitación la asfixiaba. Se iba, pero Lettice no sería Lettice si no lanzaba una pizca de veneno de despedida.

"Me encantaría hablar, querida niña. Ponme al día. No en ese establecimiento en el que trabajas, por supuesto. ¡Dios, no!"

Blanche podía ver el desprecio en cada gesto y sonrió, asintiendo con la cabeza para despedirse.

Marko la acompañó.

"Ella no ha cambiado, ¿verdad?", dijo.

"Nada lo hace, ¿verdad?" Blanche sintió que las lágrimas brotaban de sus ojos.

"Blanche..." Estaba a punto de decir algo, dio un paso hacia ella, pero ella se dio la vuelta y comenzó a alejarse.

¿Qué podía decir?

No había dicho mucho entonces cuando la arrojó al mundo de la vergüenza.

¿Qué podría decir ahora?

Blanche nunca pudo explicar qué fue lo que la atrajo a Marko. Cuando los hombres se convirtieron en su profesión, con su hábito constante de estudiarlos y evaluarlos, trató de encontrar la razón por la que se había enamorado de Marko a primera vista y nunca lo había descubierto.

Pero en aquel entonces, en Baker Street, hace cinco años, él la hechizó. Hacía tiempo que

oía hablar de él a través de Lettice, su nuevo amante. Y cuando llegó a su apartamento por primera vez, cuando Blanche entró en el salón para saludarlo y lo miró a los ojos, el mundo se puso patas arriba.

“Encantado de conocerla, Blanche”. Su voz era como un buen chocolate, rica y espesa.

“Señor Farini, un placer” dijo tímidamente, incapaz de apartar la mirada de él.

Era un poco más alto que ella, fuerte y musculoso. Su cabello negro azabache era lacio y desordenado, como era la moda, mechones de él caían casualmente sobre su frente. Rasgos nítidos. Había en ellos cierta brutalidad, tan contraria a sus ojos que brillaban con curiosidad y bondad. Piel de aceituna. Italiano, dijo. Mandíbula fuerte y labios que se curvaron en una media sonrisa. Y sus ojos negros la miraban fijamente desde debajo de sus gruesas cejas, penetrándola con un brillo juguetón. Sus rasgos no eran sobresalientes per se. Pero cuando uno lo observaba durante algún tiempo, Marko parecía sorprendente. Era magnético, y su voz también.

“Marko. Puedes llamarme Marko”. Sus ojos eran hipnóticos y miraban sin pestañear a Blanche, que se había quedado sin palabras.

“Bueno, ahora, no nos pongamos demasiado frívolos” dijo Lettice y le rodeó el brazo con la mano. “El señor Farini estará por aquí bastante tiempo. Tiene la llave de la casa. Blanche, querida, asegúrate de no molestarlo demasiado”.

Blanche no tenía intención de hacerlo. Era al revés.

Al no haber estado cerca de hombres en absoluto, Blanche descubrió que los hombres hacían más cosas con las mujeres que hablar y beber. Marko no tenía ni treinta años y era más de una década más joven que Lettice, pero lo que hacían en su habitación hizo que Blanche se tambaleara. Los escuchaba constantemente, por la mañana y por la noche. Sus gruñidos, su voz grave y gruesa y las risitas de Lettice como si fuera una niña. Blanche le lanzaba miradas furtivas aquí y allá. Cuando él estaba cerca, no podía dejar de pensar en otra cosa. Era omnipresente. Podía sentirlo desde el lado opuesto de la casa. Cuando lo veía a su alrededor, sus ojos la atravesaban de la manera más peculiar, la hacían arder con una extraña dulzura y la dejaban inquieta por la noche. Escuchó sus relaciones sexuales muchas veces. Su corazón se detenía y se congelaba como una ladrona, escuchando, preguntándose cómo sería estar con un hombre, cómo sería ser tocada por Marko.

Una noche se quedó hasta tarde en la tienda, y cuando regresó a casa, la casa estaba oscura pero no silenciosa, resonando con los sonidos familiares del dormitorio. Y la puerta de la habitación estaba entreabierta. Se acercó sigilosamente como una ladrona, sus ojos se clavaron lentamente en la línea de luz tenue que provenía del dormitorio de Lettice, y entonces lo vio: dos cuerpos, tan abiertos en su desnudez, el de ella a horcajadas sobre el suyo, empujándolo, cabalgándolo como si estuviera montando a caballo, con sus manos acariciando sus pechos y los de ella, sus muslos.

Blanche regresó sigilosamente a su habitación y se quedó de pie con la espalda pegada a la puerta, con el corazón latiendo como el de un conejo después de una persecución. Con la conmoción llegó una extraña excitación, una dulce tensión entre sus piernas. No dejaba de pensar en las manos de Marko acariciando la piel de la mujer y, antes de que pudiera contenerse, su mano se levantó la falda y se deslizó hasta la unión entre sus piernas. Estaba demasiado mojada allí, no lo entendía, pero no le daba mucha importancia. El líquido espeso cubría su sexo y facilitaba que sus dedos se deslizaran hacia adelante y hacia atrás mientras intentaba calmar la tensión.

Solo se hizo más fuerte, más poderoso, más intenso. Se sentía bien. Acercó una silla, apoyó un pie en ella y abrió más las piernas. Se apoyó de espaldas a la puerta y cerró los ojos. Sus

dedos encontraron el centro de su placer. Su mente encontró las imágenes de Marko y sus manos. Y cuando el palpar entre sus piernas se hizo insoportable, sus dedos comenzaron a trabajar su sexo con más fiereza hasta que de repente la tensión se desmoronó como si algo explotara dentro de ella con el dulce placer que le recorría todo el cuerpo. Jadeó, incapaz de contenerse, y se sintió débil, experimentando su primer orgasmo.

Las aventuras amorosas de su madrastra y Marko fueron la primera introducción de Blanche al mundo del placer. Escuchándolos constantemente. De vez en cuando se topaba con ellos. Presenciando accidentalmente sus momentos de lujuria.

Y luego la atraparon.

Regresó a casa temprano una noche y caminó hacia su habitación cuando escuchó a Lettice y Marko en el salón. Regresó en silencio, tratando de ser lo más discreta posible, y se asomó desde el oscuro pasillo hacia la habitación iluminada.

Lettice estaba sentada encima del escritorio, de espaldas a la puerta, vestida, con las piernas abiertas y Marko entre ellas. Se estaba metiendo lentamente en ella, con un brazo alrededor de la cintura de la mujer y el otro, sobre el escritorio para hacer palanca. Estaba susurrándole algo al oído cuando alzó los ojos y vio a Blanche a través de la puerta en el oscuro pasillo.

Blanche quería huir. Sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. Sus piernas se debilitaron y su corazón comenzó a latir violentamente. Pero Marko no apartó la mirada. En cambio, su mirada cambió. Miró fijamente a Blanche desde el otro lado de la habitación, y sus ojos la mantuvieron pegada en su sitio. La hipnotizaron mientras estaba de pie en el pasillo sin poder moverse. No dejó de hacer lo que estaba haciendo, sino que aumentó el ritmo, empujando a Lettice cada vez con más fuerza, haciéndola gemir.

Pero sus ojos se quedaron fijos en Blanche. Y los de ella, en él.

Ella lo observó sin pestañear, con los ojos muy abiertos por la maravilla de volver a verlo en este acto íntimo. Se olvidó de Lettice. El mundo a su alrededor desapareció, y solo quedaron Marko y ella, Blanche, con los ojos cerrados, como si él estuviera haciendo el amor con ella.

No apartó la mirada hasta que llegó al clímax, con fuerza y un gruñido, con sus ojos en Blanche eran tan intensos que casi podía sentir su orgasmo. Y cuando terminó, ella se retiró lentamente a la sombra del oscuro pasillo y caminó con paso firme como si estuviera aturdida hacia su habitación.

Esa noche se acostó en la cama y repitió la escena una y otra vez en su mente, tocándose y hundiéndose en el dulce placer de los recuerdos vergonzosos. Esa noche Marko era su amante, al menos en su mente. Esa noche supo que él no veía en ella a una chica inocente. Esa noche decidió que quería ser mujer.

Pero esa noche no sabía que Marko no sería quien la hiciera...

Era de noche. Elysium se veía brillante por fuera y tarareaba con voces y música que se filtraban a través de las puertas que se abrían constantemente.

Blanche llegó en compañía de Sir Curtis, varios de sus amigos, un par de damas que Blanche no había visto antes, y Bonnie, otra dama de la Belle House. Blanche estaba agradecida por Bonnie. Nunca le había gustado demasiado la chica, era una versión más joven de Lettice. Pero Bonnie era como la pólvora: una chispa accidental y podía crear una gran cantidad de ruido y acción. Sabía cómo entretener a los hombres, cómo conseguir lo que quería y cómo sacarles dinero. Era una hábil complaciente, con una actitud y un temperamento en la cama que encantaban a muchos hombres.

Elysium era demasiado ruidoso y alegre, como si estuvieras en medio de una fiesta alegre. Algunos lugares tenían tanto encanto, y Elysium no se parecía a ninguna otra cosa. La multitud. El tintineo de las copas. La alegre música de la pequeña orquesta. Se sintió como una celebración. Nunca se sabía si la actuación estaba a punto de comenzar o había terminado: todo el mundo estaba mareado, lleno de felicidad y de buen humor.

Blanche y su grupo fueron escoltados rápidamente a las mesas y sofás que estaban acordonados del resto de la multitud.

"Oh, esto es una mejora", dijo uno de los caballeros. "Me gusta esto".

Marko había hecho algo de trabajo, se dio cuenta Blanche y sonrió. Escudriñó el pasillo abarrotado, tratando de encontrarlo. Parecía imposible en la sala de varios cientos de personas que estaban de pie y sentadas y abarrotaban todos los espacios disponibles, pero sus ojos lo encontraron en medio del mar de humanos de inmediato.

Marko...

Vestía una camisa clara y un chaleco estampado con una cadena de oro y pantalones oscuros. Sin corbata ni moño, como si estuviera en casa saludando a sus amigos cercanos. Estaba de pie con el brazo envuelto casualmente alrededor de un caballero bajito y regordete que sonreía de oreja a oreja. El resto del grupo, damas y caballeros, se sentaban alrededor de dos mesas mirando a Marko con una sonrisa. Marko siempre parecía estar en casa dondequiera que estuviera, como si fuera el dueño de cualquier lugar en el que pusiera un pie. Su confianza era contagiosa. En su compañía, los hombres de repente se sentían más altos, más importantes. Imitaban sus gestos, se volvían más frívolos. Los no fumadores cogían cigarros. Los silenciosos se hacían más ruidosos. Los tímidos enderezaban los hombros. Como si Marko, a su lado, hubiera desatado los poderes que habían estado escondiendo en su interior.

Así era Marko.

Blanche sonrió.

Su Marko.

Hace cinco años, de vuelta en Baker Street, pensaba en Marko día y noche. Sus sueños eran salvajes y atrevidos, pero en realidad, aún no había besado a ningún hombre.

Hasta Marko.

Una rara noche en la que Lettice no estaba en casa, Blanche y Marko hablaron. Sobre nada, en realidad, pero cada palabra abrasaba a Blanche hasta la médula de deseo. No podía mirarlo a los ojos por mucho tiempo. Sus miradas, por el contrario, se hacían más intensas. Las palabras parecían tener más significado. Cada segundo de silencio, era más intenso que las palabras.

No recordaba muy bien cómo surgió la conversación sobre la tienda. Acerca de Lettice. Sobre su belleza.

"Eres diez veces más hermosa que ella" dijo Marko. "Y a diferencia de ella, una buena persona".

Blanche se sonrojó.

Se rio y se acercó a ella lentamente, sin prisas, como si estuviera hablando con un amigo. Con un vaso de whisky en su mano. Pero sus ojos eran tan intensos que ella sintió cómo su núcleo femenino ardía bajo su mirada.

"Seguramente lo sabes," dijo él, y sus dedos rozaron su mejilla.

Su corazón comenzó a latir tan rápido que pensó que iba a desmayarse.

¡Él la tocó!

"¿Qué sé?" preguntó ella y, convocando toda la valentía que tenía, levantó los ojos hacia él.

"Que eres fascinante", dijo él, con sus ojos penetrándola.

Se sonrojó aún más, pero no apartó la mirada.

"¿Lo soy?" dijo apenas audible.

Sus ojos buscaron los suyos en busca de señales de aprobación. Quería escuchar más. Quería que él la tocara de nuevo.

Quizás él lo vio en sus ojos, porque dio un paso más cerca. Su chaleco tocó su vestido. Ella podía sentir su aliento cálido. Sus dedos se movieron lentamente hacia su rostro, acariciaron suavemente su mentón, y sus labios tocaron los suyos.

Años después y ella todavía recordaba ese beso, el recuerdo más brillante que tenía de esos días.

Qué suaves eran sus labios.

Qué gentilmente tocaban los suyos.

Cómo separaban los suyos, y ella sintió su lengua, suave y cálida, deslizarse en su boca.

Cómo ella correspondió a ese movimiento, su lengua tocando la suya y alejándose tímidamente.

Cómo él lo hizo de nuevo, separando sus labios más ampliamente, deslizando su lengua más profundamente, y ella respondió solo voluntariamente, pensando que, si él fuera más allá, se desmayaría.

Pero no lo hizo. Se detuvo y la miró a los ojos por un momento. Sus labios tocaron los suyos en otro beso suave. Se apartó de nuevo, se dio la vuelta y se alejó lentamente.

Cuando Lettice regresó a casa una hora después y llamó a Blanche al salón, Blanche pensó que ardería de vergüenza al recordarlo. Marko estaba sentado con indiferencia como si nada

hubiera pasado, pero Blanche se ruborizó del tono de rojo más profundo.

No se escapó de Lettice, quien le dio una mirada curiosa, y sus labios se curvaron en una sonrisa burlona.

"Interesante," dijo Lettice y se volvió para mirar a Marko.

Si él no hubiera besado a Blanche, todo podría haber pasado.

Si él no hubiera sido el primer hombre que besó, podría ser diferente.

Pero el beso lo cambió todo. No había vuelta atrás. No importaba cuántos hombres Blanche había tenido desde entonces, en su mente, Marko era el primero. Y el único que había amado jamás.

Ella se engañaba pensando que un solo beso sería suficiente, porque después de ese beso su mente se volvió loca. Si Marko parecía más frío que antes, evitándola, pasando más tiempo con Lettice y fuera de la casa, entonces Blanche buscaba cualquier oportunidad para estar cerca de él. Incluso si solo era para percibir su presencia en la casa.

Quería más y no le importaba Lettice. Si una mujer soltera podía hacer con un hombre lo que Lettice hacía, entonces Blanche podía pedir tan solo un beso inocente. Lettice no era una mujer fiel, ni al padre de Blanche ni a Marko, estaba segura de eso. Pero eso no era el problema. Realmente no había ninguno, porque Blanche quería a Marko más que a nada.

Era joven, necia, locamente enamorada, eso era suficiente. Sus sentidos superaban cualquier razón. Y cuando una semana después encontró a Marko solo en el salón, de mal humor, bebiendo y fumando, se acercó para hablar.

Conversación trivial. Nada que insinuara lo que había sucedido. Hasta que hablaron de Lettice.

Su encantadora sonrisa se desvaneció.

"Deberías tener cuidado con tu madrastra, Blanche", dijo.

Ella no entendió lo que quería decir.

"Ella no es..." él sonrió con malicia "Puede ser bastante despiadada."

"Entonces, ¿por qué estás con ella?", respondió Blanche de inmediato y lamentó haberlo dicho enseguida. Se disculpó, se dio la vuelta abruptamente y salió rápidamente de la habitación.

"¡Blanche!"

Él la alcanzó en el pasillo, en la puerta de su habitación.

"Lo que quería decir es que eres demasiado amable para alguien como ella."

"No sabes cómo soy, Marko", dijo en voz baja y lo miró fijamente a los ojos.

Oh, ella lo quería de nuevo—su toque, sus labios. Si mujeres como Lettice podían conseguir lo que querían, ¿por qué ella, Blanche, no podía? Temblaba, su corazón latía como un tambor, pero dio un paso más cerca de Marko y lo besó en los labios.

No era buena en eso, no sabía cómo hacerlo bien, cómo conseguir que él hiciera lo mismo. Sus labios tocaron los suyos tímidamente, no encontraron respuesta, y ella se retiró rápidamente, avergonzada consigo misma, lista para huir a su habitación. Pero él se acercó más, la empujó suavemente hacia atrás, contra la pared. Sus brazos se envolvieron alrededor de su cintura, y sus labios estaban en los suyos.

¡Oh, qué diferente era esta vez! Qué suaves eran sus labios, pero más insistentes, presionando con más fuerza, su beso más profundo, haciéndola sentir mareada.

Y más largo. ¡Mucho más largo!

La besó, y resonó en todo su cuerpo, enviando calor hasta su vientre inferior, haciéndola palpar de deseo.

Y luego se detuvo abruptamente como si algo lo alejara. Acarició su mejilla y besó suavemente el lugar donde habían estado sus dedos.

"Deberíamos detenernos", susurró.

Si tan solo hubiera sido la última vez...

Elysium estaba lleno de alegría y ruido, pero la mente de Blanche estaba en una sola persona. Los recuerdos inundaban su mente cada vez que veía a Marko. Como si no hubiera habido nada más en su vida antes. Solo Marko.

Ella lo observó con asombro, notando cómo llamaba la atención de todos. El hombre regordete que llevaba bajo el brazo dijo algo y le dio unas palmaditas en el pecho, y Marko se echó a reír a carcajadas, echó la cabeza hacia atrás, miró hacia otro lado y, al otro lado de la habitación, en medio de toda aquella gente, sus ojos encontraron al instante a Blanche.

Su corazón se estremeció de alegría. No miró para ver con quién había venido, solo la miró por un momento, luego sonrió y brindó por ella en el aire con una bebida y un cigarro encendido entre los dedos, asintiendo con la cabeza.

Ella asintió con la cabeza y su corazón floreció como una flor de primavera. Para Blanche, estaba Londres y luego estaba este lugar y su dueño, Marko Farini.

Su sonrisa era más amplia de lo que había sido en meses cuando tomó asiento junto a Sir Curtis. De repente, la vida tenía más sentido. De repente, había un lugar que disfrutaba. Porque había un hombre en ella: Marko. La idea la hizo sonreír mientras miraba a Sir Curtis con más entusiasmo que nunca.

"Estás alegre hoy, mi niña". Él soltó una risita, le tomó la barbilla entre los dedos y la estudió por un momento.

Los camareros trajeron las bebidas y los menús. Camisas grises, chalecos negros, pantalones, chaquetas, corbatas pequeñas y delantales, se movían de un lado a otro constantemente. Parecía que eran demasiados. Al igual que los clientes. Pero esa era la idea de Marko: cuanto más rápido era el servicio, más dinero gastaban los clientes.

Bonnie era habladora y demasiado dulce. Las otras damas miraban a su alrededor con asombro. Los hombres encendían cigarros y discutían sobre el lugar. Se mencionaban los nombres de los propietarios.

Blanche fingió escuchar las conversaciones, pero sus ojos vagaban de un lado a otro. Con demasiada frecuencia encontraban a Marko entre la multitud y se detenía a estudiarlo. La gente lo llamaba por su nombre de aquí para allá, y él se movía de un lado a otro, llevando consigo su sonrisa y el humo de su cigarro, su risa rodando en el aire incluso por encima del ruido y la música, siempre seguida de vítores colectivos de los invitados.

Brandy, vino... Blanche necesitaba dejarse llevar. Con Marko cerca, se sentía más consciente de sí misma.

"Señores. Señoras". Marko finalmente se acercó, sus ojos brillaban por la calidez como si se hubiera encontrado con viejos amigos.

"¡Ah, Sr. Farini!"

"¡El hombre del que todos hablan!"

"¡Qué establecimiento tan fino tiene aquí!"

Marko sonrió.

"Esperen hasta la medianoche, mis señores, y 'fino' adquiere un significado bastante diferente", dijo, con sus ojos brillando con picardía.

"¡Oh!" Las damas rieron.

"Nos gusta eso, ¿verdad, damas?" Sir Curtis miró a Blanche y le acarició la mejilla de nuevo.

"Señorita Blanche, se ve encantadora", dijo Marko pero desvió la mirada demasiado rápido.

¡Oh, si solo mirara lo suficiente! Quería sus ojos en ella. Oleosos. Brillantes. Abrasadores.

"Así como usted, señor", respondió sin pensar.

Marko soltó una carcajada fuerte, y ella deseó poder hacerlo reír así más a menudo.

"¿Se quedará con nosotros, Sr. Farini?" preguntó.

Ahora sus ojos la miraron un poco más, y el corazón de Blanche dio un vuelco. Tenía que saludar a varias otras personas—agitó vagamente con un cigarro entre los dedos—pero volvería, dijo. La función estaba a punto de comenzar. Era un experimento. Algo nuevo. Esperaba que les gustara.

Y tan pronto como los dejó, Blanche sintió celos de las personas a las que él honraría con su presencia.

¿Era culpa de ella por desearlo tanto?

Tenía casi dieciséis años en ese entonces, en Baker Street. Ardía con deseos adultos. Su cuerpo chisporroteaba con la necesidad de un toque masculino. No la de cualquier hombre, de Marko. Su pasión devoradora le quitó toda vergüenza y toda noción de decoro cuando una noche —un raro momento en que estaban solos— entró en el salón donde Marko estaba sentado leyendo a la tenue luz del candelabro.

Blanche, desvergonzada en su franqueza, sólo llevaba un vestido sobre su cuerpo desnudo. Sus ojos ardían como si tuvieran fiebre.

Él también lo vio. No podía apartar los ojos de ella, sabía lo que quería, se sentó en silencio durante un rato, con sus ojos estudiando su cuerpo envuelto en una bata como si pudiera hacer desaparecer las finas telas.

"Marko" dijo en voz baja y vio que sus ojos brillaban con tanta necesidad como los de ella.

Se puso de pie y se acercó lentamente a ella.

"Blanche, deberías volver a tu habitación" dijo en voz baja, pero se quedó a un metro de ella, con los ojos clavados en los de ella-.

Ella negó con la cabeza.

"Bésame" susurró.

Y allí estaba de nuevo: sus labios sobre ella, besándola lenta y profundamente. Sintió que su núcleo femenino ardía tan intensamente que en ese momento estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para alimentar ese deseo.

"Te quiero" susurró las palabras que había escuchado en otro lugar antes.

"Ya lo veo, dulce niña" susurró y volvió a besarla.

Sus manos estaban sobre él, tratando de desabrocharle la camisa, pero él se las quitó suavemente.

"Blanche" dijo en voz baja, "deberías volver a tu habitación".

Pero sus ojos decían otra cosa, y ella volvió a negar con la cabeza.

“No”. La palabra apenas audible brotó de sus labios.

Bajó los ojos hasta su vestido y ella contuvo la respiración, temerosa de moverse. Sus dedos tiraron lentamente de los tirantes de sus hombros y deslizaron la bata hacia abajo para dejar al descubierto sus pechos.

Este momento fue quizás la experiencia más poderosa de su vida: el hombre que amaba y su primer contacto íntimo. Su desnudez frente a él. Sus dedos acariciaban sus pechos, lenta y suavemente. Su decisión de entregarse a él.

Cerró los ojos y tembló al tocarlo, pero de repente, sus labios estaban junto a su oreja.

“No puedo darte lo que quieres, cariño” dijo en voz baja.

Pero no se apartó. En lugar de eso, él le rodeó la cintura con un brazo, y la otra mano recogió la parte inferior de su vestido y se deslizó por debajo de ella, entre sus piernas y hasta el lugar secreto que ella deseaba que tocara tanto.

“Oh, cariño”. Exhaló y sus dedos comenzaron a acariciar suavemente su sexo. “Abre más las piernas” susurró él, y ella obedeció y se perdió en el placer de su toque.

Se sentía mucho mejor que cuando lo hacía ella misma. Sus manos se aferraron a sus brazos. Su frente estaba pegada a su hombro. Y creyó desmayarse por el intenso placer de sentir sus dedos entre sus muslos. El primer hombre. Su primer toque. Estos minutos estaban empapados de su olor, de su voz, de sus caricias. La estrechó contra él, le susurró algo al oído, balanceó las caderas contra ella al ritmo de sus dedos. Ella movió las caderas, se apoyó en su mano y finalmente se desmoronó en un orgasmo cegador. ¡Mucho más rápido que cuando lo hacía ella misma! Demasiado rápido, dejándola con ganas de más.

Se abrazaron por un momento hasta que él apartó su mano de su sexo, dejando que el vestido cayera en su lugar, y la besó suavemente en su mejilla sonrojada.

“Vete” susurró.

Algún tiempo después, lo escuchó salir de la casa. Se sentó en la cama, con los ojos cerrados, y repitió la escena en su mente una y otra vez.

No sabía cómo se enteró su madrastra, si realmente lo sabía o era una intuición enfermiza de un depredador, pero la actitud de Lettice cambió. Se estaba gestando una tormenta. Y la semana siguiente trajeron los horribles eventos que cambiaron la vida de Blanche para siempre.

A diferencia de la mayoría de las salas de este tipo en Londres, el escenario de las Salas Elysium se elevaba demasiado para que la gente pudiera ver mejor desde el lado opuesto de la sala. Formaba un semicírculo.

Eran las ocho.

La orquesta se quedó en silencio, al igual que la gente en la sala.

Las cortinas estaban corridas. Dorado y morado, no rojo feo. Había algo pretencioso en ello, así como en el propio Elysium. El viejo y algo feo candelabro que colgaba del techo brillaba con cientos de luces de velas, haciendo que el lugar tuviera atmósfera. Los apliques de las paredes eran de diferentes colores y patrones. Las paredes estaban decoradas con retratos y pinturas de todo tipo, una extraña selección que hacía que la sala gigante pareciera una galería. Las cortinas colgaban de las paredes en varios lugares con figuras gigantes, que se asomaban detrás de ellas, pintadas en las paredes. Como si los asistentes estuvieran siendo espiados o tal vez atraídos a un mundo diferente. A Blanche le recordó una fiesta privada a la que había asistido en las afueras de Londres: máscaras y túnicas, sirvientes desnudos que actuaban como esclavos, señores con

látigos y cadenas, damas desnudas y con correa. Excepto que aquí todo el mundo estaba vestido. Pero sentía que pasaría el tiempo y se convertiría en algo diferente. Agudizaba los sentidos y aumentaba la expectativa. Quizás, se pretendía que fuera así. Quizás, para Blanche todo lo que tenía que ver con Marko era especial.

Adrien de Jouy apareció en escena.

“*¡Mesdames et messieurs!*”

Se veía diferente interpretando el papel de un animador. Llevaba un sombrero de copa y un abrigo largo o túnica sobre su atuendo. La prenda era brillante, de color verde intenso, y reflejaba las luces de los candelabros. Tenía un bastón, dorado e intrincadamente decorado. Su bigote parecía algo feroz y sus ojos brillaban con picardía.

Dio la bienvenida a los invitados. Habló de Elysium. Bromeó sobre el Parlamento. Luego sobre los invitados. Y la niebla londinense. Su discurso estaba lleno de gestos con las manos, su acento era más entretenido que lo que decía.

La actuación era una nueva aventura y aún no se había mostrado en ningún lugar de Inglaterra, anunció finalmente. Esperaba que al público le gustara. No iba a estar en el escenario.

"Pog favog, mantengan sus manos quietas. *¡Bonne soirée!*"

Una reverencia.

Risas de la audiencia.

La orquesta comenzó a tocar nuevamente.

Varios hombres, con sus cuerpos envueltos en tejidos ajustados, entraron en la habitación, cada uno sosteniendo una antorcha encendida. Se posicionaron en diferentes partes de la habitación, y una fina tela de seda cayó del techo junto a cada uno de ellos.

A continuación, varias mujeres aparecieron en la habitación. Mismos atuendos: trajes de una sola pieza ajustados que cubrían todo su cuerpo desde los tobillos hasta el cuello, decorados con lentejuelas que brillaban como escamas de pez. Los rostros de las mujeres estaban pintados, y sus expresiones disfrazadas.

Cuando las mujeres agarraron las telas de seda, Blanche pensó que estaban a punto de ser elevadas en el aire. Pero cuando las mujeres se impulsaron desde el suelo y de repente, como criaturas míticas, treparon hacia arriba, balanceándose, retorciéndose, girando, utilizando las telas como cuerdas, los labios de Blanche se separaron asombrados.

No solo los suyos. La habitación estaba más silenciosa que durante el día sin nadie alrededor. El tintineo de los platos y vasos cesó. El murmullo se apagó. La audiencia observaba absorta, con los rostros inclinados hacia arriba, boquiabierta ante los cuerpos de los artistas mientras los elegantes acróbatas bailaban en el aire, sus miembros entrelazados con las telas. Incluso el humo de los cigarros, denso como nubes, parecía detenerse en el aire y moverse solo con las caricias rápidas de la brisa proveniente de las telas en movimiento.

La orquesta retumbaba.

Los artistas cayeron abruptamente varios pies hacia abajo.

Suspiros.

Chillidos femeninos de la multitud.

Pero era intencional. Las criaturas flexibles se balanceaban graciosamente en el aire, como marionetas, y la habitación estalló en aplausos violentos.

Los artistas seguían balanceándose por encima del techo, sus trajes con cientos de pedrerías reflejaban las luces y brillaban como estrellas. Eso era todo: eran los grupos de estrellas centelleantes que se movían en el aire sobre la audiencia.

Blanche miraba hacia arriba, hipnotizada por la actuación. Los sonidos suaves de los violines

se deslizaban por la habitación al ritmo del suave balanceo de las telas de seda y los cuerpos entrelazados con ellas.

"Encantador, ¿verdad?" una voz suave junto a ella dijo.

Marko.

Ella no lo notó traer una silla hacia su mesa y sentarse a su lado. Lo miró asombrada, y él mantuvo su mirada en ella, con los ojos sonrientes.

"Sí," dijo ella en voz baja, mirándolo con admiración.

Solo un hombre como Marko podría llevar tanta magia a la gente. Era un mago, conjurando las mejores experiencias que dominaban su mente y su corazón. Su rostro estaba tan cerca que ella quería tomarlo con ambas manos y besarlo suavemente. Su corazón se apretó con ternura. Alguna fuerza magnética la estaba atrayendo hacia él.

Pero no podía, no ahora, no aquí.

"Es maravilloso, Marko. Es simplemente maravilloso" tragó saliva, sabiendo que no hablaba de la actuación sino de él, de los recuerdos de ellos juntos, de que él estaba de vuelta en su vida "espléndido," terminó con una sonrisa.

Él sonrió. Se quedó a su lado hasta que la actuación terminó. Y hasta entonces, Blanche pudo sentir su presencia con cada célula de su cuerpo. Vio de reojo cómo giraba la cabeza hacia ella, pero cuando lo miró, solo sonrió, parpadeó y miró hacia arriba a los hipnotizantes jinetes de las cuerdas de seda.

Cuando los artistas finalmente descendieron y aterrizaron graciosamente en el suelo, la orquesta retumbó con las últimas notas triunfales y la audiencia estalló en aplausos y se puso de pie, silbando y aullando.

Marko se excusó y se fue, y Blanche sintió que la mejor parte de la noche había terminado.

Pero lo mejor estaba por venir.

También lo peor.

Una cantante baja y regordeta apareció en el escenario. Su anchura superaba su altura, pero cuando comenzó a cantar, la suavidad de su voz superó cualquier expectativa. La mayoría no prestaba atención, aun discutiendo sobre las telas aéreas. Pero la voz de la cantante, baja y melosa, sumió a Blanche en su melancolía habitual. Blanche deseaba en ese momento estar tomando opio y sola, para poder sentarse frente a la mujer, escucharla cantar y sumergirse en un mundo diferente. Solo ella, la dulce voz sensual y la música.

Un chico mensajero se acercó y pasó una nota a Sir Curtis. A pesar de los lugares cuestionables que visitaba Sir Curtis, siempre alguien sabía dónde estaba. Los negocios eran más importantes que el ocio, y los negocios no eran juiciosos.

Tampoco lo era Blanche cuando Sir Cutis anunció que debía irse por la noche. Él tomó su rostro entre sus manos y susurró promesas de devorar su cuerpo en pedazos la próxima vez que la viera. Ella rio coquetamente, le lanzó una mirada seductora después de cinco brandys, y exhaló aliviada cuando él se fue. Buscó a Marko en la multitud y lo vio con otra persona, siempre ocupado hablando con un grupo u otro.

Y entonces la vio a ella.

Lettice Hatch estaba dos mesas más allá. Su madrastra siempre se deslizaba en su vida como una serpiente. Sonriendo. Disfrutando de los cumplidos. Un vestido bordó. Un sombrero de terciopelo a juego con plumas.

De repente, la noche pareció empezar a ir cuesta abajo. El frío se apoderó de las entrañas de Blanche. No solo le desagradaba esa mujer, sino que le tenía miedo, como el miedo adolescente a alguien más sabio, más poderoso y capaz de hacer el mal.

Y entonces Lettice estaba en la mesa de Blanche. No había escapatoria de ella.

"Blanche-querida, te ves hermosa". La voz de Lettice era demasiado dulce mientras extendía la mano a los caballeros, presentándose, pero sin lanzar ni siquiera una mirada a las otras damas.

Charla. La vida en París. ¿Cómo había estado Blanche? Espléndido. Así se veía.

"¿Te he dicho que pareces digna de la Belle House?" Lettice sonrió dulcemente a Blanche. "Eres el tipo de mujer por la que un hombre alcanza su bolsa cuando te ve."

Blanche quería estrangularla, pero no respondió y bebió más brandy.

"Al menos eso es lo que dice Marko," añadió Lettice, y Blanche sintió como si su corazón fuera atravesado por una aguja afilada. "Los hombres saben cuándo pueden comprar a una mujer y por cuánto." Lettice sonrió rápidamente. "De todos modos, ¿te veré por aquí, querida? No bebas demasiado."

Lettice asintió a los caballeros y se fue, dejando a Blanche sin palabras y deseando estar lanzándose desde un puente hacia las oscuras aguas del Támesis. Bebió más y trató de lucir alegre, pero las palabras de su madrastra se esparcieron como veneno en su corazón.

Los hombres saben cuándo pueden comprar a una mujer y por cuánto...

Cuando Blanche cumplió dieciséis años, finalmente obtuvo el dinero que su padre le había dejado. No era mucho comparado con la cantidad que "Mable Beauty" recaudaba cada mes. Y cuando Lettice se lo explicó, Blanche se dio cuenta de que el dinero no le daría ninguna independencia.

Tendría que pagar el alquiler, dijo Lettice. Tendría que encontrar trabajo, porque Lettice no podía permitirse mantenerla en la tienda, una mentira rotunda, ya que Blanche sabía que la tienda podía emplear a una docena de personas y aun así obtener ganancias gigantescas.

"Una opción es casarse. Y podría tener un candidato digno".

A Blanche le presentaron a un tal señor Herbert Loetz, un hombre de unos veinte años y tan horrible y repulsivo que las lágrimas brotaron de sus ojos y empezó a temblar al verlo. La estudió de arriba abajo y sonrió, y sus pequeños dientes amarillos le recordaron a Blanche a las ardillas hambrientas en Hyde Park a principios de primavera.

"No. Por favor. No puedo", dijo, temblando cuando el hombre se fue y ella se paró frente a Lettice.

Blanche suplicó a su madrastra, incluso lloró, pero Lettice se limitó a encogerse de hombros con indiferencia.

"Hay otra opción". Marko lo sugirió, y siempre tiene un buen sentido de la razón. "Puedes vender tu inocencia".

La mente de Blanche no registró las palabras de inmediato.

"Hay un buen dinero que algunos están dispuestos a dar por una mujer bonita e inocente" prosiguió Lettice. "Dinero fácil, si me preguntas. Una noche, y eres libre de hacer lo que quieras con tu vida. Al menos durante algún tiempo".

Siguió hablando como si se tratara de una aburrida conversación sobre el té, pero Blanche sintió que el suelo se le caía debajo de ella.

¿Venderse? ¿Esa era la idea de Marko?

Sintió que la sangre se le subía a la cabeza, ensordeciéndola.

"De hecho, Marko tiene a alguien en mente. Ya habló con un caballero" continuó Lettice.

Blanche no se dio cuenta de que las lágrimas empezaban a deslizarse por sus mejillas. No

fue la idea de venderse a sí misma lo que la molestó, sino el hecho de que fuera Marko quien lo sugiriera lo que le atravesó el corazón como una flecha venenosa.

"Ahora, querida niña, no nos pongamos sentimentales. No es para tanto, en realidad" dijo Lettice, molesta.

Más tarde, mucho más tarde, Blanche pensaría mucho en ese día y en lo que siguió y se daría cuenta de que había sido una mejor opción que casarse con un hombre repulsivo y servirle por el resto de su vida. Pero en ese entonces, se sorprendió. Horrorizada. Más que nada, se sintió traicionada.

Tal vez, fue su culpa. Tal vez, se había comportado como una mujer suelta, lanzándose sobre el hombre que era el amante de su madrastra y dando así la impresión de que estaba dispuesta a ofrecerse.

"No hay nada que temer", explicó Lettice al día siguiente, como si la acicalara con sus charlas. "Marko tiene razón, por supuesto. Hay mejores maneras de aprovechar tu belleza que casarte con un hombre inútil".

Marko... ¿Cómo pudiste?

Blanche quería enfrentarse a él, mirarle a los ojos y ver qué tenía que decir. Pero él no estaba. Y cuando lo hacía, Lettice siempre estaba ahí. Evitó mirar a Blanche como si se escondiera, como si se avergonzara de sus actos.

"¿Crees que Blanche puede conseguir algo mejor que el señor Herbert Loetz?" Lettice preguntó un día cuándo estaban los tres en la tienda.

Marko se limitó a sonreír.

"Cualquiera puede conseguir algo mejor que eso. Blanche se merece mucho más".

Mucho más...

Blanche lloraba. Lejos de los ojos de todos, lloraba por su destino, por la vida, y más que nada, por la traición del hombre del que estaba enamorada, el hombre que parecía preocuparse por ella, el hombre que le había dicho que debía tener cuidado con Lettice. En cambio, debería haber tenido cuidado con Marko.

Lettice no la dejaba sola. Sus palabras persuasivas y gentiles se filtraban en los oídos de Blanche como veneno. En aquel entonces fue la primera vez que Blanche se encontró en el puente sobre el Támesis. Miraba hacia abajo, hacia las oscuras aguas, y pensaba: Ahí está. Esa es una buena manera de terminarlo todo antes de que lo peor pudiera empezar.

No lo hizo. Como la cobarde que era, regresó a casa, encontró a Lettice y dijo, "Sí." Después de todo, si mujeres como su madrastra podían ser felices y tener éxito, también podía ella, Blanche.

Siete días después, Lettice la presentó al Sr. Culmell, un hombre mayor y respetable con lentes y una pequeña barba, cortés y con una sonrisa fría.

Ocho días después, Blanche subió al carruaje que la llevó a la casa del Sr. Culmell, y a la mañana siguiente era una persona diferente, una mujer.

Al día siguiente fue a una farmacia y compró tintura de opio, y más tarde, cuando la tomó, la vida no parecía tan mala.

Marko actuaba como si nada hubiera pasado.

"¿Estás bien?" le preguntó con preocupación en los ojos.

Blanche quería abofetearlo y decirle que se fuera al infierno, pero esa noche en la cama su mente delirante no pensaba en nada más que en Marko haciendo las mismas cosas que Mr. Culmell había hecho.

Quizás, era una mujer arruinada.

Quizás, algo estaba mal con ella.

Y cuando Mr. Culmell buscó otra reunión con ella, ella, no con Lettice, y le ofreció mudarse a un pequeño apartamento que él alquilaría para ella, con todos los gastos pagados, ella estuvo de acuerdo. Sin pensar. Sin mirar atrás.

Con el tiempo, perdonó a Marko. Él era un hombre. Los hombres no entendían lo que era ser vendida para una mujer. Pero Lettice, una mujer ella misma, una madrastra, su guardiana, ¿cómo podría una mujer hacer esto a otra mujer, y encima inocente?

Blanche nunca pudo hablar con Marko. Quizás fue mejor así. De repente, los problemas llegaban desde todas direcciones. "Mable Beauty" estaba cerrando. La policía llegó a la casa. Había mujeres, decían, que presentaban cargos, eran chantajeadas y amenazadas, exigían su dinero y justicia.

El día en que las maletas de Blanche con modestas pertenencias fueron cargadas en el carruaje de Mr. Culmell fue el día en que Lettice le hizo saber que Marko había partido para París la noche anterior.

Aquellas palabras destrozaron el corazón de Blanche.

Ni siquiera un adiós, entonces.

"Me voy en dos días", dijo Lettice. "Parece que te irá bien sola, querida Blanche. Recuerda, la belleza es tu mejor activo".

Con eso, se separaron.

Lettice se fue a París, y Blanche se adentró en el camino de la oscuridad.

"Te ves preocupada, Blanche. ¿Está todo bien?"

Oh, Marko, ¿todo estaba bien realmente?

El Elysium era una gran fiesta ahora. Se habían ido los modales refinados y la timidez. Los sombreros y gorros estaban fuera. Las mujeres de la noche abandonaron cualquier pretensión de modestia. La multitud estaba borracha y alegre como si fuera un baile de Navidad. Como si nadie estuviera mirando. Como si no durara mucho más y uno tuviera que exprimir las últimas gotas de diversión.

Marko se acercó y se sentó junto a Blanche, quien hacía todo lo posible por no estar de mal humor. En cambio, se tomó otro vaso de brandy.

¿Realmente estaba todo bien?

Sir Curtis se había ido. Al menos por hoy. También Lettice. Era más fácil respirar. Por ahora...

"Estoy simplemente espléndida", dijo Blanche, mirando a su alrededor con los ojos vacíos, deseando desesperadamente que Marko la tocara, pero queriendo alejarse de este ruido y risas y de la orquesta que parecía tocar la misma melodía durante la última hora.

"No eres muy buena mintiendo, Blanche".

Sabía que él estaba sonriendo, pero no se atrevía a mirarlo.

"Debería irme. Estoy..." Sintió un nudo en la garganta. La vida siempre era genial hasta que Lettice aparecía con sus palabras hirientes que apuñalaban a Blanche en el corazón. "Debería irme", repitió distraídamente.

"¿Quieres que te lleve a la Belle House?" Lo escuchó preguntar.

¡Sí! ¡Sí! ¡A la casa de él! Debería haber dicho que no, ¡pero, por Dios, quería estar sola con él! Incluso si era por un minuto.

"Eso sería encantador", dijo tímidamente sin mirarlo, temiendo que, si él veía sus ojos, vería su debilidad. Y lo último que quería era parecer una chica débil y tonta como una vez había sido.

Cabalaron en silencio por un momento. El carruaje era frío y sombrío. La presencia de Marko era embriagadora. Blanche podía sentir su cuerpo junto a ella. Podía oler el Elysium en él: cigarros, licores, polvos y, sobre todo, su colonia. Una lámpara tenue colgaba en un rincón, y ella tenía miedo de mirarlo. El alcohol la había mareado. Su cercanía hizo que su corazón se acelerara. Anhelaba que la tocara. Tan cerca, pero intocable, a pesar de que su presencia parecía llenar todo el carruaje.

"¿Qué dijo?", preguntó finalmente.

Ella.

No dijo el nombre, pero Blanche sabía de quién hablaba. Blanche y Marko no existían sin ella.

Blanche sonrió y sintió que una ola de desesperación se apoderaba de ella.

"Lo que suele decir cuando corre su lengua de serpiente" dijo Blanche en voz baja. "Siempre me hace sentir como si no fuera nada". Sintió un nudo en la garganta. "Y tú, diciéndole esas cosas de mí..."

No terminó, porque sintió que las lágrimas brotaban de sus ojos. ¡Dios! Iba a llorar. Estaba borracha. ¡Estúpido brandy! Ahora no. ¡Simplemente, por favor, no ahora!

"No he dicho nada de ti, Blanche". Marko se quitó el sombrero y se alborotó el pelo de la nuca.

Ella apartó la cara de él.

"¿Qué ha dicho?" volvió a preguntar.

Blanche se limitó a negar con la cabeza. Mantuvo los ojos bien abiertos, tratando de evitar que se derramaran los charcos de lágrimas en ellos.

"¿Blanche? ¿Qué dijo?" Su voz se hizo más insistente.

Ella solo negó con la cabeza.

"Querida, mírame," dijo él, pero recibió su silencio.

Ella sintió sus dedos tocar su barbilla y tirar de su rostro hacia él. Quería resistirse, pero no encontró la fuerza, como si no tuviera voluntad propia cuando él estaba a su lado. Miró fijamente sus ojos que centelleaban con el reflejo de la luz de la lámpara y sintió que su corazón estaba a punto de explotar.

"¿Me odias, Marko?" preguntó con voz temblorosa y parpadeó, y las lágrimas traicioneras resbalaron por sus mejillas.

Frunció el ceño y el shock invadió su rostro.

"Blanche. Oh, Dios, querida. ¿Por qué dirías algo así?" Ambas manos estaban en su rostro, acariciándolo. "Por favor, no pienses así." Sus pulgares borraban sus lágrimas. "Estás muy equivocada." Sus ojos buscaban los suyos en busca de una respuesta.

Cinco años...

Los recuerdos de todas las injusticias y desgracias pasaron por la mente aturdida de Blanche en un solo destello poderoso, y ella rompió a llorar.

Los brazos de Marko la envolvieron mientras sollozaba, escondiendo su rostro en su abrigo. El carruaje se balanceaba suavemente, llevándolos por las oscuras calles del centro de Londres. La oscuridad los rodeaba, pero el mundo parecía lejano. Él acariciaba su cabello y hablaba

amablemente, en voz baja. Sus dedos eran gentiles, su abrazo reconfortante. Blanche apartó su rostro del abrigo para mirarlo a los ojos, para ver qué decían sin palabras. Eran amables y reconfortantes. Y su rostro estaba tan cerca, tan peligrosamente cerca como en aquel entonces, años atrás. Cuando sus labios tocaron los suyos, ella pensó que había perdido contacto con el mundo, pues todo a su alrededor dejó de existir. Toda la existencia se redujo a sus labios que estaban en los suyos, generando magia, separando los suyos insistentemente, su lengua como una cálida ola que la sumergía en la profundidad del placer. Nunca podría olvidar cómo se sentía estar en sus brazos, y ahora, después de años de espera, el beso era más poderoso que cualquier otro anterior.

Si tan solo el viaje a la Belle House fuera más largo, tal vez en su estado ebrio Blanche habría tenido tiempo para decirle a Marko cómo se sentía por él. Tal vez, le habría preguntado por qué años atrás la había dejado en Baker Street sin siquiera despedirse.

Pero el carruaje se detuvo. Con un golpe en el techo, el cochero anunció la llegada. Y Blanche estaba tan perdida en la magia de la cercanía de Marko, sus susurros, sus besos, que no pudo pensar en nada más.

Cuando finalmente se apartó, se quitó los guantes y se secó las lágrimas de la cara.

"Perdóname, Marko. Soy tonta, lo sé."

Intentó sonreír, arrojó su sombrero, esperando, esperando que él la sacara del burdel al que estaba a punto de entrar.

"Blanche," susurró, tirando de su rostro hacia el suyo.

"¿Sí?" susurró ella, mirándolo a los ojos.

Y él la besó de nuevo.

¡Oh, si tan solo pudiera detener el tiempo!

¡Si tan solo pudiera hacer que esta noche durara para siempre!

Quería decirle que lo amaba. Quería pedirle que la llevara lejos y que hiciera lo que quisiera con ella. Su beso era mareante, apasionado. La apretó fuertemente contra él como si intentara huir. Sus dedos acariciaban su mejilla, luego rozaban sus labios cuando se apartaba por un momento, pero regresaba y la besaba una y otra vez.

Cuando finalmente se apartó de ella, sus ojos se quedaron en ella por un momento.

"Por favor, no escuches lo que dicen los demás." Él sonrió y se enderezó. Su expresión cambió a una despreocupación repentina, la ternura en sus ojos desapareció. "Te acompañaré hasta la puerta."

Su corazón se hundió al verlo bajar del carruaje y extenderle la mano para ayudarla a bajar. No lo entendía, tanta ternura y pasión y de repente su sonrisa fría como si nada hubiera pasado.

"Nos veremos pronto, entonces."

Cuando regresó a su habitación, se sentó en el sofá a la luz tenue de las velas y miró a su alrededor como si buscara el significado de su vida, el significado que estaba allí minutos antes cuando estaba en los brazos de Marko y ahora había desaparecido, inexplicable en la habitación lujosa, pero sin vida que resonaba con risas y sonidos de negocios de placer por todo el edificio.

Los ojos de Blanche se detuvieron en el guante que sostenía en sus manos.

Un guante.

Ella sonrió, luego se rio entre dientes, luego se rio a carcajadas, su risa se transformó en sollozos. De repente se detuvo, cerró los ojos y sacudió la cabeza, tratando de no respirar, conteniendo las lágrimas.

Había perdido el guante. Probablemente, en el carruaje.

Con Marko.

Parecía perderlo todo con ese hombre: sus guantes, su vergüenza, su mente y...
Su esperanza.

Tenía la esperanza de estar cerca de él. Pero de alguna manera, el hombre mantuvo su distancia.

Blanche se levantó lentamente, caminó hacia el escritorio y abrió un cajón de madera. Allí, el amante que nunca traicionó, el remedio que la alejaría de toda esta oscuridad.

Ella sonrió, mirando a un vil con una etiqueta marrón que decía:
"Láudano. Tintura de opio".

Blanche tenía tres amigos.

Uno de ellos era el señor Benjamin Lees, un joven respetable de su edad, con pómulos cincelados, facciones refinadas, un estilo sobresaliente, una mente aguda y un interés peculiar por la cama que hacía que Blanche, así como las mujeres en general, no fueran de su agrado.

Su segundo amigo, necesario para su línea de trabajo, era el alcohol. Brandy, o vino, o ambos, y preferiblemente de buena calidad. Bebía para relajarse y salir del oscuro letargo que la envolvía con demasiada frecuencia, a veces durante semanas. Un espíritu fuerte agudizaba sus sentidos, la hacía sentir segura y entusiasta en la cama. Despreciaba su profesión, los negocios de entrada y salida, las horribles fiestas que la hacían odiarse a sí misma. Y su vida, era una vida sin bondad.

Fue entonces cuando entró su tercer y más cercano amigo: el opio.

El opio era su amante. Podía mantenerse alejada de él durante semanas, incluso meses. Pero cuando volvió a su vida, no hubo momentos más felices. Era su confidente. Su amo. Su señora. Su cura. Vital para su serenidad. Ahogaba las voces de los hombres que oía en su cabeza, las que había acostado y las que podía oír las 24 horas del día en la Belle House. La alejaba de la miseria que era su vida.

Benjamin Lees le advirtió muchas veces. Pero ¿quién era *él* para predicar? Las indulgencias del joven eran mucho más oscuras a veces. Prefería que Blanche fuera feliz. Y si se necesitaba una botella y un sorbo de opio, ¿qué era la vida sino un compromiso?

"Entonces..." Benjamin le dedicó una larga mirada juguetona cuando dieron un paseo por Hyde Park dos días después.

Hacía frío afuera. En octubre, la niebla en Londres siempre era espesa. Era en esta niebla que se cernía sobre Londres de forma permanente donde siempre acechaba algo ominoso: una advertencia, una amenaza, un final para todo, tal vez. Blanche podía soportar incluso el invierno más brutal, pero el otoño, con su aire opaco que convertía cada objeto en una silueta oscura y sombría, se apoderó de ella con una sensación de profunda melancolía.

"Marko Farini" dijo Benjamin, y el nombre sacó a Blanche de su estado de distracción. "¿Algún avance?" Cada una de sus frases venía acompañada de una pausa significativa y un brillo en los ojos. "¿Han llegado por fin los tiempos felices?"

"¿Qué tiempos felices?" preguntó Blanche con indiferencia.

"No más opio. Se acabaron los viajes al puente. No más pensamientos oscuros".

"O más de eso".

"¡Blanche!" Rodó los ojos y sacudió la cabeza.

Cuando Benjamin Lees y Blanche se vieron por primera vez hace dos años en una fiesta

demasiado escandalosa, ambos se dieron cuenta de que eran almas gemelas verdaderas, una de esas conexiones en las que después de una hora de conversación, sentían que se conocían desde hace años.

"¡Oh, Benjamin! ¡Si tan solo fuera un chico, podríamos haber hecho cosas maravillosas!" Ella se rio ebria en ese entonces.

"¡Si tan solo me gustaran las mujeres, querida, me casaría contigo en este instante!", bromeó él.

"Todavía puedes".

"¡Ahí está el problema! Mi padre me desheredaría y me quitaría mi asignación. Tendría que venderme. Excepto que soy demasiado mimado para servir a otras personas".

Ella era demasiado escandalosa para ser su amiga, pero él tenía suficiente dinero como para no importarle. La quería mucho. Pero su melancolía era preocupante. Cuando ella le contó por primera vez sobre sus viajes al Puente de Waterloo, él estaba horrorizado. La sostuvo en sus brazos y le rogó que nunca lo volviera a hacer. Por supuesto, ella no escuchó. Pero los viajes se volvieron tan frecuentes y su estado de ánimo tan oscuro que él supuso que era su forma de ser, una de esas personalidades oscuras que vivían la vida con el tormento constante de su significado o la ausencia de este. Tal estado de ánimo venía y se iba. Dejó de preocuparse. Por supuesto, había oído hablar de Marko, un recuerdo distante de ella que rara vez se mencionaba y que traía consigo esa tristeza familiar a sus ojos.

Y ahora Marko estaba en Londres. Y de repente, había un destello de esperanza en los ojos de Blanche.

"No tienes más dieciséis años", dijo Benjamin mientras caminaban. "Puedes envolver a cualquier hombre en esta ciudad alrededor de tu dedo y hacer lo que quieras con él".

"Con suficiente opio, quizás". Ella se rio.

"Deja de bromear".

"No Marko. Ni siquiera estoy seguro de que al hombre le guste yo".

"Seré el juez cuando lo vea. Claramente, no puedes pensar con claridad. Claramente, no te miras al espejo con suficiente frecuencia".

"Y luego está ella".

"Tss. Deja que tu Sr. Farini se preocupe por eso. Él es un hombre, ¿no?"

"Sí. Bueno..."

"Amor, si tiene sentimientos por ti —eso es lo que esperas, ¿no? — hará todo lo posible para tenerte. Si no lo hace, preocuparse es inútil. En cualquier caso, ¿estás segura de que necesitas otro hombre en tu vida?"

Blanche exhaló frustrada.

"No sé qué necesito, Benjamin. Quizás ser alguien más".

"Oh, aquí vamos de nuevo. Te encuentro perfectamente maravillosa tal como eres. Menos tus indulgencias".

"Las indulgencias nos hacen quienes somos".

"O nos hacen escapar de quienes somos".

"Reticencia vacía".

"Si tú lo dices".

"Digo que te llevemos a Elysium, para que puedas ver de qué habla la mitad de Londres".

Ella sonrió y lo miró jugueteonamente.

Elysium era uno de los lugares donde quería estar. Siempre y cuando Marko estuviera allí.

Ella volvió a ver a Marko el siguiente fin de semana, casi una semana después del beso. Y apenas la miró. Había estado esperando este momento toda la semana. Él estaba en su mente casi constantemente. No podía recordar la última vez que había estado tan ansiosa, deseando lucir su belleza, deseando ser notada y admirada.

Pero Marko la saludó cortésmente y nunca volvió a mirarla.

Quizás había malinterpretado su beso, como lo había hecho entonces en Baker Street.

Quizás, para él, ella era solo otra cortesana.

La actuación esa noche era de danza del vientre árabe. Erótica y reveladora. La música, tan exótica como la danza misma. Sir Curtis estaba de buen humor. Hablaba en voz alta y tocaba a Blanche con más frecuencia de lo habitual. Se sentía incómoda. Para una cortesana de cinco años, todavía encontraba esta apertura en público demasiado obvia e inquietante. Cada vez que Sir Curtis acercaba sus labios a su oído, susurrándole lo que le haría más tarde, ella sonreía dulcemente y miraba a su alrededor, preguntándose si Marko lo había notado.

Marko estaba entre la multitud de nuevo. Con un trago y un cigarro en la mano. Y ni una sola mirada en su dirección.

Burlesque, risas, baile. En medio de esta alegría, ella estaba sentada observando a Marko como si fuera la única persona en la habitación. Los movimientos de su mano, sosteniendo el cigarro. Cómo lo lanzaba descuidadamente, luego lo metía entre sus labios y daba una calada. Cómo se inclinaba hacia los hombres, escuchándolos hablar, pero con una mirada ausente como si estuviera por encima de todo. Cómo echaba la cabeza hacia atrás cuando se reía. Cómo palmoteaba a los hombres en sus hombros como si fueran viejos amigos suyos. Cómo parpadeaba como si rodara los ojos. Y una vez, sus ojos a través de la habitación se volvieron hacia los suyos en un instante y la atraparon mirando. La miró por un momento, lo suficiente como para que su corazón estallara con violentos latidos, y luego apartó la mirada.

Ella sonrió y se volvió hacia Sir Curtis para poder usar su excitación momentánea en su cliente.

"Tienes los labios más sensuales, cariño", dijo Sir Curtis.

Ah, esta frase de nuevo.

Se acercó más a ella en el sofá. Sus ojos estaban diluidos con espíritus y no lo abandonaban, estudiando ávidamente sus labios, luego su vestido como si intentara ver su piel a través de él.

Ella conocía su límite para ahora; había bebido suficiente vino. Ella no.

"¿Te gustaría más vino?" Ella le sonrió dulcemente. Deseaba que viniera un mensajero y se lo llevara de nuevo.

"Todo lo que me importa en este momento son estos maravillosos labios". Sus dedos rozaron sus labios, haciéndola sentir incómoda. "¿Por qué no dejamos este lugar para que pueda mostrarte lo que haré con ellos?"

Él se rio lujuriosamente, y por duodécima vez, Blanche sonrió dulcemente, pensando en qué parte de su cuerpo lo apuñalaría primero si tuviera la oportunidad. Estaba decepcionada. No quería ir a ninguna parte. Especialmente con un cliente. Todo lo que quería era sentarse aquí y mirar a Marko. Miró a su alrededor, pero no lo vio por ningún lado.

"Vámonos", ordenó Sir Curtis y comenzó a levantarse.

Una última mirada a Marko: Blanche lo buscó frenéticamente, pero ya se había ido. También se había ido su buen humor. Y mientras salía de Elysium con Sir Curtis, la orquesta tocaba una canción particularmente alegre como si la estuviera llevando a otra noche ocupada en la cama

con un hombre.

El techo sobre la cama de Blanche estaba pintado con una escena bíblica. Los ángeles rodeaban el cuerpo desnudo de una hermosa mujer, acariciándolo con sus alas, mientras otros ángeles tocaban trompetas. La mayoría de los clientes pensaban que era erótico. Uno veía lo que quería, por supuesto. Blanche había pasado suficiente tiempo mirándola mientras los hombres se tomaban *su* tiempo con su cuerpo para saber el cuadro de memoria.

Sir Curtis tuvo suerte. Sus sensuales labios le prestaron suficiente atención. Aquella noche quizá era demasiado amable para su gusto mientras se preocupaba por los pensamientos sobre Marko. Y cada vez que abría los ojos, ver al hombre equivocado a su lado la hacía darse la vuelta, dejando que Sir Curtis hiciera lo que quisiera con ella.

Sexo.

Intimidación

Algo hacía que los hombres se volvieran indiferentes a con quién se acostaban.

Algo hacía que las mujeres idealizaran a aquellos a quienes servían.

Sir Curtis era uno de los más simpáticos. Galante. Atento. Tomaba sus encuentros como un amante.

Muchos no lo hacían. Como si una mujer fuera una colección de agujeros que tuvieran que ser inspeccionados y probados. Si uno necesitaba agujeros para satisfacer sus necesidades, ¿por qué pagar por una mujer?

Sir Curtis no era así. A veces, estaba alborotado y con antojos peculiares como hace una semana. En este momento, estaba borracho y manso. Blanche miró fijamente al techo mientras él gruñía encima de ella.

La vida era un paseo. Ya sea por encima o por debajo. El resultado era el mismo: finalmente, todos terminaban muertos. Entonces, ¿cuál era el punto?

"¡Ah! Sí" dijo en voz baja y ronca, estirando las vocales. "Se siente tan bien".

Ella gimió, pero la expresión de su rostro no cambió. Su amante aumentó la velocidad como un semental espoleado mientras sus ojos seguían mirando con indiferencia a los querubines que estaban sobre ella.

Después, Sir Curtis se acostó en la cama con la cabeza apoyada en el vientre de ella y fumó un cigarro. Le acarició el pelo y bebió brandy para matar el sabor de él en sus labios.

La habitación estaba a oscuras.

Uno menos, pensó Blanche.

¿Cuántos hasta que terminara? No hasta que tuviera uno, solo uno, el único que quería: Marko Farini. Y entonces terminaría con todo.

Ella sonrió.

Tal vez si finalmente tuviera al hombre que amaba, al menos por una noche, tendría el coraje de hacer lo que había estado pensando durante años, pararse en el puente sobre el Támesis y mirar el agua oscura de abajo. Si tuviera ese recuerdo de Marko, la oscuridad no sería tan aterradora.

Se bebió el resto del brandy de su vaso y volvió a mirar la escena celestial del techo.

Sir Curtis se revolvió.

"¿Estás bien, cariño?", preguntó con la voz que decía que se estaba quedando dormido.

"Estoy simplemente grandiosa", dijo con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

Blanche estaba de pie frente a la mesa de belleza. Llevaba uno de sus vestidos de noche más modestos, malva con ribetes y bordados de color rosa oscuro. Una bertha sobre su vestido cubría su pecho y sus hombros. Su cabello estaba dividido al medio y recogido en un moño prolijo, dejando varios rizos sueltos a cada lado de su cara. Sin polvo. Ungüento color carmín para realzar el color de sus labios. Aceite de ricino con tinte oscuro en cejas y pestañas.

¿Era lo suficientemente modesto?

Siempre usaba menos cosméticos que otras cortesanas. Pero hoy, incluso su belleza natural parecía gritar sobre su profesión. Y esto era lo último que quería cuando veía a Marko.

La doncella, Joshka, le arreglaba la falda y el corpiño mientras Blanche se retorció y giraba, mirándose en el espejo por enésima vez.

Llamaron a la puerta.

"La señora Sharke quiere verla, señorita" anunció otra criada.

Blanche exhaló irritada. Últimamente había estado evitando a la señora de Belle House. A la señora Sharke no le gustaba que sus damas pasaran demasiado tiempo fuera del establecimiento, no podía controlarlas tanto. Tampoco le gustaba que el dinero se filtrara a otros negocios.

"Tampoco me gusta que las damas de este establecimiento asistan a los lugares que tienen menos que una reputación deseable. Y... ¿Cuántas veces en las últimas dos semanas?", le dijo la señora Sharke mientras Blanche se paraba frente a ella diez minutos después.

Oh, la reina de Piccadilly lo sabía todo sobre sus chicas. Bueno, casi.

"Está por mal camino, Blanche" continuó la señora.

La señora Sharke tenía unos cuarenta años y era muy guapa. Pero había una agudeza en su belleza, una crueldad silenciosa que acechaba bajo la superficie pulida. Se podría decir que era como Lettice. Pero si la fuente de la frialdad de Lettice era el rencor, en la señora Sharke era la sabiduría. Y era, por lo que se podría decir, a menudo compasiva.

Pero no era estúpida. Y, ¡oh, le gustaba dar conferencias!

"¿Un cabaret? En serio, señorita Blanche."

"A los clientes les gusta, señora."

"Yo" levantó una ceja y atravesó a Blanche con sus ojos fríos "no me gusta. ¿Qué sigue? ¿Tabernas? ¿Lucha de osos? ¿Casas de juego? ¿Sabe qué hay en establecimientos baratos, querida?"

Blanche se mantuvo en silencio mientras la Sra. Sharke caminaba lentamente delante de ella de un lado a otro.

"Mujeres más baratas. ¿Por qué los hombres pagarían una fortuna para acostarse contigo cuando miran alrededor y ven diez mujeres que pueden tener por el mismo precio? Los hombres

no pagan por las habilidades. Se engaña si piensa que hay mucho más que pueda hacer en la cama que las prostitutas de Covent Garden. Los hombres pagan por la exclusividad. Por el ambiente. Por la calidad de una mujer." La Sra. Sharke hizo una pausa, estudiando sus uñas como si Blanche fuera una simple criada. "No usaría el perfume barato de Haymarket, ¿verdad, señorita Blanche?" Aun así, la Sra. Sharke ni siquiera la miró. "¿Prefiere las Salas de Willi o una taberna de marineros en el puerto? Una cantante de ópera puede ser grandiosa, pero escucharla en una habitación miserable en los barrios bajos no es lo mismo que en la lujosa Royal Opera House. Las mujeres en venta, desafortunadamente, son solo mujeres, no magas. Pero la calidad de su servicio debería coincidir con la etiqueta de precio, ¿no cree, señorita Blanche?"

Blanche permaneció en silencio. Ya lo había escuchado todo antes. Lo que la Sra. Sharke no sabía era que había otras fuerzas que atraían a Blanche a Elysium.

"Sé que puede ser una maga bajo" la Sra. Sharke aclaró su garganta "ciertas circunstancias. Pero no necesito decirle lo que el alcohol y otros placeres pueden hacerle a una mujer. A cualquiera."

Blanche intentó esbozar una sonrisa.

"Es una mujer hermosa, señorita Blanche." Finalmente, la Sra. Sharke desvió su mirada hacia ella por un momento. "No lo arruine."

Con eso, la madama se dio la vuelta, caminó hasta el sofá y tomó asiento.

La conversación había terminado.

La compañía de Benjamin siempre era refrescante. Blanche trataba de no invitarlo a su negocio, aunque la primera vez que se vieron fue exactamente eso: una fiesta privada en casa de uno de sus clientes.

"¿Estás interpretando a una soltera modesta?" Benjamin enarcó las cejas cuando la ayudó a subir al carruaje en la Belle House.

"Interpretando a una mujer decente por una vez". Ella resopló con una sonrisa.

Blanche no tenía cliente para esa noche, *se aseguró* de que no hubiera ninguno. Estos eran los raros momentos que disfrutaba tanto, porque se sentía como una persona común. Deseaba tener tanto capital como Benjamin para poder hacer lo que quisiera. No se casaría. Alguna vez. Tal vez solo por amor. Tal vez con Marko.

Pensar en él hizo que su corazón latiera más rápido, y cuando entraron en Elysium, sus nervios eran como barras de acero por la tensión. Tenía miedo de equivocarse, dar un paso en falso, hacer un movimiento en falso. Años de servir a los hombres y conjurar las expresiones más despreocupadas bajo las miradas de reproche y odio de las mujeres nobles, y ahora su corazón palpitaba al pensar en un hombre. Trató de no mirar a su alrededor. Marko se fijará por fin en ella, estaba segura.

Los amigos de Benjamin ya estaban en el Elysium. Siempre había alguien nuevo en el salón. Señores. Políticos. Eruditos. Un poeta una vez. Una actriz en otro momento. Por lo general, los compañeros no se inmutaban ante la compañía de una cortesana. Esta vez la compañía era bastante diversa: el joven señor Ainsworth con demasiado dinero para gastar; el Sr. Bussell mayor, con poco dinero, pero suficiente ingenio y conexiones para mantenerse entre los exitosos; Mr. Lendon, profesor del University College de Londres, un hombre encantador, inteligente, pero sobre todo tranquilo, de unos treinta y tantos años, que estudiaba la sala y el escenario con la mayor curiosidad; las hermanas Coghlan, que tenían suficiente dinero para no tener miedo de

ser vistas en tal establecimiento; y el señor Andrew Wilkin, un hombre joven, reservado y aparentemente antipático, que era un huésped de fuera de la ciudad.

Una compañía diversa, como era costumbre con Benjamin, por lo general prefería la privacidad de un salón. Cena y vino. Horas de conversaciones. Pero esta vez, Benjamin los llevó al Elysium, un lugar demasiado ruidoso y alegre para el gusto de la mayoría de sus amigos.

Pero las intenciones de Benjamin no siempre eran claras. Tampoco las de Marko.

"Señorita Blanche". Su voz le provocó escalofríos. Cada. Vez.

"Señor Farini". Ella sonrió como para matar. "Este es mi querido amigo, el señor Benjamin Lees".

Sonrisas. Saludo con la cabeza.

"Está vestida para la corte real, señorita Blanche" dijo Marko con una sonrisa encantadora que la hizo chisporrotear de deseo.

El corazón de Blanche latía como un pájaro atrapado. Como si Marko y ella tuvieran un secreto entre ellos. O dos. Antes, de vuelta en Baker Street, cada vez que lo veía, le pasaban por la cabeza las imágenes de su primer encuentro, su beso, su primer toque, su mano tan expertamente insistente en su carne excitada. Ahora, su mente le trajo las imágenes de su rostro junto a ella en el carruaje. Ella lo miró, deseando que la mirara más tiempo para poder ver las mismas emociones en sus ojos. Pero sus ojos se limitaron a recorrer su rostro como si el beso no hubiera ocurrido. Su sonrisa educada, como si ella fuera una invitada más.

"¿Va a unirse a nosotros esta noche?" Benjamin le sonrió. "Nos encantaría su compañía".

Gracias, Benjamin.

Marko tenía algunos asuntos de los que ocuparse, por supuesto. Sus ojos escudriñaron su compañía. Un nuevo grupo que se presenta hoy, dijo. De Rumania.

"Son magníficos". Miró a su alrededor como si ya hubiera perdido el interés. "Y definitivamente me uniré a ustedes más tarde".

Benjamin estudió a Marko como si estuviera evaluando un nuevo caballo que acababa de adquirir.

"No está mal, cariño", le dijo a Blanche cuando Marko se alejó. "Buena apariencia. Buen estilo. Fuma demasiado".

"¿No es maravilloso?" Ella sonrió con orgullo como si estuviera presumiendo de su prometido.

"No lo he llevado a la cama para saberlo. Tampoco tú. Y la dama allí que te mira como si le hubieras robado a su esposo, ella es..."

Blanche miró en la dirección que Benjamin indicaba y vio a Lettice. La mujer estaba sentada sonriendo, abanicándose, rodeada de hombres, como si estuviera rodeada de un ejército de muchachos sirvientes. Por supuesto, ella también estaba aquí.

"Oh", dijo Benjamin cuando vio que la mirada de Blanche se volvía fría. "Entonces, esa es Medusa. Debo decir, cariño, que es impresionante. No sé cómo suena, pero cualquier hombre en esta sala" movió una copa de vino "incluso dos veces más jóvenes, se acostarían con ella en un segundo". Dio un sorbo de vino y miró en esa dirección mientras Blanche intentaba no hacerlo.

"La tomaría, sin duda, si eso fuera lo mío", continuó Benjamin, sin apartar la vista de Lettice en la distancia.

Blanche sintió un agudo pellizco de celos.

"No estás ayudando", replicó.

Benjamin se acercó.

"¿Qué te preocupa, querida?"

"Ella. Tú lo sabes muy bien", se sintió incómoda. Quería cambiar de silla para poder sentarse con la espalda hacia la malvada criatura.

"Ah, eso. No creo que sea ella. ¿No es nuestro Sr. Farini quien está junto a ella? ¿Por qué no hablas con él?"

"¿Para qué?"

"Bueno, al menos intenta seducir al hombre que te calienta los calzones. Si llevas puestos, claro".

"Detente", Blanche rodó los ojos y sacudió la cabeza.

"En lugar de sonrojarte como una tonta adolescente y sonreírle al hombre sin dejarle saber lo que quieres".

"Hoy me estás molestando, Benjamin".

"Te mira a menudo, sabes", Benjamin mantuvo sus ojos pegados en esa dirección.

"Si estás tratando de hacerme sentir mejor, no está funcionando".

"Las miradas en tu dirección son demasiado rápidas, lo que indica que no le importa, pero demasiado frecuentes, lo que indica que le importas mucho y trata de ocultarlo".

"¡Ah, déjalo, Benjamin!"

Pero su corazón dio un vuelco cuando echó un vistazo por la sala a Marko, que estaba hablando con un joven apuesto en compañía de Lettice. Cuando sus ojos se desviaron hacia su madrastra, la mujer la estaba mirando con su habitual sonrisa magnífica que era demasiado rígida para ser genuina.

"Y el caballero que está hablando con Marko", Benjamin sonrió, "sigue mirando en esta dirección. Tss-tss. Incluso vestida modestamente, no puedes evitar que los hombres te deseen, cariño".

Quienquiera que fuera el caballero, sus ojos, de hecho, estaban fijos en Blanche.

Bien, pensó Blanche. Necesitaba atención. Si Marko no se la daba, haría que cada hombre en la sala la mirara.

Pronto, Lettice y el joven hombre le hicieron gracia con su presencia.

"Mi buen conocido, Sr. Tomei", Lettice Hatch presentó a su apuesto compañero que no apartaba los ojos de Blanche.

A Blanche no le importaba, estaba acostumbrada a que los hombres la miraran.

"Le hablé de ti, cariño", Lettice produjo una de sus sonrisas característicamente suyas.

¿Qué parte? ¿Que soy la hijastra? ¿O que soy de la Belle House?

Resultó que ambas.

El Sr. Tomei era un verdadero caballero. Se sentó al lado de Blanche y habló con ella extensamente. Tenía una voz agradable y una sonrisa aún más agradable. Amable y algo tímido. A Blanche le gustó eso. Cuando el camarero trajo otra botella de vino, el Sr. Tomei se encargó de servir a Blanche. Tranquilo y educado, a menudo apartaba la mirada tímidamente como si ella lo intimidara.

"Señorita Blanche", dijo, mirándola con la admiración que solo había visto en hombres inexpertos. "¿Qué se necesita para encantar a una mujer como usted?"

Ella se rio, pero no respondió.

"Me gustaría ser uno de los hombres afortunados que sean dignos de su compañía. Si sabe a lo que me refiero, señora", apartó la mirada con una sonrisa tímida.

Oh, ella sabía a lo que se refería. Sintió un pellizco de decepción e irritación. Lettice, por supuesto, había hablado demasiado.

"La Belle House no acepta hombres sin referencias previas, Sr. Tomei", explicó

educadamente.

"Conozco las reglas, señorita Blanche. Y haría cualquier cosa" de repente la miró con determinación suave "que usted me diga" sus ojos estaban llenos de admiración "para estar en su compañía".

Ella lo vio tragar con fuerza. Vio sus ojos suplicantes mirarla con asombro. Ella sonrió, miró al otro lado de la habitación y vio a Marko. Estaba apoyado en la columna mirándola, y sabía que no le gustaba lo que veía.

Bajó la mirada.

Ahora Marko estaba celoso. Esperaba que lo estuviera.

Se lo merecía.

"¿Puedo dejarla pensar en ello y unirme después del espectáculo, señorita Blanche?" preguntó el joven. "Me haría el hombre más feliz del mundo".

El Sr. Tomei besó la mano de Blanche con gracia y se fue.

Marko no se unió a ellos para el espectáculo. En cambio, habló más con el Sr. Tomei.

Bien, pensó Blanche. Dejaría que el joven le cuente a Marko lo mucho que la admiraba. ¿Por qué otros hombres se enamoraban fácilmente de ella y Marko mantenía su distancia? Tan profesional de repente. Quería bajar sus defensas. No lo entendía. Algo lo frenaba. ¿Lettice? ¿Su pasado? ¿La profesión de Blanche? Él la evitaba, ella lo sabía. Pero ¿por qué?

El espectáculo era realmente grandioso. Salvaje. Ruidoso. Los romaníes cantaban y bailaban como si fuera el último acto de sus vidas. La audiencia, ya algo borracha, aplaudía, golpeaba con los pies, se movía en sus asientos, deseando levantarse y unirse a los bailarines que salían del escenario hacia la multitud, llenando los espacios entre las mesas, agarrando vasos de las mesas y bebiendo de ellos, sacando a los invitados más borrachos de sus asientos para bailar. Y cuando el oso apareció en el escenario y se puso de pie moviéndose al ritmo de la música, la audiencia se volvió loca, se levantó de sus asientos y estiró el cuello, boquiabierta de asombro.

Incluso Blanche olvidó dónde estaba y con quién mientras sonreía, incapaz de apartar los ojos del escenario y el gran espectáculo que estaba tan fuera de lugar, lleno de vida y no cargado por restricciones sociales como el público que los observaba.

Y luego estaba Marko, que la sacó de esa magia.

"Necesito hablar contigo, Blanche", dijo sin una pizca de sonrisa en su rostro.

"Estoy escuchando".

"Arriba, en el salón".

Su corazón dio un vuelco, ya sea por preocupación o anticipación, pero lo siguió fuera de la habitación.

El salón de arriba estaba iluminado solo por una lámpara de aceite, lo que hacía que la habitación fuera tenue. Había algo romántico en ello. Aunque no había nada romántico en los ojos de Marko cuando la miraba, con una bebida en la mano como si fuera un arma.

"Quiero que rechaces cualquier propuesta que te haya hecho el Sr. Tomei", dijo Marko, mirándola fijamente a los ojos.

Ella arqueó una ceja sorprendida.

"Hmm".

Apartó la mirada y dio varios pasos alrededor, estudiando la oscuridad que se arrastraba hacia sus pies desde las esquinas. Deseaba estar en esa habitación por una razón diferente.

"¿Por qué?"

Volvió a mirar a Marko. No había la usual amabilidad en sus ojos.

"Porque es amigo de Lettice. Eso debería decir bastante". Dio un trago de su bebida.

"Una vez fuiste su amante. ¿Qué dice eso?"

Parpadeó lentamente.

"No el Sr. Tomei, Blanche. Prométeme que no tendrás nada que ver con ese hombre".

Ella levantó las cejas sorprendida.

"¿Prometerlo? ¿Estás celoso?"

"Solo te advierto, Blanche. No quieres estar con ese hombre". Se terminó la bebida.

"Advertirme... Interesante..."

Lo estudió por un momento.

Raramente mostraba emociones. Ella lo había notado incluso en aquel entonces cuando vivía en Baker Street. Incluso cuando estaban solos, su compostura rara vez cambiaba. Pero sus ojos... lo decían todo.

"¿Desde cuándo te preocupa tanto mi bienestar?" lo miró con curiosidad.

Desvió la mirada.

"Marko..." Hizo una pausa para enfatizar. "Así es como gano mi vida. Para eso me pagan, para estar con hombres".

Era por su culpa, de alguna manera.

"No este", Marko volvió a mirarla, dejó el vaso vacío en el escritorio y metió las manos en los bolsillos del pantalón. No había su habitual alegría en él.

"Él pagaría mucho dinero", dijo Blanche y lo vio estremecerse. "Eso es lo que hago". Sonrió tristemente y apartó la mirada.

"No se trata de dinero", dijo suavemente.

"Pero sí lo es". Lo miró de nuevo y dio varios pasos más cerca. "Todo en mi vida siempre fue sobre dinero. Excepto tú, Marko".

Sonrió nerviosamente.

Ahí está.

Lo había dicho.

Y algo cambió en sus ojos.

Estaban de pie en lados opuestos del escritorio frente el uno al otro. A varios metros. Luz de las velas. Ruidos amortiguados desde abajo. Y las palabras, la versión superficial de ellas, que finalmente había dicho después de los años más largos.

Tragó saliva. Desearía tener una bebida en sus manos para saber qué hacer con ellas. La mirada de Marko la estaba quemando con su extraña intensidad. El silencio era insoportable. Parecía que pasaron minutos cuando finalmente parpadeó lentamente y dijo las palabras.

"Te pagaré".

Las palabras la ensordecieron.

"¿Por qué?"

No importaba. Si él la quería, ella lo tomaría. Si quería comprarla, ella estaba aquí. ¿Era eso lo que él quería?

"Te daré dinero, Blanche, y no tienes que hacer nada".

No, no, no. No quería el dinero, tonto.

"Prométeme que mantendrás a ese hombre alejado de ti". Parpadeó lentamente.

Oh, Marko...

Ella trató de sonreír.

"¿Me pagarías sin pasar una noche conmigo?" Intentó coquetear. Se sintió excitada por sus propias palabras, y su corazón latía como un tambor.

Su mirada parecía vacilante. ¿O era el parpadeo de la luz de las velas?

"¿Tienes miedo, Marko?"

Dio otro paso hacia él, conjurando su mirada más atrevida, aunque su corazón latía como el de un animal atrapado.

Él arqueó una ceja.

"¿Miedo?"

"De que esté contigo", dijo suavemente, dando otro paso hacia él, los dedos de su mano trazando la superficie del escritorio.

"Me gusta estar con mujeres que me desean. No con las que se les paga por ello", dijo él.

Duro. Se sintió herida. ¿Eso era lo que él pensaba de ella? No tuvo tiempo de responder cuando él habló de nuevo.

"Está bien entonces". Apartó la mirada de ella y dio un paso hacia la puerta.

Eso fue todo. Su corazón latía con fuerza. Se iba. Estaba casi en la puerta cuando finalmente encontró su coraje.

"¿Y si te quiero?"

Él se detuvo y se giró lentamente para encontrarse con sus ojos.

Silencio.

Una sonrisa nerviosa parpadeó en su rostro.

"¿Y si quiero pasar una noche contigo? ¿Entonces?"

Parpadeó, sus pestañas ante él, tratando con todas sus fuerzas de no dejarlo ir.

"¿Sí?" Se rio. "Aprendiste a jugar con los hombres. Solías ser mucho más directa, Blanche. Te daré el dinero después. Disfruta de la noche".

Se sintió impotente. Molesta. Desesperada, buscó las palabras adecuadas.

Él se dio la vuelta y agarró el picaporte de la puerta cuando encontró su voz de nuevo.

"Cobarde", dijo tímidamente, pero lo suficientemente alto como para que él la escuchara.

Se detuvo, luego se giró lentamente.

"¿Cómo?"

"O eso o me odias, Marko".

"Estás muy equivocada, Blanche".

"Entonces pasa una noche conmigo".

Trató de sonreír, pero su mirada sobre ella la apagó en segundos.

Maldición.

¿Por qué siempre era tan difícil hablar con este hombre? Su corazón lo anhelaba como entonces cuando había estado parada con un vestido frente a él hace años. Y ahora le estaba rogando de nuevo. Pero si no lo decía, podría perder su única oportunidad.

"Porque te quiero", dijo tranquila y apartó la mirada. "Más de lo que he querido a nadie. Seguro que lo sabes".

Pensó que su corazón explotaría con sus propias palabras. Su pulso parecía apoderarse de todo su cuerpo. Bajó la cabeza y miró impotente el suelo. Escuchó sus pasos. Lentos, como si tuviera cuidado de no asustarla. Uno. Luego otro. El silencio era imposible. Miró hacia abajo al suelo, vio su sombra mientras se acercaba, sintió sus dedos bajo su barbilla mientras levantaba su rostro.

"Ahora dilo mirándome a los ojos, Blanche".

Ella levantó la vista.

Sus ojos estaban tan cerca que sintió el calor irradiar por todo su cuerpo. Pero esto era todo, el momento de la verdad. Y él la miraba demasiado intensamente, sin parpadear, esperando.

"Te quiero más que a cualquier otro hombre en la Tierra", dijo tranquila como si tuviera miedo de sus propias palabras.

Ya sea la luz de la lámpara o alguna realidad reflejada en sus ojos, de repente brillaban con algo salvaje. Cuando pensó que sus rodillas cederían por la intensidad de su mirada oscura, su rostro se acercó aún más y sintió sus labios en los suyos.

Sus labios...

Oh, cómo los quería. ¡Cómo lo quería a él!

Tenía miedo de que se alejara, y cuando lo hizo, tembló de miedo de que se fuera. Lo miró con asombro. Su corazón estaba lleno de ternura. No quería dejarlo ir. Si la tomaba aquí, así sea. ¡Otro minuto de intimidad! ¡Otro segundo!

Sus labios estaban a un aliento de los suyos. Ella tomó su rostro con ambas manos y lo besó de nuevo. Su lengua acarició la suya, deseando llegar más lejos, más profundo. No había nada en el mundo que ella quisiera más que a este hombre aquí mismo.

Y finalmente él se dejó llevar. Lo sintió. En su lengua de repente tan insistente. En sus labios que se apretaron más y abrieron los suyos más amplios. En sus manos que se deslizaron hacia su cintura y la apretaron más fuerte contra él. En su cuerpo que se inclinó sobre el suyo, doblando su espalda. En su suave gruñido que no estaba destinado a ser escuchado.

¡Oh, Marko!

¿Por qué ocultarlo?

¿Por qué actuar tan reservado?

Su corazón revoloteaba mientras se derretía en sus brazos, perdiendo la razón, su cordura. Solo cuando él la besaba realmente sabía lo que él sentía. Solo cuando *este* hombre la besaba así, se sentía de esta manera: perdida y encontrada de nuevo.

Se apartó. Solo un centímetro. Sus ojos brillaban. Finalmente, ella sabía que él también la quería. No podía ocultarlo. No en minutos como estos. No cuando sus ojos le decían todo lo que necesitaba saber.

"¿Cuándo?" preguntó en voz baja.

"Tú me dices", respondió ella, acariciando su rostro, aunque le costara todo su valor hacerlo.

Sus labios se acercaron a los suyos, pero no los tocaron.

"Tengo que terminar algunas cosas. ¿En una hora?" Sus ojos recorrieron su rostro, sus labios.

"¿En La Belle House?" Sus ojos no abandonaban su rostro.

Él negó lentamente con la cabeza.

"Para nada, Blanche. *Mi* casa".

Su corazón quería salirse de su caja torácica y volar. Asintió tímidamente, sin poder apartar los ojos de él. Su pecho se agitaba. Su cabeza daba vueltas de anticipación. Sus labios intentaban contener una sonrisa.

"Está bien, entonces", susurró, y su sonrisa finalmente se escapó.

También la suya.

"Está bien, entonces", repitió él. Su mirada bajó a sus labios, luego volvió a sus ojos. Retiró sus manos de ella, caminó lentamente hacia la puerta y la abrió. Y otra vez, ese mismo Marko reservado.

"¿Vuelves sola de regreso abajo? Tengo algunas cosas que terminar".

Ella sabía que podía terminarlo en un minuto.

"¿Necesitas ayuda?" Ella le lanzó una sonrisa juguetona mientras pasaba lentamente junto a

él, cuando él la agarró del brazo y la besó suavemente de nuevo.

"Más tarde, sí", dijo él y la soltó.

Ella no pudo ocultarlo ni aunque hubiera querido cuando regresó con Benjamin y sus amigos. Su sonrisa ausente y sus ojos errantes hicieron que Benjamin levantara una ceja con curiosidad.

"Brillas más que un candelabro, amor. ¿Tienes algo que decirme?" él le preguntó.

En lugar de eso, ella rio como una loca, se tomó un vaso de brandy y exhaló.

"Me voy con él", dijo con una sonrisa que no abandonó su rostro.

Marko estaba abajo otra vez, hablando con el francés junto al escenario, pero sus ojos estaban en ella, entrecerrándose mientras fumaba e intentaba contener una sonrisa.

"Bueno", dijo Benjamin, estudiando a Marko desde la distancia. "Más te vale mostrarle lo que se ha estado perdiendo todos estos años."

Oh, ella lo llevaría al cielo, lo traería de vuelta y lo llevaría al cielo otra vez. Esperaba Blanche.

"Puede que tenga suerte de tener una aventura esta noche para mí mismo", dijo Benjamin con una sonrisa y exhaló el humo del cigarro.

"¿Oh?" Blanche lo miró con curiosidad, y él asintió hacia el joven Sr. Wilkin, que estaba sentado sin decir una palabra toda la noche, bebiendo champán delicadamente.

"Una criatura interesante", dijo Benjamin, sonriendo, estrechando los ojos, sus pómulos cincelados aún más pronunciados mientras chupaba el cigarro intensamente. "Tengo la sensación de que nuestro Sr. Wilkin tiene gustos específicos en la cama y aún no lo sabe."

Blanche observó cómo Benjamin se levantaba, se acercaba al joven y tomaba asiento junto a él.

Charla superficial. Sonrisas.

"Sabe cómo sonreír", Benjamin fijó su mirada en Andrew Wilkin, que era igualmente guapo, pero no tenía ni una pizca de extravagancia como Benjamin. "Hay muchas mujeres hermosas alrededor. Pero no parece estar demasiado impresionado por ellas."

Benjamin comenzó su juego desde lejos.

Blanche sonrió. Miró hacia otro lado, pero escuchó cada palabra.

Andrew Wilkin desvió torpemente la mirada.

"Tal entretenimiento quizás no sea de mi gusto", dijo.

"¿Qué es de su gusto, Sr. Wilkin?" Los ojos de Benjamin estaban fijos en el joven, que sonrió incómodo. "¿Le gustaría salir de este lugar y unirse a mí para una noche de brandy y charla? Debo admitir que lugares como este me dan náuseas después de un rato". Él indicó la habitación con un gesto de la mano. "Con todo su ruido y borrachos."

El joven miró a Benjamin con aprobación.

"Y tal vez", Benjamin sacó una sonrisa gentil, "podríamos descubrir cuáles son sus gustos".

Sus ojos se encontraron con los de Andrew Wilkin, y esta vez el joven no apartó la mirada.

La orquesta comenzó otra alegre melodía.

Alguien se echó a reír a carcajadas.

La mesa de al lado estaba borracha y desagradable.

El señor Tomei se acercó, pero Blanche lo saludó con deliberada frialdad. Y cuando lo rechazó cortésmente, desestimando suavemente sus argumentos, vio un destello de dureza en sus ojos, una pequeña sonrisa en sus labios, y eso la hizo sentir incómoda.

Quizás, Marko tenía razón.

¿Y a quién le importaba nada si se iba con el hombre que amaba?

Blanche ardía de deseo.

Suficiente del brandy. La oscuridad del carruaje. El sonido de los cascos del caballo golpeando el suelo afuera. El pensamiento de hacia dónde se dirigían.

Marko.

Estaba tan cerca de ella nuevamente que todo en lo que podía pensar era en estar desnuda frente a él.

Se besaron. Y esta vez, sin nadie alrededor, rodeados de oscuridad, ella no se contuvo. Tampoco él. Se quitó los guantes, y sus manos acariciaron su rostro, luego buscaron su cuerpo bajo su abrigo.

Su boca era exigente. Su lengua se encontraba ansiosamente con la suya. Esta pasión suya era nueva para ella. No era suave y tierna como en cualquier otro momento anterior, sino codiciosa, voraz, llevando sus labios a su cuello, con sus dientes rozando su piel, sus brazos debajo de su capa tratando de acercarla más.

En un minuto, ella estaba encima de él, frotándose sobre él, con su falda y enaguas recogidas alrededor de su cintura. Sus manos debajo de ellas, apretando sus muslos. Su boca estaba tan desesperada como la suya. Sedienta de ella.

Podía sentir su propio deseo filtrarse, cubriendo sus muslos. Y sus dedos allí, haciéndola jadear, tocando su lugar más íntimo de nuevo.

"Blanche", susurró mientras sus caricias enviaban chispas a través de su cuerpo.

Él apoyó su frente en la suya, y ella gimió suavemente al ritmo de sus caricias entre sus piernas.

"En mis manos de nuevo", dijo, dejando que sus dedos se hundieran más en su sexo hinchado de deseo.

Entre las telas de su abrigo y su capa, sus sombreros, la ropa que aún llevaban puesta, esta fusión de sus cuerpos era aún más íntima.

"Te deseo tanto", susurró ella, débil de placer. Tanto que dolía, quería agregar. Sus dedos no eran suficientes para calmar el anhelo. Lo besó salvajemente, invadiendo su boca una y otra vez. Y cuando intentó besarla en otro lugar, ella volvió a traer sus labios a los suyos.

De repente, sus dedos se detuvieron y se trabaron, desabrochando sus pantalones, casi rompiéndolos.

"Quiero sentirte", susurró. "Solo por un momento".

Sus manos debajo de su falda la levantaron, y ella sintió su dureza entre sus piernas.

¡Sí!

Quería gritar. La punta de su sexo estaba justo en su entrada, pero él la mantenía firme

encima de él. Sus labios estaban a centímetros de los suyos, y ella sentía su respiración irregular. Sus manos agarraban su abrigo para tener más apoyo, y se empujó hacia abajo sobre él. Solo una pulgada. Luego otra. Luego se hundió más. Y exhalaban al mismo tiempo.

"Blanche", susurró.

Ella se deslizó por su erección y se hundió todo lo que pudo.

"¡Argh!", gruñó él. "¡Maldita sea!"

Ella no se detuvo. Se deslizó hacia arriba y cayó sobre su erección de nuevo y se detuvo, moviendo sus caderas lentamente, sintiendo su sexo alcanzar su punto más extremo donde dolía, pero calmaba su deseo solo un poco, como una cura para alguna locura que la asediaba en su centro de feminidad. Saboreó el momento, luego se deslizó hacia arriba y hacia abajo de nuevo, se detuvo, moviendo sus caderas nuevamente y gimiendo en el hueco de su cuello.

"Otra vez", ordenó en un susurro.

Arriba y abajo y pausa.

Su gruñido.

Su gemido.

Sus sexos moliéndose juntos.

"Otra vez", repitió.

Y cuando su sexo se hundió en el suyo nuevamente, pensó que enloquecería con el deseo de hacer el amor violentamente y obtener el rápido alivio.

Hubo un grito desde afuera. Un golpe en el techo. El carruaje se sacudió y se detuvo.

Marko todavía estaba dentro de ella cuando agarró su rostro y lo besó profundamente, saboreando este momento. Él la abrazó fuertemente y movió sus caderas como si de esta manera pudiera terminar lo que habían comenzado. Podrían haberlo hecho, Blanche estaba lista, pero sus labios se movieron hacia su oído.

"Hemos llegado", susurró suavemente.

La casa de Marko era grande, pero se sentía sin vida, un lugar para dormir, un refugio. Sin decoraciones. Sin toque personal. Un par de pinturas en las paredes.

Blanche se deshizo de su capa, sombrero y guantes y caminó alrededor del salón, estudiándolo con curiosidad mientras Marko encendía los candelabros. El fuego ardía en la chimenea, pero no había signos de sirvientes.

"¿Te gustaría tomar algo?", preguntó él, acercándose a ella, sus ojos inquisitivos estudiándola como si pareciera diferente aquí, en su casa.

"Me gustaría ver tu dormitorio", dijo ella, sonriendo, mirándolo mientras él la observaba.

Era nuevo, esta franqueza con la que la miraba, sin pretensiones. Un hombre hambriento, como muchos. Ella quería pensar que era especial. Lo era. Eso era suficiente para ella en este momento. Y él estaba frente a ella: sus ojos, sus manos acariciando su mejilla, sus labios en los suyos de nuevo, besándola mientras la empujaba con su cuerpo hacia el pasillo.

La tomó de la mano y la llevó a su dormitorio, oscuro y vacío. Encendió las lámparas de vela y la habitación se iluminó. Una pequeña chimenea mantenía el cuarto cálido.

Ella miró la gran cama, su cama por la noche. Finalmente.

"Me gustaría comportarme como un caballero", dijo mientras terminaba con las luces y se acercaba a ella, "pero ahora mismo temo que lo hagas imposible". Sus ojos sonreían. "Quítate la ropa, Blanche. Déjame verte".

Sus palabras le enviaron escalofríos por la espalda. Hizo lo que él pidió: se soltó el cabello, dejándolo caer sobre sus hombros, luego empezó a quitarse la ropa.

Sus ojos nunca se apartaron de ella, observando sus dedos trabajar en los botones de su corsé mientras él, a su vez, se quitaba lentamente la chaqueta. Mientras se desnudaba, dejó caer sus prendas en el suelo: el cuello, las mangas, el corsé, el corpiño, pieza por pieza. Dejó que su falda y enaguas cayeran y salió de ellas y de sus zapatos. Observó cómo Marko se deshacía de su chaqueta y chaleco. Desabrochó su camisa y se la quitó, luego se quitó los pantalones y se quedó frente a ella en sus calzones.

Ella se quitó lentamente las medias, una luego la otra, mientras estudiaba su torso desnudo, su amplio pecho con un parche oscuro de cabello, sus brazos y piernas musculosos. Sus ojos, en ella, estudiándola mientras finalmente se paraba derecha solo en su camisón. Extrañamente, no había pasión repentina como en el carruaje, como había imaginado tantas veces. En cambio, eran lentos, casi demasiado cuidadosos.

Blanche se sintió nerviosa como años atrás con su primer toque. Tonta, se dijo a sí misma, tratando de calmar su corazón. Era una mujer hermosa. Ardía de deseo. Iba a complacer a este hombre, mostrarle lo que podía hacer. Había tenido tantos hombres, pero de alguna manera Marko era demasiado intimidante.

Él se acercó, y su boca estaba de nuevo en ella. Sus manos tiraron del dobladillo de su camisón y se deslizaron debajo de él.

Se sintió mareada por su tacto, sus dedos recorriendo su piel, sus glúteos, sus caderas, siguiendo hacia arriba por su vientre hasta sus pechos. Gimió, besándolo más profundamente, sintiendo el cosquilleo y el calor entre sus piernas.

"Despójate de esto", dijo suavemente, tirando de su camisón por encima de su cabeza y dio un medio paso atrás para mirarla.

Desnuda. Finalmente, estaba desnuda frente a él.

Sus ojos siguieron sus manos, descendiendo hasta sus caderas, luego hasta sus pechos, sus dedos rozando sus pezones.

"Despójate de esto", repitió sus palabras y desabrochó sus calzones.

El calor se extendió por ella mientras los bajaba lentamente por sus caderas, liberando su erección, y dejaba caer la prenda por sus piernas.

En su profesión, este siempre era el momento más íntimo: revelar la posesión orgullosa, y ocasionalmente no, de un hombre. La forma. El tamaño. El centro de la privacidad de un hombre. Pensó que Marko y ella habían sido íntimos antes. Para ella, su encuentro en Baker Street fue como perder su virginidad. Al menos, en el sentido de su conocimiento de los hombres. Pero ahora Marko Farini finalmente estaba frente a ella en todo su esplendor desnudo.

Miró hacia abajo y tomó su sexo en su mano. Lo oyó gruñir, sonrió y levantó los ojos para encontrarse con los suyos. Sus dedos trazaron la forma de su erección hasta su punta, la rodearon, luego bajaron hasta la base como si estuviera conociéndolo. Y él acariciaba sus pechos y hombros como si la estuviera estudiando.

Sus ojos estaban fijos mientras se tocaban. Escalofríos recorrían su espalda por el mero erotismo de ello, la intimidad del tacto y la novedad de todo como si se hubieran visto por primera vez.

"Eres tan hermosa", dijo con voz ronca mientras sus manos bajaban hacia sus caderas y la atraían hacia él. La besó y se acercó, empujándola hacia atrás hasta que sintió su espalda contra la fría pared.

"Cuando pensaba en ti", dijo en voz baja, y sus labios rozaban los suyos, "cuando soñaba con

tener mi oportunidad contigo" sus labios se deslizaron hacia su mejilla y la besaron suavemente "pensé que lo haría lentamente" luego besó su sien "me tomaría mi tiempo" recorrió hacia abajo hacia su mejilla de nuevo "pero si no lo hago rápido" su boca regresó a sus labios, y su lengua lamió a lo largo de ellos, separándolos "me volveré loco".

Hundió su lengua en su boca, besando tan profundamente que resonó en todo su cuerpo. La levantó, llevando sus piernas para envolver su cintura, su erección encontró su centro, y la penetró. Fue tan rápido y repentino que ella gimió desde su boca y se aferró a él. Él la sostuvo como si no pesara nada, presionándola contra la pared, penetrándola. Sus piernas alrededor de él. Sus brazos alrededor de su cuello. Su boca en él. Su mente—intoxicada por su cercanía. Quería hacerlo a su manera, complacerlo expertamente. Pero él estaba impaciente y comenzó a aumentar el ritmo, más y más rápido, gruñendo en su boca, luego de repente se detuvo, la llevó hacia la cama y la bajó en ella.

Se enderezó, respirando pesadamente, y la miró de arriba a abajo.

Ella yacía extendida en la cama. Su cama. Y su fuerte cuerpo desnudo estaba frente a ella, con su masculinidad cruda emanando de él con cada movimiento. Sus ojos ardían, estudiando su cuerpo con asombro salvaje. Nadie la había mirado así. Los hombres la admiraban, la miraban con asombro, o tímidamente, o con puro deseo. Marko la miraba como si hubiera luchado por ella durante mucho tiempo y ahora ella le perteneciera.

Y esta noche ella era suya.

Él subió a la cama sobre ella, le dio otro vistazo y comenzó a besarla. Chupando sus labios. Primero lentamente, luego más impacientemente. Una de sus manos sostenía la parte trasera de su cabeza. La otra apretaba sus glúteos, deslizándose por la línea central y hacia la unión entre sus piernas. Ella gimió, presionándose fuertemente contra él, sintiendo la longitud de su cuerpo contra el suyo, su calor, con su erección tocando sus muslos, su boca caliente y codiciosa. Él estaba impaciente de nuevo, besándola con fuerza como si quisiera morderla. Su mano amasaba su carne, tocándola en todas partes. Su boca se movió hacia su cuello, hombros, pecho, luego hacia sus senos, y tomó uno de ellos. Lamió sus pezones como un perro, los lamió, los rozó suavemente con sus dientes, y la hizo temblar de más deseo.

Ella trató de encontrar su sexo y complacerlo, pero él era demasiado rápido para ella, abrumándola. Tan pronto como estuvo a punto de llegar a su punto íntimo, su mano entre sus muslos alcanzó el mismo lugar que años atrás, y la hizo gemir. Olvidó complacerlo, en cambio se sintió mareada con su propio placer. Sus dedos se deslizaron más profundo en su humedad, y ella gritó. Realmente nunca le había gustado ser tocada allí. Pero su mano había traído de vuelta los recuerdos. Y era él de nuevo, acariciando su sexo, sacando gemidos de ella.

"Marko", susurró.

"Sí, Blanche", susurró, besándola.

Luego, de repente, se detuvo, separó sus muslos de par en par y condujo su erección hacia ella.

Volvió a gritar. Del placer y del ligero dolor de este movimiento repentino. Gruñó y se adentró más y más en ella.

¡Oh, cuánto tiempo había esperado esa noche! Si tan solo hubiera sabido que podía ser así: con sus emociones tan fuertes, la presencia de su amante entre sus piernas tan embriagadora que sentía que se estaba desmoronando, como el agua, gota a gota, extendiéndose por el universo. Marko siguió empujándola. Sus caderas se movieron violentamente, y ella encontró su ritmo, se movió en sincronía con él hasta que gimió, se retiró y terminó con la mano, gruñidos y jadeos mezclados en un gemido salvaje como si acabara de devorar a su presa.

Cuando él se desplomó encima de ella, ella sonrió, como lo hace una mujer que sabe que le ha otorgado el mayor placer al hombre que ama.

"¿Estás bien?", preguntó.

Todavía encima de ella, trató de calmar su respiración. Le acarició el pelo, un gesto tan sencillo, pero tan íntimo que hizo que su corazón se ahogara de ternura. Ella quería complacerlo, pero él mismo lo hizo. Rápidamente. Vigorosamente. Pero tenía tiempo, tenían toda la noche.

Marko finalmente se incorporó sobre los codos y la miró. Sus dedos rozaron sus labios y le plantó un suave beso.

"Pido disculpas por tanta prisa" dijo con voz ronca.

Su mano abandonó su rostro y se deslizó entre sus piernas. Él sonrió, estudiando sus labios que se abrieron en un jadeo mientras tocaba su sexo. Ella no había llegado al clímax, y su contacto le había devuelto el deseo que palpataba en su interior.

"Ahora, Blanche. ¿Cómo te gusta?"

Muy pocos hombres le preguntaron eso. Ella no sabía qué decir ni qué quería oír él.

"Quiero verte llegar al clímax. Hace tiempo que no lo hago" dijo, estudiando su rostro.

La mención de su pasado encendió una chispa en ella. Él lo vio y sonrió mientras sus dedos seguían acariciando su lugar íntimo.

"¿Te gusta ser complacida allí?" preguntó suavemente, y sus ojos se encontraron con los suyos.

"Tal vez," respondió ella con vacilación.

Él levantó una ceja.

"¿Tal vez? Cariño, ¿qué has estado haciendo todo este tiempo?"

"Complaciendo a otros," dijo y vio cómo su sonrisa desaparecía.

"Eres hermosa, Blanche", susurró, plantando suaves besos en su mejilla y bajando por su cuello, con sus dedos deslizándose más hacia abajo entre sus piernas. "Podrías haber hecho que los hombres se arrodillaran e hicieran lo que quisieras".

"¿Harás lo que quiero?" susurró ella, moviendo las caderas bajo sus dedos.

"¿Quieres que lo haga?" Su voz tan profunda como su toque. Su rostro justo sobre el suyo nuevamente.

"Sí.

"Esperaba que lo hicieras", dijo con una sonrisa suave.

"¿Suave o duro?" preguntó él.

Su deseo crecía con cada momento, con cada toque suyo, con sus ojos escudriñando profundamente en su corazón. Podría quedarse así, en sus manos, con su boca cálida en su piel, con sus ojos fijos en los suyos. No le importaban los trucos o habilidades, solo lo quería a él junto a ella.

"¿Blanche?" Sus dedos se detuvieron. Sus ojos ardían con picardía.

"No lo sé", susurró ella. Nunca lo había pensado. Muy pocos hombres intentaban realmente complacerla, y aquellos que lo hacían... no podía esperar deshacerse de ellos. Para ella, el placer nunca podía provenir de hombres que pagaran por él.

"No lo sabes", repitió Marko. "Entonces lo descubriremos. ¿Y Blanche?" Aún la miraba fijamente. "No necesito tus juegos. Quiero hacerte sentir bien. Si no te gusta algo, me lo dices. Si quieres algo, quiero saberlo. Si te gusta, quiero escucharlo. No quiero que finjas, ¿entendido?"

Ella parpadeó lentamente.

"Sí."

"Buen chica."

Buena chica. Las palabras resonaron en su mente con las de hace años y ella sonrió.

Se sentó entre sus piernas y suavemente las separó más. Sus ojos centellearon hacia ella, y el calor la envolvió al verlo allí. Su mano comenzó a acariciarla de nuevo. Lenta y suavemente, como si tratara de averiguar su reacción. Su otra mano acariciaba su muslo. Luego se movió y se recostó sobre su estómago. Y cuando sus labios tomaron el control de su sexo, ella jadeó.

Nunca le había gustado ser complacida allí abajo. Siempre había pensado que era mecánico. Pero los labios de Marko se sentían bien. La besaron suavemente. Sus labios estudiaron la forma de ella. Su lengua untó sus pliegues. El placer se acumulaba lentamente, y ella quería más de él. Pero cuando sus dedos se unieron a su boca, su toque fue rígido, más insistente, y agregaron un filo a las suaves caricias de su lengua. Ella gimió, sintiendo que su deseo escalaba, y arqueó las caderas hacia él, pidiendo más. Sus dedos separaron sus pliegues, y su lengua se aventuró dentro, empujando hacia su pozo de placer, provocando otro gemido de ella.

Debió haber entendido lo que ella quería. Su dedo se deslizó lentamente dentro de ella, y ella sintió una ola de calor recorrer su cuerpo.

"Sí", susurró ella.

"¿Te gusta esto?" escuchó su voz.

"Sí."

"¿Uno o dos?"

"Dos."

Sintió que él la estiraba un poco más mientras dos de sus dedos se deslizaban dentro de ella, empujando suavemente y saliendo, luego volviendo a entrar, aplicando más presión mientras su lengua jugaba suavemente arriba. Ella movió las caderas, tratando de obtener más de él, más profundo y rápido.

"Más fuerte", pidió con un jadeo, y él obedeció, sus dedos empujando hacia ella con más fuerza, su boca fusionándose con su sexo, su lengua lamiendo su humedad. Todo eso junto produjo el efecto que ningún otro hombre había logrado antes. Sus dedos dentro de ella trabajaban rítmicamente, penetrándola como lo haría con su sexo, entrando y saliendo, y ella empezaba a hervir, sintiendo el placer acumulándose entre sus muslos, volviéndola loca.

"Más rápido", susurró ella, y sus dedos fueron aún más rápidos.

Ella gimió y jadeó, retorciéndose y moviéndose bajo su lengua, tratando de obtener más de ella. Sus caderas se movieron hacia él, y él la contuvo, presionando su antebrazo sobre sus caderas.

Sus dedos, sus labios, su lengua, *los suyos*, los de Marko.

"Más fuerte", suplicó ella y gimoteó cuando él hundió sus dedos en ella hasta el fondo, chupando su sexo hinchado de deseo. Sintió que se acercaba, la acumulación que comenzó a irradiar por su cuerpo, haciéndola sentir entumecida. De repente, su boca cubrió todo su sexo, tomándolo, cerrándose sobre él con sus dientes, su lengua lamiendo sus pétalos locamente, sus dedos empujando en su interior. Y ella pensó que perdería el conocimiento por la tensión que estallaba dentro de ella en un destello ondulante, haciéndola gritar en el clímax. Arqueó la espalda fuera de la cama y se congeló mientras los últimos destellos de éxtasis recorrían su cuerpo. Intentó aferrarse a ellos mientras Marko se aferraba a ella. Sus labios se separaron en un suspiro silencioso. Sintió que Marko se desaceleraba. Y cuando su cuerpo quedó lánguido sobre las sábanas, él se detuvo.

"Dios", susurró ella, jadeando.

Cuando su rostro apareció sobre el suyo, lo miró maravillada.

"Marko", susurró y acarició su rostro.

Él estaba sonriendo esa sonrisa diabólica que tanto le gustaba. Se posicionó junto a ella, de lado, apoyado en su codo. Su otra mano acariciaba su cuerpo. Sus ojos vagaban mientras ella observaba su rostro.

Oh, cómo disfrutaba él estudiándola. Sus dedos acariciaban sus pechos, y él se excitaba de nuevo. Vio su erección, y sus labios se estiraron en una sonrisa.

Él notó que ella lo miraba.

"¿Te gustaría un bis?" sus ojos brillaban con picardía.

"Permíteme hacerlo esta vez", dijo ella y se levantó de la cama, pero él suavemente la empujó hacia atrás sobre su espalda y sonrió.

"No creo, cariño."

Ella soltó una risita. Era una cortesana, complacer a los hombres era su profesión. Él era a quien más quería complacer. El *único*, de hecho. Ella trató de resistirse, pero él la tomó por las muñecas y las sujetó suavemente por encima de su cabeza.

"Estás aquí en mis términos, Blanche" dijo en voz baja y la besó. Y si alguien le dijera que los besos eran la intimidad más inocente, ella diría lo contrario, porque cada beso de Marko la quemaba hasta la médula.

Él la tomó lentamente esta vez. Arrodillado con sus piernas abiertas sobre sus muslos, estudió su cuerpo mientras se hundía en ella.

Ella siempre decía que no era el acto sexual en sí lo que excitaba a una mujer. Nunca disfrutaba de la intimidad a menos que viniera con un apego emocional. Apoyada en su espalda, con los muslos abiertos para revelar todos sus encantos a Marko, con sus ojos desvergonzados invadiéndola mientras estudiaban su cuerpo y la forma en que sus sexos se fusionaban, ella se sentía excitada más por el reconocimiento que por sentir el sexo de Marko dentro de ella. Su mirada la penetraba más profundamente que su virilidad. Cuando sus dedos tocaban su sexo y acariciaban su carne sensible, ella jadeaba, y su media sonrisa enviaba una ola de calor a través de su cuerpo más poderosa que su toque.

"Tócate", dijo con voz ronca y observó su mano mientras ella se complacía como lo hacía pensando en él. Sintió que su clímax se acercaba.

"Más rápido", le pidió en un susurro, sus manos aumentando la velocidad, pero antes de alcanzar su punto máximo, él se detuvo y tomó sus manos en las suyas.

Ella se rio sorprendida.

"Todavía no", dijo suavemente. "No tan rápido, Blanche".

Se movió para recostarse a su lado, tiró de uno de sus muslos hacia su vientre, abriéndola más, y colocó su pie en su muslo, luego se desplazó para acercar su dureza a su entrada y se deslizó lentamente dentro de ella.

Empujó más profundo, y ella sintió que el familiar impulso regresaba.

"Sí, así", susurró ella, relajándose. Quería tocarlo, acariciarlo, besarlo. Pero estaba boca arriba, y él estaba apoyado en su codo fuera de su alcance. Como si se hubiera posicionado para poder observarla a ella y a su cuerpo. Y ella estaba abierta, muy abierta frente a él.

Ella se encargaría de él más tarde, pensó y sintió una ola de placer, deslizó su mano hacia abajo y encontró su erección, húmeda con su miel, deslizándose dentro y fuera de ella. Sus dedos se deslizaron alrededor de la base de su eje y lo apretaron. Lo escuchó gruñir, y su dureza se adentró más y se desaceleró como si saboreara su toque.

Su deseo se estaba expandiendo desde su núcleo. Su mano regresó a su propio sexo y lo acarició en un movimiento circular. Sintió su mano sobre la suya, sus dedos entrelazados mientras ambos acariciaban su carne hinchada mientras su dureza la penetraba lentamente justo debajo. Más cerca. Se estaba acercando. Gimió más fuerte mientras sus dedos bailaban salvajemente. Y Marko se detuvo nuevamente y presionó su mano sobre la suya, impidiéndole moverse.

Exhaló con decepción.

"¿Por qué?" susurró y rodó las caderas, tratando de obtener más.

"Todavía no", susurró él.

Sonrió una sonrisa diabólica, se inclinó y la besó.

Ella lo agarró y lo besó frenéticamente como si con su lengua pudiera extraer el clímax que su cuerpo necesitaba tanto.

Pero él se apartó.

"Quiero que te pongas de rodillas, Blanche".

"Me estás torturando", dijo, mordiéndose el labio.

"Quiero complacerte". Le dio un suave beso en respuesta.

"Pero no me estás dejando alcanzar el clímax". Ella lo besó de vuelta.

"Pero lo haré, cariño. De rodillas. Ahora", ordenó suavemente.

Ella obedeció y cerró los ojos de placer cuando él se posicionó detrás de ella sobre sus rodillas y presionó toda la longitud de su cuerpo contra ella. Su cálido aliento rozaba su cuello. Movié su cabello hacia un lado y besó su piel expuesta. Sus manos llegaron desde atrás y apretaron sus pechos, y ella gimió, aferró su cabello negro azabache, giró la cabeza y encontró su boca, sus labios cálidos, su lengua de terciopelo. Lo besó ávidamente como si de esta manera pudiera alcanzar el clímax. Quería hacerlo. Con sus nalgas podía sentir su entrepierna y empujaba contra él, pidiendo más. Tenía sus labios, sus manos en sus pechos, pero necesitaba más de él.

Como si la hubiera escuchado, sus piernas empujaron las suyas y su dureza la penetró de nuevo. Suavemente. Ya conocía su camino. Más profundo. Pulgada a pulgada.

Ella gimió y soltó su boca. La necesidad ardiente entre sus piernas se hizo aún más fuerte, y su erección estaba empezando una tormenta dentro de ella de nuevo. Detrás de ella, él era más intimidante que frente a ella. Si quisiera huir, no podría. Igualmente, no lo haría. Quería fundirse con él en uno solo y mecerse al ritmo de su cuerpo que tomaba el suyo tan intensamente.

Se estaba acercando al pico nuevamente. Esta vez era un tsunami, una ola de placer que se acumulaba dentro de ella tan poderosa que se tensaba, abrazándose para el clímax. Solo segundos para llegar. Segundos.

De repente, se salió de ella de nuevo.

"¡Marko!" gimió. Desesperada, llevó su mano a su sexo, frotándolo frenéticamente, pero él la apartó, envolvió ambos brazos alrededor de ella y la abrazó fuerte, sujetándola por detrás, besándola en el cuello.

"Necesito acabar", gimoteó, jadeando.

"Shhh. Lo sé, amor. Aun no", susurró en su oído, besándola.

Amor.

Ella quería escucharlo una y otra vez. Él besó su sien, y ella lanzó la cabeza hacia atrás sobre su hombro y se giró tratando de encontrar sus labios. Su aroma estaba por todas partes. Él estaba por todas partes. Sus fuertes brazos, envueltos alrededor de ella, la mantenían en su lugar, sin dejarla moverse. Su entrepierna presionaba firmemente sus glúteos. Podía sentir su erección

rozar la piel de sus muslos internos y arder de angustia; lo quería dentro de ella. Su núcleo bullía de deseo. Estaba tan cerca pero no lo suficiente.

"Me estás matando", susurró, intentando calmarse.

"Todavía no", susurró él, y ella sintió cómo su dureza se deslizaba dentro de ella nuevamente.

"Oh, Dios", exhaló mientras él se retiraba un poco y se introducía de nuevo en ella. "¡Marko!" gimió, empujando sus caderas hacia atrás contra él con todas sus fuerzas. Sintió que él se retiraba, y ella empujó más fuerte pero no encontró su erección.

"¡Marko!"

Intentó alejarse, pero él la sujetó firmemente, rio suavemente en su oído y besó su cuello.

Era verdaderamente perverso. Quería alcanzar el clímax tanto que le dolía. Estaba atrapado en ella, ardiendo como una hoguera, pidiendo ser liberado. Todo su cuerpo parecía vibrar con cada uno de sus toques.

"Eres un demonio", exhaló.

"Lo sé." Su lengua en su lóbulo. Su suave boca en su cuello. "Caíste en la trampa."

"Quiero que estés dentro de mí", suplicó.

"Sí, Blanche".

Desenvolvió sus brazos y la empujó suavemente hacia adelante sobre sus manos, luego agarró sus caderas y se introdujo en ella.

Ella gimió de placer. Su deseo era insoportable. Su dureza se sentía divina.

"Sí", susurró, perdiendo la cabeza mientras él seguía embistiéndola. Una y otra vez. Yendo más rápido. Se dejó caer sobre sus codos, abrió más sus rodillas y empujó con las caderas hacia atrás, deseando que él la penetrara más profundo y rápido. Sus embestidas seguían el ritmo de sus gemidos que no podía contener. Sintió la acumulación dentro de ella nuevamente, deslizó su mano entre sus piernas hacia su sexo ardiente, pero Marko se retiró de nuevo.

"¡Marko!" exclamó frustrada.

Su clímax suprimido estaba pidiendo a gritos ser liberado. Su núcleo femenino necesitaba ser rascado, apretado, invadido y destrozado para calmar la necesidad ardiente entre sus piernas.

Él envolvió su brazo alrededor de su cintura y con un tirón poderoso la levantó de nuevo. Su mano giró su rostro hacia él para llevar su boca a la suya, su lengua un invasor ávido, sus labios atrapando su impaciente respiración. Quería gritar, llorar. Estaba lista para suplicar.

"Siempre quise follarte, Blanche", dijo mientras sus ojos, a solo centímetros, se encontraban con los suyos. "Pero creo que quiero verte *follándome*", agregó en voz baja, desenrolló sus brazos y se recostó en la cama boca arriba.

"Ven", la tomó de la mano. "Toma lo que quieras".

Ella lo miró.

¡Oh, cuánto había querido mostrarle lo que podía hacer! ¡Cómo había deseado complacerlo! Y ahora todo lo que necesitaba era apagar la hoguera que ardía dentro de ella.

Había una sonrisa maliciosa en su rostro. Sus ojos se burlaban de ella. Su fuerte y hermoso cuerpo estaba tendido sobre las sábanas. Y su erección, alta y gruesa en el aire.

Blanche echó el cabello hacia atrás y le lanzó una mirada desafiante. Quería abofetearlo. Castigarlo. Morderlo. Hacerlo morir lentamente de ese mismo deseo.

"Ven aquí", dijo suavemente, echando un vistazo a su erección y sonriéndole.

Su núcleo clamaba por él. La necesidad la ensordecía. Y en cuestión de segundos se sentó sobre él y, sin dudar, se hundió en su dureza, luego levantó sus glúteos y se hundió aún más.

No sabía qué la poseía. No se estaba tomando su tiempo. No era cuidadosa ni gentil. No era

tímida frente a su Marko. El deseo que la consumía borró su timidez. Sintió su sexo profundamente dentro de ella, avivando el fuego, y comenzó a moverse más rápido. Su deseo era como una picazón, enloquecedora y absorbente. Lo quería más profundo, donde dolía. Se levantó de su erección, plantó sus pies a cada lado de él, extendió sus rodillas hasta el máximo y se hundió directamente sobre él.

"Ah", gimió y levantó su rostro hacia arriba como si el placer viniera de allí y no de debajo de ella.

Apoyó sus palmas en sus caderas para obtener apoyo y comenzó a hundirse rítmicamente sobre él. Arriba y abajo. Como un animal.

Él la miraba sin decir una palabra. Solo esa mirada en sus ojos como si estuviera asombrado.

Sin detenerse, rodó sus pies sobre sus dedos, sus dedos se hundieron en sus caderas, apretando con fuerza, y levantó su rostro hacia el techo, con los labios entreabiertos en gemidos.

"Ahí, sí", susurró Marko mientras ella se movía arriba de él, ensartándose con su erección.

Ella iba más rápido, empujando más fuerte contra él, perdiendo el ritmo en su locura eufórica.

"Sí, Blanche", susurró.

Sintió la primera ola de éxtasis venir, empujó con más fuerza y cuando finalmente llegó, quiso gritar. Pero sus pulmones se contrajeron de tensión, y los gemidos que salieron se mezclaron con gruñidos como los de un animal herido. Siguió hundiéndose más profundo, gimiendo con cada empuje mientras el fuego arrasaba su núcleo, se extendía por su cuerpo, dominaba su mente, su corazón, su respiración. Se suponía que todo había terminado, pero seguía rodando, el calor lamía su núcleo, cegándola de placer, y seguía hundiéndose en la dureza, una y otra vez, sollozando por el éxtasis interminable que la recorría, drenando su cuerpo poco a poco. No supo cuánto tiempo estuvo así, delirante en su lujuria, pero eventualmente, sus piernas cedieron, tembló en los últimos golpes de su clímax y finalmente cayó de rodillas y sobre el pecho de Marko como un soldado herido.

"Oh, Dios", susurró entre su respiración entrecortada, sin darse cuenta de la sonrisa en el rostro de Marko.

Todavía estaba sin aliento en su estado post-clímax cuando Marko envolvió su brazo alrededor de su cintura, la volteó sobre su espalda debajo de él y se introdujo en ella nuevamente. Sus ojos se abrieron de par en par y gritó cuando él se hundió más profundamente en ella. Sus labios chocaron contra los suyos en un beso, y él empezó a embestirla.

Sintió el calor subir de nuevo desde sus embestidas, de repente tan intenso para su núcleo sensible. Pero este placer post-clímax era reconfortante. Agarró sus glúteos, los apretó, acercándolos más a ella mientras sus caderas se movían violentamente entre sus piernas. En un abrir y cerrar de ojos, él gruñó, se retiró de ella y su mano se deslizó rápidamente hacia su sexo, atrapándolo para llevarlo a su clímax.

Jadearon como si los hubieran perseguido. Ambos en sus espaldas, uno al lado del otro. Su corazón latía tan violentamente, que deseaba poder morir en ese momento, en éxtasis junto a su amante.

"Marko", dijo suavemente y giró la cabeza para mirarlo.

Él giró la cabeza para mirarla. "Sí, Blanche".

"Fue increíble".

Sus oscuros ojos estaban dilatados de placer y aún más hermosos. Pero ya no había travesura en ellos, ni curiosidad. La miraban con tanta ternura que, si no lo conociera, habría dicho que era amor. ¡Si tan solo pudiera hacerlo mirarla así por toda la eternidad!

Ella sonrió.

"¿Por qué no lo hemos hecho antes?"

Él rio, extendió la mano hacia su rostro y acarició su mejilla con el dorso de sus dedos.

"Tan impaciente", susurró, parpadeando lentamente.

Quería besar su mano, pero se echó para atrás. Había estado imaginando esta noche durante tanto tiempo, y resultó ser tan diferente. Quería complacerlo, en cambio, él le mostró lo que era estar en éxtasis.

En ese momento, Londres no estaba allí, solo él y ella. Su mundo solía ser oscuro y desesperanzado. Pero ahora mismo, el hombre frente a ella era su mundo, y nada más importaba. Y era amor puro, su amor, no correspondido, pero ardiendo más brillante que nunca antes. Quería decir "te amo", quería decirle cuánto significaba para ella. Pero tenía miedo. Había perseguido a este hombre desde que tenía dieciséis años. Tal vez él no quería ser perseguido. Tal vez traerlo a su vida de vez en cuando para mostrarle la luz en la oscuridad que la rodeaba.

Ella sonrió.

Finalmente, esta oscuridad no parecía tan aterradora. Finalmente, podía enfrentarla...

Permanecieron en silencio durante algún tiempo hasta que finalmente Blanche se movió, se volteó hacia un lado y se apoyó en su codo, su mano sosteniendo su cabeza.

Marko sonrió e hizo lo mismo como imitándola.

"Hola, Blanche", dijo suavemente, acariciando su piel.

"Hola, Marko", respondió ella en un susurro.

Era *esto* lo que había deseado todo este tiempo, solo ellos y nadie más alrededor.

Las palabras vinieron una por una. Lentamente. Al principio, torpemente. Hablaron trivialidades sobre Elysium. Hablaron sobre Benjamin Lees. El francés. Londres.

Ella acarició su pecho, y él llevó su mano a la suya y jugó con sus dedos.

Era perfecto.

"¿Nos volveremos a ver?" preguntó la pregunta que la había preocupado todo este tiempo. "Así, quiero decir". Una sonrisa asomó en sus labios mientras sus ojos se levantaban hacia él.

Él le devolvió la sonrisa.

"Lettice no debería saber de esto", dijo.

Blanche pensó que lo había malinterpretado y frunció el ceño.

"Sobre esta noche", añadió él.

¿Lettice?

Sintió cómo su interior se revolvía. Todos estos años y él estaba preocupado por Lettice. ¿Tenía algo que ver con ella? El horrible pensamiento atravesó su mente y se reflejó en sus ojos.

"¿Después de todo este tiempo, todavía te importa ella?"

Marko negó con la cabeza.

"No. Pero deberíamos tener cuidado. Y tú deberías tener más cuidado con los hombres", dijo.

No podía ser él. *Su* Marko. Todavía hablando así. Como si estuvieran escondiéndose del mundo. Como si ella fuera su vergonzoso secreto.

Los labios de Blanche se curvaron en una pequeña mueca.

"¿Tú me estás diciendo esto? ¿Después de enviarme a un hombre que apenas conocías?"

Oh, sabía que no debería haberlo dicho. Pero siempre rodeaban su pasado como si fuera tabú.

Marko frunció el ceño.

"¿De qué estás hablando, Blanche?"

Ella rio. Debería haber cambiado el tema, lo sabía, pero él había mencionado a Lettice y a otros hombres. Y siempre había tenido miedo de expresar lo que pensaba.

"Sobre el señor Culmell", dijo en cambio.

Su corazón retumbó cuando pronunció el nombre. Habían pasado años y todavía lo pensaba como algo que Marko había hecho. Algo que fue el comienzo de su fin. El nombre que estaba en el principio de muchos. Y Marko lo había arreglado.

Se levantó lentamente de la cama. Se sentía demasiado desnuda. De repente, la magia de la noche se había ido. Debería haber mantenido la boca cerrada y disfrutar el momento. Pero ya era demasiado tarde.

Marko se levantó también.

"¿Quién es el señor Culmell?", preguntó, frunciendo el ceño.

Ella lo miró y vio una extraña agudeza en sus ojos como si hubiera dicho tonterías.

¿Cómo podía fingir? Ahora, de todos los momentos.

Se levantó y caminó hacia el montón de su ropa en el suelo, recogió su camisa de dormir y se la puso.

"Un hombre que aparentemente no recuerdas y que yo nunca olvidaré. No importa, Marko".

El hecho de que él no recordara, o fingiera no recordar, el evento que había cambiado para siempre su vida era doloroso.

Se estaba poniendo las medias y lo vio levantarse y ponerse sus calzoncillos.

"No tiene sentido lo que dices, Blanche", dijo con el ceño fruncido.

Ella se detuvo y lo miró con amargura.

"El hombre al que tú y Lettice vendieron mi inocencia", dijo lentamente y tragó saliva. Finalmente, llegó el momento de enfrentarlo.

"Blanche", susurró, y de repente su rostro se vio afectado por una extraña expresión que ella no entendía. ¿Era confusión? ¿Un shock de que ella lo supiera todo este tiempo? ¿El hecho de que finalmente lo confrontara? "¿Qué estás diciendo, Blanche?", preguntó, y el ceño en su frente se volvió más agudo.

Su corazón retumbó de nuevo.

No podía ser...

Medusa no podía haber sido tan cruel...

"¿Blanche?"

La voz de Marko era más baja y profunda mientras la miraba sin pestañear, su cuerpo desnudo de repente tenso como si estuviera listo para una pelea.

Y ella lo dejó salir, las palabras, lo que había sucedido, lo que Lettice había dicho en aquel entonces.

"Ella dijo que lo encontraste tú", agregó Blanche en voz baja y tragó saliva.

Ahí estaba, la verdad que había sido guardada en silencio durante años. Pero una sensación enfermiza comenzó en su estómago. Miró a Marko y sintió que tenía miedo de lo que estaba por venir.

La habitación estaba en silencio. Y los ojos de Marko la miraban salvajemente como si una tormenta estuviera hirviendo en ellos. Se volvió, se pasó la mano por el cabello y lo revolvió, algo que hacía cuando estaba nervioso, ella lo sabía. Caminó hacia la pared y volvió a revolverse el cabello, produciendo una extraña risa.

Y de repente, golpeó su puño contra la pared.

"¡Mierda!", rugió y golpeó la pared con las palmas varias veces.

Luego, de repente, se detuvo, con ambas manos en la pared, y bajó la cabeza. Sus hombros subieron y bajaron mientras respiraba pesadamente.

Blanche se quedó paralizada de horror, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y los labios temblando mientras miraba su figura apoyada contra la pared que tenía una mancha de sangre.

Empujó la pared y se volvió hacia ella.

"No puedes pensar ni por un momento que haría algo así". Dio un paso adelante. Su voz estaba llena de furia. "¿A ti?" Otro paso. "¿De todas las personas?" Otro paso. "¿Blanche?"

Ella no sabía qué decir. Sus ojos ardían de ira. Sus manos se cerraban en puños como si estuvieran listas para pelear.

"Nunca hablaste conmigo en ese entonces", dijo tímidamente y tragó saliva. "¿Cómo podría haberlo sabido?", dijo aún más quedamente.

Él cerró los ojos y se apartó el cabello de nuevo, y ella vio el dorso de sus nudillos manchado de sangre.

"¿Cómo pudo ella?", siseó él. "Maldad. Ella. Es. Maldad. Pura."

Blanche miró a su alrededor distraídamente. Si no hubiera llorado tantas veces por eso, habría llorado ahora mismo. Pero todo lo que sentía era vacío. Como si una parte de ella fuera arrancada.

"Si tan solo hubieras dicho adiós antes de irte. Si tan solo hubiéramos hablado", dijo Marko.

Sus ojos se dirigieron hacia él.

"Tú eres el que me dejó allí". Ella frunció el ceño.

"Se suponía que ibas a venir con nosotros", dijo.

"No, no es así, Marko". Lo miró con decepción. Tantos años. Tantos errores.

Él pasó ambas manos por su cabello y negó lentamente con la cabeza, luego volvió a posar su mirada en ella.

"¿Cómo pudiste pensar eso de mí? ¿En aquel entonces?" preguntó en voz baja.

"Oh". Lo miró incrédula. "Entonces, ¿ahora es *mi* culpa, Marko?"

A solo varios pies de distancia el uno del otro, deberían haberse acercado, besado, explicado todo, hablado sobre ello.

En cambio, estaban parados frente a frente como si fuera un duelo.

Ella se apartó de él, recogió su enagua y falda, y comenzó a vestirse de nuevo.

"Pensé que eras parte de todo esto durante todos estos años", dijo en voz baja mientras se ponía su ropa una por una sin mirarlo.

Horas atrás, se le había ofrecido a él. Ahora, su corazón se retorció de tristeza y desesperación, y ella quería alejarse de él y de cualquier cosa que le recordara a Lettice. Necesitaba pensar. Necesitaba reescribir su pasado con todo lo que ahora sabía.

"¿Pensaste que era capaz de algo así?" Escuchó su voz de nuevo.

Ella no respondió y siguió vistiéndose, decidida pero apenas capaz de contener sus lágrimas. Ahora todo le llegaba, sus frecuentes ausencias, Lettice manteniéndolo alejado, su indiferencia mientras ella estaba siendo vendida a alguien más. ¿Culpa suya o de él?

Oh, Dios.

"Has pensado eso durante años", continuó él, "y, sin embargo, querías acostarte conmigo. ¿Por qué? ¿Dinero? ¿Curiosidad? ¿Nostalgia? ¿O una manera de desquitarte con Lettice?"

Sus dedos se detuvieron al abotonar su corpiño, y levantó la mirada hacia él.

Las palabras no eran del Marko que conocía. Habían pasado años, y para él, ella seguía siendo la misma chica tonta.

Parpadeó lentamente y reanudó el abotonado de su corpiño.

"Vete al infierno, Marko", finalmente dijo.

Para Blanche, la noche con Marko fue la más hermosa y triste en años.

Salió apresuradamente de la casa de Marko. Él quería llevarla a casa, pero ella declinó. Ella quería irse sola, pero él no la dejó. Se vistió rápidamente, se puso un abrigo sobre su camisa mientras ella permanecía en silencio, evitando sus ojos. No quería separarse así, pero recordaba sus palabras amargas. ¿Eso era lo que él pensaba, que ella se ofrecía a sí misma como venganza?

"Tu dinero, yo..." él empezó a decir.

"Detente, Marko". Quería gritar, decirle que estaba ciego. "No lo hice por dinero. Independientemente de lo que pienses".

Caminaron rápidamente por la oscura calle. Él intentó disculparse, hablar. Ella no lo permitió.

"Deja eso", dijo ella.

Y cuando él quiso subir al carruaje con ella, puso su mano en su pecho.

"No", dijo ella y desapareció en la noche.

Se bajó en el Puente Waterloo y caminó durante algún tiempo. Incluso en medio de la noche, las figuras acechaban entre la niebla. Campanas de barcos. Sonidos apagados de la noche. Podría ser asesinada o robada aquí. Que la mataran podría ser una bendición. El viento era más fuerte aquí. Como una advertencia. O te alejaba o te impulsaba más lejos.

Llamaban al puente "La escapada de los amantes". Muchos habían terminado sus vidas aquí. Blanche podría ser la siguiente.

Pero esa noche estaba sobria. Y aunque la tristeza y la desesperación le apretaban el corazón, tenía miedo.

¿Cómo esa noche, tan mágica, se convirtió en un desastre?

Pero luego, era como todo lo demás en su vida...

Al día siguiente se despertó como si nada hubiera pasado. La magia de la intimidad con Marko parecía algo lejano o poco creíble.

Los siguientes tres días fueron borrosos. Blanche bebió. Envío a Joshka a la farmacia para que consiguiera más opio.

"No digas ni una palabra a nadie", le dijo a la criada y le entregó una moneda. Joshka era una buena chica, la guardiana de los secretos de Blanche.

Esa noche, Blanche se sumergió en un dulce delirio.

Al día siguiente, Sir Curtis envió una nota. Ella no respondió.

Los días se oscurecieron y no por la niebla. Cada mañana realizaba su ritual: lavarse, aplicarse aceites, vestirse. Pero se miraba a sí misma en el espejo con indiferencia y nunca salía de la habitación.

Los clientes preguntaban por ella en el Gran Salón. Ella decía que estaba enferma. La Sra. Boot, la ama de llaves, vino a hablar con ella. Para entonces, Blanche había bebido suficiente vino y se reía como una tonta. Por la noche encendía una vela y se sentaba durante horas mirándola.

Repetía la noche con Marko una y otra vez en su mente. Y de repente, lo quería a su lado. Excepto que él estaba en otro lugar. ¿Con Lettice, tal vez? ¿Otras mujeres? Había muchas como Blanche. ¿Las había?

Recordaba su tacto, sus labios en ella, su sonrisa mientras la miraba mientras estaba en su dulce éxtasis. Y los sentimientos volvieron con nueva fuerza. Tal vez, sus desgracias no habían sido culpa suya. Tal vez, ella fue estúpida por actuar como lo hizo esa noche. Y se culpó nuevamente. Siempre lo hacía. Y cuando el brandy y el opio lavaban la duda, el dolor y la culpa, pensaba en él nuevamente. Siempre en él. Su ausencia era insoportable. Como si algo esencial hubiera desaparecido de su vida.

Y las palabras...

¿Cómo pudiste pensar que haría algo así?

Ahora que lo pensaba, se daba cuenta de que tenía razón. Su vida era una mentira. Desde que Lettice había entrado en su casa. Desde que Marko lo había hecho.

Oh, Marko.

Lloró. Quería verlo y disculparse. Aunque ¿era ella quien debía disculparse? ¿O él?

La Sra. Boot volvió a verla y lanzó una mirada hostil a la botella y al vaso vacío.

"Si sigue así, jovencita, la echarán de esta casa en poco tiempo", dijo enojada y llamó a Joshka para que limpiara la habitación.

La Sra. Boot lo informó a la Sra. Sharke, por supuesto.

"¿Va a decirme qué es todo esto, Srta. Blanche?"

La madame de la Casa Belle estudió a Blanche de arriba abajo: su cabello despeinado amontonado descuidadamente en la parte superior de su cabeza, sus ojos rojos, su vestido que había usado varios días seguidos.

¿Qué había que decir?

"Estoy bien", dijo Blanche y sonrió. "Necesito varios días, madame. Pagaré las tarifas, por supuesto".

"Sí, lo hará", dijo la Sra. Sharke con una sonrisa burlona. "Y no se atreva a poner un pie en los salones luciendo así. Y esto es una advertencia, Srta. Blanche".

"Siento estar un poco enferma, madame", dijo Blanche con una sonrisa demasiado amplia y fuera de lugar.

"Está borracha, querida", dijo la Sra. Sharke bruscamente. "Casi todos los días en las últimas dos semanas. No albergamos borrachos aquí. Compóngase".

Blanche no pudo. De vuelta en su habitación, tomó opio de nuevo y se recostó en las sábanas en completa oscuridad pensando en Marko. Ni una palabra de él, como si hubiera sido una aventura pasajera, otra mujer, un rostro en el mar de otros.

Blanche tomó más opio, y cuando Joshka vino a verla más tarde esa noche, Blanche permanecía inmóvil junto a la ventana, su rostro vuelto hacia la luz de la luna, tan rara en la ciudad de la niebla.

"¿Señorita?" preguntó la criada tímidamente, pero no escuchó respuesta. "¿Señorita?" repitió más fuerte.

"¿Qué pasa?" preguntó Blanche en voz baja y suave, como si estuviera medio dormida.

"¿Le gustaría algo, señorita? ¿Cena? ¿Té?"

Blanche no había comido en todo el día, pero el hambre era de otro tipo. Su anhelo era por la paz. Los recuerdos traían dolor. Su corazón lleno de desesperación quería acabar con todo. Anhelaba la oscuridad.

"Estoy bien", dijo.

Lo estaría pronto, pensó.

Entonces, cuando todo esto no estuviera a su alrededor, finalmente estaría bien.

Marko llegó a la Belle House varios días después.

Con los mismos deslumbrantes rasgos.

Los mismos ojos inquisitivos.

Sin sonrisa.

"¿Blanche?"

Se quedó en el salón trasero estudiándola como uno de sus clientes. Sin embargo, la vista de él repentinamente sacó a Blanche de su melancolía. Aunque fuera solo por un corto tiempo.

Quería besarla. Quería tenerlo junto a ella. Quería que sus brazos la rodearan y nunca la soltaran. ¿Era mucho pedir? Como una adicta, pensó que se mantendría alejada. Pero de repente él estaba aquí, y su corazón latía como un tambor. Marko Farini, sabía, era su mayor adicción hasta ahora.

"Estás aquí. Me sorprende", intentó sonar alegre. "Si trajiste el dinero, puedes quedártelo. Ya te lo dije".

Sonrió.

"Blanche, no me gustó cómo nos separamos el otro día", dijo suavemente, mirándola sin rastro de alegría.

"Nunca me gusta cómo nos separamos, Marko", sonrió de nuevo.

Silencio.

"¿Me perdonarás?"

Ella arqueó las cejas.

"¿Por qué, Marko?"

"Por..." Parpadeó lentamente, como si lo estuviera pensando, luego la miró de nuevo. "Por cómo resultó todo". Sus ojos estaban calmados y tristes. "Siempre quise creer que no era culpa mía. Pero tal vez lo fue. No estoy seguro".

Ella asintió.

"Tal vez no estamos destinados a estar juntos", dijo. "Cuando lo estamos, el destino juega malas pasadas".

"No digas eso".

"Entonces, ¿por qué no lo estamos?"

Era un desafío.

"Tú lo sabes muy bien. Está...", se detuvo.

Oh, ella sabía que quería decir el nombre de esa mujer. Exhaló ruidosamente y apartó la mirada, apartándose el cabello. El silencio era incómodo, pero a diferencia de antes, cuando

estaba lleno de dulce anticipación, este silencio era tembloroso.

Finalmente, dio varios pasos hacia ella. Estaba a solo treinta centímetros de distancia. Podía percibir su olor. Su mirada era intensa, y el sombrero en sus manos era como una barrera entre ellos. Nunca pensó que vería a Marko dudar. Siempre en control, siempre seguro de sí mismo, ahora era diferente. Como si una carga lo abrumara. De repente parecía mayor. Aún guapo, pero sus rasgos parecían más afilados, su boca más severa. Parecía cansado.

"¿Confías en mí, Blanche?" preguntó, sin apartar su mirada pesada de ella.

¿Confía ella en él?

Ahí estaba la pregunta que no se respondía fácilmente. Porque a pesar de sus desgracias, en lo más profundo de su ser creía que él se preocupaba por ella. Como una adicta—y, oh, conocía el poder de la adicción—cuando la droga estaba dentro de ella, sentía una serenidad suprema, la espléndida euforia de que la vida era dicha y había esperanza. No importaban las sombrías consecuencias. No importaba la depresión—más tarde, cuando el efecto se desvanecía y sucumbía a la melancolía y el mundo volvía a ser un lugar sombrío, un hecho, una realidad.

Cuando descubrió días atrás que él no tenía nada que ver con los eventos desafortunados, cuando lo pensó detenidamente, cambió las cosas, reforzó su confianza en él. ¿Pero era eso suficiente?

Se tardó demasiado en encontrar la respuesta. Él lo vio. Sonrió con sarcasmo. Apartó la mirada.

"Necesito un favor, Blanche", dijo.

"Oh..." finalmente encontró su voz.

"Es muy importante, y podría resolver algunos problemas. Y si sale bien..."

"¿Qué es?"

No podía pensar en nada que pudiera serle útil.

"Necesito una dama de la Belle House".

Sintió cómo su estómago se revolvía.

Para otro hombre, dijo. Un hombre importante. Alguien que no podía venir a la Casa Belle, ni podía pasar por la Sra. Sharke y todas las reglas y la posible exposición. Necesitaba a alguien amable, alguien que pudiera ser una buena compañera de conversación. Él, Marko, pagaría el doble de la tarifa.

Él siguió hablando mientras Blanche permanecía con la mirada vacía. Se escuchaban risas lejanas desde el Gran Salón, el tintineo de vasos y gritos exagerados.

La Belle House...

La única manera en que era valiosa para el hombre que amaba era su profesión.

Irónico.

Ella sonrió. Esta sonrisa no tenía mucho significado. En cambio, era un signo de su derrota.

"Necesito que estés lista para mañana", concluyó su discurso. "Sé cómo suena, Blanche".

Ella asintió.

"Por ti, cualquier cosa", dijo lentamente y lo miró con una sonrisa que no coincidía con sus tristes ojos.

"Blanche, cariño..." dio un paso más cerca y acarició su rostro con su mano enguantada.

Sus ojos—oh, si solo siempre dijeran la verdad—brillaban con calidez y dolor. Sí. Había melancolía en ellos como si estuviera perdiendo algo y lo supiera. ¿Sabía que estaba perdiendo a Blanche? Quizás, ya la había perdido. Si no, lo haría pronto. ¿Lo tocaría? ¿Le importaría?

Se inclinó hacia ella, y sus labios tocaron suavemente los suyos en el beso más tierno hasta ahora.

El beso del destino...

En aquel entonces, en Baker Street, lo fue. El primer beso había desencadenado el giro más extraño de los acontecimientos que continuaron durante años.

Hace solo unas semanas, el beso en el carruaje había despertado una nueva esperanza en ella. Y de nuevo, el destino estaba trabajando de maneras misteriosas.

Ahora, el beso era gentil, lento, pero Blanche lo respondió como si fuera por inercia, como si fuera un sueño lúcido o un recuerdo distante.

Risas fuertes estallaron en la puerta, haciendo que Marko se alejara de ella. Una mujer con una sonrisa alegre y ojos brillantes entró, con la mano envuelta alrededor del brazo de un hombre alto, que no llevaba chaleco ni rastro de modestia.

"Oh! ¿Estamos interrumpiendo?"

La mujer volvió a reír y alejó al caballero del salón.

Blanche se quedó inmóvil. Nada cambió en su postura o comportamiento como si el beso no hubiera sucedido. Asintió y apartó la mirada.

"Haré lo que me pidas. Sí".

Se giró lentamente y dio varios pasos hacia la puerta. Luego, como si olvidara algo, se dio la vuelta y miró a Marko con una mirada vacía.

"Te veré mañana, entonces", dijo suavemente, intentó una sonrisa y salió del salón.

Si eso era todo lo que Marko quería de ella, lo haría, por supuesto. De alguna manera, Blanche nunca pudo resistirse a él.

Quería hablar con Bonnie. Bonnie era una persona alborotadora, alegre, siempre dispuesta a conseguir más negocios. Pero Marko dijo que el hombre era importante. No es que no hubiera *hombres importantes* en la Belle House, pero no todos los caballeros acomodados de Londres podían permitirse una dama de la Belle House. Pero había gradaciones de importancia, diferentes gustos, diferentes personalidades.

Bonnie era buena con los caballeros de "dinero rápido" que no necesitaban mucha clase o inteligencia.

Eliza era una de las más hermosas, con gustos y hábitos caros, y atendía a clientes más adinerados, pero era malcriada y podía parecer vanidosa.

Eva Bernal era... bueno, Eva era la reina, intocable y por encima de las reglas. Por qué había pasado tantos años en la Belle House era un misterio. Y sólo había acompañado a los hombres más ricos e importantes. Y solo si eran de su agrado. Eso fue antes de que se retirara.

Yasenska, la belleza eslava, era demasiado fría y poco entusiasta.

Claire, demasiado sencilla.

Mansah, demasiado exótica para el gusto de algunos hombres.

Marylyn, con sus deliciosas curvas, tampoco para todos.

Blanche repasó a las damas de la casa con críticas meticulosas hasta que se detuvo en una.

Kat. Catherine "Kat" Wilde. La chica era rápida, inteligente y bonita. Había estado rodeada de muchos políticos y señores. Tejió hábilmente sus telas de araña de amor a su alrededor y era conocida por capturar incluso los corazones más fríos.

Más tarde esa tarde, Blanche finalmente tuvo la oportunidad de hablar con ella.

"¿Señor Farini? ¿Es el Sr. Farini de las Salas Elysium?"

Kat, una chica esbelta y llamativa con cabello color paja y rasgos vivaces, estaba sentada en

el sillón, sorbiendo té, y estudiaba a Blanche con curiosidad.

Blanche explicó la situación de la que ella misma no sabía mucho.

"Un hombre importante. Hmm," Kat repitió las palabras, y Blanche vio cómo los ojos de Kat se estrechaban en nada en particular, como si Kat estuviera calculando algo.

Oh, Kat era una criatura interesante. Se mezclaba en los círculos más altos, y de alguna manera—solo algunas damas de la casa lo sabían—sus amantes, demasiado numerosos para contar, terminaban en algún escándalo u otro, una desgracia o un trato cuestionable. Pero ninguno de esos extraños incidentes jamás se atribuyó a Kat. Tal vez fuera una coincidencia. Pero Kat, sin embargo, era una de las pocas damas que sabía cómo envolver a los hombres alrededor de su dedo meñique en poco tiempo. Como si hubiera una poción mágica que les deslizara a sus amantes en la bebida la primera noche que pasaban juntos, y nunca podían tener suficiente.

"¿Doble la tarifa, dices?" Kat miró a Blanche con interés. "Y el Sr. Farini, no es tu cliente, ¿verdad?"

Blanche negó con la cabeza con demasiada vehemencia, lo que hizo reír a Kat.

"Oh, Blanche, querida. Ojalá pudieras ver tus ojos en este momento." Kat se rio alegremente. "Muy bien entonces. Me gustaría ver a ese Sr. Farini que hace que tus ojos brillen así".

Al día siguiente, Blanche le presentó a Kat a Marko y los dejó en el salón trasero para hablar en privado.

Y de nuevo, el corazón de Blanche latió con la misma cobarde anticipación que siempre lo hacía en presencia de Marko. Eran el vino y el opio los que jugaban malas pasadas en su estado de ánimo. A medida que los recuerdos hirientes de la conversación con Marko esa noche se desvanecían después de los días, las imágenes de ellos juntos solo la inquietaban más.

Sus manos.

Sus labios sobre ella.

Sus ojos oscuros se clavaron en ella como si fuera su dueño.

¡Oh, cómo deseaba que lo hiciera!

El día anterior, había estado en uno de sus estados melancólicos. ¿Cómo pudo no haber respondido cuando él la besó?

Hoy se sentía diferente. De repente quería desesperadamente hablar con Marko, besarlo, decirle que quería estar con él. Se paseó, agitada, por su habitación, armándose de valor, pero cuando bajó de nuevo al salón trasero, Kat ya no estaba.

Y Marko tampoco.

Y volvió a sentirse acosada por la tristeza: Marko siempre se marchaba sin despedirse.

Si la montaña no va a Mahoma, entonces Mahoma debe ir a la montaña, pensó Blanche para sí misma cuando recibió una nota de Benjamin Lees. Él la invitó al Elysium esa noche.

Un minuto más tarde, su respuesta, "*Con mucho gusto*", fue dada a Joshka con la instrucción de enviársela al Sr. Lees lo antes posible.

Quería volver a ver a Marko. *Necesitaba* verlo. Por la noche, bajo la influencia del opio, la solución a sus tormentos era alta y clara: tenía que hablar con Marko y finalmente decirle cómo se sentía. Su respuesta decidiría su destino. Pero cuando llegó la mañana y se despertó, todas sus intenciones parecían inútiles. La vida era sombría. Los hombres eran usuarios. Marko no era diferente. Y ella era una tonta.

Así era el opio. La llevaba a las alturas cegadoras, pero cuando el efecto desaparecía, era como si finalmente se hubiera levantado el velo y la vida le presentara cómo eran realmente las cosas.

Se sintió como si hubiera estado enferma y finalmente se aventurara en el mundo exterior cuando se sentó a cenar con Benjamin y Andrew Wilkin en un pequeño restaurante cerca de Coventry Street. Ella sonrió y le hizo preguntas al joven, notó sus miradas reservadas a Benjamin y animó a su amigo. Despreciaba a la mayoría de los hombres, pero las aventuras de Benjamin la entretenían. Nada hacía que su amigo se sintiera más seguro y entusiasta que un nuevo amante que lo encaprichara.

"Bueno, todavía no estamos en esa etapa", le dijo Benjamin cuando Andrew Wilkin salió de la habitación por un minuto. "Pero tengo que admitir que no puedo esperar para finalmente despojar a nuestro querido Sr. Wilkin de las cadenas del estigma social y ver de qué se trata el hombre".

Blanche se echó a reír y pensó que no podía esperar a ver a Marko.

Elysium estaba abarrotado como de costumbre. De alguna manera, el establecimiento veía más y más gente cada semana y un número aún mayor afuera, tratando de entrar. La Gaceta, por supuesto, no dejó de hablar de ello. Tampoco los asistentes. Especialmente aquellos que aún no habían llegado allí. Marko y De Jouy eran hábiles hombres de negocios: el entretenimiento era diferente cada día de la semana y se cambiaba después de dos fines de semana. Gitanos de Rumanía. Sedas aéreas de Francia. Bailarines de ballet de España. Un mago de Italia. Lo que sea, Elysium lo tenía. En el corto tiempo de su existencia, la popularidad se había extendido como el

fuego. Blanche se sorprendió de cómo los dos hombres se las arreglaron para encontrar tiempo para hacer malabarismos con todo.

No lo hicieron.

De Jouy corría como un loco, gesticulando salvajemente, resoplando.

Marko no estaba allí.

Blanche se sentó en una pequeña mesa en Elysium, y mientras Benjamin entretenía a Andrew Wilkin con jugosas conversaciones sobre la vida secreta de Londres, Blanche buscaba entre la multitud las señales de Marko.

Una hora después, se sintió irritada. El vino era demasiado dulce. La música demasiado alta. No le importaba la actuación que se avecinaba. Preferiría tener opio. Como por arte de magia, o por la ausencia de ella, Elysium había perdido su encanto por una sencilla razón: Marko no estaba allí.

Un cantante de ópera tocó para la orquesta militar basada exclusivamente en tambores. Era igualmente extraño y encantador. Durante esa hora, Blanche se fue a la deriva a un mundo diferente. El canto sensual la hacía más melancólica.

Y entonces el mundo pareció cambiar y se iluminó con más colores: vio a Marko. Hablando. Moviéndose por la habitación. Siempre había alguien que llamaba su atención. Si no era el personal o los artistas, entonces De Jouy o los invitados. Riendo. Tomando. Fumando. Como si fuera una celebridad. Camisa negra y chaleco con corbata roja. Siempre a la moda. ¡Dios, lo hacía todo aparentemente sin esfuerzo!

Un guiño a ella desde la distancia. No tenía tiempo para ella, por supuesto.

Cuando Marko llegó, hicieron una pequeña charla. Parecía alegre. ¿Todo salió bien con la señorita Kat? Esperaba que sí, dijo, y sonrió y le dio a Blanche una mirada significativa como si fuera una pista.

Estaba tan cerca pero tan distante. Su repentina intimidad, como el último beso, y ahora la frialdad en público como si estuviera avergonzado de ella. Y la noche juntos, no hubo mención de ella. Como si fuera algo casual.

Él se había ido de nuevo. Blanche vio a los conocidos, los clientes de Belle House con mujeres que no reconoció. Vestidos más baratos. Ebrios. Tal vez burdeles de Covent Garden. Lo vio ahora, de lo que la Sra. Sharke había estado hablando. Blanche era una cortesana exclusiva.

Pero Marko no la quería.

"Debo despedirme, señorita Blanche," dijo mientras se acercaba al grupo en el que ella estaba. "Tengo asuntos que atender."

Y así, como por arte de magia, todo se desvaneció. Su noche estaba arruinada. Benjamin se iba. Y ella también.

Aquella noche se sentó en su habitación de la Belle House y bebió. La oscuridad era abrumadora y no había suficientes velas ni lámparas de gas para iluminar su vida. Como si la vida exterior no pudiera encontrar su camino en ella.

El vino la ponía sombría. Había una cura: tomaría opio. Cuando se afanzara, podría sentarse durante una hora sin moverse. El vino era como un pequeño fuego: ardía dentro de ella, abrasándola con amargura, irritándola a veces, pero alrededor de la gente la hacía audaz y, a veces, salvaje. El opio era como un remedio mágico que levantaba la niebla de su cabeza. Era un resplandor, una serenidad que se extendía por su cuerpo y su mente, dejándolo todo claro.

En momentos como este, cuando el efecto de la droga divina estaba en su punto más alto, las cosas de repente se presentaban muy claras. Cualquier cosa que la molestara tenía una solución. Cualquier complicación, una salida. Combinado con vino, la hacía inquieta, deseando implementar las medidas de inmediato. Pero para cuando decidía hacerlo, el efecto se estaba desvaneciendo —demasiado rápido como les sucedía a aquellos que participaban con demasiada frecuencia— y se veía acosada por la indiferencia.

Esa noche, se sentó junto a la ventana y pensó en Marko. Lo que debería haberle dicho. Lo que podría haber dicho. Recordó los mejores momentos de su vida. Todos ellos fueron con él. Irónicamente, también lo fueron los más dolorosos.

La esperanza revoloteó en ella por un breve momento, pero luego retrocedió a los rincones más alejados, y la oscuridad se acercó a sus pies. La tristeza le apretó el corazón. La desesperación se apoderó de su mente. Sabía lo que necesitaba hacer. Si no esta noche, entonces mañana.

Se levantó, caminó con paso vacilante hacia el escritorio, sacó papel y tinta del cajón, y se sentó a escribir una carta.

Las palabras se derramaron en el papel. Emociones profundas dominaron su corazón. Las lágrimas brotaron en sus ojos. Y cuando terminó, tenía dos cartas frente a ella. Una para Benjamin. Otra para Marko.

Ahora estaba lista.

Sonrió.

Era una sonrisa de una mujer loca. Ausente. Desesperada. Triste. Malvada. Todas esas emociones se reflejaban en ella, una tras otra. Pero faltaba una —la felicidad.

Al día siguiente, Blanche tuvo que enfrentarse a la furia de la señora.

La señora Sharke era una de esas raras mujeres que se veían hermosas incluso cuando estaban enojadas. Y estando en sus cuarenta, y con varias décadas de negocios a sus espaldas, no había mucho que la hiciera enojar.

"¿Las Salas Elysian? ¿Otra vez? ¿Después de que me dijo que necesitaba varios días para sentirse mejor? La señora Sharke bebió una copa de vino. La mujer podía beber, seguro. "Ha pasado una semana, señorita Blanche. Esto no es una pensión. Estoy dirigiendo un negocio".

¿Qué podía decir Blanche?

Había tomado opio todos los días durante la última semana. Había bebido más de lo que había bebido en el último mes. No había cogido ningún cliente desde la noche con Marko. Y a ella no le importaba. Ya no. No se trataba de mucho, excepto de volver a ver a Marko.

La señora Sharke concluyó su discurso y despidió airadamente a Blanche, dándole la última advertencia y varios días más para arreglarse.

Blanche no necesitaba varios días más.

Ni siquiera un día.

Sabía que todo se decidiría esta noche...

Estaba lluvioso afuera. Londres, siempre tan sombrío en esta época del año, se hundía aún más en la miseria. Resonaba a través de las gotas de lluvia en los alféizares de las ventanas, se filtraba por las grietas de los edificios, se colaba por las puertas abiertas con su humedad. Y el frío, parecía llegar hasta los huesos, y ninguna chimenea era lo suficientemente brillante para alejar sus garras heladas.

Blanche estaba sentada frente al tocador y miraba con la mirada perdida su reflejo en el espejo mientras Joshka le arreglaba el cabello.

La criada estaba alegre como de costumbre, pero Blanche no lo entendía. Los desafortunados nunca entendían la felicidad de los demás. Y hoy, Blanche se sentía miserable como nunca antes.

Quizás, la razón era que había tomado una decisión. Iba a ver a Marko, y luego...

Y luego esperaba un milagro, aunque nunca creyó en uno. La vida no era más que una sucesión de eventos desafortunados. La de ella, la de Blanche, terminaría pronto.

Si Blanche tuviera a alguien con quien hablar, le dirían que su sombrío punto de vista era el resultado de la melancolía. No tan inusual. Si prestara atención a los demás, se daría cuenta de

que muchos considerarían su vida bastante afortunada.

Pero Blanche no tenía muchos amigos así. Solo Benjamin, que era excesivamente optimista. Y Kat, que nunca tenía tiempo para los demás. Y la persona con la que pasaba más tiempo era Joshka, una simple doncella que no tenía mucho por lo que vivir, pero no le importaba.

Blanche observaba en el espejo los dedos de Joshka que expertamente cepillaban y arreglaban su cabello y evaluaban el aspecto de Blanche con el mayor placer como si estuviera ayudando a una querida amiga.

¿Qué pasaba por la cabeza de esta doncella?

Blanche desvió su mirada hacia su propio reflejo: sus labios carnosos, sus ojos azules, tristes y por lo tanto más hermosos, su piel que estaba enrojecida por el exceso de alcohol de la noche anterior.

"Querida, hazme un vaso de brandy," dijo a Joshka.

Necesitaba coraje. Y para cuando Joshka la ayudó a dar los últimos toques a su vestido, Blanche había tomado suficiente brandy como para preguntarse si necesitaba ver a Marko en absoluto.

Era oscuro afuera. Era noche, pero Blanche quería llegar a Elysium después de la función. Seguramente atraparía a Marko allí. Así que siguió bebiendo. Y cuando llegó el momento y Joshka le informó que el carruaje estaba abajo, Blanche sintió la familiar confianza y vigor. El brandy se hacía su amigo.

Ahora Blanche tenía que hacer lo suyo.

El portero de las Salas Elysian conocía a Blanche y la dejó entrar de inmediato, aunque estaba sola.

Ya estaba borracha y se alegraba de estarlo, porque era lo único que le daba coraje mientras se encontraba en la entrada: una mujer, y sin compañía, buscando a Marko entre la multitud.

Era tan ruidoso que apenas podía escuchar la música. Ni siquiera la orquesta podía ahogar el ruido de la celebración interminable. Y Elysium parecía como si la mitad de Londres se hubiera reunido para el festín más grande del año. La gente bailaba, pero Blanche no podía oír la melodía. Todo era un continuo estruendo. La multitud estaba feliz, y eso la molestaba. Porque sin importar que viera a Marko nada podría cambiar el resultado, había una fatalidad predeterminada en la noche. A pesar de la esperanza, era una noche muy oscura. Quizás su última noche.

Un pensamiento extraño cruzó su mente: en momentos como este, alguien bebía champán mientras otros eran llevados al cadalso. Y entonces vio a Marko al otro lado de la sala, que se quedó paralizado con una expresión de desconcierto en su rostro mientras ella le sonreía y no apartaba la mirada.

"¿Blanche? ¿Con quién estás?" preguntó cuando se acercó, manteniendo su distancia como si ella fuera a lanzarse sobre él.

"Nadie", respondió con una sonrisa vaga. "Vine a hablar contigo, Marko".

Lo siguió entre la multitud, sus anchos hombros abriendo el paso. Podría seguirlo a cualquier parte, pensó entonces, incluso si era hacia su propia muerte. Pasó junto a un camarero con una bandeja de bebidas y, sin vergüenza en su embriaguez, agarró una copa. Marko despidió al camarero que protestaba y siguió adelante.

El salón de arriba estaba oscuro y frío. Blanche se quitó el sombrero y los guantes, los colocó

sobre el escritorio y se volvió para mirar a Marko.

"Te he echado de menos, Marko," dijo con una sonrisa, acercándose a él.

Él se quedó junto al escritorio, igual que la última vez, observándola. Pero esta vez era diferente. No andaría con rodeos. No esta noche. Si fuera la última noche, tomaría lo que quería.

"Siempre te echo de menos," dijo.

Él la miraba con diversión, parecía. Sus ojos bajaron por su capa y volvieron a subir.

"Estás inusualmente directa esta noche", produjo una risita forzada.

"¿Te gusta?" dio otro paso más cerca, y su dedo índice extendido trazó la longitud de los botones de su chaleco.

Sus ojos bajaron para seguir sus dedos y lentamente regresaron a ella.

"Me gusta todo de ti, Blanche," dijo en voz baja pero no se movió.

Eso era todo lo que necesitaba. Se inclinó y sus labios se posaron en los suyos para un beso.

¡Oh, si solo fuera siempre tan fácil!

Él la abrazó y la atrajo más cerca, y ella se sintió débil de nuevo como siempre se sentía en sus manos. Sintió el calor entre sus piernas. Lo sintió irradiar por todo su cuerpo.

Su Marko.

Su mente estaba centrada en su boca, el mundo reducido a su lengua de terciopelo que acariciaba la suya. Siguió besándolo y se sintió aún más mareada.

Se apartó y la miró con un destello en sus ojos, y ella no apartó la mirada. En cambio, se sintió más atrevida.

"Mmm." Estaba mareada de placer e intoxicación, y todo lo que quería era el sabor de él de nuevo. "No tenemos por qué parar, Marko," dijo suavemente, y sus labios estaban en los suyos.

Deseaba poder sostener su beso para siempre. Deseaba estar de vuelta en su casa. A solas. Quitándose la ropa.

Él le tomó la cara y se apartó.

"Blanche, este no es el lugar."

Ella se rio. Sus manos acariciaban su torso

"No seas tan tímido, Marko. No me quitaré la ropa. No, señor." Ella se rio. "Pero tú sí puedes." Sus manos se deslizaron hacia sus pantalones. "¿Te gustaría?" Sus dedos comenzaron a tambalearse con los botones de sus pantalones.

Quería complacerlo. ¿Le gustaría si lo hiciera?

¡Sí! ¡Sí, le gustaría! Gritaba su mente borracha. Se hundió de rodillas y comenzó a trabajar los botones obstinados de sus pantalones. Pero él la agarró por las muñecas y la levantó.

"¿Qué estás haciendo?" Una expresión mixta de sorpresa y enojo estaba en su rostro. "Estás borracha, Blanche".

Oh, Marko. ¿Estaba decepcionado de ella?

Ella se rio y se presionó contra él de nuevo.

"Así es. ¿No lo hace más fácil?" Se inclinó y lo besó de nuevo. Más insistentemente esta vez, sensual en su embriaguez.

Sus dedos volvieron a sus pantalones y encontraron la protuberancia. Estaba excitado, y eso la impulsó aún más.

"Sé que te gusta", susurró y lo besó de nuevo, pero él tomó sus manos en las suyas y las apartó.

"Detente", dijo bruscamente esta vez.

Ella cerró los ojos y respiró profundamente como si estuviera reuniendo fuerzas. Estaba mareada y de repente muy cansada y decepcionada. Y cuando abrió los ojos, Marko se apartó de

ella y se pasó la mano por el pelo, luego se despeinó.

Ah, el señor Farini estaba nervioso. Quería reír, pero sonrió en cambio.

"Blanche, deberíamos hablar más tarde. Y no aquí", dijo, recogió una botella que estaba en el escritorio y se sirvió una bebida.

"Todavía tienes miedo, ¿verdad?" dijo juguetonamente y dio un paso hacia él.

Se tambaleó. No podía ver con claridad. Se sentía muy borracha pero decepcionada. ¿Qué hombre rechazaría a la mujer que estaba lista para complacerlo? A menos, claro está, que no le gustara tanto. Se sintió como si fuera a caerse y agarró el borde del escritorio para estabilizarse.

"No cambiaste, Marko", dijo. "Siempre tan cuidadoso. Tan reservado".

Él dio un gran trago del vaso, pero no la miró.

"Tú sí cambiaste", dijo.

"Oh" se rio. "Las cosas cambiaron, sí. ¿Debería contarte lo que hacemos en la Belle House?" Lo miró atrevidamente.

"Sé lo que haces. Y no sé cómo. Blanche..."

"Es solo un cuerpo, Marko", lo interrumpió. "No dejas que las cosas te afecten". Agitó la mano como si toda esta conversación fuera un sinsentido. Esta noche no le importaba. Esta noche era el momento de decir todo lo que pensaba y sentía.

Tomó el vaso de vino que estaba olvidado en el escritorio, pero no bebió de él. Su otra mano se aferraba al escritorio, porque sentía que se debilitaba minuto a minuto. No debería haber bebido tanto.

"La verdadera intimidad", dijo y dio un paso lento hacia Marko, "ocurre aquí" estiró la mano para tocar su sien con el dedo índice "y aquí". La misma mano se movió a su pecho y presionó su palma contra su corazón. "Todo lo demás es solo interacción física". Sonrió ebriamente y de repente levantó las cejas como si recordara. "Y luego están los licores finos, por supuesto. Y el opio". Lo miró con una sonrisa. "Oh, hace tanta diferencia". Su sonrisa se volvió vaga como si estuviera sumergiéndose en recuerdos.

"¿Opio?" Marko la miró sin pestañear, sus ojos oscuros de repente fríos.

"Sí, Marko", dijo ella, alargando las palabras, y rio. Se sentía mareada. De repente, quería fiesta, bailar, montar a caballo, cualquier cosa, realmente. Porque sentía que, si se quedaba en un lugar oscuro y tranquilo, sería el fin de ella.

¿No era eso lo que ella quería?

"El opio no es una solución, cariño", dijo Marko, atrayendo de nuevo su atención hacia él.

"Es el medio", respondió ella.

"Es el fin".

¡Ja!

De repente lo miró con los ojos muy abiertos.

¿Cómo lo sabía?

¿Lo sabía?

"¿El fin? Mmm", lo miró fijamente durante lo que pareció una eternidad, luego miró alrededor de la habitación, tenue a la luz de las velas en el escritorio. "Sabes, Marko, a veces la oscuridad se apodera de mi mente. No esta oscuridad", señaló con la copa de vino aún en su mano, "la oscuridad que muchos no ven, cruda, sofocante. Me arranca".

Le dio otra mirada y de repente sintió la familiar opresión en el pecho. La única persona a la que alguna vez le había contado esto fue a Benjamin. Pero él nunca se preocupaba por tales nimiedades como los asuntos del corazón. Ahora, se estaba abriendo al hombre que amaba.

Sonrió suavemente.

"Me ahoga", continuó hablando lentamente. "A veces el sol duele. Corta como un cuchillo con su felicidad. Las sonrisas de los demás parecen venenosas". Apartó la mirada y contempló el suelo. "Estos son los días en que quiero acurrucarme más en la sombra, y la oscuridad parece una aliada". Estudió la oscura habitación a su alrededor. "Es entonces cuando estoy de pie en el Puente de Waterloo, mirando hacia abajo en las aguas turbias del Támesis, y la oscuridad debajo parece una salida fácil".

No vio cómo el rostro de Marko cambió de repente.

"Un paso fuera del pretil y..."

Antes de que pudiera continuar, Marko estaba frente a ella, sujetando su rostro, su rostro tan cerca que se sintió mareada.

"No digas eso", susurró.

Él acercó su rostro al suyo y miró profundamente en sus ojos. "Por favor, no lo hagas".

"¿Por qué?" preguntó suavemente, mirándolo a los ojos oscuros. Esa era la oscuridad que necesitaba: sus ojos completamente negros mirándola. Y su beso. Si tan solo él la entendiera, la besaría para aliviar su dolor.

"Blanche, mírame", dijo, aunque era lo único en lo que sus ojos estaban enfocados en la habitación. "No hables así, por favor".

Ella rio. Fue una risita tonta y borracha que brotó de sus labios. Quería besarlo de nuevo, pero en lugar de eso dio un paso atrás y dejó que sus manos se apartaran de su rostro.

"¿Qué más hay?" Se dio la vuelta. "¿Para qué vivir?" Se volvió bruscamente de nuevo para mirarlo. "¿Por qué vives tú, Marko?" Incluyó la cabeza hacia un lado, y sus ojos buscaron los suyos en busca de una respuesta. "¿Qué te da esperanza? Dime".

"Todo estará bien, Blanche".

Ella rio.

"No necesito que todo esté bien, Marko. Está bien ahora, y no puedo soportarlo. Quiero que sea grandioso. Y la única vez que lo fue... fue cuando te conocí a ti". Sonrió. "¿Estás sorprendido? No lo estés. Fue la mejor época de mi vida. La más feliz que he sido. La única vez que algo me llevó hasta el siguiente día. Tú. La esperanza. Los sueños. Uno no puede vivir sin eso. Uno no puede vivir sin amor, Marko". Sintió que su corazón se aceleraba con las palabras. "Sin amor, la vida es mera supervivencia". Se detuvo y le sonrió. Él estaba en silencio, y su sonrisa desapareció. "Por el amor", dijo en voz baja, brindando por él en el aire con la copa en la mano, y se tomó el vino que había en ella.

"Blanche, ven aquí". Dio un paso más cerca cuando la puerta se abrió de repente, y Lettice y De Jouy entraron y se detuvieron, mirando a Marko y Blanche.

"Oh! No estamos interrumpiendo algo especial, ¿verdad?"

Lettice caminó lentamente hacia adelante mientras Blanche se volvía en su dirección.

"Oh, sí, Lettice", dijo Blanche, haciendo que Lettice la mirara boquiabierta. "Siempre lo haces", agregó con exceso de dulzura y entrechocada. "Siempre encuentras el camino hacia la vida de las personas. Como una serpiente".

La sorpresa de Lettice comenzaba a desaparecer lentamente, dando paso al desdén, sus ojos estrechándose hacia Blanche.

"Blanche...—" Marko empezó a decir.

"¿Blanche qué?" le espetó a él y miró de nuevo a Lettice. "Te sientas allí al sol, y si alguien se acerca demasiado, muerdes. Con tu veneno. Tu lengua bífida está llena de eso. Tu cuerpo está lleno de veneno, sin duda alguna ..."

"¡Basta!", ladró Marko y se acercó a ella. "Blanche, detente".

"Alguien ha bebido demasiado", la voz de Lettice era calmada y fría. Se acercó al escritorio con una sonrisa burlona en los labios. De Jouy se quedó fumando con una expresión divertida en la cara, como si la escena lo entretuviera mucho.

"No puedo detenerme, no ahora". Blanche miró a Marko. "He estado callada todos estos años. Llena de odio", continuó y volvió a mirar a su madrastra. "Sí, Lettice. Te odio. Nunca supe que la gente pudiera ser tan vil hasta que te conocí". Sonrió. "Hasta que tú..."

"Querida, toma una botella y vete a casa", la interrumpió Lettice.

Blanche se sintió impotente. Quería decir todo lo que había estado guardando dentro durante años, pero sintió una debilidad abrumadora en presencia de la mujer que había gobernado su vida incluso cuando no estaba cerca.

"Marko, querido", dijo Lettice, caminando tranquilamente alrededor del escritorio, "¿podrías escoltar a tu pequeña amiga afuera?" Se sentó en el sillón como si estuviera a cargo. "Y por favor, asegúrate de que no vuelva", agregó sin mirar.

"Tú..." Blanche quería lanzarse hacia ella, pero Marko se interpuso.

"Blanche, vamos", dijo, dándole la vuelta. "Ahora mismo", añadió en voz más baja.

Blanche estaba furiosa, aunque solo por un segundo. Pero la ira se convirtió en desesperación, que creció dentro de ella como un monstruo mientras avanzaba por el oscuro pasillo y bajaba las escaleras.

Marko la siguió sin decir una palabra.

¿Cómo podía estar allí mientras esa mujer hablaba así con ella?

Blanche sintió que las lágrimas brotaban en sus ojos. Se sentía mareada. Borracha, de hecho. Pero quería estar más borracha. Quería beber hasta caer en la oscuridad y nunca despertar.

Abajo, el ruido de la celebración le golpeó en la cara. La risa sonaba como gruñidos. Las sonrisas parecían muecas. Las mujeres que se sentaban demasiado cerca de sus compañeros parecían todas ofrecerse.

No, Blanche no podía volver a la vida que tenía.

"Te conseguiré un carruaje, Blanche", dijo Marko sin rastro de emociones en su voz. Tal vez, una leve irritación.

Un camarero pasó con una bandeja de bebidas, y Blanche agarró una copa de vino.

"No necesitas esto", dijo Marko, tratando de quitárselo de la mano, pero ella se apartó de su alcance y se lo tomó de un trago.

"Dios, Blanche, eres un desastre".

Ella rio, tropezó, casi perdiendo el equilibrio, pero las manos de Marko la atraparon por detrás y la estabilizaron.

Marko. Siempre allí cuando estaba en problemas. O, extrañamente, el problema siempre estaba cuando Marko estaba cerca. Alrededor de ella, Blanche.

"Blanche, tu sombrero," dijo Marko antes de salir.

Pero a Blanche no le importaba. Estaba cansada. Cansada de Marko, de Londres y de esta vida sombría. Salió de Elysium y jadeó al sentir el frío golpearle la cara.

"Cariño," dijo Marko mientras la llevaba a la acera, lejos de la multitud, "necesito que vayas a casa, tomes algo caliente y te acuestes. Y hablaremos mañana. ¿Entendido?"

Hablaba como si fuera una niña que había hecho algo mal.

"A casa", Blanche se rio con sarcasmo.

"Blanche, en serio. Necesitas descansar."

Ella lo miró fijamente, largamente, embriagada, y entonces lo vio. No, nunca estarían juntos. No importa cuánto lo intentara, siempre habría alguien —Lettice— que los separaría. Si solo

Marko la quisiera tanto como ella lo quería a él, habría una oportunidad. Pero no era así.

Las lágrimas le llenaron los ojos y sintió un peso en el pecho que le dificultaba respirar. Se inclinó y lo besó.

Marko le acarició suavemente la cara, pero se apartó.

"Blanche, mañana."

Ella rio y apartó la mirada.

Por supuesto.

Todos tenían un mañana.

Excepto ella, Blanche.

Cuando Marko abrió la puerta del carruaje para ella, se dio la vuelta y le dirigió una última mirada. Quería recordarlo así —en la oscuridad de la calle, solo él y ella, y sus ojos mirándola a ella de nuevo. Necesitaba ese recuerdo. Al menos por el tiempo que le llevaría llegar al Puente de Waterloo.

"Adiós, Marko."

Sonrió y se marchó.

Pasó junto al portero de la Belle House sin mirarle siquiera. Pasó el Gran Salón, sin darse cuenta de Kat que la miraba desde la distancia con curiosidad. Subió las escaleras.

La habitación estaba fría. Por lo general, llamaba a Joshka y le decía que agregara más carbón al fuego.

Ya no importaba.

Se miró en el espejo. Su reflejo era borroso y nebuloso, ya fuera por la penumbra o por su embriaguez. O ambas cosas.

Tiró el sombrero y los guantes sobre la cama y miró a su alrededor distraídamente. La botella de brandy sobre la mesa. Casi vacía. La recogió con manos temblorosas y tomó un trago directamente de la botella. Luego cerró los ojos, sintiendo que el líquido le quemaba la garganta a medida que bajaba. Tan dulce. Abrió los ojos y miró a su alrededor. Esta vida, tan amarga. Tomó otro trago y se quedó un momento en silencio, luego llamó al timbre de la criada y tomó otro trago de la botella.

Ya estaba borracha. Pero cuanto más, mejor.

Ya no importaba.

Caminó hacia el escritorio, abrió el cajón y sacó las dos cartas que había escrito la noche anterior, las miró con una sonrisa triste y las llevó a la mesa. Explicaba bastante. Si no lo hiciera...

Ya no importaba.

Otro trago de brandy. Se movía con movimientos espasmódicos. Demasiado lento y de repente demasiado rápido. Le temblaban las manos. ¿Tenía miedo? Había pensado en ese momento muchas veces, incluso había practicado: ir al puente, quedarse allí, esperar, preguntándose cómo sería. Sí, estaba asustada. Los pensamientos, un remolino, son más sombríos que antes. Sintió que las lágrimas brotaban de sus ojos. ¿A alguien le importaría que se fuera?

Ya no importaba.

Opio. Necesitaba opio para sentirse en paz. De lo contrario, volvería a fracasar. Si lo hiciera, mañana podría ser un día horrible. Otra vez. No quería el mañana. Sintió que las lágrimas

empezaban a deslizarse por sus mejillas y se las secó con un descuido de su mano. Caminó de nuevo hacia el escritorio, sacó un pequeño frasco del cajón, lo abrió y bebió lo que quedaba de una sola vez.

No es suficiente.

Tiró la botella sobre el escritorio y luego cogió la nueva del cajón... ¡gracias, Joshka, que siempre te ocupas de que haya suficiente!

Apartó las solapas de la capa y metió el frasco de opio bajo el cinturón de la falda.

Ahora, Joshka.

"¿Señorita?" La muchacha estaba en la puerta como de la nada. ¿Parecía asustada o Blanche ya estaba demasiado borracha?

Blanche sonrió a la muchacha.

"Ven aquí, querida, tengo algo para ti".

La criada la miró sorprendida. ¿De qué se trataba? Oh, tal vez las lágrimas de Blanche.

"Señorita, ¿quiere que arregle la chimenea?"

"No, déjala. Ven aquí".

Abrió un pequeño cajón del escritorio con una llave, buscó a tientas las monedas, se metió una debajo del cinturón de la falda y, sin contar bien, cogió un puñado y se volvió hacia la criada.

"Toma, esto es para ti". Tomó la mano de la doncella, la acercó a ella y depositó las monedas.

"¿Señorita?" Los ojos de la doncella eran más grandes que las monedas, pero no con deleite.

"Es para ti, tonta. Por lo que has hecho. Por..." Blanche agitó la mano en el aire. "Bueno, por todo". Sonrió entre lágrimas. "Una cosa. Las cartas en la mesa" hizo un gesto hacia ellas "una es para el Sr. Farini, la otra para el Sr. Lees. Si no estoy de vuelta para el mediodía de mañana, asegúrate de que se entreguen. ¿Entendido?"

Blanche sonrió de nuevo, pero al hacerlo, más lágrimas rodaron por sus mejillas. Acarició suavemente la mejilla de Joshka y comenzó a buscar algo.

"Pero... ¡señorita!" Joshka siguió los movimientos bruscos de Blanche alrededor de la habitación. Los ojos de la criada estaban muy abiertos de horror y la realización de que algo estaba muy mal.

"Todo está bien, querida", dijo Blanche con una sonrisa, pero sintió ganas de sollozar y frunció los labios. "Todo está bien", susurró y miró alrededor de la habitación. "¿Nos veremos, sí?"

Miró a la criada con tanta desesperación como si la chica tuviera el poder de detenerla y cambiar su vida.

No podía.

Nadie podía.

"Bueno, entonces". Blanche exhaló fuertemente, se limpió las lágrimas de las mejillas y salió de la habitación.

Joshka corrió tras ella.

"¡Señorita! ¡Su sombrero!" gritó mientras Blanche desaparecía tras la puerta. Joshka corrió hacia el pasillo. "¡Señorita! ¡Su sombrero!"

"¡Déjalo!" Blanche gritó desde la distancia sin volverse.

No importaba ahora, pensó, dejando a Joshka boquiabierta con el temor al ver las monedas en sus manos.

El cochero del carruaje la miró con sospecha y pidió el dinero por adelantado. Sin sombrero, se dio cuenta y quiso reír. Deseaba que él dijera "no", para que tuviera que intentarlo con otro y tal vez caminar, posponiendo lo inevitable.

Bebió más opio durante el trayecto; sabía que lo haría más fácil. Fue un viaje corto. Demasiado corto. Lloviznaba afuera, pero Blanche no sentía el frío. El alcohol la calentaba. Su cuerpo se sentía caliente incluso sin el sombrero y los guantes.

"Uno podría morir en un día como este", dijo el cochero cuando ella se estaba bajando. Quiso reír.

Un minuto después, estaba parada en el puente y deseaba haberse tomado más tiempo.

La lluvia arreciaba. Su roce contra la cara de Blanche era como mil agujas, pero la niebla, en contraste, la acariciaba con su suavidad aterciopelada y fría.

Parada en el solitario puente nocturno, Blanche deseaba que alguien la detuviera. El efecto de la droga la envolvía en suaves oleadas. Era tan extraño, esta mezcla: la dureza de la llovizna y la melancólica serena que crecía dentro de ella. ¡Qué fácil era terminar con una vida! Un paso y los problemas podrían desaparecer. Su mente se sentía ligera, pero su corazón estaba pesado. Una ráfaga de viento fuerte le quitó el aliento por un momento.

Alguien gritó a lo lejos, pero ella no prestó atención. ¿Qué sabían ellos del dolor?

Un par de transeúntes se detuvieron a una corta distancia, observándola desde la oscuridad nebulosa. Siempre había alguien esperando un espectáculo.

Monstruos. Un mundo lleno de monstruos.

Ella se sonó la nariz.

Alguien a sus espaldas carraspeó.

"Oye, cariño, ¿quieres hacer el último trabajo?"

Quiso reír, quiso apuñalar al hombre, pero no se volvió. Una nueva ola de desesperación la invadió y nuevas lágrimas brotaron en sus ojos. Eso era todo lo que era: un trabajo.

Un empujón. Un salto. Podría acabar rápidamente. Pero...

Blanche tenía miedo. En este momento crucial de su vida, cuando finalmente estaba lista para acabar con todo, no había nadie a su lado. Y eso hacía que su corazón se retorciera de tanta lástima que las lágrimas la cegaron y un sollozo suave escapó de ella mientras miraba la oscuridad debajo de ella. Sus manos sin guantes tocaban la fría piedra del parapeto. Sus manos estaban rígidas por el frío. Su cabeza ardía. Su único compañero era el viento, que estaba más cerca de su piel que cualquiera. Quizás no tan cerca como él.

Marko...

Parpadeó y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Quizás alguien allá arriba podría escuchar sus gritos silenciosos, su oración. ¿Podía Él oír?

Miró hacia arriba como si esperara una señal. Dios estaba callado hoy. Como siempre lo había estado toda su vida. Si ella era su hija, ¿cómo podía observarla con tanta indiferencia?

Una ráfaga de viento y Blanche tembló. Se sentía mareada y cansada y somnolienta. Se tambaleó y trató de mantenerse firme. Su corazón estaba listo para estallar. De dolor. De soledad.

¿Por qué no podía ser lo suficientemente buena para este mundo? ¿Para la felicidad? ¿Para Marko?

Se apoyó en el parapeto y miró hacia abajo. Las oscuras y reconfortantes olas del Támesis... esas olas podrían lavar su dolor. La lluvia empapaba su cabello, goteando por su rostro, mezclándose con lágrimas. Su rostro estaba mojado. El viento gélido la acariciaba

implacablemente como diciendo adiós. Lo sentía lamiendo su piel mojada, y dolía. Agudas púas. Las lágrimas lo empeoraban. El dolor hacía que uno fuera sensible a la vida.

Miró de nuevo a la oscuridad debajo, tan seductora, pero tan ajena.

Casa. Quería ir a casa. Pero no había ninguna casa.

Quería vivir. Pero no había nada por lo que vivir.

Quería amar. Pero su amor chocaba contra una pared de piedra.

Quería soñar. Pero sus sueños se hundían tan bajo que la única manera de atraparlos era sumergirse tan profundo como fuera posible en la oscuridad de las aguas. Ella era una ramera. Una mujer perdida. Una nadie. Ni siquiera Marko la quería.

Marko...

El recuerdo de él era lo único que prolongaba esta triste despedida. Sus ojos. Sus manos. La media sonrisa en sus hermosos labios, besando su corazón.

"Marko," susurró. Su amor era tan grande, que dolía. Sentía que le apretaba el corazón, apretándolo cada vez más por segundo mientras las lágrimas rodaban por su rostro al recordarlo. Tanto amor. Se llevaría su amor consigo...

Las lágrimas la cegaban.

El viento... sofocante.

Era difícil respirar.

Blanche miró hacia abajo y su cabeza giró. Escuchó un grito y quiso gritar también. En cambio, se impulsó en el parapeto, balanceó su pie y lo colocó en la piedra, luego levantó el otro pie y, tambaleándose, balanceándose, se enderezó.

Finalmente, estaba aquí.

Blanche estaba parada en el parapeto en esa fría noche de octubre lluviosa, y su vida pasó por su mente. No los eventos, no. No pensó en eso. En su lugar, todas las emociones, los sentimientos—amor y odio, esperanza y desesperación, paz y temor—fluyeron como una poderosa ola a través de su cuerpo. Era más fuerte que cualquier droga. Más dulce que el vino más exquisito. Más doloroso que cualquier traición. En ese momento finalmente entendió qué era la vida—todo combinado. Y sin importar cuán sombría y difícil fuera la vida—había una belleza solemne en ella. Y mientras las lágrimas rodaban por su rostro, miraba maravillada frente a ella, maravillada por el secreto de la existencia humana.

Un aliento más y estaría lista.

Cerró los ojos y sintió que las emociones le rasgaban el pecho. Sintió que el viento balanceaba su cuerpo.

Cuatro.

Tres.

Dos.

Uno.

Una ráfaga de viento poderosa de repente la atrapó y levantó su cuerpo. Perdió el equilibrio, se sintió sin peso y finalmente se sumergió en la oscuridad que tanto anhelaba.

PARTE II

MARKO

14 DE OCTUBRE

Siempre había pensado que las mujeres eran una obsesión pasajera. Ninguna había tenido el poder de tenerlo bajo su dominio.

Hasta que conoció a dos mujeres al mismo tiempo, y ellas demostraron que estaba equivocado. Una retorció su vida de la manera más espantosa y se convirtió en su pesadilla. La otra despertó en su corazón el sentimiento más profundo de afecto que nunca había sentido por nadie más.

Lettice Mable Hatch fue la primera mujer. Era hábil en los negocios y aún mejor en la cama. Una belleza peligrosa, implacable en la búsqueda de lo que quería, ya fuera dinero, atención o placer.

O él, Marko.

Tenía solo veintiséis años cuando se conocieron. Marko había tenido una buena cantidad de amantes, pero nunca había conocido a ninguna mujer que tuviera tanta gracia y encanto como la mujer una década mayor que él. Y en la cama, Lettice tenía más habilidades que una prostituta experimentada. Siempre lo hacía preguntarse. Ninguna otra mujer se le había acercado con tanta franqueza en lo que quería. Ninguna otra mujer le había clavado las garras tan profundamente que él, Marko Farini, solo poco tiempo después, estaba horrorizado de que su vida estuviera controlada por alguien así. Ninguna otra mujer lo había disgustado tanto como para querer que se fuera de su vida.

Lettice. Tanta belleza y tanto veneno debajo. Qué lástima.

Había una cosa por la que le estaba agradecido: haberle presentado a Blanche Carey. Su Blanche, como a menudo le gustaba pensar. Si tuviera que hacerlo de nuevo, habría soportado la ira y el engaño de la araña si solo pudiera tener a Blanche en su vida.

Blanche...

Había visto muchas mujeres bonitas tanto en Londres como en París. Pero la primera vez que vio a Blanche, su corazón saltó de sorpresa: un extraño asombro ante su belleza tranquila que lentamente, día tras día, envolvió su corazón y su mente de una manera que nunca había hecho nada antes.

Cinco años en París adormecieron sus recuerdos de Blanche y cuánto quería estar con ella, junto a ella, a su alrededor. No es que no hubiera esperado verla en Londres cuando regresó con el francés. Esperaba que estuviera casada y esperanzadamente lejos, para detener su obsesión secreta, cortar cualquier posibilidad de su persecución.

Pero cuando vio a Blanche en Elysium la noche anterior, sintió que su corazón se aceleraba con una alegría traicionera y anticipada.

Ella era diferente.

Se había ido la tímida e inocente chica.

"¡Sr. Farini! ¡Qué sorpresa!"

Ella era más hermosa que nunca. Sus ojos lo estudiaban con la misma intensidad que años atrás, abiertamente, pero con la misma timidez.

Charla trivial. Dulces sonrisas. ¿Cómo has estado? Y luego la noticia: la Belle House.

Sintió que el suelo se desplomaba bajo sus pies cuando ella dijo las palabras.

¿Un burdel lujoso?

¿Blanche, una cortesana?

Sintió la sangre correr a su cabeza.

"¿Está sorprendido?" Ella sonrió dulcemente.

¿Sorprendido?

La única persona que había temido imaginar con otro hombre, y ahora esto, una cortesana.

¿Era esto de alguna manera culpa suya?

No mostró su alarma, ni siquiera parpadeó, pero pensó en otra persona.

Lettice.

La maldita serpiente.

¿Cómo una mujer, una madrastra, una guardiana, permitiría que algo así sucediera?

Observó a Blanche toda la noche y no pudo concentrarse en nada más. Fue la primera noche que no observó cuidadosamente el funcionamiento de su nuevo local: el personal, los artistas, la clientela, lo que bebían, cuánto tiempo pasaban allí, calculando el beneficio, el potencial. En cambio, observó a Blanche. Su presencia ahogó a cientos de personas ruidosas. Era una mujer hermosa, que en un instante había desequilibrado toda su vida la noche que entró en Elysium.

Elysium fue un éxito instantáneo. Periódicos. Conversaciones. Chismes. Clientela adinerada. Actuaciones de burlesque. Cinco años en París, toda la investigación y conexiones, y todo salió espectacularmente.

Marko estaba orgulloso de su nueva empresa. Su negocio de importación de vinos estaba generando una buena cantidad de ganancias, así como el whisky que habían estado comprando a un vendedor cuestionable en St. Giles. La empresa se amortizaría más rápido de lo esperado. Y si todo salía según lo planeado, o mejor, pronto serían hombres ricos. Él y el francés, Adrien de Jouy.

Solo había una cosa que lo molestaba.

Lettice Mable Hatch.

Por alguna ridícula casualidad, ella estaba de nuevo en su vida. Cuando, de regreso en París, De Jouy le informó que había conocido a una fascinante mujer inglesa que regresaba a Londres con ellos, Marko solo se rio. Pero cuando al día siguiente Lettice lo miró con su fría y hermosa sonrisa y De Jouy estaba alabándola y diciendo que era la mujer más brillante que había conocido, Marko pensó que era una pesadilla.

Esa misma noche le contó a De Jouy quién era Lettice y su pasado con ella. De Jouy solo sonrió y lo ignoró.

"Ze past iz ze past".

Si solo el francés supiera...

Pronto descubriría la brillantez de la araña, estaba seguro Marko, pero para entonces sería demasiado tarde. Marko no lo dijo en voz alta, por supuesto, pero sabía que la vida tenía más

reservado para su socio comercial.

Y ahora estaba Blanche. Su Blanche. Fascinante. Y era cortesana de la Belle House.

¡Maldición!

Quería quemar esta ciudad podrida que traía a personas como ella a destinos tan miserables.

¡Maldita sea!

¿Cómo pudo haber pasado? No estaba casada. No se había ido. Estaba de vuelta en su vida. Y era una cortesana. Como si el destino se lo estuviera restregando en la cara a él, Marko, que había fallado a la única persona por la que su corazón había sufrido alguna vez.

Blanche Carey.

En aquel entonces, hace cinco años, en Baker Street, todo comenzó de manera tan inocente.

Blanche era tan dulce. Su voz era suave y baja cuando hablaba. Estaba encantado por la forma en que se movía, cómo se comportaba en la tienda, cómo lo miraba.

Oh, él podía verlo: sus miradas asombradas, sus hermosos ojos azules llenos de asombro y admiración cuando ella lo miraba. Esas miradas fueron directas a su polla. La observaba por toda la casa, y cada uno de sus movimientos tenía un extraño matiz erótico que lo ponía duro en los pantalones. En momentos como este, tuvo que recurrir a Lettice para liberar su tensión que de alguna manera dominaba sus pensamientos obsesivos. Pero no por mucho tiempo. Lettice estaba muy contenta en la cama, pero de alguna manera, a medida que pasaban las semanas, se imaginaba cada vez más a Blanche en sus brazos, debajo de su cuerpo, y se preguntaba cómo sería estar entre sus piernas, acariciada por sus suaves dedos. Se estaba acostando con una mujer hermosa, pero sus pensamientos estaban en su dulce hijastra, y no importaba lo que pareciera estar mal, que estuviera mal, Blanche se aferraba fuertemente a él y no lo soltaba.

Y luego el beso.

Nunca la habría besado si ella no fuera tan obvia en su atracción por él. Lo vio en sus miradas, lo sintió en la forma en que se movía a su alrededor, temblando ante cada una de sus palabras o un toque ocasional. Podía oírlo detrás de la puerta cuando se follaba a Lettice, y eso lo espoleó aún más y lo hizo llegar al clímax en segundos.

La noche en que Blanche lo observaba a él y a Lettice desde la oscuridad del pasillo, cuando se quedó allí mirándolo fijamente mientras su polla estaba profundamente en Lettice, sintió que la lujuria lo cegaba. Blanche no apartó la mirada, no se alejó, sino que se quedó allí como paralizada, tan abierta en su curiosidad, con sus ojos ardiendo fijos en Marko con tal intensidad que pensó que se la estaba follando. Cuando sus labios se abrieron ligeramente en estado de shock, él explotó en un orgasmo cegador y tuvo suerte de no decir su nombre en voz alta.

¡Joder!

Ella lo volvió loco. Su presencia en la casa era enloquecedora. Quería tocarla, desnudarla, tomarla.

El beso empeoró las cosas.

Sus labios, carnosos y suaves como almohadas, tomaban los suyos, respondían con un deseo torpe pero lento, y él soñó con ellos durante las noches siguientes. Sabía que estaba mal. Sabía que no debería haberlo empezado. A pesar de su ardiente deseo, trató de contenerse la primera vez y se alejó.

No más, dijo, y se maldijo a sí mismo por tal debilidad. Luego pensó largo y tendido en Blanche y se masturbó como un loco con los recuerdos de sus labios.

Lettice.

Sí.

Sospechaba algo. ¿Cómo no iba a hacerlo cuando cada vez que Blanche estaba cerca de ellos se sonrojaba con el más profundo tono rojo?

Lettice no preguntó. Ella asumió.

“¿Decirme?” Esa misma noche ladeó una ceja mirando a Marko.

“Tal vez deberíamos estar más tranquilos” dijo cuando Lettice lo metió en la cama. “La niña oye cosas”.

“¡Puedo hacer lo que me plazca en mi maldita casa!” espetó Lettice. “Debería buscarle un marido si es tan curiosa”.

“Es demasiado joven para un marido”.

“Oh, no lo es, cariño”. Lettice hizo una mueca. Pronto cumplirá dieciséis años y tendrá edad suficiente para cualquier cosa.

Sabía entonces que habría problemas. Trató de mantenerse alejado de Blanche, pasó menos tiempo en la casa, trató de no estar a solas con ella, porque temía que un día su naturaleza humana lo traicionara e hiciera algo de lo que se arrepentiría.

Trató de advertir a Blanche. Para entonces, empezó a darse cuenta de lo que era Lettice, de los males que disimulaba su belleza.

Pero Blanche tenía más valor que él.

Y hubo otro beso.

Más intenso esta vez.

¡Joder, se sentía divino!

Debería haberse separado de Lettice en ese momento. Debería haber dejado a todos en paz. Podría haberse casado con Blanche, la curiosa idea le hacía cosquillas en la mente de vez en cuando. Pero en ese entonces, su negocio se estaba desmoronando y estaba buscando otro. En ese entonces, no tenía los medios para mantener a una esposa.

Así que el pensamiento lo abandonó.

Pero no Blanche.

Ella estaba allí. Siempre ahí, a su alrededor, en su mente, en su corazón.

Y un día cometió un error...

Elysium estaba vacío. Los trabajadores estaban instalando los accesorios para la actuación nocturna. Era temprano por la tarde, y Marko encendió un cigarro y se sirvió una bebida.

Era bueno estar de vuelta en Londres. Con el nuevo negocio en marcha, el dinero llegando a raudales, con toda la publicidad, finalmente estaba alcanzando el éxito. Estaba seguro de que solo crecería más.

Y luego estaba la fiesta de ayer.

Y Blanche...

Alguien llamó su nombre y asintió hacia la entrada.

Allí estaba ella otra vez. Como por arte de magia.

Blanche Carey.

Él había querido que viniera, la había deseado en su mente. No sabía cuánto la había extrañado hasta que la vio de nuevo la noche anterior.

Hoy se veía deslumbrante. Se acercó a saludarla, y cuanto más cerca estaba, más fuerte latía su corazón.

Era hermosa, pero de una manera diferente; además de todos sus encantos, había esta nueva confianza que la hacía irresistible. Pero sus ojos no habían cambiado. De un azul encantador, lanzaban miradas poderosas hacia él y brillaban con tristeza. Había una extraña melancolía en ellos a pesar de la sonrisa que jugaba en sus labios carnosos.

Esos labios...

"Hola, Blanche", dijo mientras se acercaba a ella.

"Marko". Ella asintió con una sonrisa mientras su voz acariciaba la parte más profunda de su corazón.

Ella olía a perfume caro, y tuvo un impulso de besarla en la mejilla, para poder percibir el verdadero aroma de ella, su Blanche, que estaba oculto bajo su vestido lujoso, sus joyas caras y su sombrero con plumas.

Le gustaba el coñac, lo había notado la noche anterior. Demasiado, de hecho.

¿Estaba nerviosa?

Le preparó una bebida y la vio tambalearse con ella.

Eso lo hizo sonreír.

"¿Te he dicho ya que te ves hechizante?"

"¿Realmente miraste?"

Oh, dulce, no tienes idea.

Se veía preciosa. Más mayor. Más tranquila. Silueta de reloj de arena. También sabía cómo usar sus curvas. Esas curvas... Y una piel cremosa impecable.

Y los labios.

Dios, sus labios: quería lamerlos, chuparlos, morderlos. Quería desnudarla y ver cómo era. Cinco años atrás era una joven inocente. Ahora era realmente una mujer, y conocía la fuerza de ello.

Estaba enamorado de ella en aquel entonces, en Baker Street, lo sabía. Obsesionado incluso. Pero cuando la vio la otra noche, las imágenes de ella dieron vueltas en su cabeza toda la noche hasta tarde, cuando Elysium estaba cerrado y llegó a casa, se masturbó con los recuerdos de ella: su sexo húmedo frotándose en sus dedos, sus labios tan cerca de los suyos. Esos labios, había soñado con ellos. Cuántas mujeres había follado y ninguna había tenido la intensidad que había sentido con Blanche en Baker Street.

Estaba contento de que ahora estuvieran en Elysium, su Elysium, para que pudiera ver lo que había logrado. Y con el establecimiento cerrado, la atmósfera parecía casi íntima. La tenía toda para él.

Él rodeó el mostrador y se acercó a ella, demasiado cerca, deliberadamente, para que cuando hablaran, pudiera observar su reacción, notar cada uno de sus pequeños movimientos. Se apoyó en el mostrador y fumó. Sus rodillas bajo su falda rozaban sus piernas, y el pequeño contacto envió oleadas de excitación por todo su cuerpo.

¿Todavía tenía sentimientos por él? ¿O era solo uno de tantos hombres? Él la deseaba igual que ellos, seguro. Excepto que él quería mucho más que eso. Ella estaba curiosa, lo sabía. La noche anterior, la sorprendió mirándolo más de una vez. Podría ser, tal vez, el hecho de que ahora tenía experiencia con hombres.

“He hecho una carrera haciendo felices a los hombres”, dijo ella, y su corazón se enfrió por sus palabras.

Hombres...

¿Cuántos?

Quería matar a alguien.

El pensamiento estaba lentamente abriendo un agujero en su corazón.

Ella hablaba, y él la observaba. No, no era solo curiosidad en sus miradas demasiado frecuentes. La noche anterior, había estado en compañía ruidosa. Alegre. Sonriente. Trató de ser segura, pero él podía ver a través de eso: la forma en que lo buscaba por toda la habitación, la forma en que vacilaba y se ponía un poco nerviosa cada vez que él se acercaba, y la forma en que sus ojos se quedaban un poco demasiado tiempo en él.

Maldición.

Esos ojos lo quemaban hasta el fondo. En ese entonces en Baker Street y aún más ahora. Sus hermosos ojos azules, enmarcados por gruesas pestañas negras, su dulce rostro, sus labios carnosos. Esos labios detenían a los hombres en seco. Podía recordar tan claro como hoy la primera vez que los probó. La forma en que se sintieron en él, Marko, y ningún otro hombre. Sabía que él fue el primero en besarla. Al menos de esa manera, él fue su primero.

Solo un beso...

El recuerdo de eso había traído tantos orgasmos en los últimos años. La noche entonces, en Baker Street, cuando la tocó, probó su deseo, y desencadenó algo que nunca le había sucedido ni siquiera en la adolescencia: cuando sin ningún contacto sexual, sin quitarse la ropa, solo tocando a Blanche, llegó al clímax dentro de sus pantalones.

Y luego su error.

Y Lettice...

Desearía que hubiera sido diferente: la forma en que se conocieron, la forma en que era

ahora. Tenía Elysium. Era un éxito. De Jouy era un buen animador. Pero con eso llegaba el mayor peligro. Y Blanche tenía derecho a escucharlo de él.

"Ella está aquí, ¿sabes?" dijo.

Lettice-maldita-Hatch.

En aquel entonces, en Baker Street, la noche en que Blanche entró en el salón solo con su vestido, pensó que finalmente cedería a su deseo.

Ella se quedó en la penumbra de las velas como un hada, mirándolo, con su cuerpo suplicando ser tocado. Y cuando él se acercó a ella, si no hubiera sido una joven inocente, si hubiera sido un poco más insistente, lo habría aprovechado. Su aroma, dulce, floral. Y el deseo, podía olerlo en ella. Estaba irradiando calor. Respiraba a través de su piel, y él quería llegar al núcleo de ello.

"Te deseo", dijo ella en voz baja.

¡Maldición!

Su miembro se puso tan tenso que le dolía. Tenía miedo de hacer algo mal, de hacer algo que lamentaría después. O ella lo haría.

"Puedo ver eso, dulce niña", dijo él y la besó.

Ella intentó desabotonar su camisa, y el hecho de que ella lo quisiera desnudo lo volvía loco. No, no podía.

No debía.

Le costó toda su fuerza de voluntad apartar sus manos suavemente. Quería que estuvieran sobre él. Quería que ella tocara su piel. Tocarle en el lugar que estaba tan duro como una roca, ansiando liberarse.

Pero apartó sus manos de todos modos.

"Deberías volver a tu habitación", susurró.

Oh, cómo deseaba que lo hubiera hecho, para que no tuviera la tentación de presionarla más cerca de él.

Ella negó con la cabeza.

"No", susurró.

Él miró sus ojos, y le rogaban que la tomara.

¡Maldición!

¿Cómo podía él, Marko Farini, mirar a la mujer que lo deseaba, que venía a él, que se ofrecía a él, y decir que no?

Pero no podía ser de otra manera. Le importaba demasiado. No quería arruinarla. No quería ser el hombre que le quitara su inocencia y se fuera.

Pero no podía mantener sus manos alejadas.

Solo un vistazo. Solo un vistazo. Solo para verla en toda su belleza.

Sus dedos lentamente deslizaron su vestido de sus hombros. Más abajo. Un poco más bajo. Hasta las pendientes de sus senos. Sus pezones.

¡Oh, Dios...! Quería tomarlos en su boca.

Deslizó su vestido aún más hacia abajo hasta que se deslizó justo debajo de sus senos, exponiendo sus jóvenes bellezas.

Tragó saliva con dificultad. Su miembro gritaba de lujuria. Acarició la suave piel de sus senos, trazando la forma de ellos, y quería besarlos, lamerlos, frotar su miembro en ellos.

¡Maldición!

Vio a Blanche jadear de placer y cerrar los ojos. Era hermosa en su inocente desnudez, y él quería devorarla. Nunca había conocido un dolor tan grande como estar al lado de la mujer que quería y no poder tenerla. Porque no lo haría.

"No puedo darte lo que quieres, dulce", susurró en su oído, pausó y cerró los ojos, luchando contra sus demonios internos.

Pero podía darle algo más: un dulce alivio. Al menos un recuerdo de él que ella conservaría. Así que rodeó su cintura con el brazo y la presionó más cerca.

Ella era tan frágil junto a él. Tan indefensa junto a su fuerza masculina. Podía hacer lo que quisiera, lo sabía. Sin embargo, su confianza ciega en él lo hizo aún más consciente de cada uno de sus movimientos. Su otra mano recogió las telas finas de su vestido, encontró la piel cálida de sus muslos y lentamente se dirigió al lugar que sabía que ansiaba por él.

La chica estaba mojada, goteando de deseo. Su néctar cubría sus muslos.

"Dulzura." Exhaló no por alivio sino por la mayor lucha, tratando de controlar su respiración. "Abre más las piernas."

Ella obedeció.

¡Oh, dulce!

Cómo quería saborearla, lamerla, meter la lengua en su pozo de placer. Cómo le hubiera gustado devorarla, dejar que su boca reclamara su sexo, besarla hasta que ella gritara de éxtasis. Cómo quería meter su erección en su humedad, sentir su sexo apretado alrededor de su dureza, follarla suavemente, profundamente, y ver cómo sus ojos lo miraban con asombro mientras la guiaba a su clímax. Podía enseñarle cosas, ayudarla a descubrir lo que su cuerpo podía hacerle a un hombre y lo que él podía hacerle a ella.

En cambio, dejó que sus dedos hicieran el trabajo. Se deslizaron en sus pliegues y encontraron las intrincadas formas de su rincón más íntimo. Quería verla, quería abrirla y estudiarla con sus manos, su lengua, su polla...

¡Joder!

Le agarró la camisa de los brazos y le apretó la frente contra el hombro.

Dulce y tierna niña.

"¿Te gusta esto?", susurró. "Déjate llevar, cariño".

Su olor lo volvió loco. Su humedad y su cálido sexo en su mano hacían que le doliera la polla. Movié las caderas hacia ella, y su sexo tocó el dorso de su mano entre sus piernas. Se movía lentamente en sincronía con sus dedos.

"Muévete conmigo" susurró él, y ella cedió. Sintió que ella movía las caderas y se apretaba lentamente en su mano.

"Buena chica".

Sintió que su propia tensión se disparaba, movió las caderas, apretó la erección de sus pantalones con más fuerza contra su mano. Casi se sentía como si se la follara. A través de las telas de sus pantalones. A través de su mano que separaba sus sexos. Casi, pero no del todo.

Pero su excitación no estaba a medias. Era completa, cegadora, demoledora cuando alcanzó su orgasmo tan repentinamente que pensó que sus rodillas se doblarían. Pero él rodó a través de ella, la sintió jadear y contener la respiración, oyó su gemido reprimido, casi un sollozo. Sus dedos agarraron su camisa cuando finalmente se le escapó un gemido más fuerte, y se detuvo, apretándose más cerca de él, temblando, débil en esas últimas ondas de su orgasmo.

Se quedaron así por un momento, satisfechos, pero no de la manera que querían. Trató de inhalar su aroma para poder recordar este momento de intimidad más tarde. Movié su mano

sobre su sexo lentamente, acariciándolo, calmándolo, tratando de estabilizar su propia respiración.

Finalmente, se apartó de ella.

Era aún más hermosa, con los ojos brillantes como de fiebre, llenos de dulce vergüenza y sorpresa. Sus mejillas se enrojecieron. Sus labios carnosos y sonrosados se abrieron.

La besó en la mejilla.

“Vete” susurró, con el corazón dolorido al darse cuenta de que no podía tenerla. Ahora no. Y probablemente nunca.

Cuando ella desapareció en su habitación, él caminó hasta el dormitorio de Lettice, se desabrochó los pantalones, tomó una toallita y se limpió.

Una risita sarcástica escapó de su boca mientras lo hacía.

Patético.

La chica por la que le dolía el corazón lo deseaba y, en cambio, llegó al clímax en sus pantalones. Nunca había deseado tanto a nadie. Y ella estaba en la habitación de al lado.

Sal de ahí, susurró la voz en su cabeza. Vete a tu casa y no vuelvas jamás.

Caminó rápidamente hacia el pasillo y algo llamó su atención. Era una bufanda, una bufanda de encaje color crema que Blanche casi nunca usaba. Lo que lo poseyó esa noche había sido un misterio para él desde entonces. Cogió la bufanda y la olió.

El aroma familiar: el de Blanche.

Se lo llevó a la nariz y cerró los ojos, inhalando la fragancia. Un toque de flores mezclado con un leve aroma de la feminidad de Blanche en sus dedos. Por un segundo volvió a marearse de deseo. Lo quería a su alrededor en todo momento, porque le recordaba a ella, a ellos, a lo que tenían juntos. Y antes de que pudiera racionalizarlo o pensarlo, se guardó la bufanda arrugada en el bolsillo de la chaqueta y salió de casa, con la esperanza de no volver jamás.

Si tan solo hubiera dejado esa bufanda allí esa noche...

“No quiero hablar de ella” dijo Blanche al mencionar a Lettice.

En cambio, hablaron de todo lo demás. En medio de los suaves sonidos rutinarios de la preparación de Elysium para otra noche agitada, la voz de Blanche era más dulce que su perfume. Podía escucharla durante horas.

Cinco años...

La estudió abiertamente. No acosándola, no. No podía apartar los ojos de ella: sus manos delgadas, la forma en que balanceaba ligeramente su hermoso pie en una bota de cuero, su hermoso rostro, sus sonrisas, sus labios, notando la diferencia entre el ahora y el entonces.

Ella también lo observó. Hablaba, escudriñaba la habitación, y cuando sus ojos volvían a ella, de vez en cuando la sorprendía estudiándolo. Sonrió.

Bebían más. Especialmente Blanche. Brandy, la muchacha podía beber. ¿Nerviosa? ¿Excitada? Sus movimientos ligeramente vacilantes dieron paso a miradas abiertas, sus ojos azules brillando juguetonamente.

"Entonces, ¿cuándo te volveré a ver?", preguntó y no apartó la mirada.

¿Mañana? ¿Todos los días? ¿Cuándo ella quisiera?

Su cara estaba a solo un pie de distancia, y Marko quería alzar la mano y acariciarla. Luego besar estos hermosos labios.

¿Ella también lo quería? ¿Como entonces en Baker Street? ¿Respondería ella con tanto

entusiasmo? ¿Sería él, Marko, diferente de sus clientes?

Maldita sea.

No podía imaginar lo que era para ella. Una cortesana. Lujo o no, era una profesión que requería mucho coraje. La había conocido cuando era una niña inocente. La había besado cuando ella no conocía hombres. Había tocado su cuerpo cuando no había conocido el contacto de un hombre.

Y ahora...

Joder.

Se odiaba a sí mismo y al mundo.

Si no fuera por esa puta mujer, Lettice Hatch.

Cinco años pensando en esa noche.

No debería haberse llevado esa bufanda de encaje en ese entonces, en Baker Street. Pero ¿cómo no iba a hacerlo?

Llegó a casa olvidándose de todo, aunque los pensamientos sobre Blanche no lo abandonaron ni por un minuto.

Esa noche pensó en dejar a Lettice, dejar Londres. Quería ir a París, tenía contactos allí y nuevas empresas que probar. Pero la idea de decirle a Lettice que quería irse lo inquietaba. Era tan peligrosa como hermosa. A estas alturas, "Mable Beauty" estaba recaudando mucho dinero. Y muchos problemas. Las mujeres volvían quejándose. Otros querían que les devolvieran su dinero. Los que se quedaron callados, enviaron a hombres turbios para saldar sus deudas con la fuerza. Lettice pidió ayuda. Siempre lo hacía cuando quería que otros se ocuparan de sus problemas. Marko contrató a varios hombres para que se ocuparan de ello. Los hombres comenzaron a quejarse de que Lettice no pagaba a tiempo.

"Oh, díles que se vayan al infierno. Si hicieran mejor su trabajo, no perdería dinero".

Marko no respondió, de todos modos, nunca escuchó. Pero las cosas que decía a veces le ponían la piel de gallina.

La tarde en que regresó a casa de Baker Street, bebió con la esperanza de encontrar la manera de deshacerse de ella, de averiguar qué hacer a continuación, de averiguar cómo olvidar a Blanche. Fue entonces cuando su mano encontró el pañuelo de encaje en el bolsillo de su chaqueta. Sonrió. Sobre todo, por desesperación: Blanche estaba en todas partes. Miró la bufanda con sorpresa, luego se la acercó a la cara e inhaló el aroma.

Su aroma.

Dulce. Floral. Y algo más que solo ella, Blanche, tenía.

Su erección fue casi instantánea. Y cuanto más inhalaba su aroma, más le dolía la dureza hasta que se desabrochó los pantalones y se los deslizó por las caderas, liberando su polla que pedía a gritos a Blanche. Exhaló aliviado, se deslizó un poco más bajo en la silla, cerró los ojos y siguió inhalando el aroma de la bufanda mientras su mano comenzaba a deslizarse arriba y abajo por su dureza.

Pensó en Blanche: sus ojos luminosos, sus labios suaves, su dulce rostro con rubor tras el clímax.

Su mano, envuelta alrededor de su erección, fue más rápido.

La muchacha era hechizante. Pensar en ella lo excitaba más rápido que cualquier mujer desnuda que hubiera tenido jamás. Si tan solo se lo hubiera pedido, sus manos lo estarían

tocando, acariciando su erección.

Gruñó y su mano se aceleró.

"Dulce niña," susurró soñadoramente. La mano con el pañuelo abandonó su rostro y cayó hasta su miembro palpitante, envolviendo la fina tela de encaje alrededor de la punta.

"Mierda", gruñó, pensando en el vestido de Blanche, imaginando su mano sobre él, guiándolo hacia el encuentro entre sus piernas, rogándole que la tomara.

"Blanche", susurró, imaginando penetrarla con su miembro, y explotó en un orgasmo, derramando su semen en las telas de encaje crema del pañuelo de Blanche. Exhaló fuertemente y se quedó así durante algún tiempo, imaginando cómo sería que Blanche acariciara su cuerpo desnudo.

No tuvo tiempo de pensar cuando escuchó el golpe en la puerta principal que lo sacó de sus fantasías. La doncella se había ido por el día, y él tuvo que arreglar sus pantalones, levantarse, arrojar descuidadamente el pañuelo a un lado, y dirigirse hacia la puerta.

Lettice.

Maldita sea.

¿Cómo siempre encontraba el momento menos apropiado para aparecer?

"Marko, cariño, te ves sofocado. ¿Tienes compañía?"

Su voz resonó en su cuerpo con una ola de disgusto mientras ella pasaba junto a él y se dirigía hacia el salón como si estuviera en su casa.

"¡Oh! Resulta que sí." Escuchó sus palabras desde la habitación, se giró lentamente y caminó hacia el salón.

"Y sé quién." Escuchó su risa.

¿Qué quería ella de él ahora?

Pero cuando entró, ella estaba de pie justo al lado del sillón que acababa de dejar y entrecerró los ojos hacia él.

En el brazo del sillón yacía el pañuelo de encaje de Blanche.

No, no, no, no...

Los ojos de Lettice cayeron al pañuelo y volvieron a Marko, y sus labios se curvaron en una sonrisa burlona.

"Dime que eso no es lo que pienso que es." Si sus ojos pudieran escupir fuego, él estaría muerto. "¿Mar-ko?" Su voz era baja y afilada como el siseo de una serpiente mientras levantaba una ceja hacia él.

Él parpadeó y se pasó la mano por el cabello.

¡Maldición!

"Eso no es lo que piensas, Lettice", dijo.

Ella levantó la barbilla como en defensa.

"¿Oh?" Su sonrisa burlona adquirió una curva de burla.

"Puedo explicarlo", dijo.

No podía.

Lo intentó. Pero no importaba lo que dijera, lo que pudiera decir, sabía que o él o Blanche estarían en problemas. O ambos.

Resultó ser lo último.

Sentarse con Blanche en el vacío Elysium era lo más pacífico que había sentido en años. Podía

escucharla hablar durante horas. Todo lo que salía de su boca era como un bálsamo para su alma. Los bailarines practicaban en el escenario. Su pequeño imperio exótico resonaba con murmullos, gritos, risas ocasionales y sonidos rutinarios. Finalmente, estaba orgulloso de sí mismo. Y a su lado estaba Blanche.

Quería mantenerla cerca bajo cualquier pretexto.

"La compañía con la que estuviste anoche, ¿son clientes?", preguntó. Odiaba llevar el tema a los negocios, pero era una forma de atraerla al Elíseo más a menudo.

"Sí" respondió ella en voz baja y desvió la mirada.

Le ofreció una tajada si los traía aquí. O cualquier otra dama de la Belle House. Odiaría verla con otros hombres, pero al menos de esta manera podría verla más a menudo. Y tal vez, solo tal vez, podría encontrar la manera de estar con ella.

Se bebió otro whisky y encendió un cigarro. Se sentía débil con la necesidad de estar a su lado y se despreciaba a sí mismo por eso. En cambio, fingió que no le importaba.

Y de repente hubo una conmoción en la puerta.

"¡Marko! ¡Querido!"

La voz hizo que su corazón se hundiera en inquietud.

Siempre tenía el peor momento de mierda.

Lettice Mable Hatch...

En aquel entonces, hace cinco años, no podía precisar por qué cambiaron las cosas. Podría haber sido Lettice. El incidente de la bufanda. ¿Le dijo algo a Blanche? No estaba seguro.

Un marido: Lettice encontró un marido para Blanche. Y cuando Marko vio al horrible joven que le habían presentado a la muchacha, quiso vomitar. Habría asesinado al bastardo si hubiera tocado a Blanche.

Sabía que era la venganza de Lettice. Había conocido a varios caballeros que estaban interesados en Blanche. Sir Pollard buscaba una esposa joven, y con su dinero se habría llevado a Blanche sin mucha dote. ¡Demonios, cualquiera se casaría con Blanche con solo echarle una mirada! Excepto que no necesitaba casarse. Todavía no.

Pero Lettice, como la malvada bruja que era, sacó al pretendiente más feo y detestable que pudo encontrar. Y Blanche dijo que no. ¡Gracias a Dios! Porque Marko no la dejaría entrar en una unión tan atroz.

Pero algo había cambiado en Blanche desde entonces. Una semana, y se hundió en una melancolía que era preocupante.

Pasaron los días. Marko intentó pasar menos tiempo en casa de Lettice. Se sentía débil cerca de Blanche. Tiró de él con una fuerza extraña. Trató de evitar mirarla, pues cada vez que lo hacía, sentía que su corazón latía cobardemente. Y ella podía notarlo en sus ojos. Lettice ciertamente lo hizo, observó cada uno de sus pasos. Como un halcón. Como un depredador.

Pero la siguiente vez que vio a Blanche, ella evitó mirarlo. Lettice debe haber dicho algo.

Le dolía.

¿Lo echaba de menos Blanche?

¿Estaba enojada con él por desaparecer?

"¿Estás bien?" preguntó finalmente, y ella lo miró con tanta decepción que sintió cómo sus entrañas se retorcían.

Blanche, Blanche, Blanche...

Si no fuera por la avaricia de Lettice, su negocio no habría tenido problemas.

Si ella no usara el chantaje, no estaría siendo perseguida por la ley.

"Me voy a París", le dijo a ella ebrio uno de esos días.

"Voy contigo", respondió Lettice.

¡Maldición!

Quería gritarle y decirle que no quería que viniera. Pero si Blanche venía, quizás pudiera sacar a la chica de la serpiente. De alguna manera, lo haría.

"Necesito hacer arreglos", dijo ella. "Probablemente sea mejor que nos veamos en tu lugar de ahora en adelante, cariño", susurró con su dulzura bien practicada, y él pensó que podría soportar un poco más de ella si finalmente podía alejar a Blanche de su influencia.

Una semana después, la tienda, como si fuera por alguna fuerza misteriosa, había desaparecido. Un envío con lo que quedaba estaba listo para París.

Así que, ella se lleva los problemas consigo, pensó Marko amargamente.

Pero nada importaba mientras pudiera estar cerca de Blanche.

Pero...

Lo había repasado tantas veces en su mente después y se había sentido tan tonto que a veces, en su embriaguez, lo llevaba a accesos de ira violentos.

No había ninguna Blanche...

Ella no venía...

De pie en el puerto, miró a Lettice con shock, pero la araña hembra solo sonrió.

"Ella se está quedando con un cuidador. Su elección. Ya es lo suficientemente mayor como para hacer lo que quiera".

Había demasiada malicia en sus ojos—Marko debería haber averiguado mejor.

"¿Un cuidador?" Su corazón latía con desesperación y una sensación de que algo estaba yendo terriblemente mal en su vida.

"Marko, cariño" Lettice le dio palmaditas en el brazo "necesitas dejar de pensar en mujeres y empezar a pensar en negocios y nuevas oportunidades".

Por supuesto, él era un tonto. Blanche nunca había dicho adiós. Debería haber sabido entonces que ella nunca lo haría. ¿Se iría sin verlo a él, Marko?

Fue solo en París, meses después, que Lettice y él tuvieron una discusión y Lettice reveló la verdad.

"Tu pequeña Blanche está acostándose con algún hombre mayor. Y le están pagando mucho dinero por ello. No te preocupes. Finalmente tuvo su oportunidad en el amor".

Nunca se había sentido así como entonces, cuando la ira hacía hervir su sangre y le subía a la cabeza, ensordeciéndolo. Nunca había levantado una mano contra una mujer hasta esas palabras, cuando agarró a Lettice por el cabello y acercó su rostro tanto al suyo que vio por primera vez el pánico momentáneo en sus ojos.

"Un día te enterraré por todo lo que has hecho", siseó.

Pero sus labios se curvaron en una sonrisa y ella rio—esa risa fría y triunfante que lo atormentó durante mucho tiempo.

Ese día, salió enfurecido del apartamento de Lettice en la Rue de la Paix para nunca más volver.

Cinco años evitándola en París. Rumores ocasionales sobre la hermosa inglesa y su salón de belleza, el más exitoso en París. Luego escándalos—de nuevo—la seguían a Lettice como una plaga. Y Lettice seguía a Marko.

El día que De Jouy la presentó, "Mon amie, Mademoiselle Lettice", Marko la miró a través

de la mesa en algún salón elegante—su sonrisa irónica y sus ojos penetrantes—y juró que podía ver una pequeña lengua de serpiente bifurcada temblando entre sus labios.

Aún hermosa. No es de extrañar que las mujeres ricas acudieran a su tienda, comprando su veneno. No es de extrañar que arrojaran dinero a su paso con la esperanza de lucir tan jóvenes. No es de extrañar que ganara tanto dinero. No es de extrañar que tuviera que huir de nuevo.

Ella sonrió dulcemente y susurró algo al oído del francés. Pero cuando él se alejó por un minuto, su mano bajo la mesa aterrizó suavemente en la pierna de Marko.

"Oh, Marko. ¡Cuánto te he echado de menos!"

Quería estrangularla.

"No puedo decir lo mismo". Fingió una sonrisa.

"Bueno, no seas grosero, cariño. Tienes un negocio que manejar".

"Y deberías mantenerte alejada de él".

Se acercó más a él.

"O podemos disfrutarlo juntos", susurró en su oído, y casi podía sentir su lengua de serpiente tocando su lóbulo.

"No creo".

"¿No? Nunca dijiste que no". Su mano se deslizó hacia los botones de sus pantalones, pero él la apartó. "Tss, no seas tan mojigato, Marko, cariño. No quieres arruinar la relación con tu socia de negocios, ¿verdad?"

Ella se rio con malicia, y Marko se preguntó qué había hecho para que el destino siempre trajera a esa mujer a su vida.

Lettice Hatch era veneno.

Marko estaba maldito.

Y así resultó, como se descubrió más tarde, Blanche también lo estaba.

Los encantos venenosos de Lettice se filtraron en el Elysium vacío como la primera ráfaga poderosa de una tormenta. Ella y su fiel cachorro, Adrien de Jouy.

Marko vio a Blanche tensarse. Su rostro se volvió de piedra, y maldijo en su mente, esperando que Lettice no arruinara las cosas de nuevo.

Pero, por desgracia...

Ella le susurró a Blanche como si hubiera visto a una querida amiga, rio y lanzó sus flechas venenosas. Y cuando tomó el mentón de Blanche en su mano, evaluándola, Marko quiso agarrar a la mujer por su cabello como lo había hecho en París y alejarla de Blanche.

Su mandíbula se tensó. Fumó el cigarro con demasiada intensidad, tratando de no mirar a ninguna de las dos.

De Jouy observaba a las mujeres con fascinación.

Oh, compañero, solo espera tu turno, pensó Marko. El francés no tenía idea de lo que le esperaba. A menos, por supuesto, que hiciera todo lo que Lettice quisiera. La mayoría de los hombres lo hacía y luego eran descartados como guantes viejos y desgastados.

Blanche se iba. Una charla amistosa momentos atrás ahora se había convertido en hostilidad reprimida, y encima de eso, como un irritante villancico navideño, la voz de Lettice.

Llevó a Blanche afuera. Hacía frío y había niebla, tan habitual en una tarde de octubre.

"Ella no ha cambiado, ¿verdad?"

¿Qué más podía decir?

"Nada nunca cambia, ¿verdad?" respondió Blanche.

Podía notar que estaba molesta, dio un paso hacia ella, pero ella se dio la vuelta y comenzó a alejarse.

Él se quedó allí por un tiempo, observando su figura a lo lejos. Ella temblaba bajo una ráfaga de viento, y él quería alcanzarla, envolverla con sus brazos para protegerla del viento, del frío, de esta vida, de Lettice. Necesitaba pensar en todo y descubrir qué hacer.

Debería haber una salida.

Debería haber una manera de deshacerse de Lettice.

Debería haber una manera de estar con Blanche...

Otro día de caos. Elysium estaba abierto y todavía estaba relativamente tranquilo antes de que la multitud se reuniera y comenzara el espectáculo.

Marko estaba sentado en un pequeño salón arriba, en la parte trasera del establecimiento. En esta habitación apartada, los ruidos de Elysium apenas se oían. Una pequeña ventana daba a la calle trasera sin una lámpara nocturna. Los muebles eran modestos: un sofá, un par de sillones, un gran escritorio de madera, demasiado grande para un lugar como ese. Pero a la luz de las lámparas de gas o las velas, el salón se sentía íntimo y tranquilo.

A Marko le gustaba pasar tiempo allí. En los días en que Elysium estaba cerrado, a menudo venía aquí y encontraba consuelo en la habitación fría y húmeda que rápidamente se llenaba de humo de cigarro. Disfrutaba más de traer amigos aquí que a su casa, vacía y sin ningún vínculo. La casa era un lugar para dormir. Aquí, sentía que la vida estaba en pleno auge a un brazo de distancia. A su alrededor. Las Salas Elysian, su logro más ambicioso hasta ahora.

No hubo golpes en la puerta. En su lugar, se abrió como si él fuera un invitado, y Lettice entró.

"Tomando un descanso, veo", dijo, acercándose a él con gracia, el color esmeralda de su vestido tan afilado como su mirada.

Él no respondió, simplemente la observó, fumando.

"¿Quieres compañía?", preguntó ella.

"No", respondió esta vez.

Ella sonrió con malicia.

"¿Estás *esperando* compañía? ¿Nuestra pequeña amiga viene esta noche?" preguntó, arqueando una ceja. "¿La dulce Blanche?"

Él exhaló con frustración.

"¿Qué quieres, Lettice?" La miró intensamente como si esperara que lo atacara en cualquier momento.

Ella caminó lentamente alrededor del escritorio, se acercó a él y, apoyándose en su hombro, estiró la mano y tomó el cigarro de sus dedos.

"¿Qué tiene esa pequeña ramera que te atrae?", preguntó, dando una larga calada.

Él parpadeó alejando esos pensamientos.

"No seas bruta, Lettice. Actúas demasiado orgullosa alrededor de mujeres de burdel. ¿Cómo es diferente de lo que haces con los hombres?"

"¿Oh?" Ella rio, pero sus ojos se volvieron fríos. Exhaló una nube de humo en su rostro. "Marko, sería muy cuidadoso con cómo me hablas".

"¿Oh?" Imitó el arqueado de ceja.

"A menos que estés desnudo cuando lo hagas". Su sonrisa se convirtió en una mueca. Acarició su cabello, pero él se apartó bruscamente. "Me gusta esa idea, cariño".

"No va a suceder", dijo en voz baja y añadió enfatizando, "cariño".

Ella acercó lentamente el cigarro entre sus dedos a sus labios para que él diera una calada como solía hacer ella en el pasado, pero él apartó el rostro.

"¿Desde cuándo somos tan modestos?" Ella se sentó en su regazo y estudió su rostro por un momento.

"Tú estás durmiendo con mi socio, Lettice", dijo.

Ella lo irritaba. Lo hacía sentir incómodo. Como si cada movimiento suyo tuviera una intención oscura que él aún no conocía.

"¿Desde cuándo te molesta?" Sus ojos inquisitivos lo penetraron. "No me digas que quieres que deje a De Jouy para estar contigo". Su mano bajó a su entrepierna y masajeó su sexo a través de sus pantalones. Él retiró suavemente su mano.

"Estás yendo demasiado lejos", dijo.

"¿De verdad? Eso no es lo que solías decir de mí".

"Has hecho muchas cosas para cambiar eso, Lettice. ¿De Jouy sabe que estás aquí?"

"Vigila tu lengua, Marko, cariño".

"¿O qué?" La empujó de su regazo, se levantó y caminó alrededor de la mesa, tratando de alejarse más de ella.

Se despreciaba por esta debilidad. Podía lidiar con las pandillas en St. Giles para conseguir whisky para su establecimiento, pero esta mujer le evocaba un extraño temor, como el que probablemente sentía una presa antes de ser atacada. Ella sabía cómo jugar con las personas más poderosas, no hiriéndolas directamente, pero envenenando a todos a su alrededor. Debería haberse metido en política.

Con una sonrisa condescendiente, Lettice lo estudió de arriba abajo como si leyera sus pensamientos, como si estimara el daño que podía hacer. Tomó su bebida, se sentó en su sillón y cruzó las piernas sobre la mesa.

Hermosa, pensó él, viéndola dar un sorbo a su bebida. *Tanta belleza y tanto veneno. Tss.*

"Hmm". Miró alrededor como si estuviera contemplando algo. "Ellos te están buscando por 'Mable Beauty', ¿sabes?"

La mención de su negocio lo puso en alerta. Pensó que estaba en el pasado.

"¿Quiénes son ellos?"

"La Policía Metropolitana". Encogió los hombros como si no fuera gran cosa. "Alguien se quejó ante el magistrado. Supongo que una de esas patéticas esposas".

"Mejor deberías huir otra vez, Lettice".

Él le sonrió desde el otro lado del escritorio mientras ella lo miraba.

"Lo curioso es" sus labios se estiraron en una sonrisa torcida "la persona que están buscando es nuestra pequeña amiga. El demandante dice que una tal Blanche Carey entregó el paquete a esa persona en particular, recibió el depósito, hizo firmar los documentos. Sí. Oh, cariño, estás sorprendido. Tss, tss."

Sintió cómo su interior se revolvía.

¿Blanche? Ella no tenía nada que ver con el fraude, excepto lo que Lettice le había dicho que hiciera. Si lo que Lettice decía era cierto, este era su truco más malvado hasta ahora.

Lettice dio una calada al cigarro y exhaló ruidosamente en el aire.

"Marko, cariño, toma otra copa. Lo necesitas. Sí. No me mires así. Ella hizo mucho trabajo—papeles, firmas, dinero."

"La obligaste, Lettice. Ni siquiera tenía dieciséis años. La chica no tenía nada que ver con engañar a la gente."

"Así no lo veo, dulzura. Ella formaba parte de esto—tendrá que responder."

"Serás la primera."

"Oh, estás equivocado aquí." Ella negó con la cabeza. "Los que me señalaron ya están pagados o se encargaron de ellos. Con *tu* ayuda, Marko. ¿Recuerdas?" Ella produjo una risita malvada. "Pero de alguna manera—y no deja de divertirme—el nombre de la pequeña Blanche está ahí afuera, y es solo cuestión de tiempo antes de que la Policía Metropolitana llame a la puerta. Eso es cuando encuentren la puerta correcta."

El silencio era ensordecedor. Marko podía oír crujir sus dientes. Lettice lo miraba triunfalmente, sus ojos chisporroteaban de despecho, y él sabía que una vez más la mujer había logrado tejer su telaraña alrededor de él y Blanche.

"Eres algo malvado," dijo en voz baja y sacudió lentamente la cabeza, estrechando los ojos hacia ella. "Pagarás por esto."

"Blanche lo hará." Lettice sonrió. "Si no tiene cuidado. Si *tú* no tienes cuidado, cariño."

"Deja en paz a Blanche, Lettice."

"¿Escucho celos, cariño? ¿Qué es lo que tienen ustedes dos?"

"Déjala de lado, Lettice. Ya has hecho suficiente."

Ella se rio con desprecio.

"Gracias a ti, cariño. Si no hubieras estado metiéndote en mi casa, no hubiera tenido que deshacerme de ella."

"Eres malvada."

"Bueno, bueno. No seamos groseros." Ella estrechó los ojos hacia él.

"Mantente alejado de ella."

"¡Ja!" Se levantó y caminó alrededor del escritorio. Incluso su falda y enagua silbaron como una serpiente moviéndose por la arena mientras se acercaba a él y giraba la cabeza hacia un lado. "Realmente eres aburrido con esta dedicación a su causa. ¿Quieres comprar mi silencio?"

Su dedo trazó los botones de su chaleco hacia abajo hasta sus pantalones, luego se deslizó entre sus piernas y agarró su sexo, apretándolo suavemente.

"Podría ser divertido," susurró, con su rostro a centímetros del suyo.

"Tú lo deseas," susurró él de vuelta, sin apartar la mirada.

"¿Ahora esto es un juego?" Ella soltó su agarre, y Marko pudo decir por el gesto tan familiar de su cabeza que estaba decepcionada. Irritada. "Te diré esto, Marko, cariño." Su sonrisa desapareció. "Deja en paz a la chica. Ella es una puta y estaba destinada a serlo. Y no para ti. Te veo cerca de ella, y la policía podría descubrir dónde reside Blanche Carey. Esto se está volviendo molesto."

Él contuvo la respiración para evitar decir algo más, pero sintió el impulso de estrangular a Lettice ahora mismo antes de que algo malo sucediera.

Cómo logró escapar de Londres hace cinco años sin juicio era un misterio para él.

Cierto, ella había sobornado a la policía.

Cierto, él había resuelto muchos problemas para ella.

Cierto, había contratado a hombres para recuperar el dinero adeudado y luego había tenido que pagarles a esos hombres, porque Lettice no lo haría.

Pero Blanche no tenía dinero. Tampoco tenía conexiones. Ni las habilidades para salir de una situación difícil.

¡Maldición!

La serpiente sabía a quién morder. Si fuera él, Marko, habría lanzado a Lettice por la ventana y luego habría lidiado con las consecuencias. Pero Blanche...

"No te pongas tan molesto, Marko. Hay muchas putas por ahí."

"Deberías irte," dijo en voz baja.

Su sonrisa de serpiente se convirtió en una sonrisa burlona.

"Deberías tener cuidado, Marko." Ella le acarició la mejilla.

Él se apartó y, antes de que dijera algo más, se dio la vuelta y salió por la puerta.

Nunca había imaginado que un nuevo emprendimiento requería tanta atención hasta que abrieron las Salas Elysian. Pero Elysium no era cualquier emprendimiento, era uno de los más comentados en la ciudad. Varias semanas y su fama atrajeron lo mejor, lo más curioso y lo más escandaloso de Londres. Marko conocía a muchos por su rostro. Si quería hacer este lugar aún más exitoso, con la cantidad de personas que intentaban pasar una noche aquí, necesitaba empezar a ser muy selectivo. Aprendió todo lo que pudo sobre sus invitados y lo anotó en un pequeño libro. Nombres. Sus acompañantes. Antecedentes. Gustos. Qué vino preferían. Cuánto gastaban. Era tanto una investigación como información útil para futuros locales, así como un registro de todo lo que sucedía en Elysium. En tiempos de leyes cambiantes y una nueva gobernante en Inglaterra, una mujer, por si fuera poco, nunca se podía ser demasiado cuidadoso.

De Jouy no servía para esto. Tenía su propio rol. El entretenimiento era su especialidad, y Marko estaba agradecido. El francés era un genio creativo y definitivamente tenía ojo para lo extravagante. Si todo iba como lo planeado, necesitarían varios gerentes. Si todo iba aún mejor—y la idea hacía que la cabeza de Marko diera vueltas—podrían necesitar abrir otro local.

Esta noche era otra noche ocupada. Dos horas desde que las puertas se abrieron y apenas había espacio para moverse entre las mesas. Había muchas mujeres. Eso hizo sonreír a Marko, pues ese era el verdadero signo de éxito—cuando la curiosidad de las mujeres ponía en peligro su reputación e incluso las mujeres de alta clase se aventuraban a las Salas Elysian.

Y estaba Blanche—había notado su llegada con sus acompañantes. Ella era deslumbrante. La visión de ella hacía que su corazón latiera más rápido. La estudió por un momento y apartó la mirada—necesitaba encontrar una distracción.

El Sr. Bisbee, un hombre bajito y regordete, lo detuvo con un saludo ruidoso. Un oficial de la ley, aunque casado, no se alejaba de las mujeres de la profesión cuestionable. Era una buena señal. Marko lo había conocido antes de su viaje a París, y ahora, el hombre parecía más amistoso que nunca. En la noche de apertura en el Elysium, Marko conoció al Sr. Bisbee en las Salas de Willi, entablaron una conversación y lo invitó a la apertura. Ahora, el hombre se había vuelto un cliente habitual. Solo complacía a Marko.

Hicieron pequeñas charlas, bromearon, rieron. Marko echó un vistazo a la compañía con la que había llegado Blanche—ocuparon los asientos en la sección privada que Marko había arreglado para Blanche.

Bien.

Se veía alegre. Al igual que sus acompañantes. Mujeres vestidas con lujo. Hombres seguros. Uno de ellos se sentó demasiado cerca de Blanche, susurrándole algo al oído. Marko quería agarrarlo por su chaleco y echarlo. Marko no perdió su sonrisa, pero su estado de ánimo empeoró. Ahora que le había propuesto a Blanche traer a sus clientes y amigos aquí, la vería más seguido. Ese era el propósito. ¿Pero en compañía de sus amantes? El pensamiento hacía hervir su

sangre.

Marko hizo un chiste vulgar, y los acompañantes de Mr. Bisbee estallaron en risas. Se animó y giró la cabeza para mirar a Blanche a lo lejos.

Ella lo miraba directamente. A través de la sala, sus ojos estaban inequívocamente en él.

Todo en ella era encantador—su sonrisa, su vestido, el elegante movimiento de sus manos al hablar. Esta mujer podía hacer girar su cabeza con una mirada. Brindó por ella en el aire y se obligó a apartar la mirada de ella.

¡Maldición!

De Jouy estaba hablando con el gerente de los artistas. El francés estaba nervioso. Era un nuevo tipo de entretenimiento. Hipnotizante. Ligeramente peligroso. Pero si todo salía bien—sería un gran éxito. El francés corría de un lado a otro entre el escenario y los varios hombres dispersos por la sala que estaban preparando los accesorios.

Bien.

Marko continuó caminando entre las mesas, asintiendo a algunas personas y estrechando manos con otras. Parecía una eternidad antes de que llegara a Blanche.

"Caballeros." Asintió a los hombres. "Damas." Le sonrieron como si estuvieran viendo a un príncipe real.

"¡Ah! ¡Sr. Farini!"

El caballero que estaba más cerca de Blanche le sonrió amistosamente, y en varios segundos Marko lo evaluó con rapidez profesional. Alto. Bien parecido. Sus gestos eran seguros pero descuidados—una señal de poder. Su traje de la mejor calidad, como si el hombre hubiera nacido en él. Definitivamente adinerado.

Intercambiaron bromas, y el caballero —Sir Curtis, según se presentó— sonrió a Blanche y le acarició abiertamente la mejilla como si estuviera en casa con su esposa.

Marko sintió ganas de retorcer la mano del hombre y romperle la muñeca.

Una guapa pelirroja evaluó a Marko de arriba a abajo. Atrevida, también debía ser de la profesión. Entonces, estos eran los clientes.

Apretó la mandíbula.

"¿Se quedará con nosotros, señor Farini?" preguntó Blanche con una sonrisa amable.

Sr. Farini...

No quería ser el señor Farini. Quería ser Marko. Su cercanía distraía. El hecho de que no pudiera tocarla, ni siquiera hablar con ella, le molestaba abiertamente.

Tenía que ocuparse de otros asuntos, dijo cortésmente y se fue, deseando que Blanche fuera todo lo que tenía que hacer en ese momento.

Adrien de Jouy apareció en el escenario y la sala se quedó en silencio.

El francés se había cambiado de ropa y ahora parecía un verdadero showman. Con su abrigo francés y con su acento su extravagancia era aún más hipnotizante. Y así sería el espectáculo.

Cuando la orquesta comenzó la pieza ensayada, preparada para la representación, Marko se sorprendió a sí mismo conteniendo la respiración. Y cuando los artistas de seda aérea entraron en la sala, agarraron las telas que colgaban del techo en diferentes lugares e hicieron el primer movimiento hacia arriba, el público jadeó y una sonrisa de satisfacción parpadeó en el rostro de Marko.

Estaba nervioso, sí, era la primera actuación de este tipo en Inglaterra.

Estaba emocionado, es cierto, de la misma manera que uno se siente cuando hace alarde de su brillantez e ingenio frente a cientos de personas.

Pero más que nada, estaba orgulloso. Esperaba impresionar a Blanche. La sala estaba llena de varios cientos de personas, pero la única persona en la que pensaba era en la hermosa joven que estaba sentada en compañía de otros, no en la suya. Pero su aprobación significaría mucho para él. Permaneció junto a De Jouy en la sombra en un rincón de la habitación, sus ojos encontraron a Blanche en la habitación en penumbra y la vieron mirar con asombro a los artistas que hacían magia arriba y abajo de las cuerdas de seda. La observó durante un rato y no pudo evitarlo: se acercó, sacó una silla de repuesto y se sentó a su lado.

"Encantador, ¿verdad?", le dijo en voz baja.

Ella se volvió bruscamente, sólo ahora notándolo, y lo miró con tanto asombro en sus hermosos ojos que él sintió que su corazón se expandía de ternura.

Blanche...

Su olor lo volvía loco. Si tan solo pudiera hacer lo que quisiera...

"Es maravilloso, Marko. Es perfecto" hizo una pausa como si eligiera las palabras adecuadas, "espléndido" terminó con una sonrisa, y él sintió que se ahogaba en la calidez de sus ojos que lo miraban. En ese momento quiso aplastar el mundo y ponerlo en sus pies, para que ella pudiera ser siempre feliz, para que eliminara la tristeza que tantas veces recorría su rostro.

Se quedó a su lado. Y mientras ella miraba la actuación, él la miraba *a ella*. Como un ladrón. En su presencia, los recuerdos relampagueaban en su mente como luciérnagas: sus labios carnosos, sus jadeos, su suave piel bajo sus dedos, su suave voz cuando le había pedido que la besara en aquel entonces en Baker Street. Blanche cogió un vaso de brandy y lo sostuvo entre los dedos. Sus dedos, los recordaba, delgados, cálidos, agarrando sus brazos cuando las ondas del éxtasis recorrían su cuerpo, moviéndose hacia sus hombros para apoyarse cuando ella estaba débil con el placer de sus dedos acariciando su sexo, llevándola al clímax.

Se sintió excitado y miró hacia otro lado. Debilitado por los recuerdos de su pasado, observó a los artistas, tratando de recomponerse. Y cuando terminó, se excusó y se fue. Era agotador, estar al lado de la mujer que amaba y no poder hacer lo que quería.

Centró su atención en el trabajo. Los invitados compartieron una cantidad infinita de vino y otros licores. *Buenas*. El negocio vinícola de Marko crecería con tanto éxito como Elysium.

Galia subió al escenario y su voz se extendió por la sala como un poderoso hechizo. Bajita y regordeta, visualmente poco impresionante, Galia poseía la voz que había hipnotizado tanto a Marko como a De Jouy cuando la escucharon cantar en la calle en las zonas más pobres del centro de Londres varias semanas atrás. Había llevado un vestido raído en ese entonces. Sus ojos habían ardido con la fiebre de la embriaguez y el hambre, varios días de más. Pero su voz había detenido en seco a los dos hombres y habían detenido su carruaje. La escucharon durante un rato hasta que se detuvo, tosió, sacó una pequeña pipa y se sentó allí, en el suelo, entre basura y barro, fumando. Los dos hombres se miraron. "Ella es perfecta", dijeron ambos al mismo tiempo. Y cuando bajaron del carruaje, Marko le dio a una mujer sorprendida una moneda de media corona, De Jouy, una graciosa reverencia.

"Mademoiselle, tenemos una oferta" dijo el francés.

Una semana más tarde, "Mademoiselle" Galia ocupaba una de las pequeñas habitaciones destartaladas del edificio de al lado, que estaba destinada a las tropas que viajaban y a los miembros del personal. Habían decidido que ella sería su acompañante permanente. Su voz durante muchos ensayos hizo temblar a Marko. Se apoderó de su corazón y lo hundió en una extraña melancolía.

Y ahora...

La mayoría de las personas en la sala no prestaron atención, borrachas y aún eufóricas por los artistas aéreos. Algunos miraron hacia el escenario y apartaron la cabeza. La próxima vez, tendría que hacer que Galia cantara algo más alegre.

Sus ojos escudriñaron la habitación y se detuvieron en Blanche. Miró el escenario como paralizada. Tenía los labios ligeramente entreabiertos, algo que hacía a menudo cuando de repente se apoderaban de ella emociones fuertes. Sus ojos miraban sin pestañear el escenario.

Marko sonrió. Sabía que a ella le gustaría. De todas las personas, ella era la única que importaba.

Apartó los ojos de Blanche y se echó el pelo hacia atrás. Dirigía un negocio exitoso, pero lo único que nunca abandonaba su mente era esta hermosa mujer.

Exhaló con fuerza y volvió a estudiar a la multitud.

Lettice estaba en la habitación.

Marko maldijo en su mente. A estas alturas ya odiaba a la mujer. Si antes pensaba que sus acciones habían sido provocadas por su propio comportamiento, con los años se había dado cuenta de que ella era una mala persona en todos los sentidos, hasta la médula. Prendas y plumas caras. Y debajo de ellas, veneno negro en sus venas.

De Jouy estaba a su lado.

«*Pobre hombre*», pensó Marko al verlo. El francés empezaba a entender las advertencias de Marko. Lettice era demasiado exigente, demasiado indiferente a los afectos de los demás. Excepto Marko, que no tenía ninguno. De Jouy no era más que su criado, y todos los días, cuando Marko y su socio pasaban un rato a solas, el francés sacaba a relucir pequeños detalles sobre Lettice, inquietantes y perturbadores, y a veces hablaba largo y tendido, acariciándose nerviosamente el diminuto bigote, mordiendo el interior de la mejilla y rizándose un mechón de pelo con el dedo. Era realmente impresionante cómo una mujer podía hacer que hombres adultos —ricos, independientes, fuertes, seguros de sí mismos, no importaba, en realidad— se sintieran incómodos en su presencia. Pero ahora, años después, Marko lo entendía muy bien.

Pronto, Lettice llegó a la mesa de Blanche. Marko se paró detrás de las cortinas del escenario para no ser notado y las observó.

Sir Curtis se había ido, gracias a Dios. En lugar de él, estaba Lettice. ¿Era ella el menor de los males? Marko no estaba seguro. Pero vio que Blanche apartaba la mirada, la vio asentir con la cabeza ante lo que decía Lettice, y luego vio cómo volvía la cabeza hacia la mujer. Blanche se llevaba la bebida a los labios con más frecuencia, finalmente dejó de mirar a su madrastra y, cuando Lettice se levantó de la mesa, se sentó a mirar a su alrededor distraídamente.

Solo podía imaginar lo que la araña había dicho.

"Te ves preocupada, Blanche. ¿Está todo bien?" preguntó cuando se acercó.

Deseaba poder llevarse a Blanche lejos de aquí. Lejos de su madrastra, de los hombres con los que estaba, del caos de borrachos alrededor. Quería acariciar su rostro hasta que se iluminara con su hermosa sonrisa.

En cambio, ella apartó la mirada, ocultando sus hermosos ojos azules llenos de tristeza. Maldita Lettice, podía hacer llorar a cualquiera.

"Debería irme", dijo Blanche, y su corazón de repente se sintió vacío como si ella ya se hubiera ido.

Demasiado pronto. No quería que se fuera. Quería estar junto a ella, aunque fuera por poco tiempo.

Miró a su alrededor. La habitación era una fiesta gigante. Los músicos de la orquesta estaban

exhaustos, pero seguían adelante, el sonido de su música era áspero y demasiado fuerte. Sus ojos volvieron a Blanche.

"¿Te gustaría que te llevara a la Belle House?" preguntó.

Quería llevarla a casa, a su hogar. Pero no aún. No así. No cuando tenían que esconderse.

En este momento, podría tener varios minutos más con Blanche. Y si ella decía que no, de todos modos, la acompañaría.

"Eso sería encantador", dijo ella en voz baja, y su corazón volvió a latir emocionado.

Se fueron y tomaron una carroza. En el silencio frío y sombrío, la mente de Marko ardía de emoción al tener a Blanche a su lado de nuevo. A solas. Al menos así.

Ella estaba molesta. Lettice parecía arruinar siempre las cosas con sus palabras llenas de rencor que disparaban como flechas venenosas.

"¿Qué dijo ella?" preguntó Marko. No quería mencionar el nombre como si eso pudiera hacer más daño.

"Siempre me hace sentir como si no fuera nada", dijo Blanche con voz temblorosa. "Y tú... diciendo esas cosas de mí ante ella..."

Él parpadeó lentamente. Sintió su sangre hirviendo. Esa maldita perra había dicho algo. Por supuesto que sí. ¿Cómo podía Blanche creer cualquier cosa que saliera de esa boca venenosa?

"No dije nada de ti, Blanche", intentó explicar.

Pero ¿cómo se podía remediar algo que ya había sido envenenado?

Se quitó el sombrero y los guantes y se despeinó el cabello.

Maldición.

"Blanche", repitió y la miró.

Ella no quiso mirarlo. Sus manos tomaron los guantes. Estaba molesta. Demasiado molesta. No podía soportarlo.

"Blanche, mírame".

En la penumbra de la carroza quería ver sus ojos, asegurarse de que supiera que el veneno no venía de él. Extendió la mano hacia su rostro, tomó su mentón entre sus dedos y giró su cara hacia él. Sus ojos brillaban con lágrimas, pero seguían siendo hermosos. Sus dedos tocaron su piel, y pensó que enloquecería con ese contacto.

"¿Me odias, Marko?" dijo ella en voz baja, pero las palabras parecían retumbar en el silencio de la carroza.

¿Odio?

Se sintió ensordecido.

¿Eso era lo que ella pensaba?

¿No podía ver cómo la miraba?

Vio charcos de lágrimas en sus ojos y sintió que su corazón explotaría de dolor al verla así.

"Blanche, cariño. Por favor, no pienses así".

En ese momento, quería irse lejos, de Londres, de los demás, del mal, de las desgracias que parecían azotar sus vidas. Abrazó a Blanche y la presionó más cerca. Los abrigos y la ropa no podían contener el calor que sentía cuando finalmente estaba tan cerca de él, en sus brazos, con su rostro enterrado en su pecho. Acarició su cabello. Susurró algo. Dijo algo. No había suficientes palabras para expresarle cómo se sentía. No diría esas palabras. Era un cobarde. Un tonto. En cambio, susurró algún absurdo. Pero cuando ella se apartó y levantó su rostro hacia él,

la cercanía de eso evocó todos los recuerdos de golpe, y él presionó sus labios contra los suyos.

¡Oh, maldito infierno y cielo!

Ese beso... Como sumergirse en la profundidad vertiginosa. Como perder la gravedad. Como ser arrastrado por una marea poderosa. Sus labios eran la cura para su obsesión. Años desde Baker Street y lo atrapaba con más intensidad que nunca. Su lengua, cálida y suave, respondía solo con voluntad, pidiendo más. Su gemido apenas audible que iba directo a su sexo.

Olvidó dónde estaba y hacia dónde iban. Estaba perdido en ella. Se apartó solo por un momento, secó sus lágrimas, susurró algo y la besó una y otra vez, olvidando el tiempo y cualquier otra cosa. En ese momento, nada existía más que ella y él. Juntos. Finalmente.

Pero la carroza se detuvo. El conductor golpeó el techo. Se apartaron el uno del otro, y fue como si el hechizo se rompiera y volvieran a la realidad, la frialdad de ella se filtró entre ellos y disolvió la magia del momento.

"Perdóname, Marko. Soy tonta, lo sé", dijo Blanche, arreglando su sombrero. Se quitó los guantes y se secó la cara de las lágrimas.

Si tan solo pudiera hacer que durara, llevarla conmigo a su casa, ahora mismo, y al demonio con todo lo demás. No podía, sabía. No cuando ella estaba molesta. No cuando tenía que mirar por encima del hombro para asegurarse de que Lettice no se enterara.

"Blanche", susurró, acercando su rostro hacia ella. Quería decirle que la amaba y que solo necesitaban ser pacientes. Pero las palabras se le atragantaron en la garganta. En cambio, sus ojos lo atrajeron hacia ella de nuevo, y la besó.

Esperaba que ese beso, dulce y tenso, se quedara con él por algún tiempo. Esperaba que le dijera sin palabras cómo se sentía. Y cuando se apartó, sus ojos lo miraron con tanta ternura que hizo que su corazón se desmoronara.

"Por favor, no escuches lo que dicen los demás", dijo en cambio, y en un momento, se recompuso.

La acompañó hasta la puerta.

"¿Te veré pronto?"

La despedida fue demasiado rápida, y cuando ella desapareció tras las puertas de la Belle House, la frialdad de la noche londinense parecía penetrar su abrigo hasta los huesos.

Ella era amor.

Ella era esperanza.

Ella era dolor que él sentía al darse cuenta de lo sombría que sería la vida sin ella.

Y dejó su guante en la carroza.

Marko lo miró sorprendido mientras volvía a Elysium.

Su bufanda de encaje en Baker Street...

Su guante ahora...

Cerró los ojos y sacudió la cabeza. La vida parecía funcionar en círculos. Y si no descubría qué hacer con Lettice, el extraño destino podría repetirse.

Y al igual que entonces, llevó el guante de Blanche a su rostro.

Su fragancia. Tan familiar. Tan embriagadora.

Pasó el resto de la noche en Elysium, reflexionando sobre los acontecimientos. Pero cuando llegó a casa, apenas antes del amanecer, exhausto pero feliz por otra noche exitosa en Elysium, el guante encontró su camino de nuevo hacia sus manos. Y al igual que entonces, en Baker Street, los dulces recuerdos de Blanche en sus brazos se apoderaron de su mente, de sus manos, de su sexo y devoraron los suaves tejidos del guante con un deseo consumidor que ardía más intensamente que nunca.

Se había olvidado de lo miserable que era Londres en otoño. Era tan diferente de París, donde uno podía esconderse del frío en el calor de una chimenea. O envolverse en suficientes abrigos. O beber suficiente licor.

En Londres, el frío era un depredador despiadado. No importaba lo que hicieras ni dónde estuvieras, tenía sus ojos puestos en ti, se aferraba al fondo de tu abrigo con sus garras. La llovizna nunca cesaba. Era como el siniestro cacareo de un demonio.

Y la niebla... colgaba casi permanentemente sobre Londres. Tan densa a veces y saturada con el smog de las fábricas que era como sopa de guisantes, como bromeaban los londinenses. Envolvía la ciudad y sus calles, flotaba sobre el suelo y hacía sentir como si el mundo existiera solo en los doce metros de visibilidad. Frío. Grasiento. Como si pudieras cortarlo con un cuchillo de mantequilla.

Era tan sombrío incluso a la luz del día que el cielo despejado rara vez se veía en esta época del año. La luz del sol, nunca. En su lugar, las nubes de color barro se cernían arriba, e incluso el día más brillante se sentía como el anochecer. Las farolas se encendían temprano, pero eran inútiles y apenas ayudaban por la noche.

El clima traía consigo la miseria. Y aquellos que tenían dinero de sobra, y mucho, acudían en masa a los establecimientos que podían alejar la melancolía.

Para Marko, tal lugar era Elysium. Pasaba días y noches allí. El trabajo le distraía la mente de Blanche. Al menos a veces. El deseo en él ardía más cada día, satisfaciéndolo con su propia mano cada vez que pensaba en Blanche.

Sus pensamientos eran oscuros. Pensaba en llevarse a Blanche y huir. Tonto, por supuesto. Tal vez, si Elysium trajera suficientes beneficios, podría hacerlo. Si para entonces Lettice no ponía sus manos sobre Blanche. Dudaba que el mal no los encontrara. Lettice tenía una obsesión con él y Blanche. Podía tener cualquier cosa. ¡A cualquier persona! Pero quería a Marko, y el hecho de que él quisiera a Blanche —y la araña sabía, sin duda— no dejaba que Lettice viviera en paz.

Ella volvió a hablarle. A solas. Como una serpiente que se arrastraba por los pantalones de uno y se quedaba allí hasta que uno hacía un movimiento brusco. Y entonces...

"¿Dónde fuiste la otra noche?" le preguntó a Marko cuando ella tomó asiento en el sillón del salón de arriba de Elysium. "La otra noche. Cuando te fuiste con Blanche, quiero decir."

Él no dijo nada, fumaba, mirándola con indiferencia fingida, pero queriendo sacarle los ojos. Se rieron de él. Sus labios bonitos se estiraron en una sonrisa sabedora.

"Tss, pensé que estábamos de acuerdo." Ella golpeó el suelo con su bota como si estuviera haciendo una cuenta regresiva. "No me pongas nerviosa, Marko." Ella entrecerró los ojos hacia

él. "Sabes que no es bueno." Dijo las palabras lentamente como si estuviera estudiando su reacción. "Y aún no me has visto enojada. No todavía. Aunque a ti no te importaría, por supuesto. ¡Pero!"

Ella rio.

Había locura en eso. Debe haber algo de locura en la persona que habla de hacer cosas horribles y lo hace con una sonrisa.

Marko no apartó la mirada.

"Blanche. Dulce, tonta Blanche. Tan ingenua. Tan..." ella se rio y torció la cabeza "estúpidamente inconsciente de lo que está por venir."

Tomó toda la fuerza de voluntad de Marko para no acercarse a ella y abofetearla.

¿Podría justificar tal violencia?

¿Y contra una mujer?

¿El mal tenía un género?

"La llevé a casa, Lettice. No hay necesidad de ponerse celosa", dijo en cambio

"Oh, cielo. Si te quisiera, te tendría", sonrió de forma encantadora. Con alguien más, podría funcionar. Años atrás, también funcionó con él. "Estás demasiado malhumorado estos días para mi gusto. De Jouy es mucho más complaciente", se rio, y él se preguntó si realmente estaba loca. "¡Pero! No me gusta la chica", se levantó abruptamente y paseó por la habitación. "Nunca me gustó. Es demasiado común. Demasiado sumisa. Siempre ha sido una carga. Su débil padre la dejó aquí conmigo, así que tuve que cargar con eso. Y luego tú tuviste que poner tus garras codiciosas sobre ella".

Oh, estaba celosa, Marko lo sabía.

"Estás equivocada", negó todo.

Ella se dio la vuelta para mirarlo con furia.

"No quiero verla cerca", siseó.

"Ella trae clientes que gastan mucho dinero, Lettice. Y esos hombres tienen amigos. Es negocio. Así es como se corre la voz. Te guste o no, el dinero es todo lo que nosotros necesitamos en este momento".

Nosotros. Como si también estuviera hablando de Lettice.

Se odiaba a sí mismo, odiaba a Lettice pero no sabía qué más hacer para mantener a Blanche fuera de problemas. Pero más que nada, cómo mantenerla cerca de él sin consecuencias terribles.

Había una pequeña oportunidad, pensó cuando finalmente estuvo solo. Requería a un hombre con conexiones, y Marko, bendito sea Elysium, conocía a tal hombre.

Nadie escapaba de los juegos de Lettice. Tampoco lo hacía De Jouy.

Una hora después de que Lettice se había ido, él llegó al salón de arriba de mal humor y con una copa casi vacía de vino. Murmuraba en francés para sí mismo mientras Marko lo observaba con curiosidad. Marko no interrumpió. En su lugar, se acercó al mueble donde guardaban el licor, sacó una botella de vino, tomó la copa de De Jouy, la volvió a llenar y se la devolvió.

El francés dio varios tragos grandes, pasó sus dedos por su cabello y se dejó caer en una silla. Exhaló.

Marko se rio.

"¿Te apetece contarme qué te molesta, amigo?"

El francés exhaló con irritación.

"Mademoiselle Lettice", exhaló con frustración. "¡Argh!" Se sentó repentinamente derecho. "¡Esta mujer es *impossible*! ¡*Merde*!" Dio un gran trago de vino y se recostó de nuevo en el sillón.

Marko solo sonrió socarronamente, sabía que este momento llegaría.

"Al principio pensé que era solo una mujer, *¿tu comprends?* Las mujeres son *compliquéé*. ¡Pero *non*! ¡Lettice! ¡Argh! ¡Ella es una serpiente, Marko! ¡Es un *demon*!" Miró a Marko con los ojos muy abiertos. "¡*Demon*!"

Lo dijo de una manera encantadora con su acento que casi hizo sonreír a Marko. Pero Lettice no era motivo de risa.

"Te lo advertí, Adrien", dijo Marko calmadamente. "Ella es como una pitón. Toma tu cabeza, luego te absorbe lentamente, todo de ti, hasta que te das cuenta de que no hay salida."

De Jouy murmuró algo en respuesta.

"¿Qué hizo ella?" preguntó Marko.

Escuchó al francés, que estaba molesto y usaba más francés que inglés. Marko rellenó su copa varias veces, y para cuando De Jouy finalmente terminó su historia, el hombre estaba bastante borracho.

Marko asintió.

Ah, Lettice Hatch.

Por supuesto, llegaría a esto.

Quería ver a Blanche, pero ir a un burdel, por más lujoso que fuera, lo hacía sentir como si estuviera tratando de comprarla.

Blanche. Blanche. Blanche.

Ansiaba por ella. Pensó en invitarla a almorzar, pero con De Jouy constantemente presente, también lo estaba Lettice.

Se sumergió en el trabajo. Y con eso, fumar y beber, horas agotadoras haciendo lo que varios hombres deberían haber estado haciendo, quedándose en Elysium hasta tarde en la noche incluso cuando estaba cerrado y quedándose dormido tan pronto como su cabeza tocaba la almohada.

No podía esperar hasta el jueves cuando Elysium abriera sus puertas de nuevo.

Pero Blanche no llegó.

Continuó con los negocios habituales, pero entre el ruido, el humo y la risa, sentía que algo faltaba. Como si la mera presencia de Blanche en la habitación hiciera que el lugar cobrara más vida.

Pero sí vio al Sr. Bisbee, justo el hombre que necesitaba. Asientos privados. Champán gratis. Atención especial. Era bastante peculiar cómo pequeñas cosas como estas que no le costaban mucho a Marko podían comprar favores.

"¡Sr. Farini!" exclamó el Sr. Bisbee. "Tengo que decirle que su establecimiento ha sido como un soplo de aire fresco últimamente. ¡Espléndido! Si alguna vez necesita algo, estoy a su servicio, mi buen señor."

¡Oh, palabras de oro!

Solo en las últimas dos semanas, la cuenta del Sr. Bisbee con Elysium se había vuelto bastante alta, pero Marko estaba dispuesto a arreglarlo y ofrecer una considerable extensión si podía obtener lo que quería.

"Sr. Bisbee. Cuando tenga un minuto, me encantaría hablar."

Y así, el plan de Marko se puso en marcha. Podría ser un callejón sin salida, o podría significar ganar una guerra.

Blanche llegó a Elysium al día siguiente. Acompañada de un pequeño grupo. Su cliente estaba de nuevo con ella. Marko empezaba a odiar a cualquiera que posara sus ojos en ella.

Está bien, pensó. Ella tenía su negocio, y él tenía el suyo. Así que intentó ignorarla por completo.

Revisó con el gerente de cocina, los porteros, el encargado de los servidores, caminó y charló con los invitados. Cuando las bailarinas exóticas de Medio Oriente actuaban en el escenario, los candelabros suspendidos se apagaban y la habitación se sumía en la penumbra. En esa penumbra, Marko pensaba en Blanche, su beso en el carruaje, sus manos en él, sus labios en los suyos. No importaba cuánto intentara luchar contra ello, era insoportable: su presencia en la habitación y los recuerdos íntimos de ella girando en su cabeza. Intentó ahogarlos con whisky y alejarlos con los cigarros que nunca abandonaban sus dedos. Pero entre cientos, su voz era la que más escuchaba. Su silueta, elegante y modestamente vestida, a diferencia de la mayoría de las mujeres de la profesión, era la que más se distinguía entre cientos de otras alrededor.

Sir Curtis le dijo algo a ella, y ella se rio.

Él, Marko, quería hacerla reír así. Quería golpear a su cliente que constantemente le susurraba algo al oído y le acariciaba la mano.

Marko no entendía esta obsesión suya. Era locura, lo sabía. Quería hacerla sonreír, jactarse, gemir. Quería tenerla en su cama, abrirla, y hundir su lengua en ella. Nunca la había visto completamente desnuda, y eso lo volvía loco. Quería sentirla debajo de él, su pene profundamente dentro de ella. Quería hacerle de todo, para ver si le gustaba desde atrás o encima de él, de pie o envuelta en su abrazo. ¡Quería todo de ella!

Pero esto era lo fácil, porque no solo la quería en su cama, la quería en su vida.

Y ahí estaba el problema. Estaba Blanche, su dulce y hermosa Blanche. Y estaba Lettice, Lettice maldita Hatch.

Podría tener a cualquier mujer que quisiera si se esforzaba lo suficiente. Si jugaba sucio, incluso las casadas estaban dispuestas a buscarlo y ofrecerse. No es que aceptara alguna oferta, no quería a las mujeres de otros. Pero no podía tener a la única mujer que quería porque alguna maldita criatura—celosa y capaz de cualquier cosa—podría arruinar la vida de *Blanche*. No su vida—no le importaría. Habría dado todo eso para estar con Blanche. Pero no podía—no quería—imaginarse lo que la arpía podría hacerle a Blanche. Ya había hecho suficiente.

Marko chasqueó los dientes, se terminó su whisky y golpeó el vaso sobre la bandeja vacía de un servidor que pasaba.

Exhaló.

Ese maldito cliente—los ojos de Marko se fijaron en Sir Curtis en la distancia—hacía hervir la sangre de Marko cada vez que tocaba a Blanche. Marko necesitaba mantener sus ojos alejados de ella para preservar su cordura.

Y así lo hizo durante el resto de la noche. Solo una vez sus ojos encontraron a Blanche en la multitud, y ella estaba mirándolo directamente. Esa mirada fue directo a su pene. Ella sonrió, se volvió hacia Sir Curtis, y empezó a hablar dulcemente con el hombre.

¡Maldita sea!

O ella estaba jugando con Marko o simplemente no le importaba en absoluto.

De mal humor, le pidió a De Jouy que vigilara el piso, subió al salón trasero, y se quedó allí hasta el resto de la noche, fumando tanto que cuando finalmente salió, la habitación estaba tan nebulosa como la noche de Londres afuera.

Blanche llevaba un vestido malva con ribetes rosa oscuro. Marko conocía todos los vestidos que ella había usado hasta ahora. Este era el más modesto hasta ahora. Parecía una dama de alta sociedad. Si el destino hubiera jugado a su favor, podría haber sido una ya.

Esta noche, Elysium ardía con más luces que el Teatro Royal.

Blanche estaba acompañada de una gran compañía. La mayoría de sus compañeros no parecían estar a la altura. Educados. Demasiado pulcramente vestidos, pero sin dinero. Excepto quizás el caballero esbelto cuya apariencia gritaba riqueza. Guapo y joven, probablemente de su misma edad.

Marko apartó la mirada y trató de concentrarse en otra cosa. Luego cambió de opinión y se acercó.

"Este es mi querido amigo, Benjamin Lees."

Así que, solo era un amigo. Bien.

"Señor Farini". El joven asintió con una media sonrisa como si ya hubiera conocido a Marko antes.

"Está vestida para la corte real, Señorita Blanche", dijo Marko sonriendo fríamente, tratando de actuar con indiferencia.

Así que, todo se reducía a esto: Señor Farini y Señorita Blanche. Esta dulzura fingida. Esta formalidad. Debería haber sido actor o verdugo. Con Blanche, era ambas cosas: engañándola con su pretendida indiferencia y matándola con su cortesía. Como si no hubiera estado sosteniéndola en sus brazos una semana atrás. En la oscuridad del carruaje. Con sus labios igualando su insistencia. Si ella supiera lo que eso le había hecho a él.

Ella seguía siendo irresistible. Su fragancia acariciaba sus fosas nasales. Su risa acariciaba sus oídos. Cada movimiento suyo, el susurro de su vestido, el giro de su cabeza que movía los mechones sueltos de su cabello, hacía que su cuerpo ardiera por dentro.

Sus labios... Necesitaban ser besados adecuadamente, y él los quería en él. Mantuvo su mirada en ellos un poco más de lo debido, los vio separarse ligeramente, y cuando sus ojos se levantaron, se encontraron con los suyos.

Esta mujer...

Apartó la mirada con una media sonrisa, dio un gran trago de su bebida y encendió un cigarro. Esta noche, dijo, había músicos y bailarines rumanos actuando. Debería ser un gran espectáculo.

¿Qué más podía decir si no podía contarle a la mujer que amaba sobre sus sentimientos?

La banda itinerante había sido descubierta por De Jouy. Era bueno olfateando las empresas más extraordinarias. La banda era de fuera de la ciudad. De paso. Un grupo ruidoso. Habían

estado peleando cada noche, habían bebido al menos una caja de vino y whisky de Marko, y habían causado problemas con los vecinos. De Jouy los había arreglado y trajo a una modista para hacer nuevos trajes. A los Romani no les importaba mucho. Habían pedido la mitad del dinero por adelantado, asintieron a todas las reglas, bebiendo y fumando como marineros, parecía que no paraban. ¡Pero demonios! Cuando empezaron a tocar, y Esma, la vocalista principal, empezó una canción, incluso los miembros del personal que estaban en la habitación reparando cosas se quedaron con la boca abierta. Los violines lloraban. Los sonidos de la guitarra parecían abrir el pecho y tocar el corazón. La flauta sonaba como pájaros exóticos. Provocaban lágrimas en los ojos. Su canto hacía que el corazón se desplegara y volviera a su forma original. Y cuando cambiaban a sus alegres melodías salvajes, incluso el oso —sí, tenían un oso con correa— empezaba a bailar. Eran un hermoso caos. Y si necesitaban una caja de licor para actuar así, a Marko no le importaba, pero acordó pagar el resto del dinero dos días después de la actuación para asegurarse de que ninguno de los invitados fuera robado.

Marko dejó a Blanche y fue a revisar a los Romani para asegurarse de que estuvieran sobrios y listos.

No *estaban* sobrios.

"Nacimos listos", dijo Zoran, un anciano violinista, mirando a Marko con ojos enrojecidos.

Bueno.

Marko asintió y esperó que todo saliera bien.

Lettice estaba en la habitación. Estaba sentada en una de las mesas en compañía de hombres. Podría pasar por una cortesana de clase alta, pensó Marko con amargura. Excepto que ella se veía y actuaba como si los hombres a su alrededor fueran lacayos. Un vestido esmeralda. Joyas caras. Plumas tan largas que parecían alcanzar las mesas cercanas. Tenía algo por las plumas. Era un halcón violento. Matando por diversión. Era inevitable, su presencia en su vida.

La saludó con una sonrisa irónica.

"Mi amigo, el Señor Tomei", lo presentó como uno de sus lacayos.

¿Un sustituto para De Jouy, quizás?

El joven era guapo y muy joven, pensó Marko. Y con mucho dinero, juzgando por los modales.

"Señor Farini", dijo el hombre, "tengo que admitir que su establecimiento ha estado haciendo más ruido en esta ciudad últimamente que la nueva reina".

Astuto.

El joven era cortés y encantador.

"Me hubiera gustado más mujeres en este lugar, Señor Farini", dijo.

Marko respondió con una sonrisa contenida. "La mayoría de las mujeres no asisten a este tipo de establecimientos", dijo.

El Señor Tomei se rio, y también hubo algo de sorna, demasiado salvaje para un joven como él.

"Me refería a mujeres como esa", dijo, asintiendo hacia alguien en la sala y entrecerrando los ojos.

Marko siguió su mirada. Quería ver a otras mujeres además de Blanche, quien los miraba mientras hablaba con el joven Señor Lees. Pero no había nadie en la línea directa de la mirada del Señor Tomei. Solo Blanche...

"La presencia de mujeres fáciles de alto estatus siempre garantiza el éxito, ¿no es así, Señor Farini?" El Señor Tomei tiró de una sonrisa fría y depredadora, y Marko quiso romperle la cara.

Lettice, maldita Lettice, hablaba demasiado, sin duda. Quiso arrancar una de las plumas de su

sombrero y metérsela por el trasero malvado que tenía.

Continuó sus rondas y cuando sus ojos volvieron a la mesa de Blanche, vio a Lettice y al Señor Tomei hablando con Blanche.

No-no-no-no-no.

El guapo cretino miraba a Blanche con asombro.

¡Maldita sea!

Tan pronto como empezó la actuación, Marko estaba de nuevo en la mesa de Lettice.

El Señor Tomei hablaba con Marko como si se conocieran desde hacía años. Demasiado rápido para hacer amigos. Demasiado informal. Y... demasiado descarado.

"Usted, señor", dijo el joven sin mirar a Marko, sus ojos enfocados en algo a lo lejos. "¿Le gustan las mujeres de burdel, Señor Farini?"

Marko se rio.

"Algunas. Debería decir que me gustan las *mujeres*. Su origen no es de mucha importancia".

El Señor Tomei se rio en respuesta.

"Pero las mujeres de burdel tienen un encanto especial, ¿no opina eso? Hay un empoderamiento en saber que puede hacer cualquier cosa, y me refiero" levantó las cejas y le dio a Marko una mirada de tú-sabes-a-lo-que-me-refiero "cualquier cosa" hizo una pausa para enfatizar "a ellas, y ellas lo hacen". Desvió su mirada de vuelta a la multitud. "Y cuando las deja usadas y gimoteando" Marko se estremeció ante las palabras "sabe que cuando vuelva y ofrezca dinero, lo harán de nuevo". El Señor Tomei sonrió. "Y de nuevo. Y de nuevo".

Las palabras sonaban como un eco ominoso. El Señor Tomei hablaba lentamente. Había dulzura en su voz. Era extremadamente guapo, pero al decir la palabra cualquier cosa, sus dedos apretaron tan fuerte el vaso de brandy que sus nudillos se pusieron blancos.

No escapó de la atención de Marko. El Sr. Tomei era un depredador al igual que Lettice. Una sonrisa dulce llena de veneno. Y sus ojos—Marko siguió su mirada—estaban fijos en Blanche. Era como si Blanche atrajera la mirada de todos. Incluso con su vestido modesto de cuello alto, ella era la mujer más hermosa en la habitación.

"Ella es una belleza, ¿verdad?" dijo el Sr. Tomei como si leyera los pensamientos de Marko. "La Belle House, dijo la señorita Lettice. Y su hijastra. ¿Alguna vez" el Sr. Tomei miró a Marko con una sonrisa y asintió hacia Blanche "sabes de qué estoy hablando, Sr. Farini."

Su risita envió escalofríos por la espalda de Marko. Marko quería golpear al hombre hasta dejarlo hecho pulpa. Si no fuera responsable de Elysium, lo habría hecho. En cambio, estrechó los ojos hacia el joven y sonrió.

"No," dijo Marko, su sonrisa desvaneciéndose. "Ella no está en el menú, amigo."

El Sr. Tomei chasqueó los dientes ruidosamente.

"Todas lo están. Cuando se ofrece suficiente dinero."

Ahí estaba esa sonrisa de nuevo, cuidadosa, maliciosa.

"Tss. Bueno, me encantaría probarla." Los ojos del Sr. Tomei estaban de nuevo pegados en Blanche, quien reía alegremente en su mesa sin saber lo que los hombres decían de ella. "Y cuando lo haga," dijo lentamente, una sonrisa estirando sus labios delgados, "la sujetaré tan fuerte por su coño, que gritará de agonía, se retorcerá como una anguila en una sartén caliente y pedirá misericordia."

Las palabras del joven y su risita fría se volvieron repugnantes en el estómago de Marko. Se excusó cortésmente, recogiendo toda su fuerza de voluntad para no decir algo desagradable a cambio. Pero su sangre hervía. Su mente giraba. Se pasó los dedos por el cabello mientras estaba junto al escenario, observando la habitación. Sus ojos vagaban salvajemente pero no veían

mucho frente a ellos. En cambio, pensaba en lo que el hombre había dicho, cómo había hablado con Blanche, cómo ella le sonreía dulcemente.

Oh, Blanche...

Los gitanos tomaron el escenario. Quemaron la hora de su tiempo asignado en el escenario en lo que parecían minutos, una tormenta que llegó y se fue. Fueron un éxito. También lo fue el oso que provocó suspiros y gritos de la audiencia. Zoran estaba tan borracho que comenzó una pelea de lucha libre con el oso en medio del piso. Y si la mitad de los invitados no estuvieran igualmente borrachos, podría haber terminado en pánico.

En cambio, terminó con aplausos violentos y señores borrachos bailando con el oso hasta la canción de bis.

Y Marko se acercó a Blanche.

"Necesitamos hablar."

El salón oscuro y silencioso y Blanche, su encantadora sonrisa, su asombro al estudiar la habitación como si fuera el lugar más fascinante. Realmente le sorprendía, el hecho de que ella hubiera sido cortesana durante años y aún conservara este sentido infantil de asombro.

Estaban solos, el raro momento que hacía que Marko fuera más consciente de su efecto en él. Le costaba toda su fuerza de voluntad no agarrarla y besarla locamente hasta que sus labios dolieran.

En su lugar, se sirvió una copa.

"Quiero que rechaces cualquier propuesta que te haya hecho el Sr. Tomei", dijo.

"¿Por qué?"

Podría decirle que el hombre era un sádico. Que, sin conocerlo, después de solo cinco minutos de conversación, Marko se dio cuenta de que el hombre tenía una actitud menos que cordial hacia las mujeres.

"Porque es amigo de Lettice. Eso debería ser suficiente", dijo Marko. No había duda en su mente de que Lettice conocía los gustos de su amigo en la cama.

"Una vez fuiste su amante. ¿Qué dice eso?" replicó Blanche.

Ahí vamos de nuevo.

Siempre volvían a su pasado.

"¿Desde cuándo te importa tanto?" ella preguntó.

Desde que la conoció y la había decepcionado, quería decir. Pero era más complicado que eso.

"Así es como me gano la vida", dijo ella y sonrió.

Otro golpe para él. Como si tuviera el poder de cambiar las cosas. Quizás. Pero no aún.

Se tomó otra copa.

Maldita sea. Últimamente había estado bebiendo mucho. Elysium. Trabajo. Ella...

Sentía que necesitaba licor para ahogar el sentimiento de culpa y evitar volverse loco alrededor de Blanche. Se metió las manos en los bolsillos para evitar despeinarse o acercarse a besarla.

"Él pagaría mucho dinero", dijo Blanche, y las palabras apuñalaron a Marko como un cuchillo afilado. "Todo en mi vida siempre fue acerca del dinero. Excepto tú, Marko."

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire como una espada. Ella sonrió nerviosamente pero no apartó la mirada, y él sintió su mirada llegar a los rincones más profundos de su corazón.

Igual aquí, cariño, quería decir. Quería besarla. Debería besarla. Ella estaba al otro lado del escritorio, mirándolo. Solo a unos metros y podría tenerla en sus brazos de nuevo.

¿Ella lo quería?

¿Podría él evitar arruinarlo todo?

¿Se iría ella abajo con sus miradas sonrojadas y obvias, y Lettice la destruiría al día siguiente?

"Te pagaré", dijo fríamente.

Podría mantenerla a salvo por ahora. Mientras mantuviera sus manos alejadas de ella.

"¿Para qué?" Ella lo miró con sorpresa.

"Te daré dinero, Blanche, y no tienes que hacer nada."

La miró sin pestañear.

¿Entendería ella que estaba intentando ganar tiempo? ¿Pagarle para que se mantuviera alejada de los hombres? ¿Ofrecerle dinero para que no tuviera que pensar en otros hombres tocándola?

"¿Me pagarías sin pasar una noche conmigo?" Ella lo miraba fijamente.

Oh, cariño.

Si solo supiera lo que sus ojos le hacían. Que no había nada más que quisiera en este momento que tomarla. Pero no necesitaba un favor. Cualquier otra mujer—sí. Pero no Blanche. Ella merecía algo mejor. Él merecía algo mejor de la mujer que amaba.

"¿Tienes miedo, Marko?"

Dio un paso hacia él.

Miedo...

Él sonrió con desdén.

Por ti, Blanche, sí.

Tenía miedo de arruinarlo y nunca tener una oportunidad en algo más grande. Tenía miedo de que para ella fuera un juego. Tenía miedo de que una noche con ella lo hiciera débil, si es que ya no lo era. Y mientras ella continuaría con su vida y sus clientes, él estaría atormentado por haberla probado y no poder tenerla de nuevo. Y tenía miedo de que ella pagara un precio horrible por estar juntos.

"Me gusta estar con mujeres que me desean. No con las que reciben dinero por ello", dijo en cambio. Era la verdad. Excepto que tan pronto como dijo las palabras, las lamentó. Vio su dureza en su rostro. Necesitaba dinero, sí. ¿Pero ella lo quería?

Ella no respondió.

Eso era todo.

"Está bien, entonces", dijo y se dirigió lentamente hacia la puerta.

Y entonces su voz, apenas audible.

"¿Y si yo te *quiero*?"

Su corazón latía fuerte. Se giró tan lentamente como pudo y encontró su mirada.

"¿Y si quiero pasar una noche contigo, Marko? ¿Entonces?"

¿Y si?

¿Estaba jugando juegos? Si lo quisiera, se lo diría. Como antes, en Baker Street. Ella era más joven pero más directa en sus deseos.

Estaba listo para irse. Se obligaba a irse cuando escuchó su voz de nuevo.

"Cobarde."

Cerró los ojos por un segundo para recoger sus pensamientos.

Maldita sea, Blanche.

Se giró y la miró de nuevo.

"Eso o me odias, Marko."

Esa palabra de nuevo.

Odiaba la palabra odio.

"Estás muy equivocada, Blanche."

Ella no tenía idea.

"Entonces pasa una noche conmigo", dijo.

¡Maldita sea!

Sintió que su miembro se endurecía en sus pantalones.

Sus ojos se encontraron, y los suyos vacilaban. No había arrogancia en ellos. No coqueteaban. Vio que se frotaba los dedos, el pequeño movimiento nervioso suyo.

"Porque te deseo." Ella intentó una sonrisa y apartó la mirada. "Más de lo que he deseado a nadie", agregó suavemente.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Su corazón parecía expandirse tanto que le dolía el pecho. Latía tan violentamente que pensó que podía escucharlo en el silencio de la habitación tenue.

Más de lo que había deseado a nadie...

Debería haberse ido. Pero no lo hizo. No pudo. Quería lanzarse hacia ella. Lentamente se acercó a ella, tomó su mentón entre sus dedos y levantó su rostro hacia él.

"Ahora dilo mirándome a los ojos, Blanche."

Quería que lo dijera una y otra vez. Y cuando ella repitió las palabras, cedió. Cuando sus labios tocaron los suyos, el deseo que lo atravesó fue tan fuerte que pensó que levantaría su falda y la tomaría ahí mismo, en su escritorio.

¡Oh, cuántas veces se había imaginado besándola en esta habitación! Ahora que lo estaba haciendo, era mejor que sus fantasías. Lo mareaba. Sus labios eran tan suaves, tan receptivos, que sentía que, si no se detenía, llegaría al clímax en sus pantalones.

Se apartó. Su rostro a centímetros del suyo. Sus ojos llenos de asombro. Tan cerca de los suyos. Con el fuego ardiendo entre ellos. No veía nada más que esos ojos. Sintió sus manos moverse. Acariciaron su rostro, y sus labios volvieron a él.

¡Maldición!

¡Esta mujer!

¿Cómo podía resistirse? ¿Cómo podía decir que no? Cuando ella lo quería, cuando estaba en sus brazos, con su cuerpo presionando contra el suyo, atrayéndolo.

Nunca había pensado que besar a una mujer pudiera ser así, con tanto hambre como si hubiera estado hambriento por la eternidad. Su cercanía era tan intensa, sus labios y lengua tan embriagadores que gruñó al sentirse débil. Sentía que colapsaría, la atrajo por la cintura, presionándola más cerca, se inclinó sobre ella, haciéndola retroceder. Solo con Blanche sentía que estaba haciendo el amor con ella mientras solo la besaba.

Solo besando...

Se obligó a alejarse. Si iban a pasar una noche juntos, se tomaría su tiempo después. Oh, definitivamente lo haría.

"¿Cuándo?" preguntó, esforzándose por controlar su respiración. Sus dedos acariciaron su rostro, y él quería atraparlos con su boca, besarlos y lamerlos. Ella lo estaba volviendo loco.

"Tú dime", susurró ella, sin apartar sus ojos de los suyos.

Ahora sería perfecto, quería decir.

Pero ahora podría ser problema.

Ahora no era suficiente.

Ahora era demasiado rápido.

"Dentro de una hora", dijo.

"¿En la Belle House?"

"Ni lo pienses, Blanche. Mi casa."

Su casa. *Su* cama. A *su* manera.

"Está bien entonces", susurró ella y sonrió.

Oh, cómo quería besar esa sonrisa.

"Está bien entonces", repitió él y la acompañó hasta la puerta.

No pudo evitarlo y la besó de nuevo. Esos malditos labios, quería hacer cosas indecibles con ellos. Y cuando ella desapareció detrás de la puerta, acarició su erección y ajustó sus pantalones.

Maldición.

Estaba tan excitado que su miembro le dolía, y le llevó un tiempo calmarse. Cada vez que pensaba en la noche por venir, las imágenes de Blanche lo excitaban de nuevo.

Solo había una cosa que podría hacerlo desaparecer, la idea de Lettice abajo. El hecho de que ella pudiera descubrirlo. La posibilidad de que la próxima noche fuera un grave error que podría nuevamente—y finalmente—arruinar a su dulce Blanche. Pero no podía contenerse más. No cuando la mujer que amaba le dijo que lo quería.

Más de lo que había querido a nadie...

La idea de lo que estaba por venir no abandonó la cabeza de Marko ni por un momento.

Fue detrás del escenario y pidió ayuda a varios fornidos vigilantes para ayudar a los gitanos a llegar a su alojamiento y contener al borracho Zoran, quien además dejó al oso vagar libremente en el camerino.

Marko hizo sus rondas nuevamente en el salón principal, pero era imposible mantener la mente clara cuando Blanche seguía sonriendo desde el otro lado de la habitación. Cada mirada suya resonaba en su corazón. Ella decía algo, reía, se pasaba la lengua por los labios, y sus gestos iban directo a su hombría. No podía esperar para descubrir su cuerpo, sentir sus pechos en sus manos, poner sus manos en su sexo. Más que nada, no podía esperar a que ella lo mirara a él y solo a él mientras invadía sus lugares más íntimos y veía la realización en sus ojos de que ella era suya de nuevo.

No podía esperar a llegar al carruaje. Y cuando estaban en camino, atrajo a Blanche hacia él. Sin dudarlo. Sin reservas. Finalmente, se dejó llevar. Quería consumirla, ferozmente, de un solo golpe.

Y ella respondió con la misma pasión, montándolo, y pensó que enloquecería si ella no se entregaba a él en ese mismo momento. Su boca se fundió con la suya mientras sus manos luchaban a través de las capas de telas y alcanzaban su piel desnuda—sus muslos, cálidos y suaves, y el centro de su feminidad—húmedo, exhalando deseo.

Oh, mierda.

Quería probarla, devorarla.

"Blanche", susurró, y su boca regresó a ella, insistente, impaciente. "En mis manos de nuevo", añadió mientras sus dedos tocaban su sexo, tan húmedo y listo para él.

"Te deseo tanto", ella susurró de vuelta.

Pero la dulce cosa no sabía lo que significaba tanto. Quería mostrarle, estar dentro de ella finalmente. Después de años. Después de todas las noches de delirantes fantasías. Desabrochó sus pantalones y sacó su erección rugiente.

"Quiero sentirte", susurró, sin poder contenerlo más. "Solo por un momento."

Y cuando levantó sus nalgas y su miembro encontró su entrada, pensó que su cuerpo explotaría por el simple hecho de sentir su sexo tocando el suyo.

Todo se oscureció a su alrededor. La única realidad, su cuerpo en sus brazos. Su boca, insistente y voraz, fundiéndose en la suya. Y su sexo cerrándose alrededor de su erección, tomándolo, húmedo de deseo, deslizándose hasta la base de su hombría y de vuelta arriba.

Gimió. Quería presionar su boca contra su sexo y beberla. La hizo descender sobre él una y otra vez, y cuando estaba listo para llegar al clímax, el carruaje se detuvo y el conductor anunció

la llegada.

La empujó suavemente hacia arriba y la apartó de él.

"Ya hemos llegado", dijo, besándola, y pensó en lo dolorosamente difícil que era alejarse de ella, incluso si solo era por un minuto.

Marko quería comportarse como un caballero. Finalmente, Blanche estaba en su casa. Con él. A solas. Y el pensamiento de lo que harían era más excitante que cualquier intimidad anterior.

Su miembro palpitaba. Sus pantalones parecían demasiado pequeños para él. Le ofreció una bebida, pero ella declinó.

"Me gustaría ver tu dormitorio", dijo en cambio con una sonrisa, y él la miró con asombro por un momento.

No podía mantenerse alejado de ella. Se acercó y la besó profundamente. Si pudiera penetrarla con su lengua, ambos habrían llegado al clímax en ese momento. Se separó, tomó su mano y la llevó a su dormitorio.

"Quítate la ropa", dijo suavemente. "Quiero verte".

Ella se soltó el cabello y comenzó a quitarse las prendas, pieza por pieza, lentamente, hipnotizándolo. Él también comenzó a desvestirse y no pudo apartar la mirada de ella, captando destellos de cada centímetro de piel expuesta hasta que ella quedó solo en su camisón.

Él se quedó en sus calzones y sintió cómo su erección se presionaba contra la tela. Y ella estaba frente a él, justo como esa noche en Baker Street. Quería arrancarle el camisón. Pero, antes que nada, quería sentir sus labios de nuevo. Esos labios hermosos y llenos que necesitaban ser besados. Hundió su boca en ellos, encontró su lengua, sintió cómo su erección palpitaba ante el dulce sabor de ella. Ella presionó sus manos contra su pecho, y el calor recorrió su cuerpo con su toque.

"Quitémonos esto", dijo, intentando sonar tranquilo, aunque su cuerpo entero suplicaba atacar. Le levantó el camisón por encima de la cabeza.

Ahí estaba. Finalmente, ella estaba desnuda frente a él.

Sus manos recorrieron su torso, deslizándose hacia sus caderas, y sus ojos las siguieron. Tenía muy poco vello donde formaba un pequeño parche entre sus piernas, y él sonrió, justo como lo recordaba, la sensación de ello. Sus manos subieron y rodearon sus senos, llenos y firmes, con pezones rosados en el centro.

"Quitémoslo", repitió sus palabras mientras sus manos deshacían sus calzones.

Pensó que, si ella lo tocaba, enloquecería y la tomaría aquí mismo, en el suelo. Ella le quitó la prenda interior y tocó su miembro. Y—maldición—se estremeció por la suavidad de su toque en su sexo. Pensó que quería un rápido alivio, pero su toque era tan suave, tan erótico, que quería que durara para siempre. Intentó distraerse acariciando su cuerpo, pero gruñó nuevamente cuando sintió su mano entre sus piernas. Movié sus caderas y se presionó contra su mano, deseando ser envuelto por su carne.

Ella miró su miembro todo este tiempo como si se estuviera familiarizando con él.

Oh, cariño...

Esto lo hizo impacientarse aún más. Y cuando sus ojos azules finalmente volvieron a subir y se encontraron con los suyos, el conocimiento en su mirada de que finalmente ella era suya para tomarlo, envió escalofríos por su espalda.

"Me estás volviendo loco", gruñó y la besó profundamente. Quería—*necesitaba*—sentir su

sexo dentro de su calidez húmeda.

Comenzó a hacerla retroceder hasta que estuvo contra la pared, luego la levantó, sintió cómo sus piernas se enroscaban alrededor de sus caderas, movió su erección para encontrar su núcleo y la penetró.

Había pensado tanto en este momento, su primera vez, esperando que hubiera una. En su imaginación, era lento y tenso. Quería complacerla, mostrarle lo que un hombre debería hacerle a una mujer a quien ama. Pero ahora, su deseo lo cegaba. La sensación de su carne alrededor de su sexo envió una oleada de calor por su cuerpo, y no quería contenerse. Había pasado demasiado tiempo. Lo deseaba demasiado. Ella estaba aquí, en sus brazos, con sus manos envueltas alrededor de su cuello, su cuerpo presionado contra el suyo, sus labios en los suyos. Siguió penetrándola, finalmente reconociendo su necesidad. Y cuando no podía llegar lo suficientemente profundo, la llevó a la cama, la acostó y se colocó sobre ella, estudiando su hermoso cuerpo.

Era tan preciosa, la admiración en sus ojos como si él fuera el único hombre en el mundo, el único que ella quería. Y ella era hermosa, con su cuerpo desnudo recostado sobre las sábanas. En su cama. Necesitaba el rápido alivio, para poder hacerle todo lo que había fantaseado durante años. Se montó sobre ella y comenzó a devorar su carne. Con fuerza. Sin cuidado. Sus senos, sus pezones, deslizándose entre sus manos y hundidos en su pozo de humedad. Ella gemió, pero él quería que gimiera así por estar dentro de ella. Y olvidándose de todo lo demás, empujó su miembro dentro de ella con toda su pasión.

Estaba impaciente con ella. Sí.

Hambriento por ella. Sí.

Sus manos amasaron su carne sin pensar demasiado.

Y cuando llegó al clímax, se derrumbó sobre ella como un soldado herido.

"¿Estás bien?", escuchó su voz y sintió sus manos acariciando su cabello, el gesto tan simple pero tan íntimo que cerró los ojos y no pensó en su clímax o en su respiración inestable sino en sus dedos en su cabello, acariciándolo suavemente.

No tienes idea, amor, pensó.

Finalmente, satisfecho con su propia necesidad, estaba listo para complacerla.

"¿Cómo te gusta, Blanche?"

Oh, haría todo lo posible para complacer a esta chica.

Ella no estaba segura, y él sonrió. Le sorprendió: tantos hombres y nadie parecía enseñarle a disfrutarlo como es debido.

"¿Harás lo que quiero?" preguntó suavemente, mirándolo a los ojos con vacilación.

Y más. Él haría cualquier cosa para que ella lo recordara, a Marko. Después de tantos años, probablemente no sentía lo mismo por él, pero recordaría esta noche. Se aseguraría de eso.

Él acarició su sexo, estudió su cuerpo, observó su reacción. Ella era hipnotizante en todas sus partes. Incluso su sexo era perfecto: pelos finos y marrones, pequeños labios completos, la piel rosada y suave entre ellos, y el pequeño pétalo en el centro. Estaba emanando deseo con tanta abundancia que él se maravilló. Lo volvía loco, su apertura, finalmente, todo para que él lo tomara, para él, Marko, hacer lo que quisiera.

Él sabía que ella estaba lista para él, y cuando su boca encontró su dulce sexo, ella jadeó.

"Sí, cariño," susurró y pasó su lengua suavemente a lo largo de su división.

Ella gemió.

Él no se detuvo. Ella estaba goteando de deseo, sus muslos cubiertos con su miel, y él la lamía, primero suavemente, luego lamiendo como un perro. Su boca encontró su forma, su

lengua exploró sus puntos secretos. Ella gimió suavemente, y él usó sus dedos para abrirla más y llegar a su piel sensible.

A ella le gustaba. Sus gemidos se hicieron más fuertes.

"Buena chica," susurró con malicia y siguió amasando su carne.

Ella movió sus caderas.

Oh, cariño.

A ella le gustaba más fuerte. Y cuando su dedo se deslizó dentro de ella, arqueó la espalda y gimió.

"¿Te gusta esto?" él preguntó.

"Sí," susurró.

"¿Uno o dos?"

"Dos."

Sí, señora.

Comenzó a trabajarla lentamente. Entrando y saliendo, su lengua jugando con su sexo.

"Más fuerte," escuchó que ella decía.

Él obedeció.

"Más rápido," ella susurró.

Y él hizo lo que ella pidió. Fuerte. Rápido. Su boca nunca dejó su sexo, dulce y cálido. Ella movió sus caderas hacia él. "Más fuerte," suplicó, y él trabajó como un maniático, follándola con sus dedos y acariciándola con su lengua. Ella se retorció y giraba, y él presionó su antebrazo sobre sus caderas para mantenerla en su lugar, pero nunca dejó de hacerlo, lamiendo, chupando, más y más rápido hasta que finalmente ella gritó y tembló en el clímax.

"Dios," ella susurró, jadeando.

Él sonrió, no lo era, pero quería llevarla al cielo.

Cuando se movió hacia arriba a lo largo de su cuerpo y la miró a los ojos, estos aún estaban empañados por el placer post-orgasmo. Su rostro estaba sonrojado, tan hermoso como siempre. Acarició su cuerpo extendido sobre su cama, estudiándola de nuevo, y no podía tener suficiente. Blanche, finalmente en su cama, parecía un sueño.

Quería hacer más, mucho más con ella.

"¿Te gustaría repetirlo?" Sonrió. Quería retenerla y no dejar que nadie más la tocara. El pensamiento era doloroso. Pero en este momento, ella era para él y solo para él.

Se encontró de rodillas entre sus piernas de nuevo. Y esta vez, la tomó con cuidado. Sus muslos estaban ampliamente separados, y él se adentró en ella lentamente, tomándose su tiempo, observando cómo su sexo desaparecía dentro de ella. Sus encantos estaban justo frente a él, y su mirada era como la de entonces, hace cinco años, llena de deseo.

Mi Blanche, el pensamiento envió una poderosa oleada a través de su cuerpo, y la besó, sintió sus muslos frotarse contra sus caderas, sus manos en él, acariciando su piel cuidadosamente como si se estuviera acostumbrando a él. Se tocó a sí misma, y eso lo excitó aún más. Esta vez, sabía que le tomaría un tiempo llegar al clímax. Y esta vez, no la dejaría llegar al clímax. No hasta que suplicara por liberación. No hasta que gimiera de deseo.

Oh, era un juego perverso, él sabía eso también. Placer doloroso. Tortura lenta y dulce. Pero la recompensa sería diferente a cualquier cosa que hubiera tenido. Y cuando sintió que estaba lista para llegar al clímax, se retiró de ella y sostuvo sus manos para evitar que consiguiera lo que quería.

Ella no entendió.

Oh, Blanche.

Él sonrió.

"Aún no."

Se posicionó junto a ella, de lado, colocó su pie sobre su muslo y se adentró en ella. De esta manera, podría complacerla fácilmente.

Ella no tardó mucho. Su mano se deslizó hacia su sexo, y él llevó la suya allí para unirse a ella, acariciándola, entrelazándose con sus dedos que acariciaban su sexo insistentemente, adentrándose en sus pliegues mientras su miembro estaba justo allí, obrando su magia en ella.

Ella estaba cerca de llegar al clímax de nuevo, él podía decirlo, pero se retiró y detuvo sus manos.

"¿Por qué?" Hubo más desesperación en su susurro esta vez, pero él solo se rio más fuerte.

"Aún no, Blanche."

Se inclinó hacia adelante y la besó con tanta intensidad como si pudiera alcanzar su clímax con su lengua. Pero ni siquiera estaba a la mitad. Su propio sexo quería la liberación, pero iba a hacer que durara.

La tomó por detrás, presionando su cuerpo cerca del suyo, dejándola jugar consigo misma. Ella temblaba de deseo.

Oh, dulce.

Disfrutaba de este poder sobre ella. Ella gemía y movía las caderas, queriéndolo más duro y más profundo. Y así era como él lo quería, ella necesitándolo, pidiéndolo. Hundió su rostro en su cabello, inhalando su aroma mientras se adentraba en ella. Finalmente, podía sentirla. A su lado. Alrededor de él. Había pensado en ella durante tanto tiempo que ahora, cuando estaba en sus brazos, sentía como si la hubiera tenido todos estos años.

"Blanche," susurró, sintió que sus caderas se movían más fuerte y la detuvo de nuevo. Y esta vez, tuvo que contenerla, envolverla con sus brazos y sostenerla, besando su cuello, inhalando el aroma de su piel.

Mía. Solo mía. Si tan solo pudiera atrapar este momento.

La empujó suavemente hacia abajo sobre sus manos y rodillas y la tomó de nuevo.

Era una vista gloriosa: su espalda esbelta, su curva elegante, sus nalgas blancas cerrándose alrededor de su miembro. Su miembro se esforzaba, queriendo liberarse, deslizándose dentro y fuera de ella. Sonrió cuando ella llevó su mano entre sus piernas para complacerse a sí misma. Frenéticamente. Impacientemente. Oh, él lo sabía demasiado bien. Cada vez que ella se acercaba al clímax, pero no lo alcanzaba, acumulaba su fuerza, ardía con más intensidad, gritaba con liberación mientras estaba atrapado dentro. Quería follar a Blanche en un frenesí y estaba teniendo éxito.

Y esta vez, la detuvo de nuevo. Ella gruñó, de decepción, de la llama que ardía dentro de ella. La sostuvo fuerte, luego deslizó su miembro dentro de ella, burlándose, y lo sacó de nuevo.

"¡Marko!" ella gritó.

Él solo se rio.

"Aún no, cosita," susurró.

"Necesito esto," ella susurró.

Claro que sí. Él se adentró en ella y se detuvo. *Aún no.*

"Me estás matando", suplicó ella.

Lo hizo de nuevo.

Aún no.

"Quiero que estés dentro de mí", rogó ella. Eso era lo que él quería escuchar.

Él la penetró una y otra vez, pero no la dejó alcanzar el clímax. Estaba goteando de humedad.

Ella suplicaba. Gemía de placer. Hasta que estuvo lista. Hasta que él también estuvo listo.

"Quiero verte follar conmigo, Blanche," dijo finalmente, soltando sus brazos y dejándola ir. Se acostó boca arriba y la atrajo hacia él.

"Toma lo que quieras," dijo.

Ella se sentó de rodillas desnuda, la vista más hermosa que había tenido, y lo miró con hambre salvaje en sus bonitos ojos como si estuviera hambrienta y ahora le mostraran la comida más exquisita.

Sí, Blanche. Así se siente querer a alguien, quiso decir. Así es cómo se siente.

"Ven aquí," dijo suavemente, sonriendo.

Había locura en su mirada. Sus ojos azules brillaban de fiebre. Sus mejillas estaban sonrojadas. Sus labios estaban entreabiertos en una respiración pesada. Ella lanzó su cabello hacia atrás y le dio una mirada desafiante, y en un instante, se sentó sobre él y encontró su erección con su centro. Y cuando empezó a cabalgarlo, parecía una felina. Su cabello despeinado. Su cuerpo subiendo y bajando, exhalando calor y deseo.

"Sí, Blanche. Así..."

Él sonrió, observándola. Ella movió sus pies para plantarlos en las sábanas a cada lado de él y se puso de puntillas, separó sus rodillas al máximo, puso las palmas de sus manos en sus caderas, y comenzó a empujar sobre él.

Oh, ella era salvaje en su ardiente deseo. Nunca había visto a una mujer tan desesperada. Y ahí estaba ella, su dulce Blanche, montando su miembro. Él no la estaba penetrando, no. Ella lo estaba penetrando a él. O más bien, se estaba penetrando a sí misma con su miembro, subiendo y bajando. Estaba perdida en un mundo diferente, dominada por la lujuria y la necesidad que él había despertado en ella en la última hora. Y ahora estaba decidida a exprimir hasta la última gota de placer que su virilidad excitada tenía para ofrecer.

Sintió que su orgasmo se acercaba. Sus movimientos se volvieron más intensos. Su sexo apretó su dureza con más fuerza. Arqueó su espalda, levantó su rostro y, sin detenerse ni perder el ritmo, gimió. Otra vez. Y otra vez. Y otra vez. Nunca había visto tal belleza cruda en su deseo animal. Los hombres lo hacían, pero no las mujeres. No con frecuencia. Y eso lo excitó aún más. Su orgasmo era contagioso, y él sintió una poderosa oleada a través de su cuerpo.

"Aún no", suplicó para sí mismo. Quería dejarla terminar.

Pero ella parecía tener hambre de más.

"Así, sí, Blanche", susurró, pero ella no escuchó, ajena en su lujuria, montando su dureza.

Hizo una pausa por un momento, jadeando locamente, y sintió que todo su cuerpo temblaba. Ella gritó de nuevo. Su sexo empujó sobre su miembro aún más rápido, con sus nalgas subiendo y bajando, subiendo y bajando a una velocidad loca hasta que exhaló en movimientos irregulares, su cuerpo se volvió rígido, se desaceleró y luego se detuvo abruptamente. Cayó sobre sus rodillas y se derrumbó sobre él.

"Oh, Dios", susurró, su cuerpo temblando ligeramente en convulsiones.

Ella había terminado, pero él no.

En un movimiento rápido, la volteó sobre su espalda y se encontró encima de ella. Ella gritó cuando él se adentró en ella. Su boca encontró la suya, y la besó, atrapando sus gemidos, la sostuvo más fuerte, y cuando él llegó al clímax, pensó que era la mejor noche que había tenido con una mujer.

Permanecieron en silencio por un tiempo.

Si Marko tuviera el poder de detener un momento, este sería el momento. No por hacer el amor. No por alcanzar el clímax. Ni siquiera la anticipación de su intimidad.

Esto, Blanche junto a él, su mirada suave en él. Deseaba que lo que veía en sus ojos fuera amor. Aunque probablemente fuera el asombro por el poderoso clímax. No importaba ahora. Lo que importaba era que ella estaba junto a él.

Ella era pura belleza. Como una pintura. Arte en forma humana. Su cuerpo perfecto y desnudo sobre sus sábanas. Su cabello esparcido en la almohada. *Su almohada*. Quería decirle que la amaba. Pero si ella, tal vez, lo consideraba loco o se reía de sus palabras, perdería este momento. Y no quería eso.

No sabía que lo arruinaría solo poco tiempo después. Debería haberse callado...

Comenzaron a hablar. Charla trivial. Nada importante. Solo para romper el silencio. Solo para escuchar las voces del otro. Y las palabras se le escaparon.

"Lettice no debería saber de esto."

Era verdad. No había forma de endulzarlo. Si la araña femenina se enteraba, sus promesas de sepultar a Blanche saldrían a la luz.

"Deberíamos tener cuidado", dijo Marko, sin darse cuenta de cómo sonaban sus palabras. "Deberías tener cuidado con los hombres, Blanche", agregó mientras la imagen del Sr. Tomei cruzaba su mente de nuevo.

Su rostro comenzó a cambiar mientras se sentaba lentamente, mirándolo fijamente.

"¿Tú me estás diciendo eso?" Le preguntó con cejas levantadas. "¿Después de enviarme a un hombre que apenas conocías?"

Lo miró en shock, pero él no lo entendió.

¿Qué hombre?

Funció el ceño. "¿De qué estás hablando?"

Vio cómo sus labios se curvaban en una pequeña sonrisa burlona.

"El Sr. Culmell."

¿Quién era el Sr. Culmell?

No tenía sentido, este cambio repentino, la forma en que lo miraba como si la hubiera ofendido gravemente, que se levantara y comenzara a vestirse.

Espera, espera, espera. ¿Qué está pasando?

"¿Quién es el Sr. Culmell?"

"El hombre al que tú y Lettice vendieron mi inocencia", dijo ella lentamente.

Marko sintió que el mundo a su alrededor se oscurecía.

¿Vendieron su inocencia?

"¿Blanche?"

Sintió que la sangre corría a su cabeza.

¿Lettice y él? ¿Era alguna especie de broma?

"Ella dijo que tú lo encontraste", agregó Blanche en voz baja.

¿Ella? ¿Y Marko? ¿Vendieron la inocencia de Blanche?

Su mente intentaba juntarlo todo hasta que una horrible imagen comenzó a formarse en su mente, provocando una sensación enfermiza en su interior. Los recuerdos volvieron a él. Esos días extraños. El silencio de Blanche. Cómo evitaba mirarlo. Cómo Lettice sonrió dulcemente un día, pero hubo un destello de malicia en sus ojos cuando dijo, "Blanche finalmente encontró lo que quería". No lo entendió entonces, pero ahora todo volvió a él, fuerte y claro, corriendo hacia su mente como un tsunami.

Se pasó los dedos por el cabello. Sus ojos buscaban algo que le dijera que todo era una pesadilla. Pero los ojos de Blanche decían que no lo era. Dio varios pasos hacia la pared, sintiendo que sus rodillas flaquearían si no encontraba apoyo.

Lettice... Blanche... Vendida...

El odio lo invadió.

Esa maldita monstruosidad. Esa zorra.

Sintió cómo su sangre hervía, el mundo a su alrededor de repente se oscureció e, imaginando a Lettice frente a él, rugió y golpeó la pared tan fuerte como pudo.

El dolor cegador recorrió su puño. Cerró los ojos y apretó su frente contra la pared, golpeándola con sus palmas una y otra vez como si pudiera detener el dolor que pulsaba en su mano y la ira que latía en su corazón. Quería encontrar a Lettice, aferrar su cabello, sumergirla en el Támesis, sentir cómo temblaba bajo su mano, luchaba, buscaba los últimos alientos de vida hasta que ya no quedara ninguno. Eran pensamientos horribles, pero parpadearon en su mente con una ira cegadora.

No podía pensar con claridad. Estaba furioso con Lettice, consigo mismo por no saberlo y detenerlo. Y estaba molesto con Blanche. No entendía cómo podía pensar que él había sido parte de eso, que podía ser parte de algo *así*. Y de todas las personas, con Blanche. Y si eso era lo que ella había pensado durante años, ¿cómo podía acostarse con él?

Lo dijo en voz alta.

Desesperado.

Por todo el dolor y la culpa que lo invadían.

Pero cuando se dio cuenta de lo que había dicho, era demasiado tarde.

Siempre había pensado que una noche con Blanche sería genial. Y la verdad es que fue perfecta.

Marko se sentó en el escritorio en el salón de arriba de Elysium, bebió café y sonrió, recordando el tiempo con Blanche. Había tenido tantas mujeres y tantas aventuras: vergonzosas, emocionantes, peculiares. Sin embargo, la noche con Blanche fue el mejor sexo que había tenido.

Por supuesto, había dos razones, y no se engañaba respecto a ellas.

Una: la había deseado durante demasiado tiempo, y su deseo solo había crecido con el tiempo.

Dos: estaba enamorado. No importa cuánto intentara convencerse en Baker Street de que era una breve infatuación, cuando vio a Blanche ahora, años después, los sentimientos lo tomaron por asalto.

La noche fue perfecta. Y luego...

Y luego lo arruinó. Tuvo que abrir su maldita boca. Estaba tan enojado con Lettice. A estas alturas quería matarla. Estaba molesto con Blanche por guardar silencio todo este tiempo. Y estaba enojado consigo mismo por ser un tonto, por ser indiferente, por pensar en sus propios sentimientos cuando dijo esas palabras hirientes anoche. En segundos, esas palabras habían construido un muro invisible entre ellos. Los ojos de Blanche se habían vuelto fríos. Ella se había ido, enojada, molesta, callada en su tristeza. No le permitió escoltarla a Belle House, aunque debería haber insistido.

En cambio, él regresó a casa y se recostó en la cama. Lo sentía: su aroma. Enterró su rostro en las sábanas e inhaló profundamente. Estaba por todas partes, a su alrededor, y esa noche Marko se quedó dormido imaginando a Blanche junto a él.

Quería verla ahora, disculparse, besarla, decirle que todo estaría bien.

Pronto.

Aun así, no sabía cuán pronto sería. Y hasta entonces, necesitaba mantener sus manos alejadas de Blanche.

También había otras cosas en su mente. Su conversación con el Sr. Bisbee el otro día había ido bien, y el hombre había cumplido su palabra: había encontrado al hombre adecuado para hablar.

Marko recibió una nota de él:

“Lord Bramwell se reunirá con usted. Ha oído hablar de usted. Si es algo bueno o no, lo averiguaremos.

A las 7 de la tarde. 6577 Collins Street.

Le deseo suerte.

Sr. Bisbee.”

Marko no necesitaba suerte. Lo que necesitaba era la confianza para enfrentarse al hombre que en círculos particulares tenía más poder que todo Londres. Más tarde esa noche, tomó un carruaje a Collins Street, reflexionando durante la media hora de trayecto en qué decir. Aún no sabía que apenas diría algo en absoluto.

Cuando llegó, no se sorprendió al ver la escena. No era una casa adosada, sino una casa del tamaño que solo el dinero podía comprar. Carruajes afuera. El portero era tan antiguo como la casa misma. Dinero antiguo, entonces. Títulos heredados. Profesión con privilegios.

Marko fue llevado al estudio que resonaba con risas y fuertes discusiones de hombres desde la habitación contigua. Lord Bramwell tenía compañía. Marko estaba nervioso. Qué forma tan extraña de organizar una reunión, justo en medio de otra, una más importante, sin duda. A menos que, por supuesto, Lord Bramwell planeara hacerla lo más corta posible. A menos que estuviera demasiado ocupado en cualquier otro momento.

Resultó ser ambas cosas.

Lord Bramwell era un hombre alto y pesado de unos cincuenta años. Su rostro estaba surcado por arrugas que venían de la profesión, sin duda. Se movía con majestuosa lentitud, pero su rasgo más intimidante era su comportamiento. Como si Marko fuera un repartidor. Como si hubiera estado golpeando la puerta del lord durante horas y lo irritara enormemente.

"El Sr. Farini, entonces", dijo el hombre y asintió sin siquiera mirar a Marko. Su voz era baja y sabia. Sí, sabia. Marko podría jurar que era un tono real. Como si acabara de conocer a un bibliotecario que estaba a punto de cumplir cien años. Y Marko nunca se había sentido tan poco importante hasta ahora.

Con un gruñido, Lord Bramwell acomodó su gran cuerpo en un sillón. Su palma abierta señalaba la silla frente a él. No fue Marko quien habló. Cuando lo pensó más tarde, se dio cuenta de que no dijo más que unas pocas palabras en los diez minutos de su encuentro.

En cambio, Lord Bramwell habló. Lentamente. Mirando a Marko indiferente con solo quizás un pequeño destello de curiosidad que uno tendría al ver a una persona nueva frente a él.

Había escuchado la historia del Sr. Bisbee, dijo el lord.

"No puedo, por mi propia voluntad, actuar como protector de una mujer de la noche. Entiende esto, Sr. Farini. ¿Sí?"

Marko asintió.

"Además," continuó Lord Bramwell en su manera monótona, porque estaba acostumbrado a dar charlas, "una vez que se enteren de cuál es la profesión de la mujer, habrá un cierto—cómo debería decirlo—cambio de actitud. Para ponerlo de forma suave."

Asintió con la misma expresión indiferente en su rostro, y Marko imitó su movimiento.

"Así que, Sr. Farini." Habló con largas pausas, pero Marko no interrumpió. "El éxito de su" aclaró su garganta "intento de salvar a tal criatura dependerá únicamente de" parpadeó lentamente, pero sin rastro de emoción en su rostro "bueno, del Sr. Bisbee, si elige involucrarse. Pero más que nada, de las personas que estén dispuestas a atestiguar su buen carácter."

Lord Bramwell se movió en su asiento mientras Marko se sentaba sin moverse y sin siquiera parpadear.

"Sería desafiante, por supuesto", continuó el hombre en su lento modo, "si no completamente imposible."

Miró a Marko como preguntándose qué más quería.

"Entiendo, señor." Marko asintió. Estaba decepcionado. No hubo promesa. No se mencionó el pago. "¿Puedo confiar en su buena gracia para actuar a favor de la chica?"

"Puede confiar en *usted mismo*, Sr. Farini, y en sus esfuerzos. Y yo actuaré en consecuencia."

Marko asintió nuevamente. Hizo todo lo posible para ser cortés y hablar del caso lo más delicadamente posible, pero Lord Bramwell parecía ser el maestro del tacto.

"Encuentro un arreglo de este tipo bastante satisfactorio, señor", dijo Marko con una leve sonrisa, aunque el bastardo no prometiera nada.

"No hay. Ningún. Arreglo. Sr. Farini", dijo Lord Bramwell un poco más alto, enfatizando cada palabra. "Seamos claros aquí. Podría ser un favor" levantó una ceja "y eso es mucho decir."

Marko asintió de nuevo y sintió que todo este arreglo era una idea inútil en general cuando la expresión de Lord Bramwell se movió apenas ligeramente cuando dijo:

"Hablando de favores, Sr. Farini. ¿Escuché que la chica es de Belle House?"

Y Marko podría jurar que por primera vez vio un destello de emoción en los ojos del hombre.

Al día siguiente, Marko fue a Belle House. Apenas tenía veinte años cuando visitó Belle House por primera y única vez. Con algunos amigos adinerados cuya compañía había mantenido en ese entonces. En aquel momento, no podía permitirse una dama de la Belle House. Como mucho, Covent Garden. En aquel entonces, su apetito joven podía ser saciado por cualquier mujer decente.

Ahora, podía permitirse a cualquier mujer que se le antojara. Pero no quería a cualquier mujer. Solo había una: Blanche Carey. E irónicamente, ella era una Belle.

Una vez que el portero lo dejó entrar en Belle House, pudo ver de qué se trataban todos los rumores. No era un burdel, era un palacio. Un cambio bastante grande en diez años. El gran salón estaba decorado lujosamente. Varias puertas llevaban a diferentes salones, y una escalera gigante como la de un palacio de reina conducía al piso de arriba. Pinturas. Candelabros del tamaño de una habitación pequeña. Las puertas del Gran Salón estaban abiertas de par en par y, mientras Marko pasaba, le presentaban una vista de una pareja joven, completamente desnuda, en una pose que imitaba un acto sexual mientras el pintor, con un lienzo grande, trabajaba a varios metros de distancia de ellos. Clientes se sentaban en sillones y sofás, bebiendo y estudiando la escena, damas junto a ellos, riendo y charlando. Alguien tocaba el piano.

Entonces, eso era lo que hacía Blanche. Excepto que no estaba en el salón. Marko vio eso cuando lo llevaron más allá de la entrada al salón trasero vacío.

Cinco minutos después, Blanche entró en el salón trasero luciendo deslumbrante. Su vestido era más revelador, exponiendo las laderas superiores de sus pechos y hombros. La falda hacía un suave sonido susurrante cada vez que se movía. El pensamiento de que se vestía así para otros hombres hacía que la mente de Marko hormigueara de celos. No llevaba joyas. Su cabello estaba descuidadamente recogido en la parte superior. Pero era hermosa.

¡Cuánto la había extrañado en solo varios días!

Quería besarla. La noche juntos seguramente había cambiado muchas cosas. Para él, al menos. Se sentía más cercano a ella que nunca.

Pero hoy, estaba más distante que nunca. Habían desaparecido los ojos amables. En su lugar, lo saludó con una extraña mirada distraída y una sonrisa que no llegaba a sus ojos azules. Brillaban con algo más, tal vez fiebre. Sus labios eran inusualmente brillantes, pero no por el rubor. Su rostro estaba sonrojado, pero no por estar caliente. Se paró frente a él, y aparte de su perfume habitual, podía percibir el olor a licor. Vino. El olor era agri dulce y rancio, como de alguien que había estado bebiendo durante días.

Entonces lo vio. A pesar de los años, a pesar de su profesión, era tan vulnerable como lo era

en Baker Street. No importaba cuánto tratara de ocultarlo, cuánta confianza proyectara, era una criatura sensual. Y lo último que quería era contarle sus planes.

"Estás aquí. Me sorprende." Trató de sonar alegre, pero sonó aún más sombría. "Si trajiste el dinero, puedes quedártelo, Marko. Ya te lo dije."

Dinero... La palabra hizo que Marko se estremeciera al recordarlo. Eso no podía ser lo que ella pensaba de él.

Pidió perdón, aunque no estaba seguro por qué y para qué.

Ella tampoco lo estaba.

"Tal vez no debemos estar cerca el uno del otro", dijo ella, y su corazón se volvió frío. "Cuando lo estamos, el destino..."

"No digas eso", dijo él en voz baja.

"Entonces, ¿por qué no lo estamos?" preguntó ella más fuerte.

De repente, lo miró con tanta desesperación que su corazón se contrajo dolorosamente. Quería contarle sobre Lettice y sus amenazas, pero no pudo. Incluso la mera mención del nombre arruinaba cualquier oportunidad que alguna vez tuvo con Blanche. Habría momentos, tardes, como la que habían pasado juntos, cuando el hielo entre Blanche y él empezaría a derretirse, y tan pronto como el nombre malvado salía a colación—como una maldición—Blanche se congelaba y de repente estaba a kilómetros de distancia de él.

Exhaló y se pasó la mano por el cabello. Era tan jodidamente complicado, cuando—realmente—dos personas que querían estar juntas deberían hacerlo simplemente. Con sus, los de Marko, sentimientos, debería haber confesado su amor a Blanche hace mucho tiempo.

"¿Confías en mí, Blanche?" dijo.

Vio la mirada en sus ojos, una sorpresa, una vacilación, y luego volvió a ese vacío. Apartó la mirada.

Muy bien, entonces.

"Necesito una chica de la Belle House", dijo él y apretó el sombrero en sus manos aún más fuerte, sabiendo cómo sonaba.

No para él, explicó. "Es muy importante", añadió.

Para ti y para mí, quería añadir. Pero ¿cómo podía decirle a la mujer que amaba que otra cortesana podría posiblemente resolver sus problemas? Si es que podía.

Siguió hablando. Dijo que pagaría el doble de la tarifa. Trató de explicar. Los ojos de Blanche bajaron por su cuerpo y luego subieron de nuevo, pero parecía que no había vida en ellos.

"Por ti, cualquier cosa", dijo lentamente, y la sonrisa que siguió fue la más triste hasta ahora.

Quería abrazarla, decirle que todo estaría bien, ahuyentar esa tristeza y hacer que sus ojos brillaran de felicidad otra vez. Como lo hicieron esa noche que estuvieron juntos. Dio un paso más cerca y la besó. Pero fue diferente. Quería sentir su calor, quería sentir sus manos en él, pero en cambio parecía como si ella no estuviera allí. Como si hubiera besado una cáscara exterior, pero ella estuviera en otro lugar. Sus labios se movieron sin vida como si simplemente estuviera respondiendo a un cliente que no quería. Se alejó y buscó una respuesta en sus ojos. Pero ella los desvió como si los estuviera escondiendo.

"Haré lo que me pides. Sí", dijo en voz baja y se dio la vuelta.

¿Eso era todo? ¿Así era como se separarían?

Estaba bien, quería decirle. Y lo estaría. Solo necesitaba tiempo. Pero su indiferencia le dolía. Su tristeza lo asustaba.

Como si escuchara sus pensamientos, ella se dio la vuelta.

"Te veré mañana, entonces", dijo con una sonrisa vacía y se marchó mientras él se quedaba sintiendo como si le arrancaran el corazón en pedazos.

Ese mismo día, De Jouy irrumpió en el salón de arriba en Elysium, furioso y maldiciendo en francés.

Marko, que estaba sentado en la mesa con un montón de documentos, arqueó una ceja al verlo.

"¿Día difícil, Adrien?" Se recostó en su silla y estudió al francés con curiosidad. "No son las Salas Elysian, ¿verdad? ¿Hay algo que debería saber?"

De Jouy bufó y sopló, finalmente se lanzó en una silla y dramáticamente se cubrió los ojos con la palma de la mano. Pasó un minuto antes de que finalmente mirara a Marko.

"¡*La monstre! Je te le jure! Zat snake! Impossible!*" Sacudió la cabeza y exhaló fuertemente, hinchando los labios. Era bastante gracioso con su "r" vibrante y sonidos nasales y sus gestos teatrales. Pero Marko nunca había visto al francés tan molesto. A menos que fuera por platos de restaurantes que no siempre estaban a su gusto en Inglaterra.

Marko entrecerró los ojos al francés.

"Tengo la sensación de que tiene algo que ver con nuestra conocida mutua". Encendió un cigarro y observó al hombre con curiosidad.

"¡Pff!" De Jouy exhaló fuertemente de nuevo. "¡Dinero! ¡Quiere dinero!" Levantó las manos en el aire como si fuera lo más impensable que le hubieran dicho.

"¿Dinero? ¿De Elysium? Eso no va a suceder, amigo", dijo Marko con una sonrisa burlona.

"¡*Non!* De mi negocio de cachemir. ¡Qué atrevimiento!" Se pasó los dedos por el cabello. "Y si no le doy su parte, dijo que escribirá al *tribunal de police* en París sobre mis importadores de la India. ¡Qué *disgrâce!*"

"¿Puedes meterte en problemas por eso en París?" Preguntó Marko con curiosidad.

De Jouy encogió los hombros.

"No es el punto, ¡Marko!" Pronunció el nombre de Marko con un acento francés que siempre hacía sonreír a Marko.

"Permíteme adivinar: le contaste demasiados de tus secretos, Adrien". Marko se rio, pero con la calma que hacía que el francés estuviera aún más molesto. "No eres el primero, amigo mío. Pero tengo una idea".

De Jouy lo miró con esperanza, como si Marko pudiera hacer mágicamente que todos los problemas desaparecieran. Marko solo sonrió traviesamente.

"Vas a darle el dinero", dijo, y el francés lo miró con incredulidad absoluta.

"*Impossible! Non! Non!*" Se levantó de un salto y empezó a caminar de un lado a otro.

Marko asintió lentamente, exhaló el humo del cigarro y miró al francés sin rastro de alegría en sus ojos.

"Sí, Adrien, lo harás. Ahora, escúchame, amigo".

Al día siguiente, Marko volvió a la Belle House. Blanche parecía más alegre, y tenía la habitual intensidad en sus ojos cuando lo miraba. Estaba confundido.

¿Alcohol? ¿Demasiado? ¿Era eso lo que había visto el otro día?

Ella sonrió, y en esa sonrisa reconoció a su Blanche. Lo presentó a Catherine "Kat" Wilde y los dejó hablar en privado.

Kat era encantadora. Deslumbrante. Pelo claro. Cutis pálido. Su voz suave y juguetona. Y sus ojos, color avellana o té, no estaba seguro, lo miraban con una intensa curiosidad que no era coqueta en sí misma, pero lo absorbía por completo. A Marko no le atraía, pero podía ver cómo los hombres quedaban encantados. Y cuando hablaba, sonreía, parpadeaba sus pestañas, y no como una jovencita, sino de la forma en que lo hacían las mujeres experimentadas, con una mirada ahumada en sus ojos, estaba completamente cautivado.

El señor debería estar contento, pensó.

Ella tomó el dinero que Marko había traído y se marchó, acordando ser recogida más tarde esta noche. Para alivio de Marko, el acuerdo fue demasiado rápido y fácil. Quería hablar con Blanche nuevamente, pero recorrer la Belle House buscándola era lo último que quería hacer. Así que se fue.

A las siete en punto estaba de nuevo en la Belle House, esperando en el carruaje afuera por la señorita Catherine, o Kat, como prefería que la llamaran. Cuando salió, incluso los pájaros raros en las calles parecieron detenerse sorprendidos; la joven tomaba su profesión con la máxima diligencia, ciertamente.

Marko sonrió y la ayudó a subir al carruaje, pensando que era verdaderamente deslumbrante. Mientras el carruaje avanzaba por la ciudad, hablaron, y ella lo impresionó aún más. No era de su gusto, pero si fuera lo suficientemente rico, la pagaría solo para que lo acompañara.

Era verdaderamente magnética. Una fuerza interior y encanto emanaban de ella cuando se movía, hablaba, lo miraba. No era la magia de Blanche, tranquila y reservada. La de Kat era de un tipo diferente. Se manejaba con elegancia y confianza. Pero cada mirada enviaba un mensaje sutil, y uno sentía, o más bien sabía, que ella lo quería en ese mismo momento. Ese erotismo oculto en su mirada y gestos estaba tan bien disimulado que no dejaba rastro alguno. Aun así, provocaba un extraño deseo de tener a esta mujer para uno mismo.

Marko ciertamente lo sentía.

Ella sonreía y reía con sus bromas como si fuera a la fiesta más esperada del año. Eso alivió algo de la tensión. Aun así, Marko se sentía incómodo.

"Señorita Catherine", dijo, mirándola a través del pequeño espacio del carruaje. "Espero que entienda mi posición y tome esto como una transacción comercial. Sé que parece..." hizo una pausa y aclaró su garganta "...sé cómo parece pagándole a usted para..." Trató de buscar palabras.

"Señor Farini", le dio la sonrisa más encantadora y rio. "Encantador", dijo más suave como para sí misma, luego produjo una risa despreocupada y lo miró nuevamente. "Es dulce." Lo miró quizás demasiado intensamente por un momento. "Señor Farini, aclaremos algo. Y quizás alivie su carga moral". Sonrió de nuevo. "A diferencia de Miss Blanche, no tengo ilusiones sobre mi trabajo. De hecho, me tomo mi profesión en serio. Todas estas conversaciones sobre respeto y propiedad son trivialidades. Considero mi profesión de igual importancia que cualquier otra. De hecho, en ciertas circunstancias, es de más valor que la profesión del hombre que estoy a punto de conocer". Sonrió con picardía. "Disfruto lo que hago, señor Farini".

Marko sonrió y apartó la mirada. Ella era hipnotizante. Tanto en su apariencia como en la forma en que se presentaba. Le gustaba más y más por minuto. Algunas mujeres tenían ese talento, ciertamente. Eran un tipo peligroso.

"Sí, señor Farini", continuó Kat como si hubiera oído sus pensamientos. "Algunas de nosotras disfrutamos lo que hacemos. ¿Cree que estoy loca? No lo estoy". Sacudió la cabeza con

una sonrisa. "Mientras me paguen —y lo hacen, muy generosamente—, haré lo que mejor sé hacer".

Él asintió y, después de un momento de silencio, la miró de nuevo.

"Señorita Catherine. Lo discutimos, sí, pero no puedo enfatizar lo suficiente cuánto —y espero que funcione como está planeado— dependen las vidas de lo que suceda esta noche".

"La vida de Blanche. Sí. Entiendo", asintió ella. "¿Y la suya, tal vez? ¿Con Blanche?" Le dio una sonrisa sabia.

Qué criatura tan astuta.

Él no respondió.

Ella se acercó, estiró su mano y la colocó en su rodilla. "No se preocupe, señor Farini".

Su mirada lo quemó por un momento, y retiró su mano.

"¿Hay algo más que debería saber sobre nuestro Señor Bramwell?" Arqueó una ceja.

"Creo que le he contado todo lo que sé".

Una sonrisa juguetona iluminó su rostro.

"Hmm. Lo descubriremos, entonces".

Al día siguiente, Marko envió un mensaje a la Belle House. Preguntó por el bienestar de la señorita Catherine y sobre su compañía del día anterior.

La respuesta llegó rápidamente y fue breve.

"Todo está genial."

No necesitaba conocer los detalles: la señorita Catherine podía cautivar a cualquier hombre. Suspiró aliviado. Algunas mujeres eran costosas, pero lo que hacían y lograban para los hombres no tenía precio.

Esa noche, Elysium era un caos.

Con toda la publicidad, el establecimiento se estaba saliendo de control. Las solicitudes. Los invitados. Demasiadas personas reservando mesas. De Jouy y él habían acordado abrir Elysium una noche extra durante la semana. Habían contratado más meseros y hombres adicionales para vigilar la sala y la entrada. Aun así, estaba demasiado abarrotado. Necesitaban otro gerente. O dos. O tres.

Marko corría por todas partes como un loco. Los meseros venían quejándose por una cosa u otra. Los cocineros quemaban la comida. Alguien se negó a pagar el crédito de la semana pasada pero exigió ser atendido. Alguien estaba haciendo un ruido terrible en la puerta. Y cuando eso se resolvió, otro grupo se quejó de su reserva. La gente estaba demasiado ebria. O demasiado ruidosa. O demasiado exigente. Marko tenía las manos llenas. Más que nada, no tenía suficiente tiempo para vigilar a Blanche.

Solo después de la actuación logró tomar un respiro profundo, enderezarse en el salón trasero y bajar.

Blanche...

Allí estaba ella. Tan hermosa como siempre pero triste. Había algo inquietante en ella últimamente.

Charlaron trivialidades. Alguien lo alejó nuevamente, y maldijo, deseando poder alejarse de esta locura y llevarla consigo.

Lettice, extrañamente, había estado ocupada en otro lugar. Sabía que había problemas. De Jouy habló sobre su viaje. Tal vez entonces los dejaría en paz. O al menos a Blanche.

Blanche estaba hablando con alguien más. Y cuando Marko tuvo la oportunidad, se acercó para hablar con Benjamin Lees, quien era extrañamente directo.

"Debería intervenir antes de que Miss Blanche se meta en más problemas en la Belle House y finalmente termine en la calle", dijo, lo que hizo que Marko arqueara una ceja.

"¿Qué tipo de problemas?"

"Se tomó una semana libre. Eso sucedió", aclaró su garganta, "después el fin de semana

pasado." Le dio a Marko una mirada significativa y una sonrisa. "Pero ha estado bebiendo demasiado. Y opio. Sí. Eso. Todo es bastante inquietante."

Marko frunció el ceño.

"Opio", repitió.

"Seguro que ya lo habrá notado, señor Farini. Si no lo hizo, no miró lo suficientemente cerca."

¡Maldición!

¿Cómo no se había dado cuenta? Estar cerca de ella, ver el cambio en su estado de ánimo, la indiferencia repentina. El otro día, también. El alcohol no podía haber tenido un efecto tan adverso.

Se sintió engañado.

"Como su amigo más cercano", continuó Benjamin Lees, "y ella me mataría si supiera que estoy diciendo esto en este momento", sonrió como un conspirador, "puedo decirle con certeza que usted, señor Farini, es su única cura." El joven tomó un sorbo de brandy y continuó. "El señor Wilkin y yo nos vamos. Blanche no puede quedarse aquí sola. A menos, por supuesto, que tenga compañía." Dirigió sus ojos a Marko. "Esta es su oportunidad, señor Farini. Si es que busca una oportunidad".

Marko dio una larga calada a su cigarro y entrecerró los ojos hacia Blanche, que estaba en la mesa de al lado. "He tenido muchas de esas, señor Lees. Quiero más que eso", agregó en voz más baja.

Benjamin lo miró con interés.

"¿Qué le impide conseguirlo? Ah, no me diga. Conozco la historia."

Marko desvió la mirada hacia el joven.

"Una persona no puede evitar que consiga lo que quiere", dijo Benjamin Lees con una sonrisa condescendiente, como si Marko fuera un adolescente que necesitaba consejos.

Marko sonrió irónicamente y apartó la mirada.

"Una persona puede *arruinarlo*, señor Lees. Dígame" Marko se volvió hacia él y lo miró con tanta intensidad que incomodó al joven "¿pondría en peligro el bienestar de una persona querida solo para pasar una o dos noches con esa persona?"

Benjamin Lees sonrió, asintió y miró a su alrededor para asegurarse de que Andrew Wilkin no lo escuchara.

"Señor Farini. Temo que dos noches son el plazo más largo de mi curiosidad."

Marko estalló en risas y le dio una palmada en el hombro.

"Me cae bien, señor Lees. Puedo ver por qué Blanche lo quiere. Debo ir a despedirme de ella".

Se alejó en un estado de ánimo mucho mejor. Pero sin importar cuánto quisiera estar cerca de Blanche, Elysium estaba fuera de control. Trataría con Blanche más tarde, pensó. Extrañamente, ni siquiera habían mencionado la noche que pasaron juntos. Tal vez, era lo mejor. Aunque cada vez que la miraba ahora, no podía evitar recordar cómo se sentía estar con ella. Y al despedirse, tomó toda su fuerza de voluntad para no llevarla arriba y besarla locamente.

A la mayoría de los londinenses no les gustaba el clima otoñal. Frío. Lluvia. Niebla. Oscuridad permanente. Algunos lo odiaban. Otros estaban acostumbrados a ello, y su actitud hosca no difería de otras dificultades con las que tenían que lidiar.

Marko rápidamente descubrió que este clima en particular se podía monetizar. Abrir las Salas Elysian en otoño fue una idea brillante. Aunque la Temporada había terminado y muchas personas adineradas se marchaban de Londres hasta la primavera, una temporada diferente se abría: la de los teatros. Y cuando las actuaciones tradicionales terminaban temprano en la noche, las opciones de entretenimiento decente eran escasas y demasiado familiares: clubes privados, tabernas, restaurantes, salones de juego.

Y estaba Elysium.

Parecía que la gente no podía tener suficiente.

La idea de asientos privados fue brillante. Muchos optaron por pagar el doble de la tarifa de reserva para poder sentarse protegidos de la multitud. Y, por supuesto, la curiosidad. Marko y De Jouy lo sabían por la cantidad de damas, y aquellas que no eran de la profesión, que asistían al establecimiento a pesar del desprecio social.

El mal tiempo fuera era la mayor fuerza impulsora, ya que la gente necesitaba alejarse de la tristeza y la oscuridad. Cuanto peor era el clima, más alegre se volvía Elysium, y esta noche era otra noche ruidosa.

Marko se encargó del salón principal, como de costumbre, buscando a Blanche.

No la veía. No esta noche.

Pero estaba Lettice, recostada en uno de los sofás y rodeada de hombres.

Comenzó la actuación, un pequeño descanso del ruido mientras la atención de todos estaba en el escenario, pero tan pronto como terminó y se encendió el candelabro adicional, la sala reanudó sus festividades ruidosas.

Y luego Blanche estaba allí. En la entrada. Sola. Buscando en la habitación hasta que sus ojos lo encontraron.

¿Qué hacía ella aquí sola?

Marko se tensó y se acercó a ella.

"¿Blanche? ¿Con quién estás?" preguntó, estudiándola.

"Con nadie. Vine a hablar contigo, Marko".

Ella sonrió. Pero era una sonrisa diferente, amplia y vaga. Se rio, y sonó extraña. Estaba intoxicada, se dio cuenta.

Opio...

Su cuerpo se balanceaba ligeramente. Sus manos estaban apretadas al frente. Sus ojos

entrecerrados, brillantes como si tuviera fiebre. Su rostro estaba sonrojado, estaba ebria, sí. Tenía ojeras debajo de los ojos, estaba ebria desde hacía días, pensó Marko con preocupación.

Y aún así hermosa. Era la única mujer que él conocía que seguía siendo hermosa incluso en su peor momento.

¿La había visto en su peor momento?

Necesitaba sacarla de la vista de todos.

"Vamos arriba", dijo asintiendo en dirección al salón de arriba, y comenzaron a caminar entre la multitud. Pasaron junto a un camarero con una bandeja de bebidas, ella tomó una copa de vino, el camarero protestó, pero Marko le hizo un gesto para que se fuera.

Maldita sea, Blanche.

Ella se rio y sonrió mientras avanzaban entre la multitud.

"Te he extrañado, Marko", dijo cuando estaban arriba.

Él la observó durante un tiempo, evaluando los daños.

"Eres inusualmente directa esta noche", dijo.

Se había quitado el sombrero y los guantes. Ella sonrió seductoramente. Abiertamente. Borracha, sí. Le gustó. Ojalá no fuera una fachada de todas las cosas que no decía.

Se acercó un paso más.

"¿Te gusta cuando soy directa?"

Dio un paso más, se detuvo frente a él y su dedo índice recorrió la longitud de los botones de su chaleco.

Ese dedo... Lo quería en su piel desnuda.

"Me gusta todo de ti, Blanche" dijo.

Era verdad. Incluso en su borrachera era seductora. Era un maldito hechizo que lo volvía loco al verla. Y entonces sus labios se posaron en él. Suave. Insistente. Y no pudo resistirse. La rodeó con sus brazos y la estrechó más.

Ese beso...

Se había resistido durante demasiado tiempo. Era una tortura andante. Nunca se había negado a sí mismo el placer, y no tan deliberadamente, durante tanto tiempo. Cada vez que ella estaba cerca, cada vez que él la probaba, avivaba aún más su pasión.

Sintió el calor familiar fluir a través de su cuerpo mientras la besaba. Quería tenerla desnuda, sentirla contra su cuerpo. Su hombría también lo sentía. Oh, le dolía su toque, igual que aquella noche. Pero se alejó. Mal momento. Mal lugar. Y ella, borracha. ¿Lo recordaría mañana?

"Blanche, este no es el lugar", dijo.

Otra vez. Estaba jodidamente conteniéndose a sí mismo de nuevo.

Ella soltó una risita. Era inusual: su alegría, sus risitas intempestivas.

"No seas tímido, Marko. No me quitaré la ropa. No, señor. Pero tú sí puedes".

Volvió a reírse.

Dios, ella le hablaba como lo hacía con sus clientes, se dio cuenta.

"¿Te gustaría?" Su mano se deslizó hasta el bulto de su pantalón y lo palmeó.

¡Joder!

Imaginó su sexo, húmedo y cálido, deslizándose alrededor de su polla como lo hizo esa noche, y el deseo ardió en sus pantalones tan rápido como un rayo.

De repente, ella cayó de rodillas y comenzó a buscar a tientas los botones de sus pantalones.

Él la miró sorprendido. ¿*Esto* era lo que tenía en mente?

Por un momento, su mente brilló con la imagen de sus labios alrededor de su polla, y sintió que estaba listo para llegar al clímax en este momento. Pero su buen juicio se activó de

inmediato. La agarró por las muñecas y la volvió a levantar.

“Estás borracha, Blanche”.

Ni siquiera era el hecho de que Lettice pudiera entrar.

No.

A la mierda Lettice.

Pero no habían hablado de que aquella noche juntos había salido mal. Había cosas que debían discutir antes de hacer cualquier otra cosa. Más que nada, sí, estaba borracha. Sabía que no era ella misma. Quería romper el hielo. Pero usarla para su placer no era la forma en que quería hacerlo.

Sus dedos volvieron a sus pantalones.

“Sé que te gusta” susurró ella y volvió a besarlo.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Sintió que una ola de excitación se extendía por su cuerpo mientras sus labios se moldeaban con los de ella. Quería arrancarle la ropa y tomarla. En cualquier otro momento, la habría dejado que le desabrochara los pantalones e hiciera lo que quisiera. Pero se detuvo de nuevo.

¡Maldita sea!

Apartó sus manos y vio que la decepción se apoderaba de su rostro. Cerró los ojos, levantó la cabeza e inhaló profundamente como si ordenara sus pensamientos.

Miró fijamente su cuello, su piel tan suave y tersa, que le llegaba hasta el pecho y la parte superior de sus pechos que acechaban bajo los lazos de su capa. Quería desabrocharle la capa y el corpiño y besarle la piel sin cesar.

En cambio, reunió toda su fuerza de voluntad, la besó suavemente en la mejilla y se alejó. Se echó el pelo hacia atrás y lo alborotó: necesitaba recomponerse, y esta mujer se lo impedía. Cada. Jodida. Vez.

Se sirvió un trago. Ella dijo algo. Se rio. Tomó la copa de vino que estaba olvidada en la mesa, pero no bebió de ella. Era como si sus pensamientos cambiaran repentinamente en una dirección diferente. Nunca la había visto así, pero la dejó hablar. En la penumbra de la habitación, todo era surrealista. Como si estuvieran teniendo un extraño duelo, y ella estuviera probando diferentes armas.

Habló de su trabajo. Ahí estaba de nuevo. Preferiría que no lo hiciera.

"Opio".

Cuando ella pronunció la palabra como si nada, su corazón se estremeció de inquietud: Benjamin Lees tenía razón. Y entonces su tono cambió. Hablaba de oscuridad y melancolía, y, oh, él conocía tan bien esas conversaciones. En los fumaderos de opio —había estado allí, había hecho eso—, esas eran las palabras que salían de los labios de aquellos que estaban demasiado lejos.

“Esos días son los más oscuros” dijo, mirando fijamente a la oscuridad de los rincones, como si estuviera justo allí, frente a ella. “Es entonces cuando me paro en el puente de Waterloo, mirando hacia las aguas fangosas del Támesis, y la oscuridad debajo parece una salida fácil”.

Se sintió mareado al oír estas palabras. Tragó saliva. La sangre corrió a su rostro, pero sus entrañas se enfriaron.

¿El puente?

¿Una salida fácil?

“A un paso del parapeto...” continuó ella, pero él se abalanzó sobre ella y le agarró la cabeza entre las palmas de las manos.

“No digas eso” dijo o susurró, no estaba seguro, porque de repente su corazón retumbaba tan

fuerte que no podía oír sus propias palabras. Acercó su rostro como si de esta manera pudiera ver en sus ojos si hablaba en serio o solo era una charla borracha. "Blanche, mírame. No hables así, por favor".

Su rostro estaba a centímetros del de él, con los ojos muy abiertos por una sorpresa momentánea. Pero en cuestión de segundos, todo cambió.

"¿Para qué vives, Marko?" Dio un paso atrás, como si de repente necesitara una distancia entre ellos. Sus ojos le ardían. "¿Qué te da esperanza?"

Tú, quería decir.

"Todo irá bien, Blanche" dijo en su lugar.

"No necesito que todo esté bien, Marko". Sus ojos de repente se volvieron tristes. "Todo *está* bien ahora, y no puedo soportarlo. Quiero que sea grandioso. Y la única vez que lo fue, cuando te conocí. ¿Te sorprende? No lo hagas. Fue el mejor momento de mi vida. Lo más feliz que he sido. La única vez que algo me llevó hasta el día siguiente. Tú. Esperanza. Sueños. Una no puede vivir sin ella. No se puede vivir sin amor, Marko.

Ella lo miró, esperando una respuesta, y él sintió que le costaba respirar.

Dile que la amas, susurró su mente.

"Amor" dijo en voz baja, levantó la copa y bebió el vino.

Necesitaba decirle, quería decírselo, las palabras tan simples, que era un tonto por no haberlas dicho todo este tiempo. Estaba borracha, pero no importaba, era la única manera de aclarar las cosas entre ellos.

"Blanche, ven aquí", dijo, acercándose un paso. Si eso pudiera calmar su corazón dolorido y el dolor en los ojos de ella, debía hacerle saber. Ahora mismo.

De repente, la puerta se abrió de golpe. Lettice y De Jouy entraron y se detuvieron sorprendidos.

Marko maldijo para sí y sintió cómo su corazón se encogía repentinamente como una piedra fría.

"Oh, no estamos interrumpiendo algo especial, ¿verdad?" Lettice caminó lentamente por la habitación mientras la cabeza de Blanche se volvía hacia su dirección.

"Oh, sí, Lettice", dijo Blanche con una sonrisa, y Marko le lanzó una mirada de sorpresa. "Siempre lo *haces*", dijo Blanche con excesiva dulzura y balbuceo. "Siempre encuentras la manera de entrar en la vida de la gente. Como una serpiente."

"Blanche..." Marko comenzó a decir.

"¿Blanche qué?" ella le espetó y luego miró a Lettice. "Te sientas allí al sol, y si alguien se acerca demasiado, muerdes. Con tu veneno. Tu cuerpo lleno de veneno, sin duda alguna..."

"Basta", Marko gritó y se acercó a ella. "Blanche, detente."

Oh, ella era un problema. Tenía derecho a decir lo que dijo. Si fuera él en cualquier otra circunstancia, habría hecho lo mismo. Pero vio cómo la cara de Lettice cambiaba a una mueca resentida que conocía demasiado bien.

"Alguien ha bebido demasiado", la voz de Lettice era tranquila y fría.

De Jouy se mantuvo en silencio, chupando un cigarro y mirando hacia otro lado.

"No puedo parar, no ahora", Blanche miró a Marko. "He estado callada todos estos años. Llena de odio", continuó y volvió a mirar a Lettice. "Sí, Lettice. Te odio. Nunca supe que la gente pudiera ser vil, simplemente llena de maldad. Hasta que te conocí. Hasta que tú..."

"Querida, toma una botella y vete a casa", Lettice le espetó.

Una expresión de odio profundo cruzó el rostro de Blanche, y por un momento, Marko sintió petrificado que Blanche se lanzara sobre la mujer y la estrangulara.

"Marko, querido", Lettice dijo, caminando tranquilamente alrededor del escritorio, "¿podrías acompañar a tu pequeña amiga afuera?" Se arrojó en el sillón como si estuviera a cargo. "Y por favor, asegúrate de que no vuelva", añadió sin mirar.

"Tú..." susurró Blanche, y Marko se interpuso frente a ella.

"Blanche, vámonos", dijo, dándole la vuelta. "Ahora mismo", añadió en un susurro. Debía sacarla de esa habitación. Porque si no lo hacía, Blanche estaría en más problemas de los que podía imaginar.

"Disfruta tu noche, querida Blanche", dijo Lettice sin mirarlos.

Marko quería estrangular a la perra él mismo, pero vio el fuego resentido en sus ojos. Ese fuego estaba dirigido a Blanche, y antes de que Blanche dijera algo para avivarlo, la empujó fuera de la habitación.

Marko acompañó a Blanche escaleras abajo, tomó una copa de vino que ella logró arrebatarse a un camarero y se la devolvió. Era un desastre. Totalmente borracha. Caminaba con paso vacilante, casi pierde el equilibrio de camino a la entrada, y si no fuera por Marko, que la atrapó a tiempo, habría hecho un espectáculo de sí misma. Se rio de alguien que le llamó la atención en una de las mesas y se olvidó de ponerse el sombrero antes de salir.

Nunca la vería así. No *su* Blanche.

Afuera, envió a un muchacho a buscar un carruaje y se llevó a Blanche aparte, lejos de los curiosos espectadores. Apenas podía mantenerse erguida. Tenía que irse a casa, dijo, tomar algo caliente e irse a la cama. Quería llevarla allí, pero Elysium necesitaba su atención.

Y luego ella le dio esa mirada...

No podía decir qué había de perturbador en ella. ¿Dolor? ¿Desesperación? Había lágrimas en sus ojos. Estaba molesta, sí. Estaba ebria. Enojada. Había dolor, como si algo la atormentara constantemente y ninguna cantidad de alcohol pudiera aliviarlo.

Pero había algo más.

Pérdida de esperanza, quizás, como si él acabara de traicionarla.

"Blanche, mañana", dijo, prometiéndose a sí mismo que mañana finalmente hablaría con ella. Abrió la puerta del carruaje que llegó puntualmente, y antes de desaparecer dentro, Blanche sonrió.

"Adiós, Marko."

Sus labios sonreían, pero las lágrimas estaban a punto de derramarse por sus mejillas como si estuviera despidiéndose de él para siempre.

Marko recorrió Elysium observando a los invitados, asintiendo distraídamente a los empleados que se acercaban a hablar con él, pero su mente seguía volviendo al momento en que se había despedido de Blanche.

Algo lo inquietaba. Ella no estaba en sí misma. Y no era solo por su embriaguez.

¿Opio? Podría ser. Una cantidad suficiente en su sangre podría tener consecuencias desastrosas.

¡Maldita sea!

Encendió un cigarro, se tomó un whiskey de un trago, pero su corazón no encontraba su ritmo habitual. En cambio, latía con una extraña inquietud, enviando temblores por todo su cuerpo. Incluso la orquesta no podía ahogar la extraña ansiedad que lo dominaba.

Sus palabras. *Una no puede vivir sin amor. Tú. Esperanza. Sueños.*

¿Ella lo amaba? ¿Eso era lo que estaba diciendo?

Su cabeza daba vueltas con todos esos pensamientos. Pero, aun así, algo lo molestaba. No estaba seguro de qué era. Pero todo a su alrededor se difuminaba mientras su mente seguía regresando a Blanche: sus ojos cuando la ayudó a subir al carruaje, con las lágrimas a punto de derramarse.

Sus palabras.

Adiós, Marko.

Una sonrisa y una mirada de anhelo como si lo estuviera viendo por última vez.

¡Maldición!

Tenía mucho más que ocuparse además de una mujer ebria. De Jouy estaba abajo nuevamente, pidiéndole que hablara con un caballero que había excedido su crédito con ellos. Un guardia se acercó y señaló la mesa de los borrachos que estaban armando alboroto. Pero Marko parecía no estar viendo nada de eso. En cambio, pensaba en Blanche.

"Adrien, ocúpate de eso. Necesito irme. Ahora mismo".

Y a pesar de las protestas del francés, Marko caminó apresuradamente hacia la salida, tomó su abrigo y sombrero, y salió.

El paseo a la Belle House fue el más largo que haya tenido.

Me aseguraré de que esté bien. Me aseguraré de que no tenga clientes en este estado.

Sonrió irónicamente. ¿Desde cuándo necesitaba supervisar a una mujer adulta? Pero mientras pedía al conductor que esperara e ingresaba a la Belle House, su corazón seguía latiendo violentamente.

El portero le preguntó el motivo de su visita.

"¿Sr. Farini!" escuchó la voz familiar y vio a Miss Kat que estaba con un caballero en la entrada del Gran Salón. Hermosa como siempre, se acercó a él lentamente y con una sonrisa.

"¿A qué debemos el placer?"

Él sonrió incómodo.

"Blanche", dijo. "La señorita Blanche", se corrigió. "Salió de Elysium en" hizo una pausa para elegir las palabras correctas "un estado bastante alterado. Quería asegurarme de que esté bien".

Intentó sonreír con alegría.

"Uh". La mujer lo miró con curiosidad. "Creo que la vi hace diez minutos más o menos. Lo llevaré a ella".

Asintió hacia el portero y llevó a Marko escaleras arriba.

"He oído que no se sentía bien", dijo Miss Kat con preocupación en sus ojos mientras caminaban por el pasillo oscuro de arriba.

"No estoy seguro de qué se trata", respondió educadamente.

Una criada estaba junto a una de las puertas, y esa fue la puerta en la que Miss Kat golpeó.

"Tal vez, Sr. Farini, sea una enfermedad de otro tipo", dijo ella sonriendo. "Quizás requiera su atención más cercana". Se rio.

Nadie respondió.

"Se ha ido, señorita", dijo la criada.

Marko la miró y notó una extraña expresión en los ojos de la chica.

"¿Cuándo?"

"Recién. Hace un minuto aproximadamente".

"Bueno, Sr. Farini", dijo Kat con un gesto de cabeza, "me temo que no tiene suerte".

Asintió. No le gustaba. Su corazón no se calmaba. ¿A dónde podría ir ella sola en el estado en que estaba?

Estaba a punto de darse la vuelta cuando la criada habló de nuevo.

"¿Señor? ¿Su nombre es Mr. Farini, verdad?" Lo miró con esa extraña expresión que no desaparecía.

"Sí."

"Creo que la señorita dejó una carta para usted".

¿Una carta?

El corazón de Marko dio un extraño salto.

"La señorita dijo que no la enviara hasta mañana, pero..."

Hizo un gesto hacia atrás.

"Tráigala".

La criada desbloqueó la puerta y entró, y cuando Marko miró a través de la abertura, no pudo evitar entrar.

Era eso entonces. El hogar de Blanche.

Estaba demasiado oscuro. La única luz provenía de la chimenea que ardía débilmente y de un candelabro solitario en la pared. Pero no había mucho que ver. Olía a vino. Días de beber vino. Conocía ese olor familiar de la embriaguez. Miró la cama, la pieza de mobiliario más lujosa de la habitación, y apartó la mirada, intentando alejar los pensamientos celosos. Había una pintura en el techo sobre ella, tan característico de Blanche. Había una botella de vino en la pequeña mesa de café. Se acercó y la levantó: vacía. Y había una carta junto a ella y otra en la mano extendida de la criada.

"A Mister Marko Farini", decía.

La abrió rápidamente, la inclinó hacia la luz, leyó las líneas y...

Su corazón pareció detenerse.

Espera...

La leyó de nuevo, y mientras lo hacía, sintió que necesitaba más aire para respirar.

No-no-no-no-no.

De repente, el pulso estaba en su cabeza. Su visión se volvió borrosa. Su mente estaba mareada. Frunció el ceño. Sus ojos escanearon la habitación. Vio algo en el tocador y se acercó para recogerlo.

Un frasco vacío. "*Láudano*".

"¿Qué pasa?" escuchó la voz de Miss Kat.

"¿A dónde fue?" dijo en voz baja, volteando para mirar a la criada.

Ella le devolvió la mirada tímidamente y encogió los hombros.

Se sentía como si fuera a estallar de frustración. Su mente daba vueltas con todo tipo de pensamientos.

"¿A dónde iba?" dijo de repente mucho más fuerte, y la criada tembló.

"No dijo a dónde, señor," dijo humildemente, deslizó las manos en el bolsillo de su delantal y sacó un puñado de monedas. "Ella me dio esto." Se las mostró a Marko, quien frunció el ceño, sin entender. "Dijo que era por todo lo que he hecho. Puedo devolverlo, señor." La criada lo miró con los ojos llenos de temor. Lo mismo hizo Kat.

Marko sacudió la cabeza. Una sensación enfermiza empezó en su estómago, como sentir una

serpiente subiendo por su pierna, lista para morder.

"Oh, Dios", susurró, mirando a su alrededor con ojos salvajes. "Maldición."

"¿Sr. Farini?" Esta vez fue Kat. "¿Qué está pasando?" Frunció el ceño hacia él.

"Problemas," exhaló, metió la carta en su bolsillo y marchó hacia la puerta.

Ya había pasado a un lado de Miss Kat y salió por la puerta cuando la criada llamó su nombre. Tenía la expresión más petrificada.

"Señor, ella no se llevó su sombrero ni sus guantes," dijo humildemente.

Fue en ese momento que Marko se dio cuenta de lo que le molestaba: los ojos de Blanche cuando dijo adiós y ahora la carta que era una despedida. Y cuando lo hizo, las únicas palabras que resonaron en su cabeza fueron las suyas:

"Eso es cuando estoy de pie en el Puente de Waterloo, mirando hacia abajo en las aguas fangosas del Támesis..."

Quería gritar mientras corría por las escaleras y hasta la puerta principal.

"La señorita Blanche, ¿a dónde fue?" gruñó al portero.

"No dijo, señor. Se fue hace unos cinco minutos," dijo el hombre lentamente, como si pensara en cada palabra. "Le dije que si la señora Sharke la veía salir como lo hizo, sin un sombrero adecuado y..."

"¡Arg!" Marko pasó corriendo junto a él y salió a la calle.

"¡Puente de Waterloo!" gritó al cochero. "¡Lo más rápido que pueda! ¡Ve!" Saltó dentro y cerró la puerta de un golpe.

Pero el carruaje no iba lo suficientemente rápido. Miraba por la ventana con la esperanza de ver la figura familiar pero apenas podía ver nada. La niebla era tan densa que ni siquiera las farolas de la calle servían de nada.

Tamborileó con el pie en el suelo.

Sus dedos tamborilearon sobre el asiento.

Tal vez estaba exagerando.

¿Y si no lo hacía?

No pudo evitarlo. Estaba acosado por un temor abrumador. Estaba temblando, se dio cuenta. Su mente daba vueltas con un pensamiento que retumbó tan fuerte que sintió que su cabeza iba a explotar.

¿Qué has hecho?

¿Qué.

Has.

Hecho?

Abrió de par en par la puerta del carruaje en movimiento.

"¡Más rápido!", gritó en la oscuridad y la lluvia, sintió el chasquido del látigo y el caballo aceleró el paso.

Pero su corazón se aceleraba más rápido que el carruaje, y cuando el caballo aminoró la marcha y vio los arcos familiares del puente acechando en la oscuridad brumosa, antes de que el carruaje se detuviera por completo, saltó y corrió hacia el puente.

Estaba lloviendo. El viento, inusualmente salvaje aquí, rasgó su abrigo abierto. Hacía frío. Congelación. La oscuridad flotaba en su rostro con la frialdad del agua abierta.

"¡Blanche!" gritó y se volteó, buscándola en la oscuridad brumosa de la noche.

Silencio. Nadie.

Corrió hacia el puente.

Una figura solitaria, no era ella. Otra pareja.

Su corazón latía más fuerte que la lluvia.

“¡Blanche!” gritó, pero el viento ahogó su voz.

Marko se abrió paso entre la oscuridad, la niebla, intentando ver más adelante. Corrió, gritando su nombre una y otra vez, con los ojos entrecerrados contra la llovizna congelante, el viento y la lluvia azotándole la cara. Su sombrero voló de su cabeza, pero eso no lo detuvo.

Y de repente la vio.

Era solo una figura oscura, subiéndose al parapeto, pero su corazón retumbó con tanta fuerza que pensó que el mundo entero a su alrededor temblaba.

“¡Blanche!” rugió y corrió, tratando de cubrir la distancia lo más rápido posible.

“¡Blanche!” gritó de nuevo mientras se acercaba.

Ella giró la cabeza en su dirección, y aunque era imposible ver a través de la lluvia, más tarde, cuando recordó ese momento espantoso que lo agarró con el máximo horror, estaba seguro de que sus labios se estiraron en una dulce sonrisa cuando una ráfaga violenta la golpeó y perdió el equilibrio.

PARTE III

BLANCHE Y MARKO

El tiempo... siempre se pensó que había más de él hasta que el destino tocó a la puerta y arrebató el tiempo restante.

En un abrir y cerrar de ojos.

¡Puf!

Solo cuando uno miraba hacia el pasado, hacia el momento particular que lo había decidido todo, pensaba: "Si tan solo lo hubiera sabido en aquel entonces..." Pero ya era demasiado tarde. Los errores más graves siempre estaban marcados con esas palabras particulares. Los errores eran víctimas del tiempo.

Marko pensaba en esto detenidamente mientras estaba sentado en el pequeño sofá frente a la chimenea en su habitación. Había estado sentado así durante varias horas. Fumando. Bebiendo. Solo con pantalones cortos y una camisa, porque todo lo demás estaba húmedo por la lluvia.

Todavía llovía afuera. Golpeaba contra el alféizar de la ventana. Las ráfagas de viento hacían temblar los cristales. Pero la habitación estaba cálida, incluso caliente: el fuego brillante había estado ardiendo durante horas.

Marko había hervido una tetera de té y la había colocado junto al fuego para mantenerlo caliente. Pero no quería té. Necesitaba whisky. Tratava de sofocar el dolor que quemaba su corazón. El sentimiento de culpa lo enfurecía y lo avergonzaba de sus debilidades. Pero más que nada, había una profunda tristeza que parecía saturar su mente y su corazón.

¿Cómo no había sabido?

¿Cómo pudo dejar que sucediera?

Recordaba ese momento horrible: la figura de Blanche, oscura e inestable en el parapeto, vaga entre la niebla, y el recuerdo apretaba su corazón con temor. Su pecho se volvía pesado, haciéndole difícil respirar. Cerró los ojos e intentó no pensar en ello.

En cambio, sacó su carta del bolsillo y la leyó por décima vez.

"Querido Marko,

Hay cosas que nunca te he dicho, aunque debería haberlo hecho. Hay cosas de las que deberíamos haber hablado y nunca lo hemos hecho.

Tal vez no fueran importantes. Aunque para mí, eran las únicas que importaban.

Debes saber una cosa: nunca conocí la esperanza hasta que te conocí. Nunca conocí el amor hasta que entraste en mi vida. Y cuando lo hiciste, supe que mi corazón sería tuyo para siempre.

Una puede vivir en la oscuridad, pero nunca sin amor. Sin él, la vida es solo existencia, larga y tediosa.

Mi amor por ti es lo que me ha mantenido durante todos estos años. Espero que algún día encuentres el tuyo...

Por favor, perdona mis tonterías. Nunca quise ser un problema. Solo quería darte todo mi amor.

Cuídate.

Sinceramente tuya,

Blanche."

Cerró los ojos y se los frotó con los dedos, tratando de contener las lágrimas. No recordaba haber llorado nunca. Y aunque no lo había hecho en las últimas horas tampoco, tenía la sensación de que no le costaría mucho hacerlo si se dejaba llevar.

Sus palabras dolían. Por mucho que finalmente le revelaran los verdaderos sentimientos de la mujer que amaba, le dolían aún más después de lo que ella había hecho.

Finalmente, era su despertar.

Escuchó un suave ruido del movimiento de la manta en la cama detrás de él y se acercó para comprobarlo.

Allí, con los ojos aún no completamente abiertos por el sueño, mirándolo con confusión, estaba Blanche.

Su Blanche.

Hace apenas unas horas, corrió hacia el Puente de Waterloo.

Hace apenas unas horas, vio a Blanche subir al parapeto.

Gritó su nombre y vio con horror cómo su figura tambaleaba en el viento.

Si se hubiera quedado en Elysium...

Si hubiera llegado un minuto tarde...

Si hubiera vacilado, aunque fuera por un segundo...

Tantos "si", pero no importaban, porque en el momento en que vio a Blanche, que estaba alta en el parapeto, balanceándose en el viento, se precipitó hacia ella, se lanzó hacia ella, agarró el borde de su capa y la atrajo hacia él con todas sus fuerzas. Y cuando cayó en sus brazos, estaba inconsciente.

No paraba de decir algo, la sacudía, besaba su rostro que ardía a pesar de la lluvia helada. Su cabello estaba empapado. También su capa. La lluvia goteaba sobre Londres y sobre los dos: Blanche en sus brazos mientras él se hundía en el adoquín y hablaba con ella, acariciaba su rostro hasta que abrió los ojos. Y cuando lo hizo, él exhaló con alivio.

La lluvia empezó a caer con más fuerza mientras caminaba, apoyando a Blanche, hacia el carruaje que aún estaba donde la había dejado.

Alguien lo alcanzó y le pasó su sombrero, ni siquiera se había dado cuenta de que lo había perdido.

Cuando se dirigieron hacia su casa, él envolvió sus brazos alrededor de Blanche y la sostuvo lo más cerca posible.

Ella estaba ebria. Quizás drogada. Trató de decir algo y él acarició su rostro. Miró sus ojos, pero apenas podía mantenerlos abiertos.

"Marko", susurró.

"Estoy aquí, amor. Estoy aquí", le susurró de vuelta, acariciando su cabello mojado. "Tienes que respirar más profundamente, amor".

"No sé cómo hacerlo sin ti", dijo en un susurro entrecortado.

Él sintió que su corazón se desmoronaría en pedazos y apretó la mandíbula con fuerza,

porque tenía miedo de llorar. Besó su rostro y le susurró palabras de amor. Finalmente, eso fue lo que necesitó para sacarlas de él. Sabía que ella no entendía, estaba delirando. Pero no importaba. Finalmente dijo las palabras en voz alta. Y a partir de ahora, así sería.

Cuando llegaron a su casa, la llevó a su habitación. Ella se tambaleaba. Su cabeza se balanceaba como si su cuello fuera demasiado delgado para sostenerla. Sus manos, heladas. Su rostro, ardiendo. La desvistió hasta la camisa, la acostó en su cama y la cubrió con una manta.

En un minuto, ella estaba dormida. Un desastre, pero aún hermosa.

Y aún... viva.

El pensamiento lo debilitó con culpa, amor y desesperación, todo mezclado en un sentimiento tan fuerte que tuvo que cerrar los ojos, respirar profundamente y contener el aliento tanto como pudo para no romper a llorar. Encendió el fuego para calentar la habitación y pensó en un millón de cosas. Tenía horas para pensar. Horas que cambiarían sus vidas.

Eran las tres de la mañana ahora. Nunca había vuelto a Elysium. De Jouy estaría furioso, pero se las arreglaría, estaba seguro. Y si todo se convertía en un desastre sin él, bueno, Blanche casi lo había sido.

Ahora, estaba de pie junto a su cama y miraba tiernamente a los ojos que lo miraban con confusión.

Ella estaba despierta.

Finalmente.

Aún no era ella misma, pero estaba aquí.

A salvo.

Algo más sobria.

Y viva...

No estaba segura de lo que había pasado. Y cuando abrió los ojos, él estaba justo allí, encima de ella.

Marko...

¿Un sueño?

¿El purgatorio?

¿El cielo?

Le dolía la cabeza. Tenía la boca seca. Y estaba fría. Podía sentir el calor en su piel, pero su cuerpo temblaba como si tuviera fiebre.

Y él, Marko, con su rostro sobre ella.

Sin apartar los ojos de él, se levantó apoyándose en sus manos y se sentó. Sintió la manta deslizarse por su pecho y finalmente miró hacia abajo, confundida.

Llevaba puesta su camisa de dormir. ¿Dónde estaban el resto de sus prendas? Levantó la mirada hacia Marko y los recuerdos le vinieron lentamente, como las sombras acechando en la niebla.

El puente. El parapeto. La oscuridad del agua. Excepto que no había agua... Había gritos. Luego su voz en la oscuridad, un susurro suave, tan cerca de ella que pensó que estaba soñando.

Y ahora estaba aquí.

"¿Marko?" Levantó las cejas en pregunta.

"¿Por qué?" preguntó él en su lugar.

Ella estaba empezando a entender lo que había pasado. Tenía la respuesta, pero era inútil.

"¿Cómo pudiste, Blanche?" preguntó él, parado con las manos en los bolsillos.

Se dio cuenta de que estaba temblando. Vio el fuego arder, lo sintió antes de verlo, y pensó que era allí donde quería estar.

Marko caminó hacia la chimenea y regresó con una taza.

"Bebe". La empujó hacia ella.

Era té. Caliente. Amargo. Arrugó la nariz.

"Bébelo todo", dijo él y no se movió hasta que ella lo terminó.

Cuando lo hizo, lentamente apartó la manta, se levantó y caminó pasando a Marko sin mirarlo hacia la chimenea. Se sentó en el sofá, se abrazó las piernas y las envolvió con los brazos.

Cálida, quería estar cálida. Y quería a Marko junto a ella.

Como si hubiera oído sus pensamientos, él se acercó y se paró junto a ella, mirando hacia abajo.

"Sé lo que pensaste", dijo en voz baja. "Sé lo que querías hacer, Blanche". Hablaba despacio

y suavemente. "Pero ¿cómo pudiste hacerme esto a mí? ¿Y dejarme con tu carta? ¿Con tu confesión?"

Ella levantó lentamente los ojos hacia él, tragó saliva, pero no apartó la mirada.

"Sí. La leí, Blanche". Asintió. Sus ojos no se apartaron de los suyos y había tristeza en ellos. Ella no quería hacerlo sentir triste. ¿Estaba decepcionado? "Todo eso y nunca me lo dijiste". Dio un paso más cerca. "Y la única noche en que decidiste hacer lo más terrible, ¿pensaste que podrías finalmente confesar y dejarme con eso? ¿Fue eso un castigo?"

¿Estaba enojado?

Se erguía sobre ella, pero no, no había ira en sus ojos. Ella lo miraba fijamente y trataba de no llorar.

"Yo..." empezó a decir y sintió un nudo en la garganta. "Quería que supieras, Marko", dijo tan suavemente que tal vez no la hubiera escuchado. No importaba. "Puede que a ti no te importara, pero quería que supieras que" hizo una pausa porque sintió que todo su cuerpo se estremecía por el sollozo que intentaba reprimir "siempre te he amado", terminó aún más bajito y se mordió el labio, intentando no llorar, sin apartar los ojos de los suyos.

Ella no entendía qué estaba pasando cuando de repente él se arrojó a sus pies frente a ella. Su mente aturdida intentaba entender lo que él decía primero en voz baja, luego más fuerte. Se sintió asustada, pero luego notó sus ojos y entendió lo que era.

"Te amo, Blanche". Sus ojos ardían con el fuego más brillante hasta ahora. "Siempre lo he hecho. Aunque pensé que había pasado hasta que entraste a Elysium esa noche hace semanas".

Ella lo miró con los ojos lo más abiertos posible para evitar que sus lágrimas se derramaran.

"Me dijiste que la vida sin amor es una existencia sombría. Traté de alejarme de ti. Pero la única forma en que la vida tiene sentido es cuando estás cerca, Blanche".

Sus dedos tocaron sus pies descalzos y comenzaron a acariciarlos. Estaba de rodillas en el suelo, más bajo que ella, mirándola y sus ojos la miraban con más amor del que había visto en nadie.

"Cuando te vi después de todos esos años", continuó, con los ojos fijos en ella, "supe que estaba enamorado de ti. De nuevo. O todavía. Y sabía que sería un problema".

Se rio, pero ella lo miró sin pestañear, mordiendo el labio, con los ojos llenos de lágrimas.

"Intenté ocultarlo, porque no sabía si sentías lo mismo, y me costó toda mi fuerza de voluntad hacerlo". Se inclinó y tomó su rostro, y ella no pudo apartar la mirada, aunque quisiera, no de sus ojos oscuros que brillaban con tantas emociones. "Nunca quise lastimarte. Y todo lo que hice fue para asegurarme de que nadie más te lastimara. Y fue un error, el error más grande de mi vida. Debería haberte dicho que estoy enamorado de ti, loca y profundamente. Deberías haberlo sabido hace mucho tiempo".

Con estas palabras, finalmente ella parpadeó. Y las lágrimas brotaron por sus mejillas. Y él se arrojó a su lado, comenzó a secar sus lágrimas con los pulgares y a besar su rostro. Y ella sollozó. Y dijo algo. Y él la besó en los labios, las mejillas, las sienes, acariciando su cabello, susurrando las palabras que habían estado ocultas durante tanto tiempo. Sus manos fueron a tocar su rostro y lo acariciaron suavemente como si por primera vez pudiera tocar al hombre por el que su corazón anhelaba.

"¿Por qué?" susurró ella.

Él apoyó su frente en la suya y la miró a los ojos, acariciando su rostro.

"¿Por qué nunca me lo dijiste, Marko?" preguntó ella.

"¿Por qué no lo hiciste *tú*?" él preguntó en su lugar.

"Fui una tonta", dijo ella.

Él asintió, sonriendo.

"Te amo", dijo en voz baja. "Ahora lo sabes".

Y cuando sus labios se encontraron, ella supo que él también la quería, incondicionalmente, libremente, con todo su corazón.

Ya se habían besado antes, pero esta vez, era como si él hiciera el amor con ella a través de ese beso, sus labios y los de ella, fusionándose en un beso lento, sus manos acariciándose como si esos toques cuidadosos pudieran arreglar todos sus errores.

"No sé cómo pude alejarme de ti durante tanto tiempo", dijo él y la besó de nuevo.

Siempre lo había querido, siempre lo había amado, pero saber de su amor fue el sentimiento más poderoso hasta ahora, y eso marcó la diferencia, porque ya no tenía miedo de mostrar sus sentimientos. La ternura de todos esos años de anhelo estaba en ese beso que parecía calmar las cicatrices del tiempo.

Durante mucho tiempo, fue solo eso: el beso, las caricias, el susurro tranquilo de la lluvia afuera y el crepitar del fuego junto a ellos.

Finalmente, Marko se apartó, se levantó, trajo una silla y se sentó frente a ella. Se inclinó con los codos sobre las rodillas y la miró en silencio durante algún tiempo.

"Ahora vamos a hablar, Blanche", dijo. "Algo que deberíamos haber hecho hace mucho tiempo. Sobre ti, sobre mí y sobre Lettice".

Ella se estremeció al oír el nombre y negó con la cabeza.

"No quiero hablar de ella ahora", dijo, apartando la mirada, pero él tomó su mano entre las suyas y parpadeó lentamente.

"Tenemos que hacerlo, Blanche. Sé que no te gusta, pero hubo demasiadas mentiras. Si vamos a hacer esto, necesitamos hablar. De todo. Empezando por el primer día. Cuando llegué a la casa en Baker Street".

Ella asintió, luego sonrió y cerró los ojos, recordando.

Día uno.

¡Oh, qué cruel había sido el destino desde entonces!

Abrió los ojos y lo miró con vacilación, pero solo vio cariño en sus ojos. La miraban con su oscuridad, pero era la oscuridad en la que quería estar. No había coqueteo en sus ojos, ni travesura, ni picardía. Y en esta calidez era aún más intimidante.

"Día uno", repitió. "Te conocí, Marko. Y estaba enamorada. Aunque no lo supe en ese momento".

Él sonrió, sus dedos acariciando suavemente su mano.

"Igual, Blanche. Ese día supe que las cosas serían diferentes".

Y por primera vez, hablaron de su pasado. No había nadie para interrumpirlos. La lluvia afuera tarareaba en su ritmo habitual. El fuego dentro ardía. Blanche todavía estaba aturdida, con el efecto del alcohol y el opio desapareciendo, haciéndola sentir como si estuviera en un sueño lúcido. Pero para ella, este quizás era el momento más importante entre ellos. Y Marko había pasado por demasiados arrepentimientos como para preocuparse por cualquier otra cosa que no fuera la mujer frente a él.

Una noche no fue suficiente para sacar todas las verdades. Pero esta noche fue la más importante. Las palabras fluían como una marea que a veces retrocedía, se calmaba, luego comenzaba lentamente y se convertía en otra ola, más fuerte que antes. Fueron día tras día. Sus sentimientos. Sus palabras. Sus besos. Los recuerdos los quemaban con vergüenza y dulzura. Todo era una revelación. Sus pasiones y emociones, culpa y arrepentimiento finalmente se convirtieron en palabras.

"¿La bufanda?" Blanche miró a Marko con sorpresa cuando él le contó la historia.

Él sonrió y parpadeó. Le contó lo que hizo, se ruborizó y se pasó la mano por el cabello. Eso la hizo sonreír y sentirse excitada.

Y luego le contó sobre Lettice esa misma noche y su descuido que tal vez causó las desgracias siguientes.

"No digas eso", susurró Blanche, se inclinó y acarició su cabello. Él tomó su mano y besó sus dedos. Pidió perdón por no saberlo. Pero la verdad la calmó. Finalmente, supo que él no tenía la culpa. Finalmente, se dio cuenta de que la crueldad de su destino también era el resultado de sus pasiones. Pero no lo habría cambiado.

Continuaron hablando. Pasaron por cada día. Paso a paso. Mentiras, había tantas que los rodeaban que era difícil ver la verdad. Pero lo hicieron. Entre todas las desgracias, se vieron el uno al otro y a su amor.

Hablaron sobre el día en que él se fue a París. ¡Oh, la bruja malvada! ¡Qué astutamente Lettice había orquestado sus vidas! ¡Cómo los había atraído fácilmente a sus trampas!

Y Blanche no pudo evitarlo. Lloró. Y Marko estaba de nuevo a su lado, besando cada centímetro de su rostro. Limpió sus lágrimas y profirió su amor nuevamente. Y así lo hizo ella. Siempre había pensado que necesitaba suficiente vino para hacerlo, pero ahora deseaba tener suficientes palabras para decirle cuánto significaba para ella. Y nunca había imaginado que alguien pudiera tener tanto amor por ella.

Hasta esta noche...

Ella tomó su rostro en sus manos cálidas y lo besó tiernamente en los labios. Y él la apretó tan fuerte contra él que pensó que no tenía la fuerza para respirar. Respiró a través de él, y eso era todo lo que había soñado.

"Te deseo, Marko", dijo ella. "No me importa qué traiga el mañana. Quiero estar contigo. Ahora. Aunque sea solo por esta noche".

Él la miró durante mucho tiempo, y cuando las palabras brotaron de sus labios, ella creyó haberlo escuchado mal.

"No puedo", dijo.

Una punzada de decepción le pellizcó el corazón. Ella frunció el ceño.

Le acarició la cara y sonrió.

"No puedo, Blanche" repitió—. "Solo por esta noche, no puedo. No puedo verte con otros hombres. No puedo hacer este juego. Y no puedo estar sin ti. Si hacemos esto aquí esta noche, serás mía".

El mundo a su alrededor pareció detenerse en silencio.

"Solo mía". Sus palabras, un dulce hechizo que la envolvió.

Sintió que temblaba.

"Sí" susurró ella. "Sí". Ella lo besó. "Sí".

No le importaba lo que significara y si significaría lo mismo mañana. Cuando la besaba, nada importaba, excepto que ella estaba en sus brazos.

Nunca había experimentado el ahogamiento hasta ahora, cuando se fundió en un beso profundo, sensual, perdiendo la paciencia, segundo a segundo. Las manos de Blanche estaban sobre él, desabrochando su camisa. Las de él, levantando el borde de su camisón para llegar a su piel cálida. Ella le desabrochó los pantalones y se los bajó, y esta vez él no se resistió.

Él le quitó el camisón y atacó su cuerpo, besándola, probando su piel, ahogándose en su aroma. Sus pechos suplicaban por sus labios. Sus pezones gritaban por su lengua. Su piel suave pedía sus caricias. Sus muslos ligeramente abiertos rogaban por su sexo mientras él la tironeaba, envolviendo su cuerpo alrededor de él. La llevó hacia él, y ella lo montó, levantó sus nalgas y se hundió en él, y movió las caderas hacia ella, empujando más profundo, ardiendo con el deseo que ahora fluía libremente.

"No necesitas impresionarme esta vez", susurró ella, y él sonrió y la miró a los ojos mientras ella se hundía lentamente. Él la dejó tomarse su tiempo, luego la levantó y la llevó a la cama, y allí, todas las emociones lo inundaron de golpe, tristeza y ternura, culpa y amor. Él empujó dentro de ella tan lentamente como si cada movimiento fuera una confesión de amor por sí mismo. Sus ojos azules avivaron aún más su pasión, lo acariciaron con su anhelo por su tacto, por su sexo dentro de ella. Se detuvo después de cada empuje como si intentara recordar el momento y cómo se sentía estar profundamente dentro de ella. Su mente estaba en llamas. Su corazón dolía por las emociones. Pero ahora quería mostrarle cuánto la había anhelado todos estos años. Por primera vez, no solo estaba tomando a una mujer, estaba haciendo el amor.

Ella era hermosa, tan abierta frente a él, debajo de él, con sus muslos bien abiertos, dejándolo entrar en su pozo de placer, en su profundidad más íntima como si con sus embestidas pudiera alcanzar su corazón. Su piel tan suave. Sus suspiros tan eróticos. Sus labios atrapando los suyos con hambre, aferrándose, atrayéndolo más profundamente, con su lengua lamiéndolo suavemente. Pero él despertaba y la miraba mientras hacía el amor, porque quería ver sus ojos. Quería sentir su carne alrededor de su sexo y verlo en sus ojos que ella sabía que era suyo. Solo suyo.

Su excitación estaba en sus ojos. Ella parpadeó lentamente, arqueó la espalda bajo él y separó los labios.

"Déjate ir, Blanche", susurró él y siguió empujando lentamente dentro de ella, sintiendo su deseo cálido y húmedo en él. Ella gimió en respuesta. "Sí, cariño". Otra embestida y su gemido de nuevo. Él empujó más profundo y movió las caderas. Su cercanía era embriagadora. Su amor—él lo conocía ahora—era lo más excitante que jamás había pasado por su mente. Quería hundirse en ella. Y no solo con su carne, todo él, fundirse en ella, romperse en unidad. En cambio, lo hizo con su erección dentro de ella, su sexo tan duro que dolía, y la única cura, su

centro femenino.

"¡Ah!" ella exhaló con un gemido.

"Te amo", susurró él, ya no temiendo las palabras, y siguió empujando, más profundo, más rápido, liberando sus gemidos en la penumbra de la habitación.

Él agarró su cabeza entre sus manos y aumentó su ritmo y la miró a la cara mientras ella lo observaba con asombro, jadeando en su clímax silencioso.

Y allí estaba en sus ojos, no era lujuria, sino amor. Lo abrumó. Se extendió por su cuerpo como una poderosa ola.

"Te amo". Besó su mejilla y enterró su rostro en su cabello. "Quiero que siempre lo sepas".

Sintió sus brazos rodear su espalda y acariciar su piel. Su toque suave era todo lo que necesitaba como respuesta. Las llamas del deseo lo lamían más rápido y más fuerte, y cuando ella susurró su nombre, finalmente estallaron en él con una fuerza cegadora.

Blanche yacía en brazos de Marko y no podía pensar en nada más que en el hecho de que finalmente estaban juntos. Otra vez. Y con suerte, no sería la última. Él era diferente. No había ningún juego disfrazando sus sentimientos. En cambio, esos sentimientos brillaban a través de sus ojos con un brillo suave. Y era por ella. Solo por ella.

Su cabeza pesaba, los efectos del alcohol y el opio se estaban desvaneciendo. Pero eso no importaba ahora. Él estaba junto a ella.

"¿Por qué nunca me hablaste sobre tus sentimientos?" preguntó ella mientras se incorporaba sobre su codo y lo miraba.

Sus ojos oscuros ardientes, ¡oh, cómo eran diferentes cuando la miraban ahora!

Él yacía con el antebrazo bajo su cabeza. Su otra mano se acercó hacia su rostro, y sus dedos acariciaron su mejilla. Lentamente pasaron los mechones sueltos de su cabello, luego regresaron a su rostro y sus labios.

Ella sonrió y apartó la mirada, pero él atrapó su mentón con sus dedos y giró su rostro hacia él.

"¿Cómo podrías no saber que te amo, Blanche?" dijo en voz baja, estudiando su rostro con su habitual media sonrisa, excepto que esta vez no había rastro de travesura en ella. En cambio, había calidez como la que irradiaba la chimenea. "Cada vez que estabas cerca, intentaba tanto no mirarte. Porque si lo hacía por mucho tiempo, sabía que haría algo estúpido, revelaría mis deseos, y eso te decepcionaría. O te molestaría". Hablaba lentamente mientras sus dedos acariciaban su piel, y ella sentía que se desmoronaría ante la ternura de su tacto y sus palabras. "Conozco cada vestido que usaste". Sus ojos a solo centímetros de los suyos la estudiaban, y era aún más intimidante con su franqueza. "Qué perfume usas. Qué aceites aplicas en tu piel, porque cuando dejaste ese guante en la carroza, olía a ti". Ella lo miró con asombro como una mujer podría hacerlo al escuchar la confesión más profunda. "Puedo decirte qué hice con ese guante". Se rio.

"Marko", susurró ella con una sonrisa y sintió que las palabras resonaban con el calor entre sus piernas.

"Sé cuántos brandis tomas antes de comenzar a mover la muñeca, lo haces cuando estás alegre. Y frunces los labios cuando estás bastante borracha".

Ella se rio y se inclinó para besarle. Cuando se separó, sus labios se curvaron en una sonrisa juguetona tan familiar.

"No puedo decirte cuántas veces pensé en ti y en tus labios cuando estaba con otras mujeres", dijo él, y ella parpadeó. "Es verdad. Aunque no debería haberlo dicho. Perdóname".

Se miraron en silencio. Ella estudió su cuerpo, sus hombros anchos, sus brazos fuertes. Su Marko.

Él exhaló ruidosamente y se incorporó en un codo.

"¿Qué sucede?" preguntó ella.

"Hay algo más de lo que necesitamos hablar, Blanche. Y no te gustará. Pero no hay otra manera".

Se pasó la mano por el cabello. Ella tomó su mano y la sostuvo en la suya.

Y él le contó sobre Lettice y sus amenazas.

"Mable Beauty?" Blanche lo miró asombrada. "Pero no fue mi culpa".

"Lo sé", asintió Marko. "Pero así es, cariño. He estado tratando de encontrar personas que pudieran demostrar lo contrario. Y con suerte, las cosas funcionarán".

Él le habló sobre el Sr. Bisbee y Kat.

¡Oh, qué ciega había sido! ¡Qué poca fe había tenido! Su corazón se aceleró al darse cuenta de que él había hecho todas esas cosas por ella. Luego un pensamiento sombrío se apoderó de ella.

"¿No nos dejará en paz, verdad?" preguntó Blanche, mirándolo con tristeza.

Él negó con la cabeza.

"No a menos que esté lejos, cariño. Pero así es. Tendremos que vivir con eso. Tú y yo".

Él le sonrió, y de repente ella se dio cuenta de que, si él estaba decidido a resolverlo, si iban a estar juntos, si tenían su amor, entonces tal vez todo saldría bien al final.

"Somos tú y yo, Blanche", dijo él. "Lo manejaremos. ¿Sí? Ahora no tenemos otra opción".

Ella sonrió.

"Blanche", dijo él, acariciando su rostro. "Di que lo haremos, y eso es todo lo que importa".

"Sí", dijo ella y lo besó. "Lo haremos". Lo besó de nuevo. "Me gusta cómo habla, señor Farini", dijo con una sonrisa juguetona, y sus ojos centellearon como los de un depredador que miraba a su presa.

"Así que..." dijo suavemente y parpadeó sus pestañas hacia él. "Ese guante..." Mantuvo su mirada en la suya. "¿Qué hiciste con él?"

Él se rio y sus ojos se desviaron hacia sus labios.

"Me toqué", dijo.

Acarició su labio inferior con su pulgar.

"¿Me lo mostrarás?" preguntó ella en voz baja, y él levantó una ceja. "Quiero que me lo muestres, Marko", dijo aún más bajo y sintió el hormigueo familiar en la parte baja de su vientre.

Él retiró lentamente su mano de su rostro y tomó su mano en la suya. Luego movió la sábana que cubría su cuerpo y, sin romper el contacto visual, colocó su palma alrededor de su sexo. Varios movimientos suaves y su hombría cobró vida en la mano de Blanche.

Se miraron mientras su palma cubría la suya y la guiaba arriba y abajo de su sexo. Lentamente. En sincronía.

"¿Es esto lo que hiciste?" susurró ella, acercando sus labios a los suyos.

No respondió. Suavemente, apartó su mano de su dureza y la llevó hacia abajo entre sus piernas, cerrando su palma sobre sus testículos que ahora estaban en su mano. Él gruñó. Ella vio cómo sus ojos parpadeaban lentamente con placer, y lo deseaba de nuevo, quería su dureza dentro de ella.

"Ahora *me tienes*", dijo suavemente y lo atrajo hacia ella.

"Quiero estar dentro de ti", susurró él. "Quiero que me sientas".

Y su deseo inundó su sexo.

Él volvió a hacer el amor con ella. Y mientras lo hacía, la contemplaba, luego la besaba tiernamente, y volvía a contemplarla detenidamente.

Si alguien le dijera que podría desear a alguien así, lo llamaría obsesión. Si alguien estuviera dispuesto a pasar por dolor para conseguir algo, lo llamaría adicción. Marko era su droga, pero también era la cura. Y era la luz que finalmente le estaba mostrando el camino a través de la oscuridad. Una vez un hombre sabio había dicho que el conocimiento podía sumergir a alguien en la más profunda desesperación. ¡Qué tonto! Su desesperación había sido por no saber del amor de Marko. Y ahora que sabía que él la amaba, finalmente sabía qué era la esperanza.

Nunca había sabido que un hombre como Marko pudiera ser tan tierno. La sorprendía. La emocionaba. Esta noche, él no necesitaba impresionarla, y ella no necesitaba mostrarle lo que podía hacer en la cama. Simplemente eran ellos, en su tierno hacer el amor y orgasmos silenciosos.

"Lo que dije lo dije en serio, Blanche", dijo Marko cuando estaban acurrucados en brazos del otro, somnolientos por el calor del fuego y las caricias interminables. "No puedes ir a la Belle House". Él tomó su mentón entre sus dedos y giró su rostro hacia él. "Ahora somos solo tú y yo".

Ella sonrió, y su corazón se aceleró de alegría.

"¿Quieres que sea tu amante?" Su corazón dio un vuelco ante las palabras. Finalmente estaría con el hombre que amaba.

"No", él negó con la cabeza. Una media sonrisa. Sus ojos extrañamente brillantes.

Su corazón se apretó con una repentina inquietud. Ella no entendía. Volvió a jugar con ella.

"¿Marko?"

"Quiero que seas mi esposa, Blanche", dijo suavemente.

Si le quedaba alguna lágrima, lloraría. En cambio, lo miró con sorpresa. Quería apartar la vista, pero él la sujetaba firmemente.

"¿Lo harás?" preguntó más suavemente.

Oh, ¿cómo podría explicarle que no había escuchado esas palabras ni en sus sueños más salvajes? ¿Que la realidad de su vida era tan sombría que cuando pensaba en él y en su amor por él, una noche era todo lo que sus sueños alcanzaban?

Olvidó responder. Olvidó cuál era su vida. Lo miró con sorpresa y confusión, su corazón latiendo violentamente.

"¿Blanche?" preguntó suavemente frunciendo el ceño, su mirada de repente dubitativa.

"Sí", dijo suavemente y vio desaparecer el ceño fruncido de él. "Sí", repitió, y sus ojos se iluminaron de alegría. "¡Mil veces sí, Marko!" Sintió un nudo en la garganta y rio suavemente cuando él la besó con ternura. "Todo esto es tan repentino", dijo con una sonrisa.

Él sonrió en respuesta.

"Sí, realmente lo es", dijo, con los ojos fijos en los suyos. "Cinco años es bastante rápido".

"¿Me despertaré y descubriré que todo es un sueño?" lo miró con una sonrisa.

"No, amor", acarició su cabello, "pero quiero que te despiertes a mi lado".

Y la atrajo hacia otro beso. Fue la noche más triste y ahora la más feliz de su vida.

Pero lo peor y lo mejor aún estaban por venir...

Blanche estaba tan feliz que casi la asustaba. Como si después de años, el destino no pudiera permitirle tener lo que deseaba.

Ella y Marko no salieron de la casa al día siguiente. Hicieron el amor, hablaron, discutieron lo que debía hacerse. Blanche se olvidó por completo de la carta a Benjamin, y cuando le envió una nota, una hora después Benjamin estaba en casa de Marko. Entró como un cruzado, se quedó boquiabierto ante Blanche riendo y exigió coñac.

"¿Ya no más Belle House? ¡Qué peculiar!" exclamó sorprendido.

"¿Estás molesto?" se rio Blanche.

"No. Mientras no te conviertas en una aburrida ama de casa con un puñado de niños y dolores de cabeza constantes".

De Jouy llegó, furioso, balbuceando en medio francés que Marko había dejado Elysium para que él se ocupara la noche anterior y fue una pesadilla. Habló largo y tendido, regañó a Marko por desaparecer, luego notó a Blanche y la miró con sorpresa y fascinación.

Marko lo llevó a su estudio para hablar en privado.

"*Mon ami*", exhaló De Jouy pesadamente, "¿puedes imaginar lo que esto" señaló la sala donde estaba Blanche "hará contigo? ¡Lettice me matará! ¡*Oui!* Y a ti. Y a ella". Señaló en esa dirección nuevamente, luego se lanzó al sillón y fumó. "Ella amenazó de nuevo. El dinero. ¡*Impossible!*" dijo tímidamente. "Me arruinará".

Marko lo miró por debajo de las cejas.

"Prepara el dinero, Adrien. Ella atacará en cualquier momento. Y una cosa más". Hizo una pausa y miró significativamente a De Jouy. "Quiero que le hables sobre Blanche y yo".

De Jouy le dio una mirada horrorizada, pero Marko solo asintió.

Dos días después, Marko y Blanche se casaron. Fue un asunto rápido en el registro civil, solo con Benjamin Lees y un amigo de Marko a su lado.

"¡Deberíamos celebrar!" exclamó Benjamin cuando salieron a la fría tarde de noviembre.

"Quizás deberíamos posponer", dijo Blanche, mirando con duda a Marko.

"Esposa", susurró él, apenas audible, pero ella lo oyó. Quería escucharlo una y otra vez. Sus ojos centellearon con algo nuevo, y ella no pudo evitar sonreír y mirar a su alrededor con una sonrisa tonta en su rostro.

Esposo, dijo su mente. Y así sería a partir de ahora. Él, Marko, era su esposo.

Ella estaba feliz. Cada vez que lo miraba, era con el mayor asombro. Y cuando él mantenía su mirada en ella por demasiado tiempo y las comisuras de sus labios se curvaban en una sonrisa, ella se sentía débil de alegría.

Era todo demasiado increíble y... un poco preocupante. Sabía—o más bien sentía—que algo le quitaría su felicidad. No estaba segura de qué sería, pero estaba segura de que la vida no le permitiría aferrarse a Marko por mucho tiempo.

Celebraron en casa, solo los dos. Junto a la chimenea, mientras él la desvestía y la tomaba impacientemente, girando y retorciendo su cuerpo en sus manos como si fuera un ratón en las garras de un gato. Con copas de champán, mientras ella se sentaba desnuda en su regazo en el salón. Entre las sábanas, haciendo el amor hasta el amanecer, hasta que estuvieron demasiado exhaustos para moverse.

Blanche aún ansiaba el opio, pero Marko la curaba con su cuerpo, la agotaba con su pasión. El amor siempre era un buen remedio.

"Es mío, Sr. Farini", dijo ella coquetamente, dejando besos por su espalda y glúteos mientras él yacía boca abajo desnudo en la cama.

"Es mía, Sra. Farini", respondió él con voz ronca y baja, se levantó de un salto, la derribó y besó sus muslos, abriéndose paso hasta la unión entre sus piernas.

Ella gimió.

"Así es", susurró él. "Repite después de mí. Soy tuya".

Él trazó la separación entre sus piernas con su lengua.

Ella gimió.

"Soy tuya", repitió ella.

"Otra vez", dijo él, penetrándola una y otra vez como si estuviera recuperando los años perdidos.

El juego continuó hasta el primer rayo de luz. Y aunque era difícil ver la luz en la densa niebla del Londres tardío de otoño, eso era todo lo que veían, porque solo se miraban el uno al otro.

Pero había otra persona allí afuera, Lettice Mable Hatch. Su felicidad la sumió en los pensamientos más oscuros hasta ahora. Hervía de rabia. Y una cosa en la que era buena era en conceder la oscuridad a los demás.

Se acercaba otro ocupado fin de semana en Elysium. Marko estaba de excelente humor y con el espíritu en alto. Sus pensamientos inevitablemente volvían a Blanche. *Su Blanche. Su esposa.* El pensamiento lo divertía, lo hacía sonreír, lo excitaba cuando pensaba en volver a casa y verla. Apenas cuatro días y su vida había cambiado de manera profunda de una forma que no recordaba que hubiera sucedido antes. Excepto, tal vez, en Baker Street.

Era la tarde del jueves temprano y Lettice entró a un Elysium vacío sin su sonrisa habitual. Marko se tensó al verla. De Jouy, a su lado, desvió la mirada, encendió un cigarro y fumó nerviosamente. A diferencia de otras veces, el francés no se encargó de su abrigo. Ella se lo quitó, lo lanzó sobre la barra y estudió a los dos hombres con desprecio.

"No estuviste aquí el sábado por la noche", dijo Lettice con una sonrisa, pero no era una sonrisa agradable. Y era demasiado evidente.

Marko la miró directamente a los ojos.

"Tenía algunos asuntos que atender."

De Jouy se mantuvo en silencio. Por supuesto, le había dado la noticia como habían acordado.

"¿Qué asuntos serían esos?" dijo Lettice con un tono gélido en su voz.

Marko sonrió con suficiencia.

"No son asuntos tuyos."

Algo apenas perceptible pasó por el rostro de ella—quizás un destello de sorpresa—y volvió a mostrar su confianza. Dio un paso más cerca, con sus ojos destilando veneno hacia Marko, quien la miraba con confianza, aunque su corazón se retorció de inquietud.

"Entonces es un golpe de estado", dijo ella dando otro paso más cerca. Estaba a dos pasos de distancia, y Marko podía oler su dulce perfume, su dulce veneno. "Quizás te sientas excesivamente audaz hoy, querido Marko, pero esa pobrecita tuya, esa pequeña puta, está desinformada. Puede que la hayas arruinado."

Ella sonrió maliciosamente y estudió su rostro como si estuviera a punto de abofetearlo, pero Marko no perdió la compostura.

"¿No tienes algo que hacer, Lettice?" dijo finalmente sin apartar la mirada.

La gran sala estaba tan silenciosa que podía escuchar a De Jouy chupando nerviosamente el cigarro. Lettice se quedó helada con la expresión más vil en su rostro, como la de un depredador antes de un ataque, y quizás fue la primera vez que no tuvo una respuesta.

En los últimos días, Marko finalmente había comprendido—le había llevado años y el accidente en el puente—que no había escapatoria de esta mujer. No se aburría fácilmente con su presa. Y cuando lo hacía, era un final rápido y fatal para el desafortunado. No importaba cuánto

Marko intentara ser amable, esconderse o mentir, ella tomaría lo que quisiera y haría lo que tuviera planeado. Era una depredadora, y los depredadores no tenían compasión. Si Lettice quería sepultar a Blanche, haría todo lo posible. Pero dependía de Marko encontrar una forma de escapar de ello. Y no estar con Blanche no era una opción. Dios, le había tomado demasiado tiempo entender esta verdad básica—que mantenerlo alejado de Blanche era la mayor arma de Lettice. Pero estar con Blanche ahora, finalmente, después de tantos años, le daba esperanza.

Quizás Lettice lo vio en sus ojos. Quizás finalmente sintió que su agarre sobre él se aflojaba. Una sonrisa fea apareció en sus labios. Dio media vuelta, soltó, "Adrien. Mi abrigo," y comenzó a caminar hacia la puerta.

De Jouy no se movió, pero lanzó una mirada cobarde a Marko.

De repente, ella se dio la vuelta bruscamente.

"¡Adrien!" gritó, lanzando fuego con sus ojos hacia su amante.

De Jouy exhaló, hinchando los labios, y recogió su abrigo de la barra.

"Hablaemos más tarde, Adrien. ¿Sí?" dijo Marko y mantuvo su mirada en el hombre.

Y antes de que el francés se volviera y caminara hacia Lettice, le dio a Marko una mirada miserable que Marko solo había visto en hombres antes de una ejecución.

Esa noche fue una de las más concurridas en Elysium.

Invitados importantes.

Acróbatas franceses en escena.

La actuación de Galia.

Esa misma noche, una carta anónima llegó al magistrado. Tenía solo varias líneas.

"Mable Beauty".

Blanche Carey.

Y la dirección: la casa de Marko.

Esa noche, varios policías llamaron a la puerta de su casa. Y cuando la doncella, inconsciente, abrió y dijo que la señorita Blanche Carey era, de hecho, la señora Blanche Farini, y que sí, que residía allí desde la semana pasada, los policías entraron.

Cuando Blanche fue arrestada esa noche, aceptó los cargos por lo que eran, asintió, se vistió y, antes de entrar en la fría noche para enfrentar su destino, le dijo las últimas palabras a la criada:

"Dígaselo al señor Farini."

Las noticias llegaron a Marko a medianoche, y aunque sabía que este momento llegaría, nunca habría pensado que la víbora atacaría tan pronto. Dejó a De Jouy a cargo y se apresuró hacia la prisión de Bailey City.

Había intentado imaginar cómo sería. Pero, oh, cómo le latía el corazón cuando pagó a los guardias y vio a Blanche, sus hermosos ojos azules mirándolo con desesperación desde el sótano lleno de suciedad y hedor. Docenas de personas—niños, mujeres, hombres—le miraban o le observaban abiertamente con hostilidad, curiosidad, desesperación. Y entre ellos, Blanche.

Oh, Dios.

"Todo estará bien", dijo, aunque no estaba seguro. "Mañana estarás de vuelta en casa."

Pensó que lloraría, pero ella lo miró con triste confianza, y algo en eso hizo que quisiera hacer estallar la ciudad para que ella pudiera ser libre. Pagó una suma considerable al carcelero y a los guardias para asegurarse de que nadie pusiera un dedo sobre ella. Pidió la liberación de Blanche, pero el dinero solo llegaba hasta cierto punto.

"Mañana", dijo el carcelero con voz aguda.

Temprano a la mañana siguiente, Marko volvió a la prisión de Bailey para hablar nuevamente con el carcelero a cargo. El tribunal anunciaba la fianza por la tarde.

"La demandante es una mujer muy respetable, Sr. Farini. Le sugiero que tenga una suma considerable lista."

Pero él había estado preparado para esto durante un tiempo, y cuando Blanche fue liberada hasta el día del juicio, exhaló aliviado.

Dos semanas hasta el juicio.

Fue un tiempo sombrío.

Elysium requería más atención que nunca. De Jouy contrató a otro gerente para ayudar con el establecimiento.

La niebla parecía espesarse.

Los días se acortaban.

La mente de Blanche daba vueltas con todo tipo de pensamientos sombríos.

Marko y ella hacían el amor en cualquier momento libre que tuvieran. Apasionadamente, como si cada vez fuera la última. Esos momentos amortiguaban el conocimiento de lo que estaba por venir, y así dedicaban cualquier tiempo libre a la intimidad, la cura, el dulce remedio.

El Sr. Bisbee venía de visita a menudo. Él y Marko se quedaban en el estudio durante horas, hablando. A veces riendo. Sus risas aliviaban las preocupaciones de Blanche.

Todo estará bien, se decía a sí misma.

Estos raros momentos de esperanza la hacían sentir más en paz. Si tenía que pagar por todo lo que había hecho, entonces que así fuera.

Marko tenía una visión diferente. Estaba seguro de que todo saldría bien.

"Pero hay ciertas cosas que debemos hacer y personas a las que debemos encontrar", dijo. "Sé que te trae recuerdos dolorosos, Blanche, pero hay alguien importante con quien necesitamos ponernos en contacto". Sus ojos parecían pedir perdón de nuevo, la mirada que a ella no le gustaba. "El Sr. Culmell".

El nombre hizo que Blanche se estremeciera. No entendía qué tenía que ver el hombre que había comprado su inocencia con "Mable Beauty" y Lettice, pero asintió y le dio a Marko la dirección.

Era como si todos sus pecados y desgracias tuvieran que ser presentados para el juicio y la vista pública. Todo menos Lettice. La mujer parecía haber desaparecido de sus vidas. Incluso De Jouy exhaló aliviado.

"Elle part, Marko. Bientôt!" exclamó.

"¿A dónde?" preguntó Marko.

"Elle n'a pas dit. *Ca n'a pas d'importance!* ¡Pouf! ¡Y los problemas se fueron!" De Jouy rio nerviosamente. Incluso él no creía en un buen resultado.

"Ella hará lo que amenazó, Adrien", dijo Marko sin rastro de alegría. "Por eso necesitamos ese dinero. El día del juicio."

El juicio duró dos días.

Fue un viaje por el camino de la memoria para Blanche. Todo lo que había intentado olvidar durante años volvió cuando el Sr. Bisbee, su abogado, encontró paso a paso la historia de Blanche, el matrimonio de su padre con Lettice Mable Hatch, su muerte y los registros de su escasa herencia en comparación con el negocio que su madrastra había comenzado.

"Mable Beauty" era la historia más grande, por supuesto, con su gran reputación y las mentiras.

Había gente mal vestida de Spitalfields, los serbios y los irlandeses, aquellos que Blanche nunca había visto, pero que habían sido la fuerza laboral detrás de la tienda de belleza más famosa de Londres.

¡Oh, Marko! Los lugares a los que había ido para encontrar esas almas desafortunadas que años atrás, en los barrios más sucios de Londres, habían pasado días y noches elaborando los remedios mágicos de juventud de "Mable Beauty"! Las pobres almas no conocían a Lettice Mable Hatch, pero trabajaban para cierto Sr. Samson Cohn, quien no solo había sido el socio de Lettice Hatch, sino también un estafador conocido y buscado.

Había otros testigos: los dos hombres a quienes se les había pagado para recolectar dinero para la Sra. Hatch. Parecía que la avaricia de la mujer finalmente estaba funcionando en su contra, ya que Marko era quien había pagado a los hombres en ese entonces, y solo se requería una pequeña suma para hacer que dijeran las historias menos halagadoras sobre la mujer.

Incluso Blanche no sabía todo lo que había sucedido con "Mable Beauty". La gente que nunca había conocido ni había oído nombrar. Las historias de las que nunca había sido parte.

Marko testificó, y ella se sintió avergonzada de haberlo involucrado en esto. Pero él era el principal testigo, el amante de la araña hembra, el espectador involuntario que en aquel entonces había observado cómo se desarrollaban los eventos de "Mable Beauty".

Estuvo Adrien de Jouy, quien habló sobre su conocimiento de la Sra. Hatch en París y su negocio allí.

Pero el juicio volvió a la historia de Blanche otra vez. Y ahí estaba ese nombre espantoso de nuevo.

El Sr. Culmell.

Su nombre permaneció en privado, considerando su estatus social y todo. Pero no hubo error cuando el Sr. Bisbee comenzó a leer la carta. Describía la vergonzosa transacción. Hablaba extensamente sobre el acuerdo posterior que duró más de un año. La carta del testigo atestiguaba la falta de fondos de Blanche y la falta de medios para mantenerse a sí misma.

"Si la acusada hubiera obtenido ganancias del negocio de la tienda de belleza", declaró el Sr.

Bisbee, "habría tenido los medios para mantenerse a sí misma en lugar de vender su virginidad". Blanche sintió cómo se le helaban las entrañas al escuchar esas palabras. "La mencionada carta prueba que la participación de Blanche Farini, anteriormente Carey, en el negocio de "Mable Beauty" fue forzada, y su temprana edad fue utilizada por Lettice Mable Hatch con intenciones menos que honorables. Si alguien es la víctima, sería la acusada".

Blanche observó y escuchó con la máxima humildad. Todo esto le resultaba demasiado extraño, este relato de los eventos principales de su vida. Como si no fueran suyos. Como si hubiera sido una extraña pesadilla que seguía viendo una y otra vez, esperando despertar. Los últimos años en la Belle House se habían convertido en su realidad y todo lo anterior parecía estar lejos.

Excepto que aquí se mencionaba, en la sala del tribunal, frente a docenas de personas, los secretarios del tribunal y los testigos y los miembros del público curiosos que el segundo día se triplicaron en número.

¡Ah, la Belle House!

Casi causó un motín. Hubo gritos y maldiciones y escupitajos y el juez levantando la mano, una y otra vez, llamando la atención, y los guardias echando a varias personas enojadas. Los hombres se impacientaban en los bancos y las mujeres susurraban insultos entre dientes.

Pero ahí estaba de nuevo el Sr. Bisbee. A diferencia del Sr. Bisbee en Elysium, alegre y humilde, aquí en la corte estaba calmado y serio. Un Salomón, ni más ni menos. Contó la historia de la vida de Blanche.

¡Cuántas veces ya la había escuchado aquí! Pero esta historia era triste. Pedía compasión. Requería la comprensión del público. Hablaba de la humildad de Blanche y de su destino desafortunado. E incluso Blanche se sintió peor por sus propias desgracias de lo que había sentido nunca antes. Pero miró a Marko que estaba varias filas detrás de ella, y él asintió e intentó una sonrisa, con sus ojos brillando de determinación, y ella sintió que él había estado con ella todos esos años, en algún lugar, observando, esperando el momento para salvarla. El Sr. Bisbee habló sobre su matrimonio y sus intenciones de llevar una vida respetable.

"Pues ¿qué es el juicio, queridos señores y damas, sino dar a uno la oportunidad de redimirse? Y no hay mayor redención que la que viene después de las caídas más bajas", declaró el Sr. Bisbee, y las mujeres en el público presionaron sus pañuelos para secar las lágrimas que les brotaban en los ojos. "¡Porque a todos se les debe dar una oportunidad de seguir el camino de Dios cuando uno ha sido seducido por el Diablo que es Lettice Mable Hatch!" Agitó su dedo índice en el aire, la sala asintió colectivamente, y el juez levantó una ceja.

Al final, Blanche se dio cuenta de que no se trataba de redimirla ante los ojos de la corte, sino más bien de mostrar a Lettice Mable Hatch, la mente maestra detrás de "Mable Beauty", bajo una luz monstruosa, aunque cualquiera que la conociera argumentaría que no había forma de mostrar la verdadera profundidad de su naturaleza malvada.

Y así fue como el tribunal que buscaba castigar a Blanche no estaba tanto interesado en su buena naturaleza como en revelar a la mujer, la hermosa propietaria de "Mable Beauty", que de repente era más misteriosa que el propio Diablo.

Se presentaron documentos: casos judiciales resueltos hace cinco años, mujeres que fueron reembolsadas, pero más de las que no quisieron ser nombradas, pero atestiguaron las acciones criminales de la maldita tienda de belleza. Docenas de personas que habían sido engañadas y robadas. Cientos que habían quedado insatisfechas.

¡Oh, Adrien De Jouy! ¡No era tan indefenso después de todo! Se mencionaron registros de París, y todo esto tenía un nombre en todas partes, Lattice Mable Hatch.

Cuando el juez y los secretarios del tribunal terminaron con todo, ni siquiera miraron a Blanche. En cambio, querían ver a Lettice Mable Hatch. Cada persona en la sala del tribunal quería poner sus ojos y manos en la mujer que había atraído tan astutamente a la élite de Londres a sus redes. Y las mujeres agraviadas—muy pocas que se atrevieron a mostrar sus rostros—querían ver a Lettice ahorcada.

Ya sea por destino, karma o providencia divina—las ruedas de la buena fortuna comenzaron a girar. Y cuando el hombre alto y corpulento con una peluca blanca de tribunal finalmente dijo las palabras "No culpable", con tanta indiferencia como si estuviera despidiendo a una criada descuidada, Blanche sintió justo como esa noche en el puente, cuando la fuerte ráfaga de viento la tiró al suelo y se sintió ligera, cayendo.

Excepto que ahora sentía que podía volar.

Se lanzó a los brazos de Marko. Ya no había nada por lo que llorar. En cambio, sonrió como una loca. Años, eso fue lo que les había llevado deshacerse de la mayor amenaza de sus vidas.

El juez tuvo una pequeña conversación con el Sr. Bisbee, luego se acercó a Marko y Blanche.

"No le hablaré de los caminos de Dios, Sra. Farini", dijo con la mayor indiferencia, y Marko le dio una extraña mirada, casi una sonrisa burlona, pensó Blanche. "Soy un hombre de ley, y aconsejo que a partir de ahora se mantenga en el buen lado de la ley."

Asintió, indicando el final de la conversación, pero antes de darse la vuelta, se inclinó hacia Blanche y dijo mucho más bajo:

"Envíe mis saludos a la Srta. Catherine".

Esa misma noche, Marko, Blanche y Adrien De Jouy estaban sentados en el salón de Marko, esperando otras noticias. Las velas enviaban destellos por la habitación y ocasionalmente siseaban.

Eran las siete en punto.

Para la mayoría de las personas, la vida seguía como siempre cuando el reloj sonaba, pero las tres personas en el salón se estremecieron al mismo tiempo.

Blanche llevó el vaso de brandy a sus labios y nerviosamente dio un sorbo.

Marko fumaba aparentemente con calma, pero sin parar.

De Jouy rizaba un mechón de cabello con su dedo. Sus labios se movían en alguna conversación silenciosa consigo mismo. Tenía las piernas cruzadas una sobre la otra, y movía impacientemente uno de sus pies.

Esta noche no era de menos importancia que el juicio anterior. Y aunque el juicio había terminado, aún quedaba una cosa por terminar.

De Jouy había hecho lo que Marko había dicho, una semana antes, había dejado una cantidad sustancial de dinero con cierto Sr. Fosbroke, un banquero y contador, en la calle Bernard 593.

"A las siete en punto", le había dicho De Jouy al hombre, "una mujer vendrá a recogerlo. No debes entregar el dinero a nadie más que a ella".

La codicia nunca le era útil a nadie.

Era ciega.

Era descuidada.

Y también lo era Lettice Mable Hatch, dejando la ciudad, escapando del castigo. Pero ella no sería ella misma si no tomara lo que quería. Y así fue que cuando el reloj sonó las siete, un carruaje con baúles en su techo se detuvo en la calle Bernard 593.

"Volveré enseguida", dijo Lettice al conductor mientras se apresuraba hacia los escalones de la puerta con el fatídico número 593.

Detrás de la puerta estaban el Sr. Fosbroke y el dinero que había venido a buscar. Pero cuando levantó la mano para golpear la puerta, escuchó un sonido de pasos colectivos y una voz alta.

"Sra. Lettice Mable Hatch".

Demasiado alto para su gusto, y pertenecía a uniformados azules.

Intentó gritar, maldecir, ofrecer dinero cuando los policías la arrestaron y la arrastraron, pero nada pudo salvar a la mujer que era buscada por demasiados en esta ciudad.

Finalmente, su reputación la superó.

Finalmente, fue famosa.

Finalmente, su codicia la alcanzó.

Algún tiempo después, hubo un golpe en la puerta de la casa de Marko, y la criada trajo un mensaje de un mensajero. Marko leyó la nota, y la sonrisa en su rostro era tan grande que asintió y miró a Blanche y luego a De Jouy, que los otros dos se levantaron de sus asientos de inmediato. Blanche jadeó y juntó las manos en su pecho. De Jouy chilló y alabó a Dios en francés. Se lanzó hacia Blanche, la levantó y la giró, sacándole un grito feliz. Luego los dos corrieron hacia Marko y lo abrazaron, casi sofocándolo, pero riendo locamente.

Abrieron champán y brindaron por la libertad y por Newgate Prison, donde Lettice Mable Hatch pasaría sin duda muchos años; por el Sr. Bisbee y Lord Bramwell; por Catherine "Kat" Wilde y la Belle House; por la vida, por el Sr. y la Sra. Farini, por Francia y por las Salas Elysian.

Cuando Adrien de Jouy se fue, Blanche y Marko hicieron el amor. Hubo pasión. Y trucos sucios. Y hubo dulzura tierna. Con una diferencia: ambos sabían que eran libres de hacer lo que quisieran.

"Se acabó", dijo Blanche, sonriendo a Marko.

"No", él le devolvió la sonrisa juguetonamente. "Tú y yo apenas estamos comenzando".

Ella rio felizmente.

Hicieron el amor y bebieron champán. Esa noche celebraron todo lo que pudieron pensar, porque así es como funciona la vida, una sentencia de prisión para uno, champán para otro.

EPÍLOGO

Habían pasado dos semanas desde el juicio, y esas fueron las más felices en la vida de Blanche.

Pasaba más tiempo en Elysium estos días. Hacía el papeleo e inventario en la oficina y estaba más que dispuesta a ayudar y a estar al lado de Marko más a menudo. A veces, lanzaba una mirada a través del abarrotado Elysium y pensaba que podría ver el rostro familiar de la maldad que la había perseguido durante tantos años. Pero luego recordaba que la pesadilla había terminado. Sus ojos encontraban a Marko, y lo observaba durante un rato, sonriendo para sí misma. Era difícil estar feliz cuando nunca habías conocido lo que era. Pero Marko la sorprendía mirándola, y su mirada hacía que su corazón latiera más rápido. Esa era la felicidad. Y él era la clave de eso.

Esta noche, las Salas Elysian resonaban con vítores y risas.

Benjamin Lees y Andrew Wilkin llegaron. Blanche y Marko se unieron a ellos en la mesa con una botella de champán más caro, las últimas dos semanas habían sido una celebración constante. Marko estudió a Benjamin y a su acompañante con curiosidad, luego se inclinó hacia Benjamin para asegurarse de que nadie más escuchara.

"Pensé que dos noches era el lapso de su curiosidad, Sr. Lees," dijo, dio una calada al cigarro entre sus dedos, y guiñó un ojo a Benjamin.

El joven lo ignoró.

"Es demasiado bueno para dejarlo ir aún." Benjamin lanzó una mirada a Andrew Wilkin y frunció los labios para suprimir una sonrisa.

"Así es como comienza, amigo." Marko se rio.

"¿Cómo comienza qué?"

"El fin de la curiosidad y el comienzo de todas las cosas amorosas."

Blanche se acercó más a ellos.

"¿Está metiéndose en tu vida, Benjamin?" Asintió hacia Marko, quien cambió el vaso a su mano con un cigarro, la agarró por la cintura, y la acercó más.

"Ah, me está enseñando sobre el amor, quizás," dijo Benjamin con ligera molestia, pero una sonrisa coqueta.

Blanche entrecerró los ojos a Marko.

"Qué maestro eres," lo miró con una sonrisa juguetona.

"¿Te gustaría que te enseñara algunas cosas arriba?" Los ojos de Marko brillaban con travesura.

Justo en ese momento, un camarero se acercó a Marko y asintió hacia la entrada. Allí, más hermosa que nunca, estaba Catherine "Kat" Wilde con un acompañante aún más deslumbrante.

"¡Oh, Kat! ¡Qué encantador que viniste!" Blanche abrazó a la joven cuando ella y su

acompañante se quitaron los abrigos y se acercaron.

"Este es un amigo mío, el Sr. Jean-Christophe De Luca," Kat presentó al hombre, y todos parecieron mirarlo al mismo tiempo.

Jean-Christophe De Luca era magnífico. Alto, de hombros anchos, de rasgos afilados. El hombre emanaba fuerza y encanto sin esforzarse. No dijo nada, pero su mirada era intensa e hipnótica mientras observaba a Blanche, Marko, Benjamin y Andrew Wilkin. Leves asentimientos. Un destello en sus ojos. Una sonrisa modesta. Incluso Benjamin no podía apartar la mirada de él, y por un momento, Blanche pensó que tal vez esta noche el dulce futuro de Benjamin con el Sr. Wilkin podría verse amenazado. Blanche había visto muchos hombres guapos, pero al mirar a Mr. De Luca, sintió como si un dios griego se hubiera parado frente a ella.

Bien por Kat, pensó, aunque estaba segura de que no era un cliente.

Brindaron de nuevo por la llegada de los nuevos invitados. Marko observaba al nuevo caballero con curiosidad y después de un rato se inclinó hacia Blanche.

"Juro que he visto al hombre en algún lado. Aunque no recuerdo este nombre en particular," le susurró.

Galia subió al escenario.

"Dios, ¡es hermosa!" dijo Blanche, quedándose quieta al escuchar la voz de la mujer que se extendió por la habitación y envolvió a la audiencia como un hechizo mágico.

"Hermosa, sí," Marko repitió, pero sus ojos estaban en Blanche.

Ella se volvió para mirarlo y vio que su mirada se detenía en sus labios.

"¿Ve algo que le guste, Sr. Farini?" preguntó con una sonrisa coqueta.

Él le devolvió la sonrisa.

"Sí, Sra. Farini. No creo que pueda acostumbrarme al hecho de que ahora estos labios pueden hacer lo que yo quiera."

"No tienes que acostumbrarte a ello." Sus ojos brillaban seductoramente. "Hay muchos lugares donde aún no han probado bien."

Levantó una ceja.

"Puedo pensar en uno en particular." Sus ojos viajaron rápidamente por su torso hasta sus pantalones y luego regresaron. "Estaré arriba si me necesitas."

Ella sonrió con malicia y se fue hacia las escaleras que conducían al salón. Marko se quedó un momento tratando de contener una sonrisa, sintiendo cómo la excitación crecía en él, luego revisó la multitud, y un minuto después la siguió.

Esta vez, el salón de arriba vio un duelo de otro tipo. Este requería que Marko y Blanche estuvieran desnudos. Y esta vez, no había nadie para detenerlos. El salón resonó con gemidos y gruñidos, y el escritorio vio cosas demasiado escandalosas para contar.

Blanche tenía razón. El amor era una droga y una cura en una sola.

Marko también tenía razón, pues de hecho había visto al caballero que acompañaba a Kat antes. Lo había visto en París, pero entonces el nombre del hombre era diferente.

De Luca no era un caballero ordinario. Era el mayor estafador que Inglaterra había visto pero que aún no había atrapado.

Catherine "Kat" Wilde lo había hecho. Pero ella no era una víctima. Era una rival. Juntos, jugaban juegos peligrosos y rompían la ley. Y estaban a punto de romper las reglas del juego más grande aún, el juego del amor.

Pero esa es otra historia.

Así que, ¡de vuelta a la Belle House! Donde se hace historia. Así como el amor. Donde se

rompen las reglas. Y también se rompen los corazones tiernos.

Uno podría decir que la profesión más antigua de la Tierra es el arte del deseo. Pero si preguntas a las damas de la Belle House, te dirán que es el arte del *amor*.

OTRAS OBRAS DE V. KAHANY

FLORES PARA EL DIABLO

EL REY DE LOS DIAMANTES

EL DESEO DE UN CABALLERO

Serie Rebeldes de Gracewyck:

La Musa del Rebelde (Libro 1)

La Tentación del Rebelde (Libro 2)

El Deseo del Rebelde (Libro 3)

Serie Bell House:

Los tiernos días de May

El tierno toque de la noche

Las tiernas reglas del Edén

El tierno beso del destino

El tierno arte de la guerra